



LA ÚLTIMA
PRINCESA
DEL DESIERTO

AUTORA FINALISTA DEL 2^{do} CONCURSO INDIE DE AMAZON

KRISTEL RALSTON

LA ÚLTIMA
PRINCESA
DEL
DESIERTO

KRISTEL RALSTON

©Kristel Ralston 2019

La última princesa del desierto.

Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Código de registro N. 1908011601942 y N. 1910132171228

Diseño de portada: Karolina García Rojo. Fotografía en portada ©Shutterstock.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

“Al fin y al cabo, el amor es una buena razón
para que todas las cosas fallen”.
-Money Heist, una serie Netflix.

Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

PRÓLOGO

El aroma metálico y nauseabundo de la sangre se filtró en sus fosas nasales. Llevaba la ropa sucia de tanto arrastrarse por el suelo, apegarse a las paredes de pasadizos que pocas personas conocían en el palacio, con la finalidad de que nadie la pudiese encontrar. Deseaba fervientemente pedir ayuda, pero estaba rodeada por enemigos; no podía confiar en nadie. Su padre, el rey Hassab de Bhareib; su madre, la reina Ishla; y su único hermano, el príncipe heredero, Kaspem, estaban muertos.

Lo único que contaba en ese instante para la princesa Aisha era sobrevivir y hallar una salida de todo el caos que la rodeaba. Ignoraba cuáles eran los guardias que se habrían rebelado contra el régimen, y cuáles estaban a favor, tal vez ocultos en los rincones, como ella, tratando de escapar a una muerte inminente.

Estaba sola ante una situación drástica y triste. El caos y el dolor nunca habían formado parte de su protegida vida en el palacio. Podía sentir los latidos de su indomable corazón golpeándole el pecho. Aún se hallaba en shock, y sus sentidos permanecían en alerta ante cualquier breve movimiento o sonido que pudiera surgir a su alrededor. Aisha tenía conocimiento sobre el manejo de la seguridad del palacio, aunque no en grandes detalles. Sabía que las compuertas traseras, que daban a los establos, la piscina y los campos de entrenamiento de la guardia real, estaban fuertemente custodiadas. El problema era que ignoraba si eran enemigos o aliados los que rondaban esas zonas.

El olor a madera quemada, pasto, y quién sabría qué otros elementos más, era una constante para sus fosas nasales. Se sentía aliviada al tener la certeza de que no era carne humana ni tampoco de animales lo que ardía en algunos rincones de la inmensa propiedad palaciega. Además de su propia seguridad, no podía olvidar que su precioso y amado Fénix, el caballo que le había obsequiado su padre tres años atrás, estaba en los establos. Alcanzarlo sería toda una hazaña, y por más que añoraba poder rescatarlo, sabía que estaría poniéndose en riesgo. ¿Cómo podría escapar al desierto y pasar desapercibida? Su cabello negro azabache era inconfundible.

Con su astuta mirada buscó con rapidez algo que pudiese ayudarla a deshacerse de un rasgo tan personal. Rebuscó en lo que creyó que era una caja de madera con artilugios de limpieza. Sacó con cautela varios elementos hasta que halló una tijera para cortar maleza y ramas de árboles. No lo pensó dos veces, y empezó a trasquilarse sin demora. En pocos instantes pasó de tener una melena brillante hasta la media espalda, a una corta y sin forma alguna, sobre los hombros.

Tomó una profunda respiración para intentar disipar la sensación de ahogo y malestar que atenazaba sus sentidos. No tenía a quién recurrir, y era la primera ocasión en su corta existencia que experimentaba algo así. Ahora era una huérfana con el único afán de salvar su vida. Si alguno

de los asesinos de su familia la encontraba, entonces su suerte estaría echada. La violarían, torturarían, y harían una verdadera juerga con su cuerpo, tal y como había leído que ocurría durante una invasión en países como el suyo, en Oriente Medio. No importaba si tenía diez años de edad; la venganza y el odio no conocía límites, en especial si estaba en juego un reino tan rico en recursos petroleros y minerales como era el caso de Bhareib.

Las conquistas territoriales a manos de rebeldes con crueldad y violencia sucedieron en tiempos remotos, y a ella le parecía una pesadilla que en pleno siglo XXI estuviese ocurriendo algo similar. Su tutor de historia, Getah, había insistido en que aprendiese todo sobre las guerras en el Reino de Bhareib, incluso detalles irrelevantes de hacía ochocientos años, y que ahora, en medio de todo ese caos, solo estaban contribuyendo a aumentar la desbordada imaginación de Aisha.

Aisha bint Hassab bin Radat Al-Sabagh era la princesa sobreviviente de la casa real Al-Sabagh. Sus familiares, de sangre real y aquellos emparentados por matrimonio, eran numerosos, pero ninguno tan allegado para echarlos de menos, y viceversa. De seguro todos ya estarían dispersos o habrían salido en un jet-privado hacia otro país, Suiza o Inglaterra, para salvar el pellejo. Aisha sabía que más le valía sobrevivir, porque sus padres y hermano no estaban ya en el plano físico, así que le tocaría encargarse de hacer justicia cuando descubriese quiénes estaban detrás de toda la barbarie que, a su corta edad, no era capaz de asimilar del todo.

¿Cómo era posible pasar del cielo al infierno tan rápido?, se preguntaba, al tiempo que vigilaba sus pasos alrededor. Tan solo días atrás, en medio de una alegre celebración con la presencia de reyes de países europeos, celebridades, amigos de sus padres, y también con los jefes de tres tribus de beduinos que le eran leales a la corona, había festejado su décimo cumpleaños. Su único consuelo era tener ese recuerdo feliz para guardarlo con cariño en su memoria.

Ahora, escuchando los estruendos de alrededor, los gritos, carcajadas y automóviles que arrancaban a toda prisa en los exteriores, así como sirenas —probablemente de la policía o paramédicos—, pronto ella sería tan solo una princesa desterrada o la darían por muerta. Entre la sangre y el horror que había visto en la sala del trono, antes de lograr escabullirse, sabía que los rebeldes podían creer que habían cumplido con su misión de asesinar a toda la familia real. ¿Cómo podrían apostar por una niña nacida entre oropeles y mimos, creyendo que pudiese sobrevivir a mercenarios rebeldes? Tal vez era mejor que la considerasen entre los fallecidos.

La visión del mundo en Aisha era muy diferente a la de alguien de su edad, en especial al haber sido educada por tutores muy sabios y de gran experiencia. La joven princesa era astuta, sagaz y poseía una tendencia al sarcasmo que había sacado de quicio más de una ocasión a esos ancianos maestros. Si a todo ello le sumaba que era la segunda en la línea de sucesión al trono, la figura se tornaba todavía más interesante, y quizá por eso causaba gran fascinación en los visitantes extranjeros que solían llegar al palacio para buscar entablar relaciones comerciales con el ahora, fallecido rey.

Las imágenes de sus padres siendo acuchillados, junto a Kaspem, Aisha las tenía grabadas en su mente como hierro en la piel. Sus lágrimas no le alcanzaban para expulsar el dolor que llevaba dentro. Llorar no servía de nada, porque no la ayudarían a escapar ni a ponerse a salvo. Apretó los dientes y trató de contener las arcadas, mientras pasaba por una habitación llena de cadáveres; guardias reales en su mayoría. Los muebles estaban dispersos, los vidrios de las ventanas rotos, y las cortinas manchadas de sangre y suciedad. Aisha cerraba los ojos con fuerza cuando hallaba algún sitio en el cual le era posible esconderse, brevemente, para tomar aliento antes de continuar su misión de escapar del palacio.

Sus nervios la traicionaban, pero tenía —necesitaba— sobreponerse a sus debilidades. El camino hacia la puerta por la que pasaba el staff de servicio estaba muy cerca; ella solo tenía que cruzarla, luego entrar por la habitación en la que se almacenaban los alimentos imperecederos, para después lanzarse hacia la calle desde el techo. Estaba en esos momentos en un segundo piso, y claro, quizá se rompería una pierna, ¿qué más daba otra herida si el fin era continuar viva? Cualquier sufrimiento físico era tolerable al comparárselo con la muerte que padeció su hermano. Degollado. Aisha tomó valor, dispuesta a correr con rapidez el espacio que la separaba de su primer objetivo: la puerta del servicio.

Oculta tras una pesada cortina de gamuza dorada intentó armarse de una fortaleza que creía estaba extinta. Respiró con suavidad y movió el pesado material, solo un poco, para tratar de observar, a través de una pequeñísima hendija, si no había peligro. «Tú puedes, Aisha, tú puedes hacerlo».

Estaba presta a salir de su escondite cuando una mano le tapó la boca desde atrás, y ella —por miedo a alertar a más personas— se quedó quieta. Eso no impidió que su cuerpo se sacudiese de terror, ni que los latidos del corazón se desbocaran. Podía dar patadas o morder la mano, pero, ¿qué ocurriría si lo hiciera?

—No hagas ruido, niña. ¿De acuerdo? —le dijo la voz desconocida. Se trataba de un hombre, y ella tragó en seco—. Has tenido suerte de que haya sido yo quien te pillara moviéndote tras esta cortina, qué pésimo escondite el tuyo —dijo con burla—. Más sigiloso es un león de seguro. —Ella se removió, fastidiada, dolida y agotada—. Shhh, tranquila, shhh. Voy a quitar la mano de tu boca, pero si gritas, entonces voy a apretar tu cuello hasta que dejes de respirar. ¿Queda claro?

Aisha asintió con vehemencia.

—Por favor, no me mates... —susurró en un hilillo de voz cuando tuvo la oportunidad de utilizar sus labios—. No volveré aquí... al palacio, tú puedes quedarte con todo; recoge las alhajas, lo que quieras. Yo tan solo quiero escapar al desierto... No seré un estorbo para tus planes...

—¿Quién eres, niña? —le preguntó el desconocido buscando una confirmación a una sospecha. Su tono de voz era fuerte, pero la princesa no sentía amenaza en él. «¿Estaría volviéndose loca y empezando a confundir la maldad con la bondad?»

Ella tomó una bocanada de aire.

—La prin...

La giró con brusquedad para mirarla a los ojos

—La princesa Aisha, ¿eh? La última de la dinastía Al-Sabagh —completó al reparar en el inconfundible tono de ojos que distinguía a esa familia—. Alrededor creen que estás muerta, y no se han molestado en considerar lo contrario. De hecho, están buscando tu cadáver. Por eso no se han ido del todo. Quieren una prueba.

—Yo... —bajó la mirada por un par de segundos—. Han destruido mi hogar... ¿Están las personas que trabajaban en el palacio a salvo? —preguntó angustiada, porque la idea de que todos los sirvientes hubiesen sufrido injustamente la aflicción. La mayoría llevaba con ellos desde hacía generaciones.

—No lo sé —zanjó el hombre.

Aisha no podía verle las facciones, porque estaban cubiertas por una capucha. Solo podía notar que iba vestido con ropa ligera, en varias capas, o eso creía. Lo único visible eran los intensos ojos negros y la boca de labios exuberantes. Era alto, delgado, y en absoluto parecía un asesino. Aunque, ¿qué sabría ella al respecto?

Él apartó las manos de los hombros femeninos con rapidez, para dejar de tocarla, como si le

diera asco, y Aisha creyó ver un tatuaje en la parte interior de la muñeca. ¿Tal vez era suciedad? Su mente empezaba a jugarle una mala pasada; estaba emocionalmente agotada, y físicamente extenuada.

¿Cuál habría sido el consejo de su padre en esos momentos?, pensó, desolada. «Siempre sigue tus instintos», le había dicho en cada ocasión en que ella le consultaba sobre alguna decisión por nimia que esta fuese. Quería conocer la identidad del hombre que podía perdonarle la vida u otorgarle la misma sentencia que a su familia, sus guardaespaldas, los jefes del Consejo Legal, que habían estado en la sala del trono en el momento que el caos se apoderó del palacio.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Aisha con suavidad.

Uno de los entrenadores de caballos le había dicho que jamás debía gritársele o tratar con brusquedad a un animal salvaje. La princesa tenía la certeza de que tenía que proceder con cautela en esta ocasión. Tal vez ese muchacho parecía calmado, pero no quería cometer la imprudencia de gritarle.

—Nadie que te interese.

—¿Por qué están haciendo todo esto? ¿Quiénes son ustedes? No visten uniforme, no han gritado clamando causa alguna...

—Si supiera los motivos detrás de cada incursión que hace este ejército, créeme, podría tomar medidas.

Aisha no comprendía el significado de esas palabras.

—¿Me vas a matar? —preguntó en un murmullo que no ocultaba la resignación.

El muchacho, que no debía pasar los dieciocho años, negó con la cabeza.

—Si alguien se entera que estás viva, no cesará la destrucción de este lugar. Habrá más desmanes en la ciudad. Ellos necesitan una prueba de que te has ido al igual que tus padres —bajó la mirada, brevemente—, y tu hermano, para reclamar el trono sin tener obstáculos.

—¿Tú...? ¿Tú tuviste algo que ver en la muerte de ellos? —preguntó con una mezcla de dolor, rabia e impotencia.

—No —replicó de inmediato, casi ofendido—, pero recabar información es algo que se me da bien. He llegado hace poco para tratar de impedir esta barbarie, pero ha sido demasiado tarde.

Aisha frunció el ceño.

—Y...

—No puedo seguir hablando contigo, no si quieres que te perdone la vida —zanjó con brusquedad, y ella asintió—. Vas a tener que ser valiente. Tengo que llevar una prueba de que estás muerta.

—¿Qué? —preguntó.

—Déjame hacer —dijo él empezando a agarrarle los bajos del vestido que, esa mañana, había sido de un resplandeciente tono celeste cielo—. No. No te voy a lastimar. ¿Puedes confiar en mí... o intentarlo al menos?

Aisha hizo una mueca, porque ambos sabían que no poseía alternativa.

—Estoy a tu merced, y no creo que sea algo novedoso —rezongó sin evitarlo.

El muchacho sonrió, y bajó la mirada para sacar la daga que llevaba en el cinturón, junto al arma. Empezó a hacer jirones la tela con pasmosa rapidez. Después aplicó los mismos movimientos a las mangas del vestido. Y, sin preguntarle, le arrancó con un rápido movimiento un trozo del cabello que Aisha ya había dejado en pobres condiciones momentos atrás. Ella sabía que gritar no era una alternativa.

—Ahora viene la parte más difícil, princesa —dijo él. En su tono no existía un atisbo de mofa como ella hubiera esperado.

Aisha elevó la mirada con determinación, pero era imposible obviar cómo el velo de inocencia había sido desgarrado con perfidia por las circunstancias de ese día. Jamás volvería a ver el mundo de la misma forma, con el mismo optimismo que había ocupado un espacio en su mente esa mañana.

—No soy ya una princesa —dijo mordiéndose el labio interior con fuerza—. Si este grupo de hombres viene contigo, entonces ya debes saber que me han despojado de todo. Mi título real debe ser solo una burla...

El chico meneó la cabeza de izquierda a derecha, y ella cerró la boca.

—Una princesa no está avalada por las coronas ni los títulos.

—¿Entonces...? —preguntó cruzándose de brazos y mirándolo con desafío. Sus ojos castaños relampagueaban cuando estaba enojada.

—Por su valentía. Y tú, pequeña niña, siempre serás una princesa.

—La última princesa del desierto —dijo bajando la mirada, pensando en todo lo que había perdido esa noche, y consciente de la incertidumbre que la rodeaba.

El chico se encogió de hombros. No tenía tiempo que perder.

—Voy a hacerte un corte en la pierna. Sangrarás. Aquí tienes —sacó un pañuelo medio sucio del bolsillo—, muérdelo con fuerza cuando sientas dolor.

—Tengo una pierna herida...

—Intentaré que sea esa misma pierna y no otra la que sufra el corte. —Ella asintió—. Te arrancaré un pequeño trozo de piel. Entremezclaré tu sangre con los retazos de tu pelo y tu vestido. Les diré a quienes buscan tu cadáver que te he quemado en una de las piras que han hecho en exteriores, y que como no eras más que la segunda en la línea de sucesión, yo no necesité más que unas pocas pruebas de tu deceso antes de echarte a una de esas piras —dijo, porque no había necesidad de aclarar que esa era la forma en que estaban deshaciéndose de los cadáveres. Él se quitó la larga capa que poseía encima de la ropa—. Tienes que quitarte ese vestido, quedarte en ropa interior, y ponerte esta camisa que llevo siempre de repuesto, así podrás salir desapercibida y cobijada bajo mi protección. Usa esta capa a modo de faldón —ordenó entregándole las prendas.

Aisha tragó en seco.

Ya no sabía si era capaz de sorprenderse. Estaba en un trance. Creía que de un momento a otro despertaría con el aroma de pan fresco recién horneado por la cocinera, y la voz de su madre, junto a su cama, diciéndole que tenía clases de equitación y más le valía levantarse.

—De acuerdo... Date la vuelta —pidió, y el chico no dudó en acceder. Pasaron poquísimos segundos, y Aisha se pasó la camisa hasta que estuvo por completo envuelta en ella, casi le llegaba a los pies; luego se ajustó la capa, doblada, como faldón—. Ya estoy lista. Tú... ¿me dirás tu nombre?

Él se giró para estar frente a frente otra vez. El espacio era mínimo, pero tenían que ser mezquinos con sus movimientos; eficientes. Tal vez la cortina poseía un material muy grueso, pero con insurgentes yendo de un lado a otro, cualquier movimiento podía resultar sospechoso. No todos eran tan observadores como el muchacho que observaba a la princesa con una mezcla de resignación y pesar por la suerte que había corrido esa familia real. Si no la hubiera encontrado, otra persona lo habría hecho y, por supuesto, no hubiese dudado en matarla.

—Puedes decirme Najib —replicó diciéndole el nombre de quien consideraba de verdad su padre. No tenía tiempo para charlas insulsas, ni jugar a los amigos.

—Significa “De descendencia noble” —murmuró ella.

—Lo sé, no necesito clases de significados. Ahora, cállate, y sé fuerte, niña —dijo

acuelillándose, y cambiando el tema.

Aisha apretó la mandíbula con fuerza cuando sintió la daga contra su carne, mientras ese muchacho le arrancaba un trozo de piel más arriba de la rodilla. Abrió los ojos desmesuradamente, y las lágrimas rodaron por sus mejillas, incontenibles.

—Duele... Muchísimo... —susurró la niña.

—Es la única manera —dijo guardando el trozo de piel y el resto de cosas en una bola de tela, sangre y cabello—. Eres pequeña, la herida sanará, pero siempre llevarás esa cicatriz. Al menos, si conseguimos salir, estarás con vida.

—Me voy a desmayar...

—No lo harás. Es una orden —dijo el muchacho, mientras se disponía a cubrirle la cabeza con el velo que ella solía llevar, y que hasta ahora le había servido a Aisha de bufanda—. A la cuenta de tres, tú vas a seguir mi paso, mantendrás la mirada en el suelo, no abrirás la boca, no cojearás, y cuando te diga que eres libre de irte, entonces debes correr con todas tus fuerzas a las profundidades del desierto.

—Espera...

—No tengo tiempo, *princesa* —dijo esto último con fastidio—. No soy un niño. Así que más te vale hablar rápido.

Ella, a pesar del dolor que le quemaba la pierna, lo agarró con fuerza del brazo.

—¿Quién eres? Dime la verdad... Por favor.

Él se zafó del agarre.

—Soy tu peor enemigo, y por ahora, tu vía de escape —dijo de mala gana cruzándose de brazos.

—¿Por qué me perdonas la vida?

—Porque no creo en lo que están haciendo con tu pueblo, no creo en las invasiones ni en las torturas de inocentes. Tampoco en los asesinatos.

—Gracias...

—No me las des, porque puedo cambiar de opinión —zanjó, fastidiado. Tenía otras cosas de las cuales ocuparse. Por ejemplo, encontrar al infame de su padre.

—De acuerdo...

Aisha, desde ese instante, mantuvo la boca cerrada, procuró no cojear, mientras sorteaba una y otra recámara del palacio. Najib no la trataba con delicadeza, pero ella tampoco lo habría pedido; solo quería ser libre. Debido al caos nadie parecía reparar en ellos, y ese fue un gran alivio.

Al llegar a la calle, empolvada e impregnada de desolación, así como de gritos a lo lejos, Najib le puso las manos en los hombros con firmeza. Pareció hablar con alguien, pero ella estaba concentrada en no dar la cara. Pronto se encontró en brazos de Najib, para luego ser lanzada como un costal de patatas, contra lo que a su juicio debía ser un montón de frutas o verduras.

Aisha se aclaró la garganta e iba a decir algo, pero Najib pareció darse cuenta de su intención. Le tapó la boca sin perder ni un segundo, y luego se le acercó a la oreja para hablarle, mientras fingía estar acomodándola en el interior.

—Estas personas creen que eres una callejera y te llevarán sin rumbo. Les he dicho que estoy tratando de aminorar la cantidad de muertos en esta invasión. Ellos pueden matarte de un momento a otro o adoptarte como una esclava sexual o lo que sea. Así que, cuando creas que la ruta hacia el desierto es segura, salta de la carreta y corre hacia el desierto. No mires atrás. Olvídate de que exististe alguna ocasión en este palacio, en estas paredes y en este pueblo miserable que ahora estará en mano enemiga quién sabe por cuántas décadas.

—Gra... gracias —susurró.

Aisha intentaba ver más allá de lo que esa ropa oscura escondía. Imposible, pero los ojos oscuros difícilmente se borrarían de su memoria por el resto de años que le quedaba de vida.

—Ahora estás por tu cuenta, eres libre —dijo Najib, antes de dar dos golpes a la carreta, y esta pronto empezó a moverse.

Ella no tuvo tiempo de decir más, porque su mente estaba enfocada en sobrevivir. Se hallaba en la oscuridad, cubierta por una manta, vestida de hombre, ensangrentada, herida y hambrienta. Necesitaba sus sentidos alerta para saltar en el momento preciso hacia la carretera. En esos instantes agradecía a su tutor de geografía por todos los conocimientos, ella era consciente, a la perfección, de las distancias desde el palacio real hacia cualquier punto importante de la ciudad capital de Bhareib, Vasulh. Sabía en dónde empezaba el camino hacia el interior del desierto en el que habitaban los beduinos; ellos eran los únicos a quienes podía acudir. Su último recurso desesperado para continuar con vida.

No pasaron ni treinta minutos de viaje, cuando Aisha supo que era el momento de enfrentarse a su nuevo destino. Agarró de la carreta, sin mirar, algo que tenía forma de fruta o creía que olía a fruta. Se lo guardó como pudo entre la ropa. Se acercó al borde de la carreta, y tomó impulso.

Saltó con fuerza, y cayó justo en la pierna herida.

Contuvo un grito de dolor cuando aterrizó en el camino polvoriento dando giros sobre sí. Cuando su cuerpo se detuvo, Aisha miró a uno y otro lado. Estaba en un área oscura, y muy a lo lejos se divisaban las luces del palacio, el fuego de las piras... Su vida, tal como la había conocido hasta hacía horas atrás, estaba acabada. Empezó a correr lo más rápido, adentrándose en el camino que llevaba al desierto, hasta perderse entre las sinuosas dunas.

Cuando creyó haber avanzado un buen tramo, alejada de toda posibilidad de que algún individuo pudiera divisarla, se detuvo y dejó que la luz de la luna llena la cobijara. Cayó de nalgas sin más, y se sacó lo que había robado de la carreta. Al notar que era un durazno, lo devoró con ansias en una forma que jamás una princesa hubiera empleado. Sin embargo, ella no era ya una princesa, carecía de importancia si era valiente o cobarde.

Cuando sintió que sus fuerzas estaban más estables, volvió a la carga, y continuó su paso entre las dunas, cayéndose, llorando, gritando, pero sin claudicar. Así se mantuvo durante un largo rato hasta que pronto no supo cuánto tiempo había transcurrido. Al momento de vislumbrar una fogata a lo lejos se detuvo. Quizá era una ilusión óptica. Ya había tomado ese camino y tenía que confiar en la certeza de que existía una población beduina cercana.

La pierna le dolía cada vez más, y cuando alargó la mano, porque creía que estaba a punto de tocar la ardiente fogata, se dio cuenta de que no era así. Dio varios pasos más, y su visión se tornó borrosa, por más que se decía que tenía que ser fuerte, y trataba de darse ánimos, su cuerpo no parecía obedecerle.

Pronto la envolvió la oscuridad.

Un olor intenso la despertó poco a poco. Arrugó la nariz instintivamente. Intentó parpadear, pero sentía el cuerpo pesado. No sabía en dónde estaba. Trató, sin éxito, de sentarse. Una mano fuerte la empujó contra la suave superficie que tenía bajo la espalda. Ella quiso protestar, pero no encontraba palabras.

—Hey... Tranquila, princesa Aisha —le susurró una voz de tono grave y profundo—. Ha tenido suerte, le hemos rescatado del desierto. Estaba deshidratada. Ahora está a salvo. Tomó bastante agua, menos mal, y luego cayó en un sueño largo. —Lentamente, Aisha, empezó a parpadear otra vez. Se tapó los ojos. Giró hacia el sitio desde el que provenía la voz. A su

derecha.

—¿Dónde estoy...? —preguntó con voz rasposa.

—Somos la tribu de beduinos Talippah, leales servidores de la corona de la Casa Al-Sabagh, princesa —dijo inclinando la cabeza—. Mi nieto la reconoció, y supo que su vida corría peligro, no solo por sus condiciones físicas, sino por la situación que está atravesando el país. Una de nuestras sanadoras se ha encargado de curarle las heridas. Su pudor está a salvo —concluyó inclinando la cabeza, con reverencia—. Creímos necesario despertarla con el aroma de estas hierbas medicinales que le ayudarán a abrir el apetito. Necesita fuerzas.

El hombre le parecía vagamente familiar.

—No recuerdo... Yo... Gracias por ayudarme... —murmuró—. ¿Cuál es su nombre? Siento que lo he visto antes, pero...

—Umman Haddan bin Kassala, jefe de los Talippah —interrumpió con suavidad, mientras revisaba que ella estuviese arropada. La madrugada en el desierto era impredecible, y esa ocasión la temperatura había descendido considerablemente—. A diferencia de otras tribus procuramos no movernos salvo que haya una catástrofe climática. Nuestras jaimas son de color blanco con rojo, por si en algún momento sale y se confunde con las de otras tribus, princesa.

El anciano llevaba una barba blanca y poseía ojos de color del chocolate más oscuro. Ella no sintió miedo al estar a solas con él. Quizá había perdido la capacidad de sentirlo cuando vio los cuerpos de sus padres y su hermano o tal vez sus instintos estaban más afilados que antes.

Aisha recordó el nombre. Lo había visto en la celebración de su cumpleaños. El hombre le obsequió un precioso halcón. «Otra pérdida más a agregar a la lista», pensó con tristeza, al recordar también a su caballo, Fénix.

—Ya... Yo, gracias... —le dolía la pierna y las costillas—. Ahora lo recuerdo, jefe Umman, sí... —replicó Aisha con una sonrisa leve—. Estuvo en mi cumpleaños... —cerró y abrió los ojos con lentitud—. ¿He dormido mucho?

El hombre negó.

—Le dimos un sedante, pero de corta duración. Solo así pudimos calmarla, curar sus heridas, porque el estado de shock la hizo pelear contra nosotros creyendo que éramos responsables del terrible incidente que está ocurriendo en su palacio.

De repente alguien entró en la carpa en la que se hallaban. La charla se detuvo.

—Hola, abuelo —dijo un joven que tendría unos cuatro o cinco años más que Aisha. Se acuclilló junto al anciano mirando a la muchacha—. Me alegra que esté bien, princesa —la saludó con una leve inclinación de cabeza.

Ella miró a uno y otro.

—Creo que prefiero que no me llamen de ese modo... No tiene sentido...

El anciano sonrió y sus dientes, desgastados por el tiempo, aparecieron al completo. Ninguno de los dos negó o aceptó la petición.

—La cuidaremos, entrenaremos, y protegeremos hasta que esté lista para cumplir lo que tanto insistía entre sus pesadillas —dijo el jefe de los Talippah.

Aisha frunció el ceño.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —preguntó con la voz rasposa, mientras se sentaba despacio con la ayuda del anciano y el muchacho.

El tirón que experimentó en la pierna derecha fue un recordatorio de que lo que había vivido fue real: perdió a su familia, sus amigos, su caballo, su halcón, y todo cuanto consideraba una existencia normal. Quizá la habían curado de momento, y daba gracias a ello, pero las cicatrices del alma jamás podrían borrarse.

—Porque somos leales a la corona —dijo el nieto del hombre, entregándole un cuenco con agua fresca—. Soy Rafiq Haddan, y de ahora en adelante, su protector.

Aisha quiso decirle que no necesitaba protección, pero hubiera sido una fanfarronería, en especial cuando acababa de notar que el muchacho llevaba un tatuaje en la muñeca interior. Frunció el ceño. ¿Habría sido Rafiq su salvador en el palacio fingiendo ser un asaltante para ayudarla o tan solo era una coincidencia?

Despreciar la ayuda sería una estupidez, así como cuestionar lo que hacía o no Rafiq con su tiempo libre. Ya tendría tiempo para indagar. De momento su interés primario era sanar. La cabeza empezaba a darle vueltas, pero no quería caer en la inconsciencia sin tener una respuesta.

—¿Qué decía en mis pesadillas, jefe Umman? —preguntó Aisha.

—Que se encargaría de hacer justicia contra los que asesinaron a su familia, y que recobraría todo aquello que le pertenece por derecho de nacimiento. —Ella asintió despacio—. Para eso, princesa Aisha, hay que entrenar mental y físicamente. Sé que es una niña fuerte, y que se convertirá en una mujer con temple. Hay que darse un tiempo de duelo. —Aisha apretó los labios—. Por ahora, descanse, que nos quedan muchos años para trabajar en una estrategia adecuada. ¿Está de acuerdo?

Aisha miró al hombre y a su nieto, después asintió. Bebió del cuenco de agua, y volvió a cerrar los ojos, mientras la ayudaban a recostarse. En esta ocasión no había miedo, sino determinación.

Por primera vez, luego de tantas horas de terror, encontraba un resquicio de esperanza en medio de la oscura realidad que la envolvía.

CAPÍTULO 1

—Majestad, es tiempo de irnos, el equipo de seguridad está en posición, y la ruta a recorrer con la caravana real está trazada. Solo esperan a que usted suba a la limusina blindada para dar inicio a la presentación de su prometida, aunque no vean su rostro, sabrán qué rol posee —dijo Geeza, el consejero y asistente personal del rey desde que este había ascendido al trono, seis años atrás, a raíz de la muerte del usurpador asesino, el rey Muffat Al-Kahalel—. Ella estará en la segunda limusina, tal como dicta la tradición. Los banderines de ambas casas reales están en todos los capós de los coches oficiales.

—Esto de ser rey es a veces una putada —murmuró Sayeb, agobiado—. Llevo seis malditos años intentando adaptarme a una vida que no pedí. —Tenía la suficiente confianza con Geeza, que lo conocía desde niño, para expresar abiertamente sus opiniones—. Quizá debí permitir a mi hermanastro ganar esa pelea y así yo estaría dedicándome a lo que me apasiona.

—Criar caballos de carrera y entrenar halcones es una labor noble —intervino Geeza con cautela—, pero este pueblo necesitaba una persona con entereza y don de liderazgo para sacarlo de la miseria.

Sayeb lo observó con fastidio.

—¿No me digas? ¿Acaso crees que la gente en Bhareib no me compara con Muffat? ¿Acaso crees que no esperan a mi primer gran error para compararme con él? Este pueblo ha sufrido lo indecible, y confiar en un hombre que lleva la misma sangre de quien los oprimió, durante más de una década con puño de hierro, sería pedirle al cielo que sea siempre azul.

—Durante este tiempo solo ha procurado hacer lo mejor para ellos. Con el ejemplo, no con palabrerías falsas; les ha demostrado que su espíritu es el de un guerrero dispuesto a redimir el caos del pasado. La prensa internacional se ha hecho eco de la implementación de un sistema de justicia moderno, con hombres preparados y la inclusión de la figura femenina como parte importante. La apertura a la inversión de grandes potencias como Estados Unidos, el Reino Unido, Canadá y Francia empieza a notarse. También ha creado planes de salud pioneros para las mujeres beduinas que necesitan asistencia. No puede borrar el pasado de un plumazo, pero tenga confianza, Majestad, en que este pueblo sabrá diferenciar un dictador de un líder.

Sayeb soltó una carcajada. Miró a su asesor con resignación.

—Te pago un buen sueldo, Geeza, pero no tan alto para que te dediques a ser mi coach personal que trata de eliminar mi culpa por haber llegado demasiado tarde el día en que descubrí la matanza que estaba planificando mi padre.

—Usted no es su padre, Majestad.

Geeza, se aclaró la garganta, y apretó los dedos que llevaba entrelazados en la espalda. Conocía al rey desde que este tenía ocho años de edad, y el día en que Sayeb descubrió que su padre biológico no era un herrero, sino el rebelde sanguinario y tunante que sembraba terror por

doquier, cambió su mundo. El pequeño niño de ojos negros juró que sería diferente. Geeza estaba orgulloso del hombre que tenía ante él, y siempre le sería leal, aunque —bien sabía— en un futuro quizá podría costarle la vida. Existían muchos detractores e incrédulos de la gestión de Sayeb, pero esa era la realidad de un país de Oriente Medio que apenas empezaba a creer que era posible salir de la tragedia y el horror del pasado.

El día en que Muffat asesinó a la familia real Al-Sagah, torturó a los soldados que se negaban a revelar los códigos de seguridad, y los compinches de Muffat violaron a las mujeres que se les dio la gana en Bhareib. Sayeb había intentado detener a su padre, cuando se enteró —gracias a una conversación que escuchó fortuitamente— de los planes de Muffat para usurpar el trono de Bhareib. Después de toda la barbarie causada en tierras bhareianas, Sayeb se culpó por haber llegado tarde con sus aliados —que habían sido pocos, pero muy decididos a evitar el asesinato de una familia querida y venerada por su pueblo—, y se sumió en una profunda depresión. Años después, exiliado en las montañas, le llegó la noticia de la muerte de su padre biológico —infartado mientras una de sus amantes le hacía una felación—, y a regañadientes salió de su refugio en las montañas del desierto y regresó a Bhareib. Ante la posibilidad de cambiar el rumbo de ese pequeño país, que lo había adoptado sin saberlo, aceptó el reto de luchar cuerpo a cuerpo contra su hermanastro, Oromo, para demostrar que el más fuerte podía reinar, y el otro, continuar su vida como le apeteciera. Oromo era un imbécil, y Sayeb no quiso darle la oportunidad de continuar en una tierra que no le pertenecía por derecho, sino a consecuencia de una desalmada invasión décadas atrás.

—Algún día, Sayeb, volveré y te quitaré todo lo que de verdad amas —le había dicho, mientras yacía ensangrentado, jadeando y furioso, al perder la pelea.

—La palabra amor no debe confundirse con honor, mi estúpido hermanastro —le había respondido Sayeb antes de darle una patada en el abdomen que obligó a Oromo a callarse. Pronto intervino un equipo médico, mientras los testigos de la pelea hincaron una rodilla en la arena e inclinaron la cabeza a modo de respeto por el hombre que sería su nuevo rey.

Días más tarde, todos los que habían sido parte del régimen del pérfido rey Muffat fueron desterrados de Bhareib. La guardia, el ejército, al completo, así como el servicio del palacio, entraron en un saneamiento profundo que tomó cerca de cinco meses concluir, a partir del día en que Sayeb fue coronado.

—Lo sé, Geeza, sin embargo, su sombra parece perseguirme.

—Esta alianza matrimonial que está en el horizonte será de gran ayuda para que su legado permanezca con un sello de compromiso con su pueblo. Lo verán como un hombre capaz de asumir la responsabilidad de una familia, una nación, y con la intención de crear un futuro. Ser el rey más joven del mundo, y el soltero más codiciado no le hace bien a un país en el que siempre ha reinado la tradición, además del miedo a la llegada súbita de una tragedia. Majestad, la estabilidad es indispensable.

—Se supone que tienes que prevenirme de cometer errores, mas no incitarme a ellos... Pudimos hallar otra forma, Geeza. Atarme a una mujer de por vida, en especial si lo único que conozco de ella tiene que ver con comentarios referentes a su belleza e idoneidad para ocupar un cargo real, carece de sentido. Intento que sea este un reinado moderno, pero lo que está por ocurrir es todo lo opuesto.

—Su abuelo, Najib, que en paz descansa, me instó a guiarlo por la senda adecuada cuando nadie a su alrededor se atreviese a hacerlo... Además, solo asumí con responsabilidad lo que me pidió, Majestad.

—¿Y qué sería eso en un escenario como este? —preguntó con sarcasmo, y pesar, recordando

a su abuelo Najib, a quien consideraba su verdadero padre y gracias a quien intentó dismantelar varias de las ideas de Muffat.

Después de que muriese Najib, por su avanzada edad, era Geeza la única persona en quien podía depositar su confianza. Por otra parte, Sayeb no era el tipo de hombre que expresaba todas las conjeturas que se le pasaban por la cabeza, de hecho, prefería el silencio que aprendió a disfrutar cuando entrenaba artes de defensa personal. Y vaya si esa disciplina le había servido. Gracias a su entrenamiento venció a Oromo, y evitó matarlo con sus propias manos. El autocontrol era un bien intangible que muchos líderes obviaban.

—«A toda costa consigue que haga lo mejor para este pueblo» —repitió el hombre de barba blanca y nariz aguileña—, eso fue lo que usted me pidió. Y fue por esa petición que coordinamos este matrimonio, Majestad.

Sayeb se reclinó contra el asiento de su despacho en el ala central del palacio de Bhareib. Estaba vestido con un elegantísimo traje en tono negro con dorado, y la corona de oro, con un gran diamante incrustado en la mitad, terminaba de crear el halo imponente que rodeaba al rey, coronado seis años atrás, Sayeb bin Najib Al-Kahalel, considerado uno de los solteros más codiciados del mundo. No llevaba el nombre de Muffat, sino el de su abuelo.

Con un metro noventa de estatura, y un impactante físico que llevaba con grácil elegancia, Sayeb llamaba la atención sin proponérselo. La barba recortada con pulcritud, así como los caros atuendos que utilizaba para los eventos de Estado, no lograban opacar el aura salvaje que parecía estar cautiva y contenida en el fulgor de esos ojos negros que poseían la capacidad de absorber las impresiones de un entorno con rapidez. No solo eso, sino que poseía una serenidad natural para caminar. Sus pasos no pasaban desapercibidos, porque su sola presencia desprendía una tensión animal capaz de atraer la atención sin proponérselo.

—¿Podríamos cancelar este show? —preguntó, consciente de que si quisiera podría detener los preparativos porque era el rey. Giró una pluma fuente entre sus poderosos dedos—. No considero que resulte tan difícil encontrar una novia adecuada por mí mismo, y sin tener que firmar ningún acuerdo —dejó la esferográfica a un lado—, creo que soy un adulto con suficiente capacidad para elegir bien.

Geeza parecía a punto de sufrir una apoplejía, y eso que era un hombre curtido por su dura vida en las polvorientas esquinas de Bhareib. Con el rostro agitado se acercó hasta el escritorio del rey. Él era la única persona capaz de hablar con el rey sin temor a ser despedido o recibir un rapapolvo verbal por interrumpir. Quizá había ayudado a crecer al actual monarca, en especial tras la muerte del abuelo de Sayeb, pero era consciente de que poseía una posición privilegiada, aunque no le daba ningún derecho o privilegio especial. El joven rey trataba a todos por igual, y la única deferencia consistía en conceder lo más valioso para alguien que intentaba recomponer una nación rota, una y otra vez, durante décadas: su tiempo de escucha.

El Ministerio de Ética, había sido disuelto, así como el Ministerio de Tradición y el Ministerio de Castigos, todos ellos encargados de reprimir, coartar libertades y enviar a la cárcel a quienes consideraban —con o sin pruebas justificables— desertores del régimen de terror del rey Muffat. Ahora, todos ellos gozaban, al igual que muchos otros ex-servidores, del exilio. La gestión, impopular entre quienes se habían acostumbrado a holgazanear, fue al completo de Sayeb.

—Si usted se retracta, Majestad, corremos el riesgo de entrar en una guerra de la que saldríamos perdiendo, no solo con vidas humanas, sino con recursos que ahora mismo son imprescindibles de salvaguardar. El fallecido rey no dejó, como es de su conocimiento, en buena posición a este país ante el resto del mundo.

—Solo accedí a firmar esa alianza para empezar a instaurar un nuevo sistema de alimentación

para las personas de bajos recursos, así como planes de prevención de enfermedades infectocontagiosas y convertir Bhareib en un destino turístico internacional con todas las garantías de seguridad para los extranjeros.

—Ha hecho usted bien.

—Geeza, ¿en dónde está mi hermanastro?

—En Viena. Al parecer ha desarrollado afición por aprender a tocar el piano, y también se entretiene hasta altas horas de la madrugada con personajes del espectáculo vienés...

Sayeb hizo una mueca despectiva. No confiaba en Oromo, y sabía que era impredecible, así como también que, si estaba en Bhareib para el día del matrimonio, no dudaría en crear una situación caótica con la única finalidad de echar a perder todo lo que él había construido en esos seis años como Rey de Bhareib. Su hermanastro no sabía aceptar las derrotas, y no ser rey le escocía lo indecible.

—Esa es una traducción para decir que continúa con sus bacanales, pero tan solo ha cambiado de ubicación geográfica. Me da igual. Lo quiero lejos de aquí.

—Si me permite opinar... —dijo el hombre de setenta años con suavidad.

—Sabes que tienes esa libertad cuando estamos en mi despacho, Geeza. Habla de una buena vez. ¿Qué ocurre?

—Una alianza matrimonial, por más arcaica que le parezca, es la solución perfecta con frutos a largo plazo —se aclaró la garganta—, y me refiero a descendencia, Majestad. Niños o niñas nacidos bajo este cielo, y no fruto de una revuelta o de un país sumido en el caos. La princesa Jamaya Al-Belawe bint Kahlus de Riathop aportará con la riqueza, educación y la admiración internacional de la que goza esa casa real.

—¡No he visto a esa mujer en mi vida! —dijo dando un puñetazo sobre el escritorio. Le parecía absurdo que el jodido rey de Riathop no hubiese sido flexible en lo más lógico: que el novio y la novia se conocieran.

Geeza sonrió con discreción.

—Debido a las reglas de Riathop, el rostro de la princesa se ha mantenido siempre en secreto. Solo cambiará el día en que el Rey Kahlus de Riathop haya pactado y firmado, como lo han hecho, un matrimonio de conveniencia y con la venia de los altos ministros. Y no podrá ver a la que será su esposa hasta que un alto ministro los declare legalmente casados, y usted esté a solas con ella. —Sayeb empezó a pasearse de un lado a otro. Conocía todo lo que Geeza estaba comentándole, aunque no tenía por qué agradarle el recordatorio—. Ese acuerdo matrimonial está basado en la confianza, en que usted será un esposo amable y procreará descendencia, y ella, aportará con todas las riquezas, así como la exquisita educación de la que ha gozado toda la vida que lleva preparándose para reinar en el país de su esposo. Uno de los seis hermanos de la princesa será el heredero al trono en un futuro cercano, así que la alianza se transformaría en un lazo todavía más fuerte.

—Viviremos en alas separadas del palacio —dijo casi perdiendo la paciencia. El futuro estaba basado en lo que construía en el presente, aunque eso no implicaba que él iba a derrochar su tiempo escuchando sobre asuntos que podría tratar más adelante—. ¿Tienen todo arreglado? —Geeza asintió—. Yo permaneceré en el ala Oeste, y ella tendrá que conformarse con la vista del Este. Esta es una alianza de negocios, y yo llevo la voz líder.

—Todo está coordinado. El tiempo que dure su matrimonio depende de usted, así como el éxito de esta alianza. Ahora, los términos de su vida personal con la princesa Jamaya están a su entera discreción, Majestad.

—Lo sé.

—Ambos países solo quieren estabilidad y herederos. Lo que ocurra puertas adentro del palacio es su prerrogativa. El pueblo celebrará poder ver una ceremonia tradicional como la de hoy al presentar a su prometida, y días después las calles se llenarán cuando tome a la princesa como su esposa.

Sayeb torció la boca. Sabía que Geeza intentaba adornar el panorama, porque conocía sobre su tendencia a evitar eventos públicos o masivos. Él prefería disfrutar su tiempo en un oasis o salir a cabalgar antes del amanecer, ayudar a los herreros del pueblo, escuchar a los comerciantes sobre sus necesidades, reunirse con empresarios locales para buscar vías de inversión extranjera, coordinar con arquitectos la construcción de pequeñas plazas para aperturar tiendas, derogar leyes inservibles con el Ministerio de Consejo Legal. Sayeb no se dejaba intimidar por problemas que, siendo o no un Rey, era capaz de resolver dejando de lado sus costosos ropajes para cambiarlos por atuendos que llevaría el común ciudadano si llegaba a presentarse la necesidad de ayudar a alguien a realizar labores de campo o fuerza.

—Geeza, quiero que mantengas el protocolo de discreción cuando yo viaje al exterior, porque pienso continuar visitando a mi amante —zanjó—. Mi esposa debe entender que un matrimonio conmigo es abierto, pero una indiscreción le costará la alianza; ningún hijo mío será bastardo. Quiero que eso quede muy claro el día en que la princesa pise este palacio real. ¿Queda claro?

Geeza carraspeó. No era un hombre mojigato, aunque tampoco quería exacerbar el mal humor de Sayeb en esos instantes. Cuando tenía la edad del joven rey, él se divertía a lo grande yendo a fiestas, pasaba del brazo de una y otra mujer, hasta que conoció a Lianna, una viuda italiana que lo conquistó. El cáncer se la llevó de su lado ocho años atrás, y cada día la continuaba echando en falta.

—Sí, Majestad. ¿Sabe? Tal vez, el amor llegue a su vida de una forma inesperada —dijo con tono sincero, pensando en su difunta esposa, Lianna—, y encuentre en la princesa Jamaya alguien con quien forjar una amistad que pueda durar mucho tiempo o tal vez convertirse en un sentimiento más fuerte. Usted y yo hemos vivido tiempos duros, Majestad, pero nunca lo he visto amedrentarse. Siempre estaré a su lado, como se lo prometí a su abuelo Najib, y como se lo juré cuando me pidió que fuese su consejero el día en que se coronó Rey.

Sayeb asintió, porque respetaba esas opiniones de su consejero a quien no solo consideraba la persona de mayor confianza, sino la única familia que poseía. Oromo podía compartir parte de su ADN, sin embargo, era una pieza difícil de encajar por sus formas poco éticas de conseguir lo que deseaba.

—Geeza, no me hables de bobadas sentimentales, porque no entran en mi vida, ya lo sabes. Mi plato está lleno de proyectos y responsabilidades como para agregarle una dosis innecesaria de ataduras distractoras. Cuando mi futura esposa quede embarazada, contrata a las mejores niñeras de Europa o Estados Unidos. Quiero involucrarme en la vida de mis hijos, pero necesitare estar descansado en las noches para sobrellevar la carga que trae consigo ser un monarca de un país que pretende abrirse al mundo y recibir mejores tratos comerciales para crecer.

—Comprendo, Majestad.

Sayeb solo había tenido desdichas, guerras, peleas, injusticias y hambruna. Su madre murió de tuberculosis, pero no sin antes dejarle una carta en la que le revelaba el nombre de su verdadero padre. Al encontrar a Muffat, y ser rechazado, Sayeb no desistió en la búsqueda de sus raíces, y pronto encontró a su abuelo Nijab, quien no dudó en cobijarlo bajo su cuidado.

Con el paso del tiempo, Muffat vio cómo su hijo bastardo se convertía en alguien con capacidad de liderazgo y un físico fuerte —apostaba dinero en peleas callejeras y las ganaba todas—, así que aceptó su paternidad, y pronto lo enroló en sus filas de rebeldes, sin saber que

Sayeb estaba en contra de muchas de sus campañas de asaltos, intimidación y extorsión en los países colindantes con Bhareib.

A pesar de sentirse fracasado en su intento de prevenir, junto a otros siete jóvenes que estaban en contra de Muffat, a los reyes de la casa Al-Sabagh de lo que podía ocurrir, Sayeb guardaba como su único consuelo el haberle salvado la vida a la princesa que todos creían que había fallecido en la revuelta. Cada tanto se preguntaba si la chiquilla habría sobrevivido al infame desierto cuando la instó a escapar en una carreta guiada por gitanos de mala muerte.

—Por supuesto —murmuró Geeza. Sabía que Sayeb era tozudo, y el consejero no perdía el tiempo cuando era consciente de que no sacaría nada a cambio en el plano de un mundo que, para el joven rey, era desconocido: los sentimientos, más allá de la lealtad, el deber y la lujuria. Solo esperaba que, algún día, una mujer pudiera encontrar la forma de llegar a Sayeb. Le causaría tristeza saber que su Rey no lograra conocer lo que sería encontrar su alma gemela.

—La próxima vez que te pida una sugerencia sobre cómo sobrellevar una crisis, espero no terminar adoptando cinco hijos de alguna reina desdichada. —Geeza esbozó media sonrisa, y asintió—. Ahora, dile a mis guardaespaldas que bajaré dentro de ocho minutos para empezar este viaje presentando a mi prometida, a la que nadie podrá ver —dijo con sarcasmo. Agregó—: ¿Estás seguro de que no puedo ver a la princesa antes de la ceremonia? He buscado en internet, pero la mujer es un fantasma y las pocas imágenes que he encontrado son de ella cuando era muy pequeña, otras, más actuales aparentemente, están tan pixeladas que podría ser cualquier persona.

Geeza se aclaró la garganta.

—Eso sería romper el protocolo de confianza, y no encontrará nada sobre ella, porque el rey Kahlus se ha encargado de que así sea. Usted, mejor que nadie, sabe que el dinero puede conseguir muchas cosas, entre ellas no dejar huellas sobre alguien o impedir la publicación de fotografías o videos.

—Tremenda estupidez...

—Se casará con una princesa, Majestad. La Casa Real Belawe de Riathop ha dado su palabra de que la princesa no es solo joven y hermosa, sino también dotada de una gran capacidad para tratar con niños, organizar eventos, atender cenas de estado, y que gozó de una educación con los mejores tutores del mundo.

—En pleno siglo veintiuno tener que soportar estos arcaísmos.

—Los matrimonios arreglados han sido parte de...

—Las tradiciones de estos pueblos durante siglos—completó en tono cansado. No habían encontrado otra manera de expandir las posibilidades de Bhareib en temas comerciales y diplomáticos, sino con el matrimonio—. Geeza, no puede ocurrir ningún imprevisto en esta caravana de anuncio público de mi compromiso matrimonial. Encárgate de que no exista ni una fisura en los protocolos que organicé —se frotó el puente de la nariz con los dedos—. Coordina que todo funcione.

—Todo saldrá muy bien.

—Más les vale que así sea.

El consejero hizo una venia, y dejó a solas al rey.

Casarse era lo último que Sayeb tenía en mente, sin embargo, las alianzas eran imprescindibles para sacar a Bhareib de la debacle que Muffat —con su régimen de perfidia, perdición e injusticia a modo de legado— había dejado en el país. Sayeb tuvo muchas oportunidades para asesinarlo limpiamente, pero fue más inteligente y prefirió aprenderlo todo sobre el manejo de armas, coordinación de actividades ilícitas, sobornos, y demás, porque no existía mejor manera de entender al enemigo que aprendiendo de él. También entendió, gracias a los consejeros más

ancianos y que poco se vinculaban con Muffat, sobre cómo lidiar con estadistas, ilustrados y artistas; aprovechó el desinterés de su hermanastro Oromo, y su padre, en lo relacionado a la cultura de Bhareib, para nutrirse de conocimientos profundos sobre ese pueblo. Pasaba las noches en el desierto, y casi al alba llegaba a entrenar con los soldados, como uno más del escuadrón. Lo era en presencia, pero no acciones.

No estaba de acuerdo con ninguna de las actividades intimidatorias que se utilizaban en la era de Muffat para encontrar desertores o castigar crímenes. Escuchaba, y aprendía, porque el conocimiento siempre sería una fortaleza. Sin embargo, jamás se involucró en ningún tipo de invasión o malas mañas. A lo largo del tiempo del reinado de Muffat, este conquistó —por la fuerza y la guerra— dos pequeños países, ampliando así los límites geográficos de Bhareib. Sin embargo, como todo lo que tocaba Muffat, esos nuevos territorios sufrieron un gran quebranto en la economía por la mala gestión administrativa y distribución de recursos.

Sayeb se limitó a ser un espectador y esperar su oportunidad. Cuando murió Muffat, entonces todas las lecciones de lucha le sirvieron para aplacar a su hermanastro, oportunista y violador como Muffat, Oromo. Par de escorias. Todos sabían quién era el bastardo y quién el hijo nacido de un matrimonio en la ecuación, pero también eran conscientes de que la lucha sería interminable si no se zanjaba de la única forma posible: lucha cuerpo a cuerpo hasta que uno de los dos muriera o se rindiese al estar mal herido.

Odiaba la opulencia labrada a base de la muerte y sangre de personas inocentes, por eso prefería un régimen de austeridad. Tras el deceso de Muffat, y caída del régimen de terror, el nieto de Najib subió al trono.

Apenas tuvo acceso, Sayeb subastó la mayor parte de los lujos que habían sido hurtados a la familia real anterior, Al-Sabagh. Los fondos fueron destinados a la reconstrucción de la capital, así como al abastecimiento de hospitales, escuelas locales, y rehabilitación de carreteras. El pequeño reino había sido destrozado por la avaricia, las juergas, y los despilfarros.

Seis años se contaban desde su coronación como rey de Bhareib, y la opinión popular había empezado a cobrar fuerza positiva, así como la credibilidad de su gestión y todos los organismos monárquicos encargados de cumplir funciones gubernamentales. Sayeb quería que así continuase, pero no existía mejor modo que cimentar la confianza que recibía que predicando con el ejemplo. Por eso, en esta ocasión, iba a casarse con una mujer a la que no conocía, pero poseía un linaje impoluto y gozaba de una prístina reputación.

Sayeb se sentía avergonzado del pasado, de su fallo al no haber podido llegar a tiempo para advertir a los monarcas Al-Sabagh y así evitar su asesinato a manos de Muffat, pero también estaba orgulloso de ser el nuevo rey y con los poderes que le otorgaban la capacidad de reivindicar la valía de un pueblo que había sido humillado, saqueado y oprimido por más de una década. Tenía la posibilidad de devolverle a Bhareib lo que Muffat les había arrebatado. Fallar no era una opción, y él estaba dispuesto a todo con tal de sacar a su pueblo adelante.

Sayeb guardó la daga de mango de oro, que siempre solía llevar consigo, y salió rumbo a la entrada del palacio, en donde le esperaba su limusina.

CAPÍTULO 2

Aisha miró a Rafiq con malicia, mientras ella ajustaba las manos en posición de lucha, al tiempo que equilibraba el peso de su cuerpo alternando pequeños saltos con un pie y otro. Estaban en un gimnasio improvisado en el desierto, bajo una amplia tienda de campaña construida para esos fines, entrenando como todos los días desde que ella salió de la penosa situación física en la que llegó a la tribu berebere, Talippah, liderada por el jefe Umman. Desde aquella noche fatídica habían pasado ya trece años.

—¿Lista para perder? —le preguntó Rafiq, moviéndose en círculos—. En estos últimos días has estado algo distraída.

—No vas a colarte en mi capacidad de concentración, Rafiq —replicó ella, riéndose, antes de hacer la primera movida.

Ambos jóvenes se habían convertido en amigos con el paso del tiempo, y cuando Aisha cumplió dieciocho años, también fueron amantes; no sin que ella supiese, decepcionada, que Rafiq no había sido su salvador la noche en que asesinaron a su familia. La curiosidad en ese tema, al parecer, iba a ser una constante sin resolver.

El romance entre ambos duró poco, porque cuando Umman descubrió lo que estaba ocurriendo entre su nieto y la princesa, castigó a Rafiq. Además, envió a Aisha a otro campamento de la tribu, aunque bastante alejada, para que continuase su formación académica y perfeccionase sus habilidades en artes de defensa personal.

Ella le había reprochado la decisión a Umman, argumentando que no tenía por qué proteger ninguna virtud ni idiotez, porque no era una princesa y podía hacer con su cuerpo lo que se le viniese en gana. Umman, calmado como siempre, tan solo asintió, pero a la mañana siguiente la rebeldía de Aisha tuvo su precio.

La princesa autoexiliada no volvió a ver a Rafiq, y los entrenamientos físicos se tornaron más exigentes a manos de los guerreros más expertos de la tribu; hubo también un severo racionamiento de tiempo libre para que ella hiciera lo que más disfrutaba: cabalgar por las dunas o bañarse en un oasis cercano. Además, Umman incrementó las tareas de ayuda comunal: limpieza, cuidado de los caballos, camellos, y contribución en la preparación de comida para los niños de la tribu.

Con el paso de los años —sin saber nada de Rafiq—, el enamoramiento tonto, acabó, así como la plena conciencia de que ahora su cuerpo le pedía saciar una necesidad de contacto sexual que ella no era capaz de satisfacer. Podía tocarse a sí misma, y complacerse, pero no hallaba el mismo fuego que sintió al ser acariciada por un hombre. Aisha sabía que no podía volver a arriesgarse a estar con nadie. Tuvo suerte de no quedar embarazada, porque eso habría dado al traste con sus planes de sacar al usurpador del trono de sus padres.

El tiempo en brazos de Rafiq fue interesante, una bonita memoria, pero también la instó a

reconocer que durante ese período había perdido un enfoque importante y por el que permanecía en esa tribu, en lugar de emigrar hacia otros países de Oriente Medio: vengar la muerte de su familia. Fueron cinco meses de romance en los que fantaseó sobre tener su propia familia y vivir en calma en el exilio, olvidando lo que de verdad valía la pena: recuperar sus raíces, el trono de Bhareib, y hacer justicia. Con las estrellas brillando en el firmamento del desierto, Aisha blindó sus emociones.

Desde hacía unos cuantos meses, ella había regresado a la tribu en la que vivía Rafiq con su abuelo, contaba con veintitrés años de edad. Ya no sintió nada por el muchacho, convertido en un hombre fuerte y apuesto, que había pasado noches furtivas a su lado. Reconocía en Rafiq el amigo que jamás la decepcionaría, y solo eso.

Los integrantes de la tribu, desde un inicio, hicieron un pacto de silencio y lealtad para jamás revelar que una princesa vivía entre ellos; la trataban con deferencia al hablarle, pero —al igual que otros jóvenes de su edad— le delegaban las mismas tareas para contribuir a la supervivencia. Las montañas, la arena, los oasis, y la vida sin comodidades pronto se transformaron en su lugar natural, y Aisha no recordaba cómo era sentir un vestido de seda sobre la piel, o un colchón de plumas de ganso, pero le daba igual. Su vida ahora era distinta, la aceptaba. Sabía que Umman le permitió volver cerca de Rafiq, porque había llegado el momento de poner en marcha el plan que para el que Aisha llevaba todos esos años preparándose.

Ella había estudiado cada movimiento de Muffat y sus secuaces; se nutría de los detalles que llegaban a contarle los miembros de los Talippah o lo que escuchaba mientras iba al mercadillo a comprar. El día en que ese sádico murió, y el nuevo rey, e hijo de Muffat, subió al trono, Aisha supo que tenía que ser paciente y reemprender el aprendizaje en lo concerniente al nuevo “monarca”, en especial cuando todas las instituciones fueron eliminadas, todos los ministros y ejecutivos rescindidos de sus funciones, y se instauraron nuevas normas, más apertura económica y acceso a mejores posibilidades de vida para la población. Quizá los ciudadanos eran crédulos o pretendían darle una oportunidad al tal Sayeb, pero Aisha, no.

«De tal padre tal hijo». Y ese pensamiento no se le iba de la mente. Las horrendas historias de los fosos de tortura, las cloacas en que encerraban por días a los que intentaban rebelarse contra el joven rey, así como la existencia de un suntuoso harén al servicio del lujurioso monarca, eran rumores que corrían de uno y otro lado al interior del desierto. Ella se frustraba, aunque sabía que tan solo necesitaba encontrar un punto vulnerable para hacer prevalecer sus derechos de nacimiento, la sangre real que corría por sus venas, y no le importaba el riesgo que eso conllevara.

No tenía nada que perder. Prefería morir dejando por sentado que los Al-Sabagh tenían quién los vengase, a quedarse de brazos cruzados, mientras otro régimen de brutalidad y salvajismo se instalaba por más y más décadas.

Finalmente, trece años después de que su vida diese un giro de ciento ochenta grados y el mundo la diese por muerta, la ocasión perfecta para abandonar su entrenamiento en el desierto había llegado. El tal Sayeb estaba comprometido en matrimonio e iba a convertir en reina a una mujer que no merecía llamarse de ese modo, porque la única persona con la capacidad de ocupar ese cargo se llamaba Aisha bint Hassab Al-Sabagh.

Sabía manejar armas, cuchillos, espadas, arco, todo cuanto pudiese considerarse un modo de defensa. Su cuerpo, de curvas sinuosas, era compacto y firme gracias al ejercicio. No existía manera de esconder que era una mujer, pero serían muy estúpidos si la subestimasen. Aunque, conociendo la arcaica mentalidad de muchos bhareibianos, ella contaba con ese detalle para tomarlo como punto de ventaja.

Estaba viva, y su pueblo iba a saberlo.

—Vamos a ver cuánto resistes, Rafiq, esta es nuestra última tarde como contendientes, así que más te vale que estés listo para un par de golpes. —Sin más, Rafiq asintió, y ambos empezaron a luchar.

Cuarenta minutos más tardes, sudado y con una sonrisa, Rafiq yacía sobre el tapete acolchado de espaldas, mientras Aisha se recogía el cabello en una coleta.

—Te he vencido, dos veces, creo que has perdido forma —bromeó.

—Quizá he sido un poco generoso para elevar tu ego esta mañana.

—¡Já!

La observó. Aisha se había transformado en una belleza de gran vitalidad, con un físico que dejaba boquiabierto a cualquier hombre de sangre caliente, pero todos en la tribu sabían que era intocable. Salvo por él cuando quebrantó las reglas de su abuelo. Estuvo catorce días y catorce noches sin comida, ni luz, encerrado en un calabozo, pero jamás cambiaría las noches que había pasado con Aisha. Ella había madurado con los años, la sentía distante emocionalmente, y entendía los motivos.

Demasiado tiempo había pasado desde que fueron amantes. Eran otros tiempos, y él solo quería ayudarla a conseguir sus propósitos. No iba a acompañarla, pero su posición era de salvaguardar cualquier eventualidad desde el desierto; había hombres armados y dispuestos a unirse a la cruzada de Aisha.

Por otra parte, Rafiq no estaba seguro de que la rebelde mujer de espesa cabellera de rizos oscuros quisiera pasar por las manos de un equipo de cosmetólogos para transformarse en la reina que debía ser, al menos físicamente, para cuidar las apariencias ante un público que no aceptaría una mujer de ropas desgastadas como una heredera, pero que sí cambiaría de opinión al notar la semejanza física con los reyes asesinados de Al-Sabagh. A esa casa real la había distinguido la herencia de ojos castaños de un tono casi leonino. Rafiq era consciente del amor que sentía Aisha por su tierra, y el fervor con el que defendería la memoria de sus padres y hermano.

Continuaba enamorado de ella, ¿cómo no estarlo? Sin embargo, no le correspondía reclamar a una mujer que, una vez fue suya, pero que ahora le pertenecería a un pueblo que vería a la sobreviviente de una matanza, a un miembro legítimo de la realeza, liderando el país; y quizá también le pertenecería a un hombre que fuese capaz de equiparar la valentía, el desenfado y el espíritu salvaje que vibraba en cada poro de la piel de esa magnífica mujer. Sabía aceptar las circunstancias de la vida con entereza, sin embargo, siempre estaría dispuesto a acoger a Aisha si ella lo llegase a necesitar, en cualquier momento. Casado o soltero. No importaba.

—Y yo creo —dijo Rafiq, incorporándose—, que es momento de que nos reunamos con mi abuelo. El gran día es mañana, y necesitamos ultimar detalles. ¿Estás lista, Aisha para todo lo que implica este plan?

Ella asintió con firmeza.

—Por supuesto. —Colocó la mano en el hombro masculino—: Rafiq, estoy agradecida de lo que hiciste por mí desde el día en que llegué a tu tribu. Cuando este plan llegue a su fin, tú serás el primero en gozar de los beneficios de tener una buena amiga dirigiendo el rumbo de Bhareib.

Él consideró decirle lo que sentía todavía por ella, pero prefirió callar porque el momento para ambos no era en esta vida. A partir de ese día sus destinos no volverían a cruzarse de la misma forma. Iba a perder a su amiga, y a cambio, Bhareib tendría una reina digna de su título. Poseía plena confianza en que Aisha lograría sus propósitos con éxito, pero mucho se temía por los problemas que, a solas, le tocaría enfrentar en un mundo en el que no había participado desde la matanza.

—Me alegrará algún día poder servirle —inclinó la cabeza, y al levantarla para mirar a Aisha, no existía atisbo de burla en sus pupilas—, Alteza.

La ciudad estaba adornada con flores que engalanaban el camino por donde pasaría el automóvil de los recién casados. Días atrás, con el anuncio del compromiso matrimonial, Bhareib se llenó de júbilo y alegría como no había tenido en mucho tiempo. Se trataba de una celebración más que bienvenida en tiempos difíciles. Ahora, esperando tras las vallas de seguridad de la calle, los vítores y aplausos se escuchaban como una constante en los alrededores.

La ceremonia era privada y, a diferencia de otras casas reales, la prensa no estaba admitida en el templo, tan solo un grupo de selectos invitados. Para los banquetes del día, almuerzo y cena, el número de personas convocadas era de doscientas. El rey de Bhareib no quería problemas, y por ese motivo su hermanastro, quien parecía tener tatuada esa palabra en la frente, no estaba invitado.

Mientras el jeque Sayeb, Rey de Bhareib, esperaba a su futura esposa, los veinte integrantes de la tribu Talippah —vestidos con trajes ajenos a sus colores tradicionales, con la finalidad de pasar desapercibidos entre la multitud— estaban estratégicamente colocados en diferentes puntos de la ciudad. Desde el desierto, en una de las cómodas jaimas, Rafiq y Umman monitoreaban a través de micrófonos los pasos de los suyos. Ningún detalle se había dejado de lado en el plan desde que supieron, mucho antes de que se hiciera público, que el Rey de Bhareib pensaba contraer matrimonio con una princesa de un reino cercano con minas de diamantes y pozos petroleros.

—¿Estás lista, Aisha? —preguntó Rafiq a través del pequeño audífono que la princesa llevaba en la oreja discretamente.

—Sí, lista —se giró mirándose de reojo en el espejo de cuerpo entero—, pero no me siento cómoda con este traje —rezongó.

Un entallado vestido de seda blanco, con pedrería y pequeñísimos diamantes incrustados a lo largo de las mangas que cubrían sus brazos, dejaba a la vista una figura de sirena. No era atrevido, ni recatado, sin embargo, invitaba a intentar descifrar cómo serían las formas que escondía la exquisita tela. El traje había sido confeccionado por las mujeres beduinos, a medida, con telas exquisitas que eran fruto del trabajo de negocios y trueques. Todos los beduinos de Talippah habían hecho sacrificios, porque sabían que Aisha iba a darles un mejor porvenir, que no iba a dejarlos ni a ellos, ni a los demás beduinos de alrededores, de lado y en último lugar al momento de crear sistemas de compensación y mejores servicios de acceso para ellos. Pero lo más importante era que reconocían en ella a la legítima heredera del reino.

—Te lo probaste una y otra vez, ya sabías que esta es la parte menos agradable de la ecuación —dijo con su habitual tono, calmado, Umman—. Eres una mujer hermosa, princesa, siéntete orgullosa de quien eres, y consciente de que tu misión es recuperar el trono, vengar la muerte de tus padres y hacer de este un mejor país.

—Lo sé... —murmuró, dándose una vuelta más frente al espejo con las manos en las caderas. Estaba en la habitación de una prima de Umman, Rhula, una anciana amable que no dudó en ayudarla. Aisha le debía mucho a esa maravillosa tribu que la había adoptado y preparado—. Gracias, Umman, por creer en mí.

—Esta es solo la antesala de una larga aventura. Depende de ti salir airosa —le dijo la voz del anciano a través del auricular.

—¿Dónde está la princesa Jamaya? —preguntó Aisha calzándose los zapatos.

Le gustaba el vestido que llevaba. Durante mucho tiempo estuvo acostumbrada a esconder sus

formas femeninas, y olvidarse de la vanidad, porque no tenía tiempo para esas boberías. Se sentía distinta, aunque no menos valiente. El equipo de esteticistas que Rafiq puso a su servicio esa mañana logró recordarle las maravillas que obraba el darse la oportunidad de mimarse un poco, sin importar el motivo.

Aisha llevaba una corona de oro blanco con un zafiro en cada punta, era pequeña, pero significativa, porque —a lo largo de los años—, ella misma se dedicó a buscar en las montañas y las minas del país una manera de imitar la corona que solía llevar su madre a eventos de Estado. De pechos amplios, cintura estrecha, y caderas sinuosas, ella estaba vestida para seducir, cautivar y reinar.

Por otra parte, le había tomado tiempo al estilista conseguir un corte de cabello que lograra, no solo domar sus rizos, sino darle forma a la sedosa melena. El maquillaje que llevaba consistía en kohl para realzar su mirada, y rímel para destacar sus largas pestañas. El labial era de tonalidad suave y aun así no lograba ocultar la sensualidad de sus labios llenos. Lo que se pretendía destacar era la herencia que los Al-Sabagh tenían como muestra distintiva: el tono castaño-dorado de los ojos. Una imagen valía más que mil palabras, y Aisha estaba dispuesta a demostrarlo.

—En la limusina que la llevará, junto con su familia que la acompaña, así como la comitiva que va en los automóviles de seguridad, hacia los límites de la ciudad —intervino Rafiq.

Aisha se tapó la boca de gozo.

—¿Lo han conseguido? ¡Es grandioso! —dijo mirando a Rhula, y esta sonrió.

—Sí, hemos reemplazado a todos los conductores asignados para la novia y su comitiva por los nuestros. Como no conocen el país, no tienen cómo darse cuenta si los caminos son demasiado largos o cortos. Lo que sabrán, en unas horas, es que la novia no estará en la ceremonia. Al menos no la novia esperada —aclaró Rafiq.

—Ya es hora de irme —dijo Aisha tomando una profunda respiración—. Esta es la parte más complicada...

—Nuestros hombres están dispersos, y a la primera alarma de que necesites ayuda estarán contigo y te sacarán de la capital —intervino Umman—. Aunque confiamos en que te las ingeniarás para completar el inicio de este plan con éxito.

Aisha sintió el corazón acelerársele por la adrenalina.

—Daré lo mejor de mí —dijo ella, mientras Rhula la guiaba hacia la salida de la pequeña casa. Una vez fuera sería escoltada con discreción hacia una limusina exactamente igual a la que estaba utilizando la princesa Jamaya, mientras era desviada a los límites de la ciudad—. Cambio y fuera.

Con la risa de Rafiq vibrando en su oreja por la respuesta más típica de un policía o un miembro del ejército que de una princesa, Aisha pensó en sus padres y en Kaspem. Lo que iba a hacer valía la pena, por ellos.

Sayeb observó la entrada del templo, forjado en mármol de carrera y adornos de oro, sorprendido. El sol que entraba a contraluz contorneaba la figura de una mujer hecha para convertir en pecador a un santo. Y él no era para nada esto último.

Al parecer, el Rey Kahlus y sus ministros habían cumplido el pacto, y la fuerte seguridad alrededor de su prometida, así como el anonimato tenía como propósito protegerla de posibles buitres que hubieran podido destrozar la posibilidad de un matrimonio como mandaba la ley ancestral: una esposa virgen para engendrar herederos cuya legitimidad no fuese puesta bajo cuestionamiento. ¿Qué opinaba Sayeb al respecto? Que era una reverenda estupidez. Sin embargo,

al sentir cómo la sangre empezaba a bullirle en las venas ante la idea de descubrir los secretos de esa princesa, lo consideró en esos instantes como un punto a favor de su ego masculino ante un escenario de conquista.

¿Machista? Quizá todos los hombres lo eran en poca o mayor medida; no existía blanco o negro en ese campo. Había nacido en un país en el que las mujeres no tenían voz ni voto, y se consideraban medios de reproducción. No obstante, su abuelo —una mente avanzada para el lugar en el que nació—, le enseñó algo diferente: respeto y justicia. Por eso estaba ahí ese día. Podía sumar a su formación de vida, lejos de su espíritu indomable y sus fogosas noches con mujeres, el haber viajado por el mundo; la apertura de mente que esos viajes le habían ofrecido para comprender realidades ajenas a las suyas no tenían precio.

Su mayor lección, después de ser consciente de los crímenes de Muffat y de su corte de enfermos mentales, era que jamás podría considerarse más hombre forzando a una mujer ni alguien más débil. Quien tenía que recurrir a la fuerza y la perversidad para tener compañía en la cama solo era un cobarde.

Nunca forzaría a una mujer a hacer algo que no quisiera ni la privaría de libertad, y eso era algo que trataba de convertir en ley en su país, hacer comprender que no servía de nada levantar una ciudad de oro con el interior lleno de mierda. Ese no era el Bhareib que él buscaba. Además, sabía que existían muchísimos detractores de sus políticas progresistas, y ese matrimonio era una forma de reivindicar su posición como rey y hombre de familia comprometido.

Debía enfocarse en ese día. Los planes para empezar a aperturar vías de inversión extranjera empezarían al concluir su Luna de Miel, la cual sería muy breve porque no podía perder tiempo para iniciar su cruzada de cambio en Bhareib. Por otra parte, Sayeb era sincero, y no podía negar que, en esos momentos, el lado cavernícola de su cerebro se sentía más regocijado ante la idea de ser el primer amante de la princesa Jamaya que de organizar estrategias de negocios.

De hecho, ansiaba estar en la recámara de recién casados para descubrir la persona que estaba a punto de convertirse en su reina consorte. Si ese cuerpo femenino tenía un rostro que lo equiparase, entonces concebir herederos con su futura esposa sería todo un placer.

CAPÍTULO 3

Las presentaciones entre los dos miembros de las Casas Reales que iban a contraer matrimonio se llevaron a cabo de forma breve. Sayeb notó que, junto a su prometida, a modo de acompañante delegado, estaba un hombre con trajes típicos de Riathop. Y claro, no se trataba del rey ni de ninguno de los ministros que él había conocido durante la firma del acuerdo nupcial semanas atrás. Le pareció extraño. Aunque tenía conocimiento de que la comitiva que estaría presente no era numerosa, tampoco tan reducida para que fuese solo una persona. Su equipo de logística tenía en claro lo que debía hacer para un total de quince personas. Así que, ¿dónde estaban las catorce personas restantes incluyendo todos los miembros de la monarquía?

—¿Dónde están los reyes, princesa Jamaya? —preguntó Sayeb, con las manos tras la espalda y los pies afianzados en el mármol con la misma firmeza que tomaba decisiones día a día—. Sé que venían en un automóvil hacia el templo, y los ministros en una segunda limusina. Usted era la única que, al final, se decidió que llegaría primero, para luego encontrarse con su padre quien la entregaría en este altar.

La mujer se aclaró la garganta con suavidad.

A través del pesado velo que tapaba su rostro, Aisha era incapaz de observar los detalles a su alrededor con claridad, pero su entrenamiento le daba la posibilidad de agudizar los demás sentidos. Debía agradecer que al menos podía respirar. Cuando tuviese voz y voto lograría que esos jodidos velos dejaran de existir como una obligación, y fuesen opcionales para las mujeres.

—Consideraron que sería una muestra de confianza hacia usted y su pueblo, Majestad, entrar sola, en un inicio —replicó con suavidad utilizando la mentira que tenía aprendida si un escenario como aquel se llegase a dar. Nada deseaba más que hundir una daga en el costado de ese malnacido, a pesar de que la voz profunda del rey le causó un indeseado cosquilleo en la piel—. Quien me ha guiado por el pasillo ha sido mi tutor desde que cumplí un año, la persona de mayor confianza en mi círculo personal, otra muestra de que mi padre está satisfecho con el acuerdo establecido para esta alianza. Delegar en un tutor del rango de Abdul es en nuestro país una de las muestras de humildad más altas, en especial en una ocasión como esta. —Eso acababa de inventárselo, y confiaba en que el ignorante de Sayeb no se hubiese tomado la molestia de aprender las costumbres del pueblo de la mujer con la que iba a casarse. Porque sabía que ese hombre que estaba frente a ella era un salvaje que aparentaba refinamiento, gracias a los costosos ropajes que usaba, producto de los saqueos. Despreciaba tanto a Sayeb como la historia que lo precedía. Si pudiese estrangularlo en ese instante, lo haría; aunque quizá la daga que guardaba entre los pliegues internos del vestido sería mucho mejor. Sonrió para sí.

—Si no están presentes, entonces daremos inicio a la ceremonia. —Ella asintió, aliviada. Lo consideraba un bruto tiránico sin educación ni perspectivas de la vida. «Menudo trabajo que

tendría por delante para tolerarlo». — Los documentos para casarnos están firmados. Este es un detalle y nada más —agregó el rey de Bhareib.

—Usted es el rey, y lo que diga es ley aquí en su pueblo, Majestad —murmuró fingiendo sumisión. Odiaba esa parte de la puesta en escena—. Técnicamente, mis padres ya me han confiado a su cuidado, y solo hacen falta nuestras rúbricas que nos declararán oficialmente casados. Ese documento valdrá más que ningún otro.

Sayeb frunció el ceño, pero debido al grosor del velo, a ella le fue imposible distinguir ese momento. Se preguntaba si todas las mujeres de Riathop eran así de sumisas. Prefería una persona con opiniones, pero dado que se trataba de un matrimonio de conveniencia eso carecía de interés en su lista de prioridades.

—Parece muy conocedora de las leyes y manejos de los protocolos de reino, princesa Jamaya —dijo Sayeb con amabilidad—, tal como su padre me indicó que había sido parte de su formación. Me complace notarlo. Lo que diga yo —dijo esto último alzando la voz, y girándose de forma breve hacia los que ocupaban el templo como testigos, para que escucharan sus palabras—, es la ley, y empezaremos la ceremonia sin la presencia de los reyes de Riathop y sus ministros. Nos alcanzarán cuando les sea posible. Es una orden real.

Nadie osaría contradecir al rey menos el día de matrimonio.

Veinte minutos después, entre los aplausos al interior del templo, Aisha y Sayeb fueron declarados marido y mujer, Reyes de Bhareib. De acuerdo a las normas tradicionales, cuando una princesa —que no era primera en la línea de sucesión al trono de su país nativo— se casaba con un monarca de un reino ajeno al suyo, perdía cualquier autoridad en su país de nacimiento. Lo único que permanecía con ella era su herencia, así como los derechos vinculados a bienes materiales al momento de la muerte de su padre, el rey de Riathop en este caso. Su título real correspondería de ahora en adelante a la Casa Real de Al-Kahalel, antiguamente, Al-Sabagh.

—Por favor, Majestades, pasen a firmar este documento —pidió el ministro oficiante señalando un pequeño escritorio con esferográficas de oro que reposada a un costado del altar. Sayeb estampó su firma de trazo rápido y frugal.

Aisha sentía que las manos le temblaban.

—¡Detengan esta farsa, ahora! —exclamó alguien desde el umbral de la gran puerta de más de dos metros de altura y adornada con intrincados tallados arabescos.

En ese templo que poseía cientos de años de antigüedad se habían casado todos los reyes de ese pequeño pueblo castigado por la historia y los rebeldes. Era el sitio en el que, alguna vez, Aisha creyó que contraería matrimonio por amor, tal como lo hicieron sus padres. Qué irónica era la vida. Concedía los deseos, pero con un ligero —y no siempre tan alegre— giro en el contexto.

Aisha aprovechó esa distracción para escribir su nombre completo junto a la del hombre que a partir de ahora sería, irrevocablemente, su esposo.

Aisha bint Hassab Al- Sabagh, reina de Bhareib.

Con el rostro furioso, el Rey de Riathop cruzó el umbral, seguido de la reina Latiffah y un séquito de ministros, no sin antes dejar pasar a la persona que debería estar en el altar casándose, la princesa Jamaya.

Entre una y otra escena, Sayeb bajó la mirada hacia el documento que acaba de firmar, y al leerlo contuvo la respiración. Sin prestar atención a la comitiva que estaba a punto de llegar hasta él, para intentar evitar lo que ya no tenía vuelta atrás, se aproximó sin contemplaciones y levantó el velo de Aisha. Se quedó mirándola como si jamás hubiese visto algo tan hermoso. Sin embargo, la impresión se transformó en una furia heladora. Aisha, con la temeridad que la caracterizaba se quitó el velo. Sayeb la tomó de los hombros rompiendo la habitual contención que procuraba

proyectar.

—¿Qué demonios? —preguntó, pero los ojos castaño-dorados de Aisha eran más elocuentes que cualquier prueba—. ¿Cómo es posible...?

Geeza y los ministros de Bhareib estaban tratando de contener la crisis, mientras miembros de un equipo de seguridad acordonaba la salida.

La familia Riathop, Geeza y los ministros de ambos reinos se enzarzaron en un debate verbal para intentar hallar la forma más adecuada de manejar lo que estaba sucediendo sin alertar a los ciudadanos que esperaban a los recién casados. Mientras eso ocurría, Aisha era consciente de que, en el desierto, Rafiq y Umman, así como el resto de infiltrados estaban escuchando todo el despelote que estaba armándose. Ella solo debía decir una palabra para que acudieran en su rescate.

—¡Silencio! —gritó Sayeb. Su voz fue como un látigo que silenció hasta el último murmullo. Miró a Aisha—: Irás detenida por este caos.

Ella tuvo la audacia de mirar a su alrededor y reírse. Se zafó del agarre de Sayeb y se ubicó en el centro del templo. Era la viva imagen de cómo una reina debería dejar sentada su posición e importancia ante públicos pequeños o grandes.

Geeza iba a intervenir dando una señal para que el equipo de seguridad se llevase a la persona que estaba haciéndose pasar por la princesa Jamaya. Sayeb, que empezaba a recuperarse del impacto de lo ocurrido al ver a la muchacha que había rescatado tiempo atrás ahora convertida en una hermosísima mujer, y ahora su esposa, le hizo una señal para que se mantuviese al margen. Con una discreta señal del rey Sayeb al jefe de su equipo de seguridad hizo que los agentes mantuviesen una distancia prudente de Aisha, así como de la familia real de Riathop.

—Gracias por venir hoy —dijo Aisha sin un atisbo de mofa e ignorando cómo la mirada de Sayeb era capaz de traspasarle la piel, no de pasión, sino de rabia e incredulidad. Lo podía comprender, pero no estaba para aplacar emociones ajenas —. Soy la princesa Aisha bint Hassab Al-Sabagh, legítima de nacimiento, y ahora legalmente reina de Bhareib por matrimonio. —Las expresiones de asombro e incredulidad de quienes recordaban la historia del país no se hicieron esperar—. Sobreviví a la matanza de mis padres y hermano, trece años atrás; a la devastación de mi país, mi cultura y todo aquello que conocí como mi hogar. Desde que escapé he vivido en el desierto, preparándome, física y mentalmente, para cuando llegase el momento de ocupar el sitio que, por derecho me pertenece. —Miró a Jamaya—: En ningún instante fue mi intención causarle una afrenta, y lo único que puedo decirle a modo de explicación es que este es mi pueblo, mis raíces, y he llegado para tomar posesión de todo lo que alguna vez me fue arrebatado.

—¡Esto es un atropello a todos los convenios internacionales! —exclamó de nuevo el Rey de Riathop. Su esposa e hija estaban en silencio y sorprendidas.

—Solicitamos la anulación de ese documento matrimonial. Esas tres firmas estampadas hoy no son suficientes —intervino, sin poder evitarlo al parecer, uno de los ministros de Riathop, con el rostro enrojecido de la furia—. La princesa Jamaya es la única que puede coronarse hoy ante el pueblo.

Aisha le dedicó una mirada compasiva. La misma que se le dedicaría a un ignorante que procuraba dárseles de sabihondo. Sayeb sabía lo que llegaría a continuación, así que se limitó a apretar los labios y apretar los puños a los costados.

—Simbolismo el tema de la coronación, pero, lo ilustraré —dijo la reina de Bhareib inclinando la cabeza hacia un lado. Su cabello lustroso invitaba a desear tocarlo o quizá se trataba solamente de Sayeb siendo gobernado por una mezcla de lujuria, rabia, y desconcierto—. Al parecer existe un desconocimiento de cómo funciona mi país... Los matrimonios de la monarquía

en Bhareib solo pueden ser anulados por la autoridad máxima de un país: miembros de la familia real nacidos, criados y descendientes del linaje Al-Sabagh, en este caso, yo. —Miró a Sayeb—: Una persona que ha ocupado el trono como herencia de una rebelión, que causó la muerte de muchos ciudadanos, incluyendo el asesinato de la familia real anterior, así como de incontables integrantes de la fuerza pública, militar e inocentes bhareibianos, no posee la legitimidad para tomar una decisión de un nivel tan importante como es anular una unión real que, como han sido testigos, es oficial y legítima. Cualquier otro documento firmado fuera de este templo es un mero acuerdo financiero o de negocios. Yo —sonrió de nuevo, observando su entorno como si fuesen ellos pequeñas hormigas—, no deseo la anulación de este matrimonio.

—Es suficiente —interrumpió Sayeb—, no voy a permitir que entre aquí a usurpar el lugar de una persona, además de insultarme a mí o a mis invitados. —Geeza meneó la cabeza, porque sentía que el carácter imprevisible del rey podía aparecer de un momento a otro y no habría nadie para sugerirle lo contrario. El consejero y asistente personal del rey era también consciente de que Aisha era la verdadera dueña del show a partir de ese instante—. Si usted dice que tiene testigos, entonces todo esto se trata de un complot de fuerzas rebeldes para desestabilizar...

—Por favor, no intente comparar al genocida de su padre conmigo ni quienes tuvieron la decencia de ayudarme estos trece años —dijo Aisha con firmeza, mientras elevaba la mano para acallar a Sayeb, y caminó hasta encontrarse frente a él. Un escalofrío le recorrió la piel; no contó nunca con el impactante atractivo de ese hombre. «Enfócate en lo importante».

Sayeb no quería armar más contratiempos del terrible escándalo que estaba llevándose a cabo en esos momentos. Impuso toda su altura a Aisha, la agarró con firmeza de la mano, y se giró hacia el público. La mirada de Geeza era elocuente para Sayeb: la batalla sobre la legitimidad de su matrimonio y la identidad de la mujer que estaba a su lado estaba perdida. Sin embargo, el rey encontraría la manera de hacerle pagar a la curvilínea mujer el haberle arruinado los proyectos para Bhareib, así como la humillación e insulto público al decirle que su padre había sido un genocida. No porque fuese mentira, sino por lo inadecuada de la acusación en ese momento. Al parecer su flamante esposa tenía poco respeto por los filtros al momento de hablar en eventos sociales. ¿Qué tanto daño causaría este nefasto evento en el futuro? El rey de Riathop era soberbio y muy complejo. Parecía toda una hazaña diplomática que los hermanos, de la que era su verdadera prometida, no hubieran pedido una compensación en ese mismísimo instante. Y por “compensación” se entendía una cuantiosa porción económica o cesión de tierras para aplacar la afrenta causada.

Aisha trató de zafarse del agarre de Sayeb, pero la fuerza de él era contumaz. Ella evitó soltar un bufido, porque ya había conseguido lo que quería. Ahora le tocaba bajar ligeramente la guardia para poder analizar con mente fría el panorama.

Quedaban muchas luchas, en especial deshacerse de los fosos de tortura y el despreciable harén, hasta lograr la reconstrucción de una nación con bases progresista. Poseía una mala imagen de Sayeb, y sin importar lo sensual que fuesen sus labios, el misterio que parecía guardar su mirada, o la fuerza viril que emanaba de forma natural su presencia, iba a hacerle pagar por el sufrimiento del pasado. ¿Rencorosa? Sí. Lo último que deseaba era equipararse a los demás países de Oriente Medio, y hallaría otras formas de castigar a Sayeb y la panda de imbéciles que le rodeaban. El tiempo le quedaría corto, pero trabajaría con firmeza en leyes para respaldar a la mujer; le daría voz y voto; erradicaría las costumbres ancestrales arcaicas, y no olvidaría darles la recompensa a los beduinos que la salvaron.

—Trataremos este asunto en privado —dijo Sayeb conteniendo las ganas de largarse de allí e ir a refugiarse cabalgando, para así evitar cometer un homicidio premeditado—. El pasado no

tiene por qué juzgarse en este templo. —Miró alrededor—: Ante los ojos de la Divinidad, y ustedes, Aisha es mi esposa; y yo seguiré siendo el Rey de Bhareib. Espero que este impase diplomático sea llevado del mejor modo por el bien de nuestros países —explicó Sayeb. Menoscabar la posición de Aisha sería hacerlo contra sí mismo, no era estúpido y las largas horas con expertos en diplomacia internacional le habían enseñado bien. «Después ajustaría cuentas con la reina Aisha», pensó burlescamente al recordar el título que ahora poseía. «Condenada mujer»—. Es lo último que diré en referencia a este asunto, y por supuesto, Majestades y Altezas —dijo mirando al rey Kahlus, la reina Latiffah, y la princesa Jamaya, así como a los hermanos de esta última—, son bienvenidos a quedarse en el palacio para participar de las celebraciones.

—Gracias, rey Sayeb, aceptamos su invitación —el rey Kahlus se aclaró la garganta—, y comprendemos que ha sido una situación... especial.

La reacción del rey Kahlus era pacífica, sin embargo, no se conformaría con una disculpa por circunstancias “impensadas”. «Las afrentas a Riathop, se pagaban, en especial si involucraban a su única hija». Además, su país estaba tan comprometido con peligrosos millonarios asiáticos que fue ese el único motivo por el que aceptó ese pacto matrimonial, ahora fallido, porque había representado su tabla de salvación. Ver casada a su preciosa hija con ese bastardo de sangre de las cloacas le causaba estupor, pero Jamaya sabía que su vida estaba ligada al bienestar financiero y político de Riathop. Al menos sabía que, en un futuro próximo, podría conseguir una alianza con más alcurnia para su hija. No obstante, no se iba a ir sin hacer que Bhareib pagase una compensación por la humillación. Encontraría la forma, eso, seguro.

Aisha, ajena a la furia que bullía en la cabeza de Kahlus, dirigió su leonina mirada hacia Geeza con altivez.

El hombre de confianza de Sayeb reconoció que estaba ante la viva imagen de la fallecida reina Ishla Al-Sabagh. El consejero, al igual que todos los ministros de Bhareib, inclinaron la cabeza hacia ella poco a poco. Con o sin pruebas de ADN, eran conscientes de que la mujer no mentía. Incluso, a regañadientes, la comitiva de ministros de Riathop, excepto los integrantes de la familia real como era de esperar, inclinaron la cabeza hacia la nueva reina.

Si el Rey de Bhareib aceptaba la historia de su esposa como válida, nadie podía osar contradecirlo. Lo que ocurriese internamente en el palacio a partir de ese momento ya sería asunto de la comitiva que el rey escogiese para todas las verificaciones pertinentes en lo vinculado al testimonio de Aisha. Exigir que ese matrimonio se anulase solo podría concretarse si la comitiva no hallaba pruebas irrefutables, contundentes y sólidas.

En los libros de la historia se necesitaban documentos que incluían resultados de pruebas de ADN. Ningún miembro de una Familia Real daba explicaciones. Y Sayeb tenía que pensar muy bien cómo manejaría ese enredo. De momento su preocupación era controlar cada pequeño paso que diese Aisha. Ignoraba quiénes habrían ayudado a burlar la seguridad de los guardaespaldas de la Familia Real de Riathop, pero hallaría a los culpables tarde o temprano.

—Debemos irnos —dijo Sayeb con voz fría para que solo su esposa lo escuchara. Antes de que fuesen cobijados por un resguardo de seguridad estricto, ella lo miró un breve instante antes de hacerlo hacia el público.

Su mano continuaba agarrada por la de Sayeb. De hecho, podía sentir cómo él, inconscientemente, apretaba sus dedos variando la presión, según cuán enfadado estuviese. El toque se podía comparar al de una descarga eléctrica. Jamás le había ocurrido semejante impacto el toque de otro ser humano.

Ella se aclaró la garganta.

—Soy la única sobreviviente en la línea de sucesión, por lazos de sangre, al trono de la Casa

Al-Sabagh de Bhareib. Jamás me hubiese arriesgado a venir hasta aquí si fuese sido una impostora. Entiendo que la pena de muerte todavía no ha sido abolida. La Casa Al-Kahalel pasará a la historia, porque jamás fue legítima. Todos estos detalles serán tratados en los próximos días. —La gente abrió y cerró la boca. Sayeb estaba al límite de su paciencia, pero agarrar a la mujer y sacarla sobre el hombro no parecía la mejor idea, por más de que lo ameritase. ¿Qué carajos se creía que estaba diciendo? El nombre de una casa real no podía cambiarse porque a ella le diese la gana, y él no era Muffat; no estaba reinando porque le gustara la idea, sino porque era lo mejor para Bhareib a tener que soportar las vejaciones e indignas actuaciones de Oromo—. Así que, amparada en la Ley Monárquica de Bhareib, si alguien tiene la capacidad de anular este matrimonio soy yo, mas no el rey Sayeb —lo miró—, y ahora... mi esposo. Sé que es atípico el escenario en el que nos encontramos, así que les agradezco que me hayan escuchado —concluyó con suave elocuencia.

—Nos largamos, ya, y hazlo con calma —siseó Sayeb al oído de Aisha.

Pronto, los invitados se pusieron de pie, unos aplaudieron, otros intercambiaban airadas opiniones, aunque la tónica general era de incredulidad, sorpresa, y también la certeza de que ese sería el cotilleo internacional más sonado durante las siguientes semanas. Estaban prohibidos los teléfonos móviles y las fotografías, aunque eso no impedía que la información se divulgase con datos de más o de menos.

Ambas Casas Reales contaban con la ventaja de que el rostro de la princesa Jamaya era desconocido para cualquiera fuera del templo, así que presentar a Aisha en el balcón real no sería un problema. La historia que explicase la reaparición de Aisha Al-Sabagh, después de trece años, era un asunto por completo aparte, porque lo que se dijera a los ciudadanos no solo reabriría viejas heridas sufridas a manos del rey anterior, sino que volverían a percibir a Sayeb como el hijo de un matón. El panorama no pintaba en absoluto optimista.

Los monarcas empezaron a caminar, guiados por la guardia real, para sortear el público congregado en el exterior y llegar de una buena vez hacia las limusinas blindadas que aguardaban para trasladarlos.

—Acepto el comentario porque resulta que hoy estoy de buen humor —replicó con fastidio. El toque de Sayeb le causaba cosquilleos y se sentía ridícula por ello.

—Fue un discurso atrevido y será mejor que recuerdes que debes moderar el tono de voz —dijo él—. A mí no me importa que seas la reina de los croissants o helados italianos. Debes entender que soy el Rey, y la entrada que acabas de hacer solo complica el clima de convivencia en un país erosionado por la falta de trabajo.

La voz que empleaban era airada, tensa, rabiosa, pero suficientemente baja para que no fuese escuchada por ningún curioso.

—No eres quién para darme órdenes sobre cómo utilizar mi voz —replicó sin cortarse—. Si existe una crisis en Bhareib es porque tienen un líder a quien le queda demasiado grande el título.

—Soy tu rey, y tu esposo —dijo Sayeb indignado ante tal nivel de insolencia —, así que te conviene mantener la boca cerrada. Al ponerme en evidencia también te pones tú en ridículo. Recuerda que acabas de firmar un papel en el que, cualquier acción o palabra, nos compromete. Al menos, hasta que se compruebe la veracidad de tu origen... Porque de no ser así, créeme, que tu atrevimiento te costará varias décadas tras las rejas.

Ella lo miró, irritada.

—No eres mi dueño, ni mi guardián, y menos el indicado para darme lecciones de moral —bajó más la voz y agregó—: Eres un mercenario, ignorante, que solo ha disfrutado de lo que dejaron detrás los asesinos que tenías como familia. He venido a reclamar lo que me pertenece.

—No te pases, mujercita —dijo él, entre dientes. Creía que iba a salirle humo de las orejas ante los insultos que no podía devolver. Jamás había sido un hombre que vejase verbalmente a las mujeres, y con Aisha estaba costándole controlarse para no caer en la tentación de mandarla al demonio.

—Tú solo eres un accesorio desechable, no te confundas al creer que tienes el poder. Posees el título, pero bajo toda esa ropa costosa eres un miserable. Así que, Sayeb, solo tienes que decirlo y te concederé el divorcio. Apenas tengas en tus manos las pruebas irrefutables de mi origen, lo haré posible... Aunque si no me has enviado a detener hasta ahora es porque sabes que no miento sobre mi identidad.

—Para ser una recién llegada desperdicias tus posibilidades de ganarte mi voluntad... —Ella enarcó una ceja—. ¿Acaso no sabes que es más sencillo atrapar abejas con miel que con vinagre?

Aisha ignoró el comentario. Lo último que quería era ganarse la voluntad de ese idiota. Solo deseaba echarlo de Bhareib.

—Podrás regresar a tu vida fútil y silvestre en algún yate alrededor de Myknos o cualquiera que sea la isla en la que sueles ir a perder el tiempo, Sayeb.

—He luchado mucho por guardar las apariencias, pero si continúas con tus insolencias, entonces tendré que encerrarte en una de las catacumbas para que aprendas a sortear los avatares de la soledad, hambruna e incluso torturas.

Aisha meneó la cabeza. Como si él hubiese dicho que era capaz de matar un rinoceronte de un soplo.

—Si tratases de llevarme a alguna parte contra mi voluntad, en poco tiempo tendrías la garganta degollada o podrías sufrir un accidente. —Ella esbozó una sonrisa burlona—. Créeme, Sayeb, he pasado peores situaciones. Aparte, qué mal se vería un rey practicando costumbres arcaicas en pleno siglo veintiuno. Mala prensa. Creo que muchos de los países árabes ya tienen suficientes prejuicios o verdades que tratar de encubrir, ¿en serio quieres aumentar la lista y poner a Bhareib en ella?

—Disfruta este breve momento, Aisha. Si pretendes hacer el día a día un infierno, entonces prepárate para disfrutar del tuyo.

En ese instante, el teniente Ramma los interrumpió para explicarles la ruta que tomarían una vez que entrasen en el automóvil. Sayeb creía que tarde o temprano se iba a quedar sin nudillos de tanto apretarlos. Aisha era una mujer exasperante, exigente, y además jodidamente hermosa.

Él estaba agotado por toda la información que estaba digiriendo. Una Al- Sabagh. La muchacha que él había salvado de ser decapitada y violada, ahora amenazaba su posición de líder. Necesitaba ser fuerte y convencerla de que eran un equipo mientras estuviesen de frente al público. Como sabía que a Aisha le escocía la duda alrededor de su legitimidad como miembro de la realeza árabe, Sayeb pensaba disfrutar ese detalle. No iba a darle la razón diciéndole que sí, efectivamente, él sí sabía que se trataba de la descendiente de la anterior casa real.

—Majestades —dijo Ramma con una inclinación de cabeza—, los protocolos de seguridad han sido elevados al máximo.

—De acuerdo —replicó Sayeb.

Aisha aprovechó el bullicio de alrededor, y el movimiento, para quitarse con discreción el auricular que todavía estaba en su oído, antes de echarlo a una pequeña fuente de agua del templo para que se echase a perder. Esa era la única prueba que podría llevar a localizar a sus queridos Umman y Rafiq, así como el resto de maravillosos beduinos Tallipah, si ella no lo desactivaba. Solo podía ser con agua o presionándolo con el zapato contra el concreto, pero esta última opción resultaba demasiado obvia, así que aprovechó la coyuntura para echar el auricular al agua.

Sayeb no era imbécil, y con el rabillo del ojo reparó en el sutil movimiento. Con una inusitada calma, le pidió a Aisha que entrase primero hacia la limusina, y cuando estuvo seguro de que él estaba fuera de su campo visual, Sayeb hizo una seña a su jefe de seguridad para que recogiese todo cuanto había en esa fuente.

Instantes después, con una gran calma, se unió a Aisha en la limusina. Iba a un paso adelante. La mujer quizá era rebelde y osada, pero había perdido la suspicacia que suele desarrollarse cuando vives en la civilización más que en el campo o el desierto. Una lástima, pero la desventaja de uno era la ventaja del otro.

—¿CÓmoda? —preguntó Sayeb, burlonamente.

—Algo —replicó Aisha.

La misión había sido un éxito; lo sabía ella, y también el equipo de personas que se unieron a su causa. Sin embargo, el pacto consistía en que debían cortar todo contacto hasta que todo estuviese seguro, en especial la posición de Aisha en el palacio; sin dudas ni cuestionamientos sobre su procedencia. Solo entonces, y en caso de emergencia, ella podría considerar reconectarse con los Tippah.

—¿Has vivido en el desierto todo este tiempo?

—Puede —murmuró.

—Vaya, de pronto, en un lugar cerrado las palabras que salen de tu boca son solo monosílabos. ¿No estarás teniendo un ataque de pánico, verdad, Aisha?

Ella no iba a aceptarlo, pero estar encerrada en ese automóvil con él, a solas por primera vez, empezaba a causarle claustrofobia. Habituada al aire libre, al ir y venir según le parecía, el súbito regreso a lo que era la vida de ciudad empezaba a cobrar un matiz diferente al que habría esperado. Quizá subestimó su capacidad de rápida adaptación. No era una salvaje, y viajaba alrededor, pero no con todo el bagaje que —en esos momentos— implicaba su retorno a la inmensa ciudad capital, Vasulh.

—Pfff. Me gusta el silencio, y me estás aturdiendo —replicó.

Las voces de los agentes en el exterior, entremezcladas con el eco de los vítores del pueblo a lo lejos, ya no existía. Aisha acomodó su cuerpo en el asiento de cuero. El simple aroma a nuevo, y limpio, evocaba los incontables paseos que había hecho con sus padres para visitar comunidades alejadas de Vasulh, llevando buenas noticias; también recordaba los meses más calurosos en los que viajaban en el avión privado, con una pequeña comitiva, hacia la casa que tenían en Suiza y otra en Austria.

Cerró los ojos tratando de recuperar la calma. Ponerse sentimental era un error. Cualquier emoción que no fuese orientada a preservar su trono y echar a Sayeb de Bhareib, no valía la pena.

—Lo que acabas de hacer tiene un alto precio —dijo Sayeb, con veneno y serena entonación al mismo tiempo—. No hay que ser un genio para saber que no actuaste sola. Créeme, todas las personas que han formado parte de este complot, serán encontradas y castigadas. Que no te quepa ninguna duda.

Ella torció el gesto. Se sentía un poco sobrepasada, pero los peores días no tardarían en llegar. Además, estaba incómoda con toda esa ropa y maquillaje.

Nada deseaba más que quitarse ese precioso, aunque demasiado elegante, vestido. Hacía años que no se ponía zapatos que no fuesen las botas altas para el desierto. Sus pies no parecían contentos al estar sometidos a esa tortura.

—Tan solo he venido a reclamar los derechos que me robaron a sangre fría —replicó sin mirarlo.

Su valentía brillaba al más alto nivel cuando ella estaba en un escenario conocido o rodeada

de personas con el mismo propósito, pero en el interior de ese lujoso automóvil, no existía nada que pudiese hacer, salvo esperar, y tratar en pocos minutos de aclimatarse a un entorno del que había estado apartada años.

—Cuando hablo, me tienes que mirar —zanjó Sayeb, mientras el automóvil empezaba a cobrar velocidad—. Soy el rey, y tú...

Aisha giró el rostro, con deliberada lentitud, y enarcó una ceja.

—Y yo, la reina, ¿qué te parece? —replicó. Estaban de igual a igual, y ella pensaba recordárselo a partir de ese instante.

Sayeb se debatía entre las ganas de besar esos labios exuberantes o dejarla en medio del desierto, a pleno sol, por un par de horas para que recapacitara su rebeldía. Era irónico cómo la vida le daba las respuestas. Se había preguntado incontables ocasiones qué habría sido de la princesa que salvó tiempo atrás, y ahora tenía la respuesta: estaba a su lado, amenazándolo, desafiándolo, y convertida en una belleza arrebatadora que, además, era una piedra en el zapato. Aisha no lo había reconocido, y Sayeb no sabía si considerarlo un punto a su favor o en contra. Aquella infame noche, sus facciones estuvieron a la vista debido al escondite y todo el caótico entorno de la incursión de Muffat. Sería imposible que ella pudiese recordarlo.

Él esbozó una sonrisa cruel; había trabajado seis puñeteros años, viajando de un lado a otro, desvelándose para aprender todo aquello que hacía falta para empezar a levantar de las cenizas ese país. Así que, antes de que pudiese considerarla una igual o digna de ser una reina, Aisha tendría que ganarse ese derecho.

—Me parece que el título real no tiene por añadidura el respeto, porque este último hay que ganárselo, no exigirlo. Y si te llamo por el título de *reina*, no implica que te considere a su altura; así como tampoco te considerarán otros. Ignoras lo que ha pasado durante este tiempo. —Cuando ella fue a protestar, Sayeb no se lo permitió, y agregó—: Las noticias que lees contienen verdades y datos falsos; hay muchos rumores. El día en que tengas plena conciencia de los hechos que forman parte de este país, entonces podrás juzgarme.

El comentario le sentó a Aisha como un balde de agua fría. En ese pequeño espacio, con la adrenalina saltando por doquier, sabía que sacar la daga que escondía bajo el vestido sería imprudente, aunque no por eso menos placentero.

—Intenta recabar hechos sobre mí antes de emitir prejuicios a mi alrededor, así como juzgar mi criterio o percepción —murmuró Aisha—. Va en doble vía.

Se cruzó de brazos y volvió la mirada al frente, ignorando a su acompañante por completo. Tenía mejores cosas en las cuáles pensar, que aplicar una de sus tácticas de lucha a ese imbécil mercenario.

—Lo haré, Aisha. Créeme. —Ella lo miró de reojo—. Puedes hablar en privado lo que te parezca, pero en público, más te vale controlarte.

—No subestimes mis posibilidades —dijo antes de volver su mirada al frente por completo—. Yo soy la sangre real que tú jamás llevarás en tus venas; mi pasado está marcado por la tragedia, pero procuraré que el futuro que voy a construir sea totalmente diferente para mi pueblo. No te voy a permitir que con tus hábitos lujuriosos mantengas la imagen internacional de que aquí es Sodoma y Gomorra. Así que puedes empezar a reconsiderar tus hábitos lúdicos a partir de hoy.

Sayeb echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Esa risa fue para Aisha como beber de una taza de exquisito chocolate caliente. Se aclaró la garganta y giró la cabeza hacia la ventana izquierda. Observaba a los lugareños agitando banderas, gritando de alegría, pero no conocían el rostro de quién era la persona que ocupaba la limusina junto al rey.

—Me pregunto qué fantasías extrañas se han formado en tu cabeza —replicó él con voz calmada.

—Es irrelevante —murmuró Aisha.

Él sonrió de medio lado.

—Mmm... Al menos con la princesa Jamaya todo habría fluido mejor. Con la experiencia que tiene, ella no hubiera caído en el mal gusto de sacar un tema sobre mis actividades —hizo un gesto con la mano desmereciendo el comentario de Sodoma y Gomorra que había hecho Aisha—, lúdicas.

—Oh, no sabía que estabas encandilado con ella, una pena que no hayas podido casarte con ese dechado de virtudes —dijo encogiéndose de hombros.

—Juzgarme antes de tiempo te puede perjudicar, Aisha.

—¿Me estás amenazando, *esposo*? —preguntó mirándolo con desprecio.

—Claro que no —sonrió con perfidia—, aunque puedes llevarte una gran sorpresa. Además, si los exámenes de ADN son positivos, entonces necesitarás de mi guía para poder sobrellevar situaciones a las que has estado desacostumbrada. Por cierto, aplaudo a tus tutores de teatro, porque ese tono sumiso con el que me hablabas te quedaba perfecto durante la ceremonia. Deberías practicarlo más.

Ella torció la boca.

—Sabes que soy una Al-Sabagh. Lo que tengas que hacer o no para ratificarlo es un mero trámite diplomático, político y social. No en ese orden. Más te vale guardarte las espaldas.

—Oh, tan poco tiempo de conocernos y ya piensas en clavarme un puñal. —Se inclinó hacia ella, pero Aisha no se movió. Aunque no por eso el aroma a sándalo y la cercanía física de Sayeb dejaron de causarle un ligero ardor entre los muslos. Le latía el corazón de prisa. «¿Qué demonios es esto, Aisha?». — El país se encuentra en una situación crítica, y hay un importante acuerdo que tenemos que finiquitar con el Gobierno de Suiza y el Gobierno Australiano. Con tu show de hoy has retrasado la posibilidad de concretar esas conversaciones, así como nutrir al país de mejores recursos a través del pacto matrimonial con Riathop.

En esta ocasión Sayeb recorrió la mano de Aisha con sus dedos. La sintió temblar. Sonrió.

—Las posibilidades en los negocios son ilimitadas. De seguro eres simplista o cómodo para hallar alternativas.

—Intenta guardar tus garras para el momento adecuado... *esposa*. De frente al público este es un matrimonio feliz, puertas adentro puedes hacer lo que se te venga en gana. —Aisha le apartó la mano con desdén, pero él no se lo tuvo en cuenta.

De hecho, se quedó tan cerca de ella como le fue posible, para incomodarla, y no le importaba si en el proceso él sufría un acceso de lujuria ante las ganas de quitarle esa pose de mujer intocable con sus caricias. Quizá necesitaba llamar a su amante en Suiza; había pasado demasiado tiempo desde la última vez.

Aisha quería culpar a las emociones del día por experimentar aquel palpito de anhelo en su sexo. Su única pareja había sido Rafiq, y desde entonces ya contaba cinco años. Se suponía que una princesa que se casaba para acceder al trono tenía que ser virgen, pero ella no necesitaba demostrarle nada a nadie. Porque su acceso a la posición real más alta le pertenecía por derecho de nacimiento. Además, despreciaba la doble moral, ¿por qué el hombre no se mantenía casto también hasta que se casara?

Aquella pregunta sería un escándalo dicha en voz alta en un país conservador, pero para Aisha resultaba un cuestionamiento normal. Gran parte de su apertura de mente se debía a las ideas que aprendió de un aventurero australiano que fue a vivir con la tribu durante siete meses. En un inicio

se sintió deslumbrada por las historias que Atticus relataba sobre una cultura tan lejana y tan distinta. No podía negar que lo simpático y carismático del extranjero fueron un punto que la impulsaron a querer escuchar más de él y su vida. Los relatos no eran simples tonterías, sino la realidad. Atticus le llevaba trece años más en edad, pero su facilidad para comunicarse con personas de todas las generaciones en las tribus resultaba refrescante.

Desde el día en que él se marchó, Aisha decidió que la mujer debía tener los mismos derechos del hombre, fuera y dentro de la cama; fuera y dentro de cualquier ámbito de vida. Atticus había respondido con amabilidad todas sus preguntas, y durante el tiempo que duró su estancia también hizo buenos lazos de amistad con las cinco tribus que solían estar en los alrededores de los Tippah. Las conversaciones con Atticus habían creado un profundo cambio en su manera de ver la realidad de las mujeres, y no se sentía culpable de lo ocurrido con Rafiq.

Sin embargo, Aisha no iba a permitir que Sayeb creyera que ese matrimonio iba a tener un vínculo que implicase actividades sexuales. Era capaz de complacerse a sí misma, muchas gracias. Se trataba de reivindicación y justicia. Punto.

Cuando tuviese la oportunidad anularía ese matrimonio, echaría a Sayeb del país, y optaría por casarse con un hombre que la respetara, compartiese sus puntos de vista, tuviese sentido del humor, y que amara tanto a Bhareib como ella. Y un punto que pensaba adicionar a esa lista era que su esposo no catalogase como diversión acudir a bacanales por Europa o tener amantes por doquier. Sobre todo, deseaba encontrar un hombre que fuese una influencia progresista para su país.

La posición de Sayeb era desechable; la suya, no.

Aisha continuó paseando la mirada por las calles que iban quedando atrás, y que Aisha llevaba años sin ver. Claro que se había aventurado por algunos lugares de Bhareib, pero la capital era un sitio vetado, por seguridad, y porque los Talippah le habían sugerido que habría quizá algunas personas que podrían ver en su rostro el de la reina Ishla, su madre. Aisha experimentaba una gran angustia ante la posibilidad de volver a pisar el palacio real. Sabía que se encaminaban hacia allá, y ocultaba su nerviosismo mirando hacia otro lado. El impacto que le causaría encontrarse con el sitio que había sido su hogar por tanto tiempo, reconocer los cambios que habrían operado alrededor Muffat y su círculo, resultaría en emociones que no podía prever.

—Solo procura que el público o los empleados del palacio no griten asustados porque una gata salvaje ha llegado a instalarse —dijo Sayeb conteniendo una sonrisa.

No era asiduo a utilizar ropa de protocolo, porque prefería la comodidad, pero ese día no era una opción hacer uso de su libre albedrío. El *kuffiyeh* que llevaba en la cabeza en esos instantes era de color rojo, sostenido con una banda, la *egal*, que simulaba el material de una cuerda, pero que era en realidad hilo de oro ensartado de un grosor que permitía dar tres vueltas para sostener el *kuffiyeh*. Cuando viajaba al extranjero, Sayeb se sentía más ligero llevando traje occidental.

—Pfff —bufó ella en un modo nada elegante, y él quiso reírse. Era evidente que la vida en el desierto había tenido un gran impacto en ella y sus reacciones. Lo más probable es que, si hubiese vivido en el palacio toda su vida, bajo ninguna circunstancia habría dejado escapar sus emociones.

De hecho, parecía que ambos habían experimentado situaciones similares, aunque escenarios opuestos. Él, vivió su juventud y parte de la adultez peleando con los puños, enlodándose y tragando miseria en las incursiones de Muffat (que Sayeb procuraba dismantelar sin éxito), y cuando el *rey del terror* murió, se encontró ante el reto de vencer a Oromo en un combate ancestral, para luego “civilizarse”; tuvo que hacer acopio de paciencia para aprender etiqueta, historia, geografía, idiomas, y diplomacia. Dejó las peleas callejeras, y de apostar a las cartas con

sus amigos o entretenerse con una mujer guapa cuando le era posible. Por otra parte, a él no tuvieron que darle entrenamiento militar ni manejo de armas, porque era experto en ello. Los primeros años en el trono real fueron muy duros, y Geeza resultó en un apoyo invaluable, porque su sabiduría tenía más peso que sus orígenes humildes. En el caso de Aisha, ella vivió desde la cuna rodeada de oropeles, educación finísima con tutores que solo las familias adineradas podían costear, viajes extravagantes, y actividades sociales propias de la élite de Oriente Medio y Europa, hasta que tuvo que aprender a sobrevivir —quién sabría cómo—, bajo el sol del desierto. En esta última parte, Sayeb se sentía culpable —aunque jamás lo admitiría—, porque había sido el hombre que lo engendró el responsable de la muerte de tanta gente.

—Qué finos modales, reina Aisha —replicó, burlesco.

Sayeb no se arrepentía de haber salvado la vida de la mujer que estaba a su lado. Rescatar personas en desventaja había sido el motivo de su presencia en el palacio durante la invasión, pero al no conseguirlo, la certeza de saber que pudo brindarle a Aisha la posibilidad de sobrevivir fue un bálsamo para su agobiada conciencia. Los gritos, clamores de ayuda de soldados heridos, el saqueo inmisericorde de las reliquias de los Al-Sabagh, el humo, las sirenas de los coches de policías y bomberos, así como la pira que se había armado con los cadáveres, parecían el recuerdo de una película, en lugar de la realidad de un capítulo negro que pertenecía a la historia.

—Mejores que los tuyos, *rey Sayeb*, seguro que sí.

Él se preguntaba a qué sabría la piel de Aisha si pudiese recorrer con su lengua el punto delicado que yacía entre el cuello y la oreja. No podía subestimarla, porque la determinación que la había llevado hasta el templo, a pesar de las cuidadosas medidas de seguridad, lo ponían en alerta. Iba a averiguar quiénes la habrían ayudado e iban a tener que asumir las consecuencias en un juicio. A partir del siguiente día iba a delegar orden tras orden, y todo ese embrollo se aclararía.

El rey intentaba pensar en algo diferente a la presencia de Aisha, mientras sorteaban las calles de Vasulh, pero le era imposible, así como también lo era tratar de controlar la erección que palpitaba contra la bragueta del pantalón. Agradecía el hecho de llevar en esos momentos la tradicional *thobe*, color negro y filos de hilo de oro, pues cubría el inoportuno despertar de su miembro. Debería estar cabreado, no excitado. Aisha era el principio de un incontable número de pesadillas.

Rayos, si es que incluso podía aspirar el aroma a vainilla y jazmín emanando cada tanto cuando ella se movía en el asiento. Era una tortura. Con el vestido blanco solo resaltaba los atributos que la convertían en una adversaria doblemente peligrosa. Si tenía que sumar audacia a la sensualidad de su flamante esposa, Sayeb no se equivocaba al predecir muchos dolores de cabeza en su vida.

Encontraría la forma de sacar a Aisha del país, y divorciarse. Después se casaría con una mujer afable y llevadera, que no fuese rebelde ni le hiciera perder la cabeza en tan poco tiempo. De piel morena y brillantes ojos verdes, la princesa Jamaya no carecía de exótica belleza, y había sido cultivada en un ambiente de prudencia. Esto último era algo que Sayeb necesitaba a raudales.

Quizá cuando se divorciara de Aisha, la princesa Jamaya estaría interesada, sin impedimentos de por medio, en llevar una conversación sobre un futuro juntos.

CAPÍTULO 4

Al salir al gran balcón, que daba a la calle atestada por ciudadanos curiosos, la imagen de Aisha dejó por un breve instante atónitos a muchos de los presentes, en especial aquellos que tenían más de treinta años y conocían la historia del país. Sayeb, debido a las pantallas gigantes de vídeo ubicadas estratégicamente, sabía que los ojos de Aisha eran un foco de interés. La tonalidad era característica de los Al-Sabagh.

El pueblo podría murmurar a su antojo, pero cualquier aclaración llegaría a través de un comunicado en los próximos días. No era trabajo de un rey contemplar esas minucias, sino de las decenas de ministros y encargados que trabajaban para el país. Nadie se ganaba el salario sin hacer un buen trabajo. Sayeb era de los pocos líderes que se tomaban el tiempo de verificar, cada que le era posible, que sus órdenes fuesen ejecutadas con diligencia. Por eso, la presencia de Aisha iba a causar el despido de varios miembros de la inteligencia y milicia. Sin embargo, en ese momento, Sayeb estaba celebrando, sin genuina felicidad y con una novia inesperada. Después ajustaría cuentas con los ineptos que permitieron todo ese desmadre.

Sayeb observó de reojo a su acompañante. La resplandeciente sonrisa, mientras asimilaba la presencia de los miles de ciudadanos reunidos para saludarlos, era genuina. Él no alcanzaba a imaginar las emociones que debían estar cruzando por la mente de Aisha, en especial al encontrarse en una posición que —de haber sido otro el curso de la historia—, le parecería natural, y no ajena. En otra realidad, ella no sería la reina, pero sí una princesa con la posibilidad de acceder a elevadas posiciones de poder como la esposa de un jeque o de algún magnate de Oriente Medio u otra región de grandes influencias.

Las facciones de Aisha parecían cobrar vida con un simple gesto como era sonreír. Un nudo se formó en la garganta de Sayeb. Esa mujer parecía teñirlo todo de misterio, y a él le gustaban los hechos claros y directos. Su primera tarea sería investigar cómo rayos había llegado a suplantar a Jamaya.

—Momento de retirarnos —dijo él en voz queda, mirando hacia el frente, saludando a sus conciudadanos de la mano—. A menos que primero quieras repetir lo que suelen hacer los matrimonios de las casas europeas para cerrar la ocasión.

Por un breve instante, Aisha se giró, todavía con la sonrisa bailándole en los labios. Inclino la cabeza hacia un lado, frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? —preguntó, haciendo de la mano al público tal como recordaba que le había enseñado Narina, su institutriz.

Era consciente de que estaban rodeados de guardias de seguridad, y también ministros que se habían hecho presentes porque era su obligación. Aparte del cerrado círculo interno de Bhareib, que incluía a los líderes de los ministerios de Relaciones Exteriores, Diplomacia, Seguridad,

Finanzas, Alianzas Internacionales, y el Ministerio de Consejeros Reales, con Geeza como líder, ninguna otra persona conocía cómo era la princesa Jamaya físicamente. Todos los ministros habían firmado un pacto de silencio en el momento que el acuerdo de negocio matrimonial entre Bhareib y Riathop se firmó. Gracias a esto último, Aisha no corría peligro de murmuraciones, ni traiciones. La traición, bajo el arcaico estatuto del reino, mandaba a cortar la mano a la persona que tenía cargos oficiales y osaba romper las promesas juramentadas. Lamentablemente, los testigos en el templo no tenían ningún tipo de restricción, pero si valoraban las conexiones con el rey, entonces más le valía cerrar la boca.

—Besarnos —dijo él, con simpleza, mirándola.

Los aplausos de los ciudadanos aumentaron de vibración, cuando él pareció acercarse a su esposa, volviéndose más intensos. Los doce disparos de cañón en honor a la ocasión empezaron a resonar, mientras Aisha y Sayeb se miraban. El pueblo parecía necesitar algo que les inspirase a creer en esta unión, como un símbolo de esperanza a futuro; un rayo de alegría en medio de la aguda crisis financiera que atravesaban, así como la alta tasa de desempleo. Una pequeña fantasía efímera.

Los bhareibianos estaban satisfechos con la labor de Sayeb, porque con la caída de Muffat los habituales receptores de las riquezas forjadas a base de injusticias y explotación habían perdido muchísimo dinero. Ese gran detalle consiguió una legión de severos críticos del reinado de Sayeb.

No era un rey perverso, tampoco enviaba a saquear las casas, ni a acosar mujeres vírgenes para violarlas como lo hizo Muffat. Se había ganado un voto de confianza que no era imperecedero. Los bhareibianos parecían darle el beneficio de la duda y él, ante eso, no podía defraudarlos.

El jeque no abusaba de los comerciantes, pagándoles bagatelas por productos que costaban un año de cosecha; al contrario, hacía tratos justos sin importar si se trataba de empresarios novatos o con grandes dominios comerciales dentro y fuera de todo Oriente Medio. Sayeb prefería ser tratado con cercanía, porque era la única manera de lograr entender hasta dónde había calado la perfidia de Muffat, y así intentar arreglar los errores del hombre que lo engendró.

—¿Qué...? —preguntó Aisha conteniendo las ganas de salir corriendo—. No sé de qué estás hablando.

No guardaba ningún respeto por él, y sabía que el sentimiento, a puertas cerradas, sería de igual modo. Aisha era experta guardando las formas públicamente... Bueno, al menos aparte de lo que estuvo obligada a hacer en el templo para dejar muy clara su posición. No hubo en la ceremonia ni cámaras ni vídeos, porque todo aparato electrónico había sido prohibido. Fue un detalle con el que Rafiq le dijo a Aisha que debía contar, en especial porque el rey era un hombre muy cuidadoso de su privacidad. La situación había jugado a favor del plan, por supuesto.

—Claro que lo sabes. A menos, claro, que seas cobarde —murmuró Sayeb.

Él sabía que podría ofrecer, ante su gente, el gesto de sus predecesores —no Muffat, por supuesto, porque el bastardo se jactó de tener siete esposas—, en estos casos: tomar la mano de su esposa para besar el dorso, elevar las manos juntos y sonreír antes de hacer un último saludo y retirarse del balcón real.

—No soy cobarde —siseó, nerviosa.

Él deslizó con cautela la mano hasta tomarla de la cintura y acercarla, consciente de que su país era conservador, y la muestra de contacto físico tenía que ser mínima para los ojos de los demás. Aisha lo observó con el rostro marcado de incertidumbre, muy consciente de que eran el foco de atención. «Es parte del show. Relájate».

Los aplausos subieron de tono porque la percepción de los bhareibianos era que se trataba de

un matrimonio por amor. Los ancianos del pueblo no eran tan progresistas de mente, y preferían el estoicismo a lo emotivo.

—Este balcón puede marcar la diferencia —susurró para que solo ella lo escuchara. Notaba cómo Aisha respiraba agitadamente, aunque hacía esfuerzos por ocultar sus reacciones. Lo observaba con desafío, y guardaba muchas piezas de un rompecabezas que él iba a lograr poner en su sitio hasta observar el espectro completo y descubrir quién era Aisha más allá del ADN que llevaba en la sangre.

—Esta interacción carece de sentido —replicó mirando a Sayeb, y también al público, haciéndoles de la mano cada tanto.

—Una primera impresión es indispensable para dejar un precedente.

—¿En relación a qué? —preguntó ella.

La penetrante mirada del rey atravesaba sus frágiles barreras erigidas para apartar la tentación. Le fastidiaba no ser inmune al innegable atractivo de ese hombre, en especial porque él representaba —en carne y hueso— todo lo que ella despreciaba. Sin importar las circunstancias que lo habían llevado al poder, Sayeb no poseía carta blanca para hacer lo que se le viniese en gana.

Para quienes observaban la escena de los esposos hablándose —las pantallas gigantes no contaban con audio, menos mal—, el diálogo breve era entre dos recién casados que conversaban sonriéndose. Nadie podría saber las espinas que guardaba esa estampa ni todo lo que se aproximaba en las siguientes semanas.

—Solo sígueme el juego —dijo Sayeb.

—Eso es peligroso, porque no confío en ti —replicó con los sentidos en alerta.

A pesar de que los ministros y principales colaboradores de la Casa Real estaban a una prudente distancia, Aisha se sentía cuestionada sin escuchar pregunta alguna, y juzgada por el solo hecho de estar de regreso. ¿Acaso no debería ser ella quien hiciera preguntas? No sabía qué tramaba Sayeb.

—Ni yo en ti, pero no necesito hacerlo para disfrutar el peligro —murmuró antes de inclinar la cabeza para tomar los labios asombrados de Aisha entre los suyos.

Le mordió brevemente el labio inferior, y ella creyó perder la capacidad para respirar. Fue un beso breve, pero la electricidad que cruzó entre ambos hubiera podido alumbrar el palacio al completo de haber sido posible.

Al separarse, Sayeb frunció el ceño, enfadado, porque jamás un beso —tan súbito y casto— había tenido un efecto tan potente hasta el punto de desear estar a sola con Aisha para así probar más de los suaves labios femeninos. En un acto reflejo, ella iba a abofetear a Sayeb, pero el aplauso entusiasta del público la obligó a volver a la realidad. «Qué difícil controlar las ganas de estrangular a este cretino». Sin demora, Sayeb hizo un gesto de despedida, en medio de vítores, y pronto el séquito de seguridad los guio hacia el interior del palacio seguido por los ministros.

—No vuelvas a besarme sin mi consentimiento —protestó Aisha cuando los dejaron a solas. Las carabinas eran innecesarias, porque ya eran marido y mujer.

Un banquete estaba dispuesto para la tarde y otro para la noche. Así que debían dirigirse hacia el salón de la recepción. Ella necesitaba un cambio de atuendo. Sayeb no estaba preocupado por detalles que, de seguro, Geeza ya habría coordinado mientras saludaban a los bhareibianos desde el balcón.

Se detuvieron abruptamente en la primera planta. Aisha estaba furiosa, y se sentía consternada por la forma en que su boca latía por el recuerdo de los labios de Sayeb sobre los suyos.

—Eres mi esposa ahora —dijo él, mirándola—, así que procura acostumbrarte a actuar como

tal ante los demás. Nadie te obligó a venir, tú impusiste tu presencia. Pudiste quedarte en el olvido y dejarme a cargo de mis deberes reales como hasta ahora, y así poder elegir una mujer adecuada para mis estándares. Asume las consecuencias, porque no pienso hacer de tu vida una alfombra de rosas. No me importa quién digas que eres, si no existe una prueba de ADN. La persona que ha sido la cara de este país durante seis años, soy yo.

—No estoy aquí para complacer tus bajos instintos, y de seguro tus estándares carecen de ingenio y aplomo —replicó fastidiada

Él inclinó la cabeza ligeramente.

—Oh, no tienes que preocuparte por mis bajos instintos, Aisha —dijo Sayeb agarrándola de la mano para llevarla hacia un estudio decorado para recibir visitas de Estado. Cerró la puerta tras de sí, y apoyó a Aisha contra la puerta. Colocó una mano a cada lado de su rostro.

Nadie osaría interrumpirlos. Ellos decidían el tiempo y el momento en que aparecían en público, recién casados o no. De momento contaban con varios minutos antes de reunirse con todo el séquito de servicio del palacio, así como invitados y sus respectivas comitivas internacionales.

—Me alegro —replicó girando el rostro hacia otro lado.

No podía explicar por qué le escocía que él le hubiese dicho que no estaba a la altura de sus estándares. Empezaba a enfadarse consigo misma. «Ese es el hijo de un sanguinario, y un ignorante de la verdadera esencia de esta casa real». Se recordó.

Sayeb bajó la mano derecha y la tomó el mentón para que lo mirase. Sus elegantes ropajes cubrían su cuerpo, pero no podían ocultar la vibración de su fuerza ni masculinidad. Utilizaba un perfume occidental exquisito entremezclado con algo que alteraba las hormonas femeninas. Un perfumista francés podría calificarlo de sándalo con romero y un toque preciso de lujuria.

El hombre podría dedicarse a ser estrella de Hollywood o modelo de las casas de moda más elitistas si así lo quisiera. Sayeb era la clase de espécimen masculino que podía llevar un pañuelo barato y convertirlo en algo esencial o único. Sayeb poseía un magnetismo que fascinaba a las mujeres; quizá tenía que ver con esa vibra de espíritu aventurero, rebelde y sensual, contenido en un traje formal de jeque y rey.

—Escucha muy bien —dijo él con tono firme, envolviéndola con su voz autoritaria. Aisha enarcó una ceja—. Viviremos en suites separadas. Está todo preparado para ello.

—Oh, qué pena —murmuró, sarcástica—, imagino que la princesa Jamaya no estaba al tanto de este detalle tan romántico.

—El servicio está al tanto desde hace meses, y no es de sorprenderse, pues es lo habitual en nuestros países —continuó él, ignorando el comentario—. Yo estaré en el lado Oeste, y tú, en el Este. Mantendré mi amante o cuantas mujeres me apetezcan, porque este es un simple matrimonio por conveniencia, que hubiera sido mejor si no lo hubieras arruinado intercambiando a la novia original. Hasta que se confirme tu identidad serás vigilada muy de cerca. Más te vale no provocar más escándalos, Aisha, porque este país ya ha tenido suficientes.

Ella iba a replicar, pero Sayeb colocó el índice contra sus labios, acallándola.

—Oh, mira nada más, entonces tendré la oportunidad de buscar un amante a gusto, gracias por poner la opción de un matrimonio abierto sobre la mesa.

—No te adelantes —zanjó, él—, porque primero tiene que llegar la verificación de que eres una Al-Sabagh. Hasta entonces, tu contacto con el exterior será limitado, aunque puedes deambular por el palacio a tu antojo. —No tenía idea del por qué, pero la sola imagen de Aisha besando a otro hombre le producía ganas de romper algo o darse de puñetazos con el primero que estuviese a su disposición. Apretó los labios y torció el gesto.

—Ah, entonces soy una prisionera. Qué sorprendente —comentó con ironía.

—Si se llegase a confirmar que eres hija de reyes, entonces no me importa lo que decidas siempre y cuando seas discreta —mintió, porque era un hombre posesivo, y ahora ella tenía una responsabilidad con la frágil imagen de su pueblo. Él era discreto, sí, pero casado, lo sería todavía más—. Tu libertad será absoluta cuando me hayas dado un heredero. En el momento que alguno de tus amantes cometa el grave error de abrir la boca y dejarme en ridículo, me quedaré con la custodia de mis hijos.

«¿Cómo se atrevía a hablarle de ese modo? No veía la hora de librarse de él». Ella no era una máquina de reproducción. Los hijos los tendría cómo, cuándo, y con quién quisiera o le apeteciera. Sayeb estaba asumiendo demasiadas cosas para un solo día, y a Aisha ya empezaba a dolerle la cabeza. Cómo anhelaba nadar a solas en un oasis tal como solía hacer cuando estaba estresada o dolorida después de un día ajetreado. Tendría que conformarse con un par de copas de lo que fuese que contuviese alcohol en esas recepciones.

—Vaya, qué progresista eres *esposo* —replicó en un tono que parecía un ronroneo—. Será como digas, pero, no has considerado un pequeño detalle —sonrió mirándolo con furia.

—¿Cuál sería? —preguntó Sayeb cruzándose de brazos.

Ella colocó las manos sobre los firmes pectorales. Lo empujó con suavidad, y él cedió. El solo toque de esos pequeños dedos parecían tener la capacidad de atravesar las capas de ropa. Se sintió marcado a fuego. Tenía una erección que de seguro iba a causarle un grave caso de bolas azules durante el resto del día. Necesitaba un descanso de la intensidad que venía de la mano de Aisha, y también organizar una exhaustiva investigación sobre las personas que la habían ayudado a llegar al templo horas atrás.

—Para tener un hijo tendríamos que tener sexo. Y yo debería desearte, porque de no hacerlo sería una violación —se encogió de hombros, y puso suficiente distancia—, así que, tengo interesantes noticias para ti, jeque y rey de Bhareib: Yo no te deseo. Hazte a la idea de ese panorama.

—No me digas... —sonrió Sayeb de medio lado, con actitud de suficiencia masculina, porque ambos sabían que estaba mintiendo. La química sexual no era en una sola vía. Él empezó a acercarse para reducir la distancia que Aisha había procurado interponer—. Después de todo lo que has proclamado hoy creí, erróneamente ahora lo sé, que las mentiras estaban fuera de tu discurso, *esposa*. Solo has proclamado ser honesta, tratar de hacer el bien para tu país, pero, ¿qué me dices de la honestidad que cuenta más que ninguna otra? Es decir, aquella contigo misma.

Él podía notar cómo se sonrojaba, no sabía si de la rabia o por la posibilidad de que volviese a besarla. Y de pronto, la idea de tomar esa boca para demostrarle cómo era ser besada de verdad asaltó a Sayeb como una tormenta. Quería probarla, escuchar cómo gemía contra sus labios.

—Escucha, si quieres tener amantes puedes hacerlo, no tienes mi permiso, sino *mi incondicional apoyo*. —Sayeb apretó los puños a los costados—. Sé cuánto disfrutas tú de este asunto de forzar o pagar mujeres para que se acuesten contigo, está muy bien documentado, así que...

Sayeb creyó verlo todo rojo. Ese era un insulto que no iba a permitirle. Avanzó peligrosamente hasta que el trasero de Aisha estuvo contra el borde del escritorio. No sabía en qué momento o cómo se habían movido desde la puerta en un baile territorial. Ella apoyó las palmas a los costados tratando de mantener el equilibrio.

—Repíte eso, Aisha.

—¿El qué exactamente? —procuró mantener la voz calmada.

—Que no me desees —replicó Sayeb cerca de la oreja, acariciándole esa pequeña porción de piel con el cálido aliento. Apoyó las manos en las redondeadas caderas. Acercó su cuerpo hasta

que las pelvis estuvieron una contra otra, y él movió su dureza, consciente que con esa presión, Aisha podía sentirlo.

—No hace falta, ya te lo he dicho —dijo carraspeando.

—¿Entonces podría besarte y no reaccionarías, verdad? —preguntó sonriéndole de medio lado—. Sería una prueba irrefutable.

—No necesito darte pruebas de nada —dijo, aturdida, por la vibrante energía viril que emanaba de Sayeb. Las facciones duras y atractivas estaban tan concentradas en ella que casi podría jurar que estaba ejerciendo un hechizo sobre su piel o su voluntad—. Así que puedes apartarte de mí y prepararte para la recepción.

—¿Tienes miedo?

—Jamás —zanjó Aisha ante la media sonrisa de Sayeb.

Él empezó a trazar círculos con los dedos sobre el contorno de las caderas, a través de la tela del vestido de novia. Quería arrancárselo, besarla, y conquistar la voluntad de esa mujer, pero sabía muy bien que las cosas no funcionarían de esa manera. Aisha era como un gato montés; necesitaba ser domado con cautela. La aproximación debía ser lenta. Acercó sus labios hasta que estuvieron a escasos milímetros de los de ella. Las miradas de ambos colisionaban con el fervor de dos fuerzas salvajes embriagadas de fuego.

—No obstante —murmuró sin apartarse—, lanzas acusaciones contra mí, sin haber estado en este entorno durante años. No todo lo que se dice de mí es cierto. —La voz del rey parecía calmada, sin embargo, guardaba una amenaza velada—. Sería muy ingenuo de tu parte creerte todo lo malo —hizo una pausa deliberada—, y también lo sería darle crédito a las cosas buenas que se dicen sobre este país, y su rey.

Ella se encogió de hombros. Se sentía acorralada. Podía librarse de él, ambos lo sabían, sin embargo, permanecía estática.

—Puedes detenerme, porque, como lo has dicho, no me deseas —dijo Sayeb en un ronroneo sensual, mirándola a los ojos, hasta que sus labios se tocaron. Ella creía que el rugir de su sangre podía escucharse a kilómetros de distancia—. ¿Verdad?

—Verdad...—respondió en un susurro antes de cerrar los ojos, mientras Sayeb le recorría los labios con la lengua, para después instarla a abrirse para él.

CAPÍTULO 5

Sayeb se zambulló en la dulzura que le ofrecía esa boca, la exploró a conciencia, y recorrió con sus manos los costados de Aisha hasta alcanzar el rostro. Le acarició las mejillas, recreándose en la suavidad de esa piel, mientras su boca profundizaba el beso. Sintió cómo las piernas femeninas se enroscaban a su cintura de forma instintiva, y su seductora invasión era correspondida con la misma avidez.

Ningún beso podría compararse con el que estaba recibiendo en ese momento, pensó Aisha, experimentando la urgente necesidad de llenar un vacío que, durante años, había ignorado que existía. La boca experta de Sayeb saqueó la suya; no pensaba quedarse atrás, y salió a su encuentro con la misma vehemente lujuria.

Las manos masculinas subían y bajaban a sus costados, como si estuviesen estudiando la posibilidad de ahondar en territorios más extensos, y ella anhelaba que ocurriese. Su lado más básico solo deseaba ser tocada y llevada al éxtasis, a pesar de que su parte consciente pensaba lo contrario. Tenía los pezones duros contra la tela del sujetador de seda, y sus pechos se sentían más pesados de lo habitual. El palpitar de su húmedo sexo era incesante y ella conocía la forma de saciarlo. La razón parecía haber saltado de la ecuación, y solo quedaba sitio para el erotismo.

Él había iniciado ese beso a modo de castigo para demostrarle a Aisha que era una mentirosa, pero la tónica cambió en el preciso instante en que la lengua femenina exploró la suya. Bajó las manos y agarró a Aisha de las nalgas, frotándose contra ella para que sintiera su dureza; casi se corrió escuchándola emitir suaves gemidos. Estaba a punto de desgarrar la parte superior del vestido para continuar con esa exploración, pero un llamado a la puerta los detuvo en seco.

El sonido fue como un relámpago en medio de la plácida oscuridad.

Con las respiraciones agitadas, se miraron unos segundos, como si trataran de entender lo que acababa de ocurrir. La expresión de intensa lujuria de Sayeb se transformó en frialdad, y Aisha hizo una mueca arrepintiéndose de inmediato. Elevó el mentón, retándolo a decir alguna sandez. Acababa de derretirse con un jodido beso, y no era lo peor, sino que le había gustado. ¿Admitirlo? Jamás.

—Un momento —dijo Sayeb en voz alta.

Le tendió la mano a Aisha para ayudarla a bajar del escritorio, pero ella lo ignoró y se acomodó la ropa. Después se bajó por sí misma.

—Rey Sayeb, tenemos un pequeño inconveniente —dijo la voz preocupada de Geeza desde el otro lado de la puerta.

Sayeb miró al techo, y se frotó la nuca con la mano, no sin antes mirar a Aisha quien tenía las mejillas sonrosadas y los labios inflamados por el beso. La agarró de los hombros y soltó una exhalación.

—La próxima ocasión que intentes hacer acusaciones, reina Aisha, asegúrate de no caer en tu

propia trampa, en especial si pretendes mentir —zanjó con indiferencia—. Atenderé a Geeza, y luego iremos juntos a la recepción. En la noche será la fiesta de gala en el salón principal. Imagino que no has traído más vestidos —contempló a su esposa de arriba abajo en el traje de novia—, pero puedes coordinar esas minucias con la asistente que estaba designada, desde hacía semanas, para mi esposa y sus necesidades.

—No pienso ponerme la ropa de una de tus amantes del harén.

Sayeb frunció el ceño.

—¿Harén? —preguntó, y al contemplar la expresión de seriedad de Aisha se rio con incredulidad. La mujer tenía la mente llena de ideas absurdas sobre él. Sayeb no tenía tiempo para sacarla de su error—. Solo dile a la asistente que estará disponible para ti que necesitas trajes nuevos; te llevarán varias opciones.

Aisha se cruzó de brazos, terca como siempre. Los invitados podrían esperar, las felicitaciones —que ella no necesitaba—, también. La ropa era lo de menos, porque conocía que en los círculos en los que se desenvolvían jamás había sido un problema conseguir cualquier cosa en pocos minutos. Podría presentarse con el traje de novia a los banquetes, pero el cretino de Sayeb tenía razón; no lucir un traje nuevo en cada celebración, que se llevase a cabo con motivo de su matrimonio, sería una ofensa para el cargo que ahora ocupaba y al que debía ajustarse. No era lo mismo la teoría que poner en práctica esos conocimientos. Iba a costarle acostumbrarse, pero lo intentaría con todas sus fuerzas, porque era lo que sus padres hubieran querido, y para lo que se había preparado tan arduamente.

—Quiero escuchar lo que tu asesor tiene que decir —replicó—. Compartir responsabilidades y decisiones es parte de mi posición.

Él la miró con una expresión burlona.

—Cuando hayamos consumado el matrimonio, y seas de verdad mi mujer, entonces podremos negociar los términos de tu participación. —Aisha lo miró enfurecida—. Además, también hacen falta los documentos que respalden tu historia. No intentes darte ventajas que no posees oficialmente.

—¡Sabes que soy Aisha Al-Sabagh! —exclamó.

—Ah, pero, ¿acaso a ti no te gustan las pruebas, y no solo las palabras? ¿O es que me mentiste de nuevo sobre tu necesidad de que los hechos hablen por sí solos?

—Te desprecio, y si pudiese matarte, lo haría —murmuró Aisha, airada, antes de salir del despacho como un vendaval, mientras un séquito de seguridad y ayudantes la esperaban a una distancia prudente para acompañarla hasta su recámara.

Sayeb se frotó las sienes.

Tomó una profunda respiración, y luego miró hacia la puerta que Aisha había dejado abierta. Le hizo un gesto a Geeza, que esperaba en el umbral con la mirada discreta, para que se aproximara. El asesor entró acompañado de Mohave —un experto en relaciones exteriores—, y murmuró una disculpa por interrumpir la reunión con la reina, pero Sayeb ignoró el tema y se sentó tras el escritorio. Lo último que necesitaba era continuar hablando de Aisha y recordar cómo había saboreado el fuego que emanaba de ellos quemándolo lenta y exquisitamente. «Joder».

—¿Qué ocurre? —preguntó, mirando a uno y otro.

—Su hermano... —empezó Geeza.

—¿Qué hay con Oromo? —interrumpió, preparado para cualquier mala noticia. Su hermano jamás traía consigo novedades optimistas para Bhareib—. Mi hermano está provocando problemas estando a miles de kilómetros de distancia, y yo pensaba que este día no podía ir peor —dijo en tono cansado—. Geeza me informó que Oromo estaba pretendiendo apreciar el arte

austríaco, ¿qué ha pasado desde entonces, Mohave? Sé claro y directo.

El hombre de barba oscura y ojos saltones asintió.

—El príncipe fue detenido en Grecia por daños a la propiedad privada —dijo aclarándose la garganta—. Al parecer dejó Austria en la madrugada de ayer, y la fiesta que armó con unos millonarios griegos estaba llena de todo tipo de sustancias... —Sayeb apretó los puños—. Se salieron las cosas de control, y el príncipe decidió destruir la suite presidencial de uno de los hoteles más lujosos en Santorini. Lastimosamente, ese hotel le pertenece a un prominente político con el que solemos hacer negocios en el área de venta de nuestros recursos mineros. —Sayeb soltó una palabrota—. Si lo dejáramos en Grecia, lo más probable es que hubiese sido sometido a un juicio que...

—Lo sé —zanjó Sayeb—, un circo mediático.

Mohave asintió.

—Por eso, mientras usted se encontraba dialogando con la reina Aisha, logramos un acuerdo por la vía diplomática —intervino Geeza—, y pactamos que el príncipe Oromo no volverá a Grecia en los próximos diez años. A cambio, Bhareib debe pagar por todos los daños causados y emitir un comunicado de disculpa aclarando la situación. Lidiaremos con los ministros de relaciones exteriores de Riathop una vez que haya acabado este día, así como los implicados en el lado griego.

Sayeb ya tenía suficientes líos. Su paciencia con su hermano había llegado al límite. Iba a quitarle el tratamiento de príncipe. Durante esos años procuró ser tolerante, porque así lo hubiera querido su abuelo de haber estado vivo, pero ya no le importaba. Oromo acababa de cruzar el umbral de lo plausible. Sayeb necesitaba restaurar la imagen de Bhareib, no lo contrario.

Se incorporó, y de inmediato también lo hicieron sus dos colaboradores.

—Quiero que, al pisar suelo bhareibiano, la policía lo detenga. Se le despojará del título real, el pasaporte diplomático, y tú le buscarás asilo —dijo mirando a Mohave—, en un país neutral. Será declarado ciudadano non-grato.

—Trataremos este asunto de forma discreta —intervino Geeza—. Coordinaremos con todas las instancias adecuadas.

—Igual que harán con la situación de la reina Aisha, y su confirmación como una descendiente legítima de la casa Al-Sabagh. Lo antes posible. ¿Queda claro? —preguntó con determinación mirando a uno y otro.

Los hombres asintieron.

Por lo general, los colaboradores veían a su rey como un hombre temperamental, aunque controlado. En esos instantes las palabras que salían de la boca del jeque estaban marcadas por tal intensidad que ellos creyeron que serían despedidos de inmediato. Incluso Geeza, que conocía tan bien a Sayeb, era consciente de que estaba sobrepasado por los últimos acontecimientos.

—Se hará como ordena, Majestad —dijo Mohave.

Una vez a solas, Sayeb se acercó al surtido bar de su despacho y se sirvió una generosa copa de licor. Vacío el contenido de un solo trago.

Caminó hasta el amplísimo ventanal que dejaba ver el cielo despejado y azul. Una antítesis de su día. Observó el panorama. Al lado derecho estaban los establos, y en el izquierdo —invisible para ojos que no fuesen los suyos—, su riad personal. La estructura era antigua, sin techo, con mosaicos en las paredes, y decoraciones intrincadas eran similares a las de La Alhambra, en Granada. Brindaba solaz y silencio, así como la posibilidad de reencontrarse consigo mismo cuando su alrededor era un caos. El sol podía filtrarse por el techo, y en esos días nadar en la piscina resultaba un inmenso placer. El frío, cuando llegaba la época de bajas temperaturas,

conseguía despejar la mente y templar los nervios.

Su riad no era lujoso, sino rústico, salvo por la piscina y el jacuzzi. Sentía que era el sitio que representaba cómo era él en realidad. Podía conformarse con poco, y sacarle partido. No necesitaba riquezas, pero las disfrutaba si estaban a mano. Su riad tenía una habitación en la que Sayeb guardaba sus más preciados bienes personales, para nada vinculados a su vida como rey; también contaba con una sala de música y una cocina equipada con utensilios básicos. No era el mejor cocinero, pero sabía defenderse si acaso tuviese que sobrevivir unos días en algún sitio remoto y cazar.

Ese espacio tan suyo estaba prohibido para todos, sin excepción. Los miembros del staff en el palacio no se atrevían a irrumpir en él salvo que Sayeb les pidiese algo en particular, y hasta el momento no había sucedido.

Por decisión personal, él se encargaba con sus propias manos del cuidado y mantenimiento del riad. Era un rey, con muchas riquezas, pero procuraba recordar sus orígenes y que esa fortuna no le pertenecía en realidad. No era ufano, ni tenía aires de grandeza. Ese espacio tan suyo, lo mantenía humilde y centrado; le proporcionaba una alegría que no hallaba en otro rincón. Él sabía que corría el rumor de que diferentes mujeres lo visitaban en las noches, y que llegaban desde países lejanos solo para estar con él; también que ninguna de sus amantes duraba más de cuarenta y ocho horas en su cama, porque él era un hombre de insaciable apetito sexual.

En un inicio, no dio importancia a las habladurías, hasta que su consejero principal le pidió una reunión urgente. Claro, a Sayeb le daba igual lo que otros creyesen sobre él, pero cuando Geeza le dijo que esos rumores empezaban a afectar la seriedad con la que otros líderes percibían su capacidad de compromiso y sensatez con los acuerdos internacionales, surgió el plan de trazar una alianza. La única que encontraron viable, fuerte y sólida, fue la arcaica tradición de los matrimonios arreglados. La princesa casadera con mejor perfil había sido la nativa de Riathop.

Sayeb se apartó de la ventana. Estaba un poco más calmado, después del efecto de ese beso con Aisha. Esperaba que su hermanastro llegase al país cuando todos los dignatarios e invitados al matrimonio se hubiesen ido, porque no quería tener que hacer un desaire. Cualquier paso en falso implicaría una crisis diplomática, y ya tenía suficiente con la que había causado Aisha con su súbita reaparición. «Una lástima que no pudiese montar a caballo o nadar en la piscina del riad en ese instante».

Atender su celebración nupcial le interesaba tanto como el hecho de saber en qué fecha pasaría un nuevo asteroide cerca de la Tierra.

A medida que caminaba hacia la suite que le habían acomodado, Aisha no podía deshacerse del nudo en la garganta. Súbitamente le costaba respirar. Estaba recorriendo un sitio que guardaba recuerdos felices y trágicos. Anhelaba poder tener tiempo para buscar algún detalle material de su familia, ¿podría ser posible que no lo hubiesen robado o echado a perder todo durante la invasión?

Notaba que los grandes jarrones de la dinastía Ming, regalo de un Emperador a sus tataratatarabuelo, no estaban. Tampoco la colección de espadas que había pasado de un hijo a su heredero como parte de la tradición. La vibra alrededor estaba marcada por una falta de calidez absoluta. No era un hogar, sino un sitio para vivir y organizar planes para dirigir un país, acordar proyectos, dar fiestas... El rastro de que existió su familia estaba perdido, pensó ella con tristeza.

El color ocre entremezclado con blanco continuaba siendo el distintivo de toda la estructura, pero no había nada más que ella recordase. Quizá cuando tuviese un tiempo a solas podría

deambular buscando en los inmensos pasillos. Las torres del palacio, y cúpulas, eran las insignias de poder, así como de abolengo que siempre había sido el orgullo de los primeros conquistadores Al-Sabagh.

Cuando ella salió con Sayeb al balcón, para saludar a los ciudadanos, le fue posible observar la enorme extensión de los jardines que rodeaban la parte frontal de la entrada principal, cercada con guardias en esta ocasión, muy bien cuidada. «Al menos tienen un poco de sentido de deferencia hacia la naturaleza». A diferencia de otros países de Oriente Medio ubicados cerca del mar, como el caso de Omán y su famosa playa Al Mughsail, Bhareib solo poseía incontables secretos en las montañas. Su país se enorgullecía de poseer oasis en mayor cantidad que en otras regiones, y encontrarlos era una aventura que muchos lugareños disfrutaban.

Ahora, el interior del palacio era por completo austero, pero no perdía esa mágica esencia de grandeza que siempre había caracterizado la gigantesca propiedad. Ella imaginaba que, durante el asalto, lo habrían quemado todo, incluyendo los cuadros de la galería, porque no existía ninguna pintura de sus antepasados. Los cuadros, muchos pertenecientes a grandes artistas, solían estar colgados a lo largo del pasillo que conectaba el ala Este y Oeste de la planta superior.

Estaba a punto de llegar a su destino, guiada por una mujer que no pasaría de los cuarenta años. Se llamaba Zhinite, según se presentó con una reverencia, antes de pedirle con tono suave que la acompañara para mostrarle su recámara.

Por un instante se quedó estática observando un punto a su derecha. Las gruesas cortinas que cubrían el ventanal tenían un brillante tono azul oscuro. Se trataba del sitio en el que había sellado su destino cuando aceptó la ayuda de uno de los rebeldes, el que salvó su vida. En ocasiones, le bastaba recordar aquella noche para reconsiderar su cínica teoría de que la humanidad estaba perdida.

—Majestad —dijo Zhinite, instando a Aisha a volver al presente—, aquí es su habitación. —Abrió la puerta para dejarla pasar—. Si me permite, quisiera expresarle mi sincera enhorabuena, sé que usted y el rey Sayeb harán de este un mejor país.

Aisha sonrió con amabilidad. No iba a contradecir a la mujer.

—¿Hace cuánto trabajas aquí, Zhinite?

—Desde que tenía veintiún años, Majestad. Acabo de cumplir treinta y nueve —esbozó una leve sonrisa—. Es un honor el que me hayan designado desde esta mañana como su asistente para llevarle la agenda diaria, y coordinar su equipo de trabajo. Hablo seis idiomas. —Aisha podía jurar que la mujer quería decirle algo más pero se contenía. Entonces comprendió. Necesitaba su aprobación, porque a pesar de ser enviada por la comitiva de Sayeb, al tener una posición tan alta, Aisha poseía la capacidad de vetarla como su asistente o ayudante.

—Me alegra que me envíen una persona tan preparada como tú, entonces.

La expresión de Zhinite se iluminó al saberse aceptada. Hizo una venia.

—Majestad, ¿Puedo serle de ayuda, tal vez para quitarse el vestido de novia? ¿Prepararle un baño? A mi cargo están cuatro personas más que coordinarán cualquier requerimiento que usted me encomiende.

—El rol que tengas lo delimitaré más adelante. —Zhinite asintió—. De momento tengo una recepción que atender, así que quisiera que buscaras de inmediato tres opciones de vestidos.

—¿Algún detalle en especial a considerar para el estilo y la talla?

Aisha le dio un par de instrucciones, y pocos segundos después se quedó a solas. Por Alá, ella no tenía idea de los estilos, pufff. A duras penas reconocía su talla. Recorrió con los dedos el borde del espejo que reposaba sobre la pared junto a un pequeño comedor. Las sillas, sí que las recordaba, llevaban años en su familia.

Solo había dos. Reconoció ese entorno.

Se trataba de la habitación que perteneció a su hermano cuando era muy pequeño. En lugar de los típicos adornos propios de un niño, un gran espacio estaba ocupado por la inmensa cama king-size, posicionada para observar el vasto desierto al despertar; invitaba a recostarse, olvidarse de todo. Una inmensa alfombra blanca estaba bajo la estructura de madera de cerezo de la cama.

Sin meditarlo demasiado se quitó los zapatos y sintió un inmenso alivio. Posó los pies sobre el material suave de la alfombra. Cerró los ojos. Esa sensación era la más cercana a un lujo desde que podía recordar.

Había aprendido a disfrutar con más intensidad de todo cuanto la rodeaba; lujoso o no; era más consciente, porque la vida le enseñó a no dar nada por hecho. Una dura lección grabada con sangre.

Se recostó en el suave colchón, y colocó los brazos sobre el abdomen. Agitó los pies en el aire como una niña feliz. En ese momento, lo estaba. Había regresado a su hogar, su palacio... Miró hacia arriba. El techo mantenía los acabados tradicionales, así como la decoración con filamentos de oro que simulaban una escena histórica del país y que ocupaba todo ese espacio solo visible al mirar hacia arriba.

Con un suspiro se incorporó para quitarse el vestido, quedándose en ropa interior. La mujer que la ayudó en la mañana le había obsequiado una lencería preciosa. Nadie iba a verla, ni planeaba mostrarla, pero no por ello dejaba de apreciar la exquisitez de la tela contra su piel.

Aisha se acercó hasta una puerta y la corrió hacia un lado. Un inmenso clóset contenía salidas de baño y salidas de cama en todos los tonos pastel. Se colocó la bata de seda. Curiosa, se aproximó hasta la puerta que imaginaba que era el cuarto de baño, y al abrirla soltó una exclamación. No tenía testigos, así que lo absorbió todo ávidamente, sin controlar sus emociones.

Lapislázuli entremezclado con mármol rosado era el material que rodeaba la inmensa tina. Una ducha aislada, transparente, estaba a un costado. Aisha no había perdido la capacidad esencial de reconocer materiales de primera calidad. Ese espacio era una venia a la modernidad dentro de una habitación que guardaba los secretos de cientos de años e historia. Aisha sentía ahora más curiosidad por recorrer el resto de su palacio, porque era suyo y de su familia.

Durante tanto tiempo vivió disfrutando la vida en la naturaleza, viajes cortos a las ciudades de su país, pequeños detalles fruto del trabajo diario, que ahora podía mirar su entorno y saber que los lujos eran innecesarios, aunque no despreciables.

La tina parecía ansiosa de llenarse de aromas para abrigar su cuerpo femenino. Como si pidiese a gritos que alguien girase los grifos dorados para dejar salir el agua fresca de las tuberías. No tenía tiempo, pensó Aisha, mientras regresaba al centro de la habitación a la espera de Zhinite.

Volvió a contemplar la vista del maravilloso desierto, y no pudo dejar de preguntarse cómo estarían Umman y Rafiq. No podía llamarlos, por más que lo deseara. Más adelante, cuando todo estuviese calmado, incluso les haría una visita para sorprenderlos. «Sí, eso les gustaría», pensó sonriendo.

Reparó en los detalles: una coqueta, un espejo de cuerpo entero, maquillajes, tecnología incluso —ya la utilizaría más adelante—, y flores. También una cesta con frutas, champán frío, y una incontable variedad de frutos secos y chocolates. Aisha comprendió que esos toques tenían que ver con el hecho de que esa habitación estaba programada para esperar a otra persona, la tal princesa Jamaya.

Aisha debía recordar que su aparición creó una crisis diplomática que las palabras de Sayeb en el templo no menguarían, así que tomaría la situación en sus manos. Y lo haría de la forma más

sencilla: hablando de mujer a mujer. Si tenía que disculparse, no dudaría, en especial si esa princesa tenía sentimientos por Sayeb. ¿Quién en su sano juicio querría un Neandertal moldeado en la guerra? Aisha, no. Lo cierto es que la princesa Jamaya debería agradecerle por haberla librado de un bruto que se creía con el derecho de besar y tocar a una mujer. «Cretino».

La recién proclamada reina de Bhareib podía haber pasado años como una criatura libre de ataduras y protocolos, pero se había mantenido bajo una estricta educación con Umman y otros beduinos expertos en diferentes campos que se ofrecieron a formarla durante su adolescencia. Los conocimientos adquiridos durante sus primeros años en el palacio también permanecían anclados en su memoria. Estaba preparada para reinar, y aprendería en el camino lo que hiciera falta.

Al poco tiempo regresó Zhinite a la suite con dos ayudantes.

Hubo retoque de maquillaje, y peinado. Ajuste ligero del largo del vestido. En esta ocasión, le llevaron unos zapatos de tacón imposible que a ella casi le da vértigo.

—Puedes anunciar que estoy lista para bajar a la recepción —pidió Aisha contemplándose en el espejo.

Se sentía extraña. Como si aún no fuese capaz de asimilar lo que estaba sucediéndole. Sus sentidos estaban alertas, y no volvería a dejarse embaucar por un beso estúpido como el que había compartido con Sayeb.

Giró sobre sí misma.

No recordaba la última ocasión en la que tuvo tiempo para una vanidad tan nimia como aquella. El vestido parecía hecho a su medida. No quería saber de dónde o cómo habían conseguido en un lapso asombrosamente breve encontrar esos vestidos preciosos. La única certeza era que el poder y la influencia poseían la capacidad de comprarlo todo.

Se apartó del espejo. Su cruzada personal era para transformar Bhareib en un país más próspero, y su legado sería de bienestar, mas no de abuso ni temor.

Ataría todos los cabos legales que pudiesen dar pie a represalias, una vez que la reivindicaran como Aisha Al-Sabagh, y empezara el proceso de divorcio.

Una permanente erección.

Eso era lo que estaba a punto de sufrir Sayeb, en lo alto de las escaleras, cuando vio a Aisha avanzar hacia él. Llevaban casi una hora de retraso con sus invitados, pero al observarla con ese vestido de tono esmeralda sabía que cada jodido minuto había valido la pena. Se trataba de una pieza de corte sencillo, pero abrazaba cada perfecta curva como un amante protector.

Al notar que Sayeb mantenía fija la mirada en ella, frunció el ceño. El corte palabra de honor del escote no era descarado, pero sí para los estándares tradicionales en el país. Imaginaba que nadie iría a discutir su elección de atuendo, después de todo era la reina. Además, las mangas largas —que venían unidas al traje de satén desde el costado de cada lado—, le brindaban el toque de discreción. La caída de la tela era suave y marcaba sus curvas, pero no se pegaba demasiado al cuerpo. ¿Qué tanto la miraba?, se preguntó, fastidiada. Si iba a criticarla, pues que se diera prisa porque ella tenía otras cosas en mente, por ejemplo, dejar una buena impresión en la gente que estaba esperando por ellos en la recepción.

Aisha llevaba una cadena de oro muy delicada con un dije tallado con el escudo de armas de los Al-Sabagh, un regalo de Umman cuando se despidió. El anillo de diamantes que le había entregado Sayeb esa mañana brillaba en su mano izquierda, como un recordatorio de cuál era su posición, pero jamás igualaría a la corona que ella talló y decoró a mano pensando en que algún día volvería a pisar el palacio en el que había nacido veintitrés años atrás.

—Rompe el protocolo mostrándote casi desnuda —dijo Sayeb con tono severo. Se arrepintió de inmediato cuando notó la fugaz chispa de dolor en ella. ¿Qué le pasaba? Él no era el tipo de hombre que se mostraba hosco con una mujer. Siempre tenía un cumplido en la punta de la lengua. Su abuelo se hubiera enfadado de estar todavía en el mundo de los vivos.

—Me alegró, pero como soy la *reina* de este país, lo que yo decida no es cuestionable —replicó Aisha elevando el mentón, justo en el instante en que el portavoz de la Casa Real anunció que la pareja de esposos acababa de llegar al banquete. Todos los invitados hicieron silencio, mientras inclinaban la cabeza a medida que los esposos pasaban hacia el centro del salón principal.

Sayeb no era el único con dos ojos bien puestos, y la sangre caliente recorriéndole las venas; en ese banquete había magnates de diferentes partes del mundo, algunos solteros, y la imagen de ellos babeando por Aisha lo cabreó. Quería que todo ese circo terminase pronto para alejarse de la tentación que ella representaba.

CAPÍTULO 6

Sayeb la había evitado como si tuviese la lepra, desde que aparecieron en la comida de la tarde, y repitió el mismo comportamiento en la cena que acababa de dar por concluidas las celebraciones del enlace. El idiota se había desentendido de su existencia. Menos mal contaba con un temple de acero, y aunque difícil fue la tarea, supo desenvolverse en un entorno que ahora era nuevo para ella.

Le parecía extraña esa actitud de Sayeb, en especial cuando cada que pudo, él intentó bloquear la posibilidad de que ella permaneciera charlando a solas con magnates europeos que no tenían acompañante femenina. ¿Sería una norma nueva y estúpida de Muffat y que no se había abolido? Porque, hasta donde Aisha recordaba, y a diferencia de otras naciones, en su país no tenían la política de separar hombres y mujeres durante las fiestas o reuniones, públicas o privadas, ni tampoco que el esposo sea la voz cantante en las conversaciones de su esposa con otros.

Los invitados pretendían no notar la indiferencia de Sayeb hacia ella o bien se lo disculpaban todo por ser el rey. «Cualquiera de las dos teorías resultaba posible», pensó quitándose el vaporoso vestido azul que había decidido utilizar en la cena. Se sentía nostálgica y le hubiera gustado ver a Umman para escuchar alguna palabra que la calmase y le diera fuerzas. «Su vida en el desierto había quedado atrás», se recordó mientras la fría brisa del desierto se colaba a través de la ventana que dejó abierta al entrar. Le gustaba mirar las estrellas y disfrutar del silencio.

Después de quitarse el maquillaje se dio un baño caliente. Sus músculos se relajaron de inmediato, y cuando el agua ya empezaba a enfriarse, salió de la tina y se envolvió en una toalla blanca y grande. No le sorprendió que, al abrir su clóset, este estuviese lleno de ropa nueva. Empezó a pasar los dedos sobre los diferentes tipos de telas. Su tacto se maravilló por la suavidad. Abrió los cajones inferiores, y le impresionó que, incluso la ropa interior, fuese de su talla. ¿Cómo era eso posible?

Cerró el clóset, y después reparó en el conjunto de lencería fina que reposaba sobre el colchón de su cama. Aisha estaba convencida de que Zhinite creía, al igual que el resto de personas, que ese era un matrimonio por amor, y que al dejarle el sensual negligé de tono negro le hacía un favor para esa noche. Aisha se rio en silencio ante la ironía. Nunca estuvo entre sus expectativas casarse alguna vez, y la idea de hacerlo por amor, tal como había leído en incontables historias, mucho menos.

Sabía que si sus padres todavía viviesen, ellos jamás la hubiesen puesto en manos de algún mercenario o maltratador. Tan solo esperarían que su alianza fuese por respeto y aprecio, pero siempre considerando lo que podría significar una unión de ella con un hombre para la paz en las relaciones internacionales o financieras para Bhareib. Por eso, al estar casada en esos momentos con Sayeb, Aisha no sentía como si hubiese perdido su libertad o posibilidad de cumplir un

anhelo romántico.

Su vida era todo menos un sueño.

Fue hasta el espejo de cuerpo entero ubicado a un costado de la amplia ventana. La oscuridad externa se había tragado la visión del desierto lejano, así como de la vegetación. Le habría gustado contemplar el ocaso; era su momento preferido del día.

Contempló la prenda de dos piezas sobre el edredón. Sin duda era un diseño atrevido y de elegante sensualidad. La tela era seda casi transparente, y lo único que ocultaría su sexo sería un precioso brocado en forma de hojas con pequeños brillantes. Sintió la tentación de probárselo.

Dejó caer la toalla al suelo, y se acercó a la cama. Después pasó con suavidad la prenda sobre su cabeza hasta que cayó como una delicada caricia sobre su piel. Estaba sola, sin embargo, se sentía excitada. Tal vez, la adrenalina de todo el día finalmente empezaba a calar profundo, y al no haber tenido ningún tipo de desfogue —nadar, correr, montar a caballo o charlar con sus amigas del desierto—, lo único que no podía quitarse de la cabeza era cómo las manos de Sayeb la habían tocado, y cómo esa boca devoró la suya como si tuviese el derecho pleno.

Los pezones se endurecieron al contacto de la tela. Se giró hacia el espejo.

Su abdomen era firme debido a su preparación física, y su pubis no tenía rastro de vello. El cabello húmedo estaba peinado hacia atrás, y sus ojos resplandecían. Sus pechos eran grandes, firmes, y aunque las areolas no podían distinguirse, ella conocía el tono rosáceo de estas. Elevó las manos y los estrujó, echó la cabeza hacia atrás, y cerró los ojos un instante, acariciándose como si fuesen las manos de un amante. Su piel hervía de deseo, y era consciente de la humedad que empezaba a hidratar sus labios íntimos. Si seguía tocándose de esa forma terminaría en la cama, masturbándose, y después se fastidiaría porque su propósito en el palacio no tenía nada que ver con el placer.

Frustrada, abrió los ojos y dejó caer las manos a los costados. Qué ridículo era sentirse sensual, poderosa y al mismo tiempo tímida, y no tener una persona que pudiese absorber esas emociones y transformarlas en pasión. Se acercó a la ventana para presionar el interruptor de luz y apagar la iluminación del pasillo que iba desde ese lugar hasta el cuarto de baño.

—¿Empiezas sin mí?

Aisha soltó un grito y se giró hacia la voz que le era, incómodamente, conocida.

—No, yo... ¿Cómo entraste aquí? —preguntó, horrorizada.

Sayeb la observó de arriba abajo. Ella parecía ajena al estado de su desnudez, y él sonrió con sensualidad. No recordaba haber visto una mujer tan perfecta en su vida. Cada curva exquisita estaba en su sitio, y esos pechos lo invitaban a probarlos. Había un pasillo interno que conectaba directamente con la habitación de ella y la de él. No tuvo tiempo de comentárselo, pero ahora se alegraba, porque había tenido inesperada oportunidad de observar la sensualidad de Aisha y el fuego que yacía esperando ser reavivado y compartido. Estaba duro como una roca, y casi eyaculó como un adolescente de quince años con tan solo verla desnudándose. En el momento que se acarició los pechos, Sayeb tuvo que apoyar la mano contra la pared para no cometer el error de interrumpir lo que sea que ella estuviese a punto de hacer.

Cuando Aisha dejó caer las manos a los lados, y estuvo a punto de apagar la luz, supo que no podría permanecer sin anunciarse. Estaba mal desearla tanto, porque era consciente de que ella tenía un plan oculto, y lo más prudente era estar precavido. ¿Cómo le explicaba eso a su pene?

—Junto a la chimenea hay un panel, y este abre el paso hacia un pasillo que conecta nuestras dos habitaciones. Estuvo mucho tiempo sin usarse desde que yo fui coronado. Lo mandé a limpiar y adecuar el día en que consideré casarme como única opción para mejorar la imagen de este país y sus posibilidades con el exterior —explicó, sin agregar que ese pasillo había sido utilizado por

Muffat para cometer incontables atrocidades—. Quizá no recuerdas, pero lleva en el palacio desde hace mucho tiempo. —Se encogió de hombros.

—¡Fuera de aquí, Sayeb! —exclamó, pero al notar la mirada brillante de lujuria, supo por qué el hombre parecía estar pegado al suelo. ¿Cuánto tiempo habría estado mirándola? Agarró la toalla, y se la puso sobre el negligé.

Él inclinó la cabeza hacia un lado y empezó a acercarse. Aisha estaba sonrojada. Parecía un cervatillo cegado por las luces de un automóvil en plena noche.

—No puedo irme de mi propiedad...

—Esto no te pertenece —siseó Aisha.

—... menos abandonar a mi esposa el día de nuestra boda. Pides imposibles —dijo con las manos en los bolsillos, estudiando el pálpito agitado de pulso en el cuello femenino—. Y cuando entré y observé cómo empezabas a disfrutar tú sola, creí mi deber como caballero intervenir para no privarte del placer de ser acariciada en tu noche de bodas.

Aisha respiraba agitadamente. Sayeb no llevaba el *kuffiyeh*, ni las ropas costosas del día. El cabello negro y ondulado parecía algo húmedo, como si recién hubiese salido de darse un baño. La camisa de algodón blanco se pegaba a sus músculos, definiendo cada línea y haciéndolas visibles debido a la iluminación de la estancia. El *mikasser*, un pantalón informal de tela suave que se solía utilizar para dormir o caminar bajo un sol potente, solo reforzaba la poderosa aura viril. Estaba descalzo, y parecía demasiado cómodo de esa manera.

Ella deseó enterrar sus dedos en ese espeso cabello, y volver a probar la boca que la había excitado esa tarde. Sayeb poseía un magnetismo que la desquiciaba, porque quería escapar tanto como dejarse envolver por él.

—Eso... —ella miró hacia otro lado. El tema sexual no era su campo de mayor destreza, y se sentía intimidada, porque no le gustaba sentirse vulnerable—. Pudiste comentarme de aquel pasillo horas atrás, así como también pedir mi consentimiento para presentarte aquí, en lugar de hacerlo como el vulgar ladrón que eres.

Él soltó una carcajada, y Aisha quiso darle una bofetada. Ese hombre conseguía despertar sus instintos más primitivos e irracionales. Un momento anhelaba sacar la daga que tenía guardada bajo la alfombra de la cama, y al otro, deseaba que la tomase hasta hacerla gemir su nombre durante horas. ¿Estaba enloqueciendo?

—De haberlo hecho me habría perdido un espectáculo único.

Los pies de Sayeb estuvieron pronto en contacto con los de ella.

El deseo carnal vibraba en el aire con una densidad que podía ser rasgada con la aguja más fina. Ella tuvo que elevar la cabeza para mirarlo.

—No estoy aquí para entretenerte —murmuró entre dientes, molesta con su cuerpo por estar reaccionando ante la cercanía masculina.

—Lo sé —replicó Sayeb con su exquisita voz, aquella que cualquier mujer con buen gusto hubiera utilizado como despertador en las mañanas.

Aisha enarcó una ceja.

—¿Entonces, qué haces aquí? —preguntó haciendo una mueca.

Sayeb estaba jugando una partida de póker peligrosa. El rocoso camino que tenía ante él con Aisha no tenía una ruta clara, y estaba caminando a ciegas. Debía recordar el motivo por el que había decidido ir a esa habitación sin anunciarse, y que no tenía relación con la lujuria recorriéndole la piel.

Extrajo del bolsillo trasero del pantalón un teléfono, era de la última gama que había sido presentada al mercado semanas atrás. Se lo extendió, y ella observó el aparato como si se tratase

de una serpiente venenosa.

—Si tienes alguna emergencia mi número personal está grabado. Las llamadas que se registren fuera del país son monitoreadas. Así que piensa bien antes de cometer alguna tontería. —Ella enarcó una ceja—. El acceso al internet es restringido, porque todavía tenemos que trabajar en mejorar el ensamblado de la red de telecomunicaciones —dijo él con frialdad—. Vine a dejarte el teléfono, porque no eres una prisionera, aunque me harías un favor yéndote porque así podría aplicar la nulidad matrimonial por abandono.

—Ya quisieras —replicó quitándole el teléfono, sin descuidar sujetarse la toalla con la mano libre—. Adiós, Sayeb.

—*Gracias, esposo*, sonaría mejor ¿no? —preguntó sarcásticamente—. Al menos, no tendrás que recibir mis atenciones esta noche.

—Ni ninguna otra que te quede claro, y la próxima ocasión que entres en mi habitación, sin anunciarte, lo que vas a recibir es un corte en la garganta.

Sayeb echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Ah, y gracias por el espectáculo tan estimulante.

—Qué vulgar...—replicó sonrojándose, y se apartó para ir hacia el cuarto de baño. Cerró de un portazo.

Sayeb meneó la cabeza, todavía con la sonrisa bailándole en los labios, y salió por la puerta principal de la habitación. Decir que estaba frustrado sexualmente era poco, aunque se felicitaba por haber recobrado la cordura. Una seducción abrupta tan solo daría impulso a que ella se alejara. Ahora, que poseía la certeza de la química sexual entre ambos, él iba a utilizarla a su favor.

No debería sorprenderle que Oromo hubiese intentado aplacar con puños la decisión de enviarlo al exilio. Sayeb no permitió que sus guardaespaldas tomaran la situación a cargo, sino que lo hizo con sus propias manos. En pocos minutos tuvo a su hermanastro dominado en el suelo, porque inmovilizar a un oponente para no tener que usar armas era su especialidad.

—¿Te crees muy superior, verdad, Sayeb? —preguntó escupiendo los zapatos negros del rey. Estaba jadeando, mientras intentaba recuperar la respiración.

—La petición de asilo en Suiza ha sido aceptada —replicó Sayeb sin alterar su tono. Le dolía el mentón por el puñetazo; nada que un poco de hielo no quitase. Su hermanastro iba a tenerlo peor, porque el golpe que acababa de darle atacaría el punto más débil de Oromo: el ego.

Sayeb le hizo una seña a los miembros de seguridad para que agarrasen a Oromo de los hombros y lo sentaran. Estaba convencido de que, si no hubiera exigido que su hermanastro tuviese las pertenencias y atuendo revisados al aterrizar, la pelea hubiera sido lo suficientemente dispar como para recibir una cuchillada o un disparo. Las armas que le habían sido requisadas, a él y a los tres amigos con los que viajaba —y que ya estaban rumbo a Holanda, país del que procedían—, reposaban en una caja de plástico para ir directo al basurero. En esos momentos se encontraban en el hangar privado de la Familia Real, ubicado a pocos kilómetros del aeropuerto principal de Bhareib, lejos del escrutinio público.

—No puedes desterrarme —dijo con fiereza—. ¡Es mi derecho!

—Bhareib, con mi orden firmada esta misma madrugada, te retira el título de príncipe y todas las ventajas que esta posición te estaba dando. Has sido declarado ciudadano non-grato, algo que debí hacer tiempo atrás, pero quise ofrecerte el beneficio de la duda. En Suiza no tendrás trato diplomático, así que intenta hacerte una vida como mejor te parezca. No has sabido responder a

tus privilegios, y no voy a permitir que continúes esparciendo tu ola de deshonra para este país —replicó, haciendo caso omiso a las protestas absurdas.

—¿Una deshonra? —Soltó una carcajada y miró a Sayeb con repudio—. No mereces el cargo que tienes, y lo sabes tanto como yo.

Ambos hermanastros solo compartían los duros ojos negros, y un ADN. Aparte de eso, sus personalidades y sentido ético eran un contraste abismal.

—Ayer te casaste —dijo Oromo con fastidio, mientras se removía en la silla para tratar de apartar a los cuatro hombres fornidos que tenía alrededor, a modo de barrera, por si intentaba asaltar a Sayeb de nuevo—, así que solo quise festejar en Grecia, lo que no podía compartir contigo en ese día tan importante. ¿Qué tal la princesita o debo decir, reina? —Sayeb apretó los puños a los costados—. ¿Ya has probado lo magnífico que es disfrutar de los placeres de una mujer virgen?

—Llévenselo —ordenó Sayeb, harto de escuchar idioteces. Estaba agotado. Lo último que necesitaba era una confrontación adicional.

—Seguro y la conozco en algún momento —le hizo un guiño, mientras lo empezaban a sacar del hangar para llevarlo al avión que lo llevaría a Suiza—, tal vez cuando te aburras puedas pasármela. En mi cama le puedo enseñar algunos trucos.

Sayeb sabía que reaccionar ante las provocaciones solo darían munición para que Oromo hallase la forma de fastidiarlo en un futuro. Lejos o cerca, su hermanastro era como una fuente de enfermedades crónicas ambulante.

Su instinto fue más rápido que su cerebro, y le rompió la nariz a Oromo antes de que este fuese llevado, entre carcajadas e insultos, hacia un área alejada para cumplir con los protocolos de viaje. La flota de aviones de la realeza consistía en tres Gulfstream G650ER, dos Embraer Lineage 1000E y un Airbus ACJ 319 Neo; cada grupo valorado individualmente en sesenta y seis, cincuenta y tres, y cien millones de dólares americanos cada uno. Toda la flota heredada de Muffat quintuplicaba el número actual de aviones, pero cuando Sayeb asumió el título de rey de Bhareib decidió donar gran parte a proyectos benéficos alrededor del mundo para abaratar los costes de transportación de quienes más lo necesitaban.

—Maldita sea —murmuró Sayeb.

Miró alrededor, y todos parecían ocupados en sus propios asuntos, es decir, pretendiendo no escuchar o ver lo que estaba sucediendo. «Como debe ser», pensó. Cuando él estaba presente, solo o acompañado, ninguna palabra salía fuera del círculo custodio de seguridad ni del personal de trabajo; y si así ocurría, la amonestación era severa. Nadie osaba contrariar a Sayeb, y los nervios en las filas de los escuadrones de seguridad, en esos instantes especialmente, estaban a flor de piel por el incidente en el templo con Aisha. Iban a rodar algunas cabezas más pronto que tarde.

Lo que menos le apetecía al rey era sucumbir a la lujuria. Necesitaba poner distancia física, porque con su mente y cuerpo agotados le restaban capacidad de frío raciocinio, en especial ahora que sabía el peligro que representaba Aisha. Jamás había tenido el placer de observar a una mujer tocarse a sí misma con la seguridad con la que su esposa lo hizo frente al espejo. Sí, claro que tuvo amantes muy versadas y capaces de seducir con facilidad, pero todas eran siempre calculadoras, porque sabía cómo encender el deseo en él; Aisha, en cambio, fue seductora por el simple hecho de no haber querido serlo. ¿Qué tal con esa contradicción?

Geeza lo había llamado para decirle que, al amanecer, el doctor Wakhal haría la recolección de las muestras para las pruebas de ADN. Hasta entonces, Sayeb pretendía aprovechar para investigar por su propia cuenta lo que había ocurrido.

Su jefe de inteligencia y tecnología, Naras Matadhi, parecía optimista ante la búsqueda de detalles vinculados al pequeño transmisor que Aisha había lanzado a la fuente de agua, creyendo ingenuamente que nadie la vería. Naras tenía pleno conocimiento del error que cometió al aceptar ser flexible en lo concerniente al monitoreo de los automóviles que habían transportado a la Familia Real de Riathop.

Sin embargo, fue el jefe del departamento de seguridad, al haber tenido un papel de responsabilidad primaria durante esas jornadas tan críticas para el país, quien ya había sido relevado en funciones por el impasse tan bochornoso. Su reemplazo llegaría al día siguiente, y sería un general del ejército con más experiencia y menos tolerancia a cambios de última hora. Más le valía a Naras que tuviese cautela si no quería ser despedido sin carta de recomendación.

—Preparen mi avión —dijo de repente a uno de los pilotos—. Quiero salir lo antes posible a París.

—Por supuesto, Majestad —replicó el asistente que lo acompañaba esa noche, Alam Ghaquin, y quien solía cubrir los horarios nocturnos o los viajes fuera de Bhareib si Geeza estaba atendiendo otros eventos designados por el rey.

—Quiero que tengan listo mi apartamento como lo hacen cada ocasión que voy de visita. Avisa a Geeza que solo volveré cuando tenga los resultados que están pendientes. No quiero que hablen con la prensa.

—Por supuesto...

—Llama a mi ama de llaves en Francia. Eso es todo.

Cuarenta minutos más tarde, Sayeb estaba recostado en el cómodo asiento de cuero blanco, rumbo a la capital francesa. Por un instante pensó en Aisha, a solas en el palacio durante una noche que —de haber sido otra la circunstancia— podrían haber disfrutado juntos. Pudo regresar al palacio, pero no creía tener la capacidad de autocontrol con ella alrededor. Era mejor esperar a los resultados del examen de ADN. Él era consciente de que ella era la princesa a quien salvó la vida, pero una reafirmación médica resultaba imperiosa en circunstancias tan inusuales.

Le daba igual si Aisha se preguntaba al siguiente día por su presencia o carencia de esta en los alrededores del palacio real. ¿Acaso no fue ella quien decidió entrometerse en su vida? La fierecilla aquella, no era su problema. No existía ningún compromiso real, más allá de solidificar la imagen del país.

El zumbido suave alrededor ejercida por la presión del aire, y la música ambiente que él solía escuchar para calmar su fobia a volar, eran sus acompañantes.

Sayeb se cambió de ropa en la habitación privada de su avión. Dejó el traje tradicional con el que había salido del palacio, y lo reemplazó por uno de sus trajes occidentales hecho a medida. En esta ocasión era color gris marengo, sin corbata, y zapatos a juego. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, y sus facciones cinceladas resaltaban con facilidad. Era el tipo de hombre que jamás pasaría desapercibido, pero esa noche solo deseaba llegar a su apartamento y fingir que nada había cambiado. Que continuaba siendo soltero, sin responsabilidades, y dispuesto a disfrutar la oferta gastronómica y de escenarios que tenía Francia.

Abrió la puerta del penthouse, una propiedad discreta en pleno corazón de París con vistas a la Torre Eiffel, y dejó la billetera junto a la consola de mármol cerca del corredor que llevaba a su habitación. Todo estaba en perfecto estado, como si él jamás se hubiese ausentado durante esos ocho meses. La última ocasión que visitó la ciudad fue durante una convención internacional para llegar a un pacto que lograra que todos los países de Europa y Oriente Medio contribuyesen a combatir los estragos que estaba causando el cambio climático debido a la incesante contaminación ambiental.

Las luces estaban apagadas, salvo la de la cocina y el comedor, tal como él lo prefería. Sabía que el ama de llaves ya no estaba, pero no hacía falta. La mujer era muy discreta y eficiente. Dejaba todo hecho, entraba y salía con sigilo, sin olvidar ni un solo detalle. Las veces que Sayeb estuvo en la propiedad jamás tuvo que decirle dos veces lo que requería. Ella parecía ser capaz de anticiparlo todo. Él prefería contar con poco personal, pero eficiente.

Se acercó hasta el ventanal y observó la ciudad iluminada. Apoyó la mano en el vidrio hasta sentir la temperatura exterior en la palma de la mano. ¿Cuándo dejaría de reflejarse la frialdad de fuera con la que habitaba en su propio corazón?

Dio media vuelta y caminó a lo largo del pasillo, mientras las luces automáticas se iban encendiendo a medida que él avanzaba. Abrió la puerta de su habitación, dispuesto a recuperar las horas de sueño que tanto necesitaba, aunque esa parecía ser la última opción disponible cuando reparó en su cama.

—Me dijeron que querías todo como siempre —dijo con una sonrisa pícaro la mujer rubia de ojos celestes, desnuda, recostada en el amplísimo colchón—, así que aquí estoy para ti, Sayeb. Ha pasado mucho desde tu última visita, y espero que estés dispuesto a recuperar el tiempo perdido.

Dos horas en el gimnasio habían sido suficientes para eliminar el estrés al que había estado sometido las últimas horas, aunque no podría decir lo mismo respecto a la mujer que pasó la noche en su cama. Sola.

Estuvo tentado a dejarse envolver por los brazos de Charlenne, vamos, era una mujer preciosa con una figura esbelta; piernas largas, abdomen firme, y pechos pequeños con pezones respingones. Sin embargo, al verla, lo único que llegaba a su cabeza era compararla con las curvas y la sensualidad de otra mujer que estaba a miles de kilómetros de distancia durmiendo sola. Y que se había convertido en su esposa.

¿Cómo había sido tan estúpido? Charlenne de seguro sabría que estaba casado, porque sería ridículo que no lo supiera cuando estaba su fotografía junto a Aisha en todos los medios de comunicación internacionales. Lo más probable es que ella no dudase en comentarle a alguna de sus amigas que estuvo con él. Esos cotilleos tan solo lastimarían la imagen que él tan fervientemente necesitaba reconstruir como líder joven de un país conflictuado en su área económica y laboral.

Si hubiese sido más astuto, Sayeb habría recordado que pedir que su penthouse fuese organizado tal como se hacía cada ocasión en que visitaba la ciudad, entonces habría caído en cuenta de que —por lo general— eso incluía que su amante estuviese presente. Después de todo ella era la mujer con la que solía pasar las noches en París cuando iba de visita de Estado o por negocios personales.

Furioso se pasó las manos entre los cabellos húmedos.

El baño, con agua fría a modo de castigo, le ayudó a despejar la mente. Iba a permanecer dos días más en la ciudad; ese era el tiempo preciso en que tardarían en dar los resultados del ADN.

—Procura que Charlenne sea compensada adecuadamente —le dijo Sayeb a Alam cuando este atendió su llamada—. Lo suficiente para que olvide haber pasado la noche en mi penthouse e incluso que fue invitada a hacerlo.

Agarró las llaves del Tesla con determinación.

Cuando abrió la puerta del penthouse, su equipo de seguridad estaba esperándolo. Debería estar habituado a que lo siguieran a todas partes; no era así. Su vida ya no le pertenecía, porque se debía a los cientos de miles de personas que esperaban que él jugara bien sus cartas para

conseguir un mejor porvenir para ellos.

CAPÍTULO 7

Dormir ocho horas seguidas la había compensado con múltiples beneficios, entre ellos despertar con una actitud optimista. Estaba más que dispuesta a dejar en el olvido el día anterior, y aplicar la indiferencia a todo lo que concernía a Sayeb. Conocía muy bien cómo hacer una puesta en escena en apariciones públicas para mantener la imagen de que ese era un matrimonio sólido. Puertas adentro, no tenía por qué fingir que lo toleraba o le importaba su existencia. Le daba lo mismo.

Su primer punto en la agenda era recibir al médico de la Casa Real, el doctor Rashid Wakhal, para que tomase la muestra de su ADN.

—Majestad, los resultados los tendremos lo antes posible —dijo Rashid con una inclinación de cabeza una vez que llenó el kit con lo que necesitaba. El hombre tenía bigote blanco y ojos negros; no llevaba barba—. Al tratarse de un asunto tan delicado, me gustaría preguntarle ¿cómo desea proceder?

—No comprendo.

La situación era incómoda, porque él, sin necesidad de hacer una prueba, sabía quién era la mujer que estaba sentada en esa silla de la biblioteca. Ella no podía recordarlo, claro, porque había sido muy pequeña, pero Rashid había servido a la Casa Real Al-Sabagh desde los primeros días del reinado del padre de Aisha.

Fue justo cinco meses después de que ella hubiera nacido que el doctor recibió la propuesta de trabajar en Boston, Estados Unidos, en un hospital. Estuvo lejos de Bhareib durante poco más de dos décadas. Cuando supo que Muffat había muerto y que el nuevo rey era un joven con ética y sentido humanitario, Rashid decidió regresar. No se arrepentía, porque ahora ejercía de médico de cabecera en la nueva Casa Real.

—Este es un caso excepcional, Majestad, y en base a lo que Geeza me ha informado, puede elegir entre recibir los resultados junto al rey, en privado, o hacerlo durante una junta extraordinaria conmigo, como médico principal, el equipo jurídico al completo, y el Custodio de la Historia de la Casa Real, actualmente es el historiador Munir Garmas, que dejará sentado el precedente oficial para futuras generaciones.

Aisha soltó un suspiro, y se frotó las sienes.

—¿Qué me aconsejaría usted? —le preguntó con sincera confusión.

—La junta extraordinaria, Majestad.

—Así será, entonces, doctor.

—¿Me permite decirle algo adicional?

Ella asintió.

—A pesar de que tengo que hacer estas pruebas por obligación, no podría ni un segundo dudar

de su procedencia. Me alegra que haya logrado sobrevivir —hizo una inclinación de cabeza.

Aisha se aclaró la garganta.

—Gra... gracias, doctor.

Era la primera persona que le mostraba completa confianza y se sintió conmovida. Cuando terminó con la diligencia bajó al salón de desayuno.

Estaba hambrienta. No era el tipo de persona que solía despertar pasada las nueve de la mañana, pero qué magnífica sensación haber descansado. Le había pedido a Zhinite que la ayudara a hacerse un tocado sencillo, pero elegante para estar en casa.

Ella deseaba comprarse sus propios vestidos, pero no tenía dinero, y no pensaba pedirle ni un céntimo a Sayeb. No iba a darle municiones a nadie para tacharla de frívola o despilfarradora, cuando no tenía ni dos días en el palacio. De momento le tocaba utilizar la ropa que le habían dejado en el ropero.

Apenas estuviese el mar en calma, se daría a la tarea de encontrar la forma de llegar a las cuentas bancarias que tenía su familia en el extranjero, y que le pertenecían; estaba convencida de que Muffat no se había hecho con esa información, porque eran recursos personales de sus padres. Una vez en Suiza, les daría todas las pruebas de su identidad a los ejecutivos bancarios, porque con ese dinero no solo garantizaba su libertad de elegir qué vestir o qué cambios hacer alrededor cuando le apeteciera, sino que su capacidad de movimiento y planificación se agilizaría.

Cuando supiese la cuantía del dinero, y lo tuviese disponible, podría financiar los proyectos que le interesaban de verdad para Bhareib. No tendría la necesidad de pasar por el proceso burocrático de someter esos proyectos al juicio de viabilidad económica de quienes controlaban el flujo de dinero en el palacio.

—Buenos días —dijo Aisha al mayordomo cuando este le sirvió el desayuno—. Esto se ve exquisito. —El hombre la miró como si tuviese cinco cabezas—. ¿No acostumbran a saludar aquí a las personas? ¿Por qué me mira de ese modo?

—No... no, perdone, Majestad —se aclaró la garganta—, no era mi intención ofenderla, ejem, pero siempre nos han pedido que seamos invisibles. Eso no ha cambiado. El rey desayuna siempre en la habitación, entonces...

—De ahora en adelante eso va a cambiar —interrumpió con suavidad—. Aquí nadie es invisible, desayunen o no todos los días, almuercen o cenén en el comedor principal o en las habitaciones. Voy a decirle a mi asistente, Zhinite, que coordine una reunión con todo el staff del palacio, pero de momento dígame, ¿cuál es su nombre?

El mayordomo tragó en seco.

—Pewa, Majestad.

—Muy bien, Pewa, ¿me puede traer los periódicos más importantes del día?

—Cla... claro, absolutamente —murmuró antes de retirarse.

Las siguientes horas del día, Aisha pasó ocupada, no solo conociendo el personal, sino recorriendo el palacio, familiarizándose con todo como si fuese la primera vez que pisaba la inmensa propiedad. Algunos de los miembros del staff la observaban con desconfianza, porque les parecía por completo irreal que una reina se acercase para querer conocerlos o interesarse por su existencia. Nadie osó cuestionarla, por supuesto; al contrario, la felicitaron por el matrimonio y expresaron su profuso deseo de continuar sirviendo a la Casa Real.

Al final del recorrido, Geeza se encontró con ella en el salón de té. Se trataba de una estancia que mantenía intacto el techo, y que había sido elaborada con intrincados diseños en el siglo diecisiete con oro y jade. Aisha empezaba a sentir claustrofobia, porque no estaba acostumbrada a permanecer demasiado tiempo encerrada. Necesitaba salir a caminar a algún sitio. Incluso los

jardines eran custodiados y protegidos por altos muros con electricidad. Imaginaba que, aunque era un país con escasos recursos, el tener un rey joven implicaba también modernidad e inversión en tecnología.

No quería sentirse recluida, pero salir a la calle no era todavía una opción, porque quería hacerlo cuando su identidad hubiese sido confirmada y dada a conocer en todos los medios locales. Así se lo había sugerido Geeza al inicio de la conversación. Se vendería la historia de su regreso al palacio, como medio de distracción, a la crisis económica. «El pueblo siempre estaba ávido de un poco de esperanza o ilusión», le acababa él de decir.

—Gracias por reunirse conmigo y aceptar mis puntos de vista.

Ella le sonrió con amabilidad.

—¿Dónde está Sayeb? —le preguntó sin darse cuenta. Llevaba horas sin verlo. No es que lo echara de menos, pero después del incidente de la noche anterior, se imaginó que estaría alrededor para sacarla de quicio.

Geeza se aclaró la garganta. Su lealtad estaría siempre del lado del rey. No podía revelar nada que no fuese de su incumbencia, en especial después de que Alam le hubiese afirmado que Sayeb estaba en París.

—Tuvo una emergencia de Estado —dijo. No era una mentira, pero tampoco la verdad al completo.

El no era quién para llamar a Francia para pedirle razones a un hombre que llevaba el rumbo de tantos millones de personas. Lo único que le quedaba a Geeza era mantener la calma y zanjar cualquier inconveniente.

—¿De qué clase?

—No poseo esos datos, Majestad, tan solo sé que salió en la madrugada y el asunto es de seguridad —murmuró casi con un tono de disculpa, y en lugar de conseguir que Aisha se sintiera tranquila, logró todo lo contrario—. Puede que tarde en resolver el tema algunos días.

Ella se puso de pie. No quería detalles ni justificaciones si Sayeb había ido o no a desfogar sus necesidades sexuales con otra mujer a la madrugada siguiente del día de su boda, en especial porque era falsa, tanto como esos votos ridículos que le tocó decir ante el ministro en el templo. Sin embargo, resultaba humillante que Geeza supiera que había sido abandonada. No podía pedirle al hombre que dejara de cubrir los affaires de Sayeb, porque al fin y al cabo le era leal.

¿Si acaso la idea de que Sayeb estuviese con otra mujer le incomodaba? Por supuesto. ¿El motivo? No tenía la más remota idea.

—Geeza, no trabajas directamente para mí, pero quiero que comprendas algo, y me evites el estrés de repetirme. Te trataré de tú a tú, porque sé que eres parte del círculo de confianza del rey. Fuera de esta oficina, la situación será diferente. —Iba implícito en su comentario que esa regla no se aplicaba a la inversa. Aquel protocolo no tenía que ver con la justicia o la equidad, porque los niveles jerárquicos eran importantes de delimitar en un país que tenía una monarquía y un Estado como partes casi iguales al momento de gobernar un reino.

—Por supuesto, usted dirá, Majestad —replicó con una inclinación de cabeza.

—Me he preparado arduamente para atender cualquier clase de crisis. No he estado viviendo en Marte, sino en el desierto y cada tanto he ido a otras ciudades de Bhareib para conocer su realidad y hallar mejores formas de lograr el progreso de las zonas menos desarrolladas. Así que espero en un futuro próximo, que los problemas que surjan en el palacio, me sean comunicados. Tengo tanto derecho a saber lo que sucede a mi alrededor como lo tiene Sayeb; sea un asunto de seguridad o no. Si el rey quiere tener una amante, me da lo mismo; si acaso llegase a filtrarse información al respecto, al ser este un matrimonio tan reciente y que la gente cree que ha sido

concebido por amor, las consecuencias serán muy perjudiciales para los negocios y para la imagen de estabilidad o compromiso de esta monarquía.

Geeza quiso sonreír, porque ninguna mujer era tan adecuada para ese cargo como Aisha. Así como tampoco existía otra persona que fuese capaz de equiparar el nivel de compromiso que Sayeb prodigaba a Bhareib. Quizá ahora ambos fuesen enemigos declarados, pero con el tiempo podrían encontrar las similitudes que los acercaban y trabajar en ellas. El tiempo era sabio.

—Así será, reina Aisha.

Ella asintió.

—¿Puedes pedir al jefe de cuadras, y al equipo de los establos, que esté presente en treinta minutos? Me gustaría recorrer esa área.

—Claro que sí. ¿Quiere que la acompañe?

—No, Zhinite estará conmigo. Solo avísame cuando tenga que estar presente en la reunión que dará a conocer los resultados del análisis de ADN.

Cuando llegó hasta los establos, Aisha se quedó de pie en la mitad del inmenso patio contemplando las cuadras. El área estaba cuidada al máximo. Todo parecía en orden, y se había incrementado el número de caballos desde que podía recordar. Le pidió al jefe de cuadra que la guiara alrededor.

—Y este —dijo Yousef, el jefe de cuadra—, es el más indómito de todos. Ya tiene una edad considerable, y fue de los pocos que no se lograron vender cuando el rey Muffat decidió deshacerse de toda la caballería, así que cuando su esposo fue coronado, seis años atrás, lo primero que hizo fue enviar a renovar los establos, contratar personal idóneo, y darle un buen trato a todos los animales que quedaron. Él es un sobreviviente.

Ella sonrió y avanzó hasta el sitio para conocer al caballo.

—¿Cómo se llama? —preguntó, pensativa.

Las personas podrían decir que todos los animales eran iguales, ella difería de esa afirmación. Además, aquel caballo tenía algo particular que necesitaba descifrar.

—*Cuervo*. Lo llamaron así porque es negro como la noche. De hecho, es el caballo del rey Sayeb, tan solo él es capaz de domarlo. Es el único espécimen que no forma parte del programa de carreras. Por su edad, y porque jamás han podido lograr que obedezca una sola orden.

Ella se aclaró la garganta, y estiró la mano para acariciar la frente del animal. Este de inmediato empezó a resoplar. El reconocimiento no tardó en llegar, y el resoplo se sumó a intentos de salir del cómodo confinamiento.

—Fénix... —susurró Aisha, y el caballo se agitó—. Oh, wow, es Fénix —dijo entre lágrimas, mientras abría la puerta y se acercaba, sin escuchar las advertencias de Yousef, para abrazar el cuello del animal—. ¡Fénix!

Las palabras a su alrededor dejaron de cobrar importancia, así como los murmullos que se elevaron alrededor, mientras ella se reencontraba con su amado caballo. Fénix había hecho honor al nombre que le puso, y era un sobreviviente más... En un entorno de desconocidos, al estar con un pedacito de su pasado, se sintió sobrecogida. No era dada a mostrarse emocional, pero los caballos fueron una parte importante de su vida en el palacio, así como los halcones. Ambas clases de animales siguieron siendo parte de su día a día cuando estuvo en el desierto, pero jamás podría olvidar cómo el caballo y ella solían volar a toda velocidad cuando se embarcaban en una cabalgata, entre los aplausos de su padre y la innegable sensación de plena libertad.

—Majestad —dijo Yousef, preocupado—, ¿le ha dicho Fénix?

Ella mantuvo a raya las lágrimas, y palmeó el lomo de su caballo.

—Ese es su nombre. Y si lo llaman Cuervo, obviamente no responde, porque ese nombre tan horrible no le corresponde. De ahora en adelante deben llamarlo Fénix, y no es el caballo del rey, es mío. ¿Queda claro?

—S...sí, claro, Majestad. Como usted ordene. —Ni loco iba a contradecirla; le debía respeto y obediencia.

—Mañana saldré a cabalgar con él. Téngalo listo.

Yousef creyó sudar frío. ¿Cómo iba a decirle al rey, que su caballo había sido utilizado por otra persona? ¿Y si lo despedían? ¿A quién debía obedecer?

—Es un poco rebelde, como le comenté —murmuró arreglándose el cuello del uniforme que todos los miembros de la cuadra utilizaban—, Majestad, mi deber es procurar su seguridad. Si usted me permite, le quisiera sugerir...

—Las órdenes que yo dé, Yousef, las debe cumplir, así como cumplen las del rey Sayeb. Él no le pide sugerencias, ni usted se las da. Concédame el mismo respeto. De mi seguridad me preocupo yo. Usted ha sido un guía estupendo, así que no se preocupe por su puesto de trabajo —dijo consciente de que el hombrecillo tenía que acostumbrarse a que ahora eran dos personas las que llevaban las riendas en esa aventura monárquica—, y si surge algún incidente, yo lo solucionaré.

—Gracias, Majestad —murmuró con alivio.

Todo el equipo que trabajaba en los establos parecía cautivado con la seguridad que emanaba de Aisha, así como el temple que tenía para hablar con firmeza. No era una tirana, ni una caprichosa mujer recién llegada; sabía lo que quería, y eso era algo a lo que no estaban habituados.

Ajena a las impresiones que iba dejando a su paso, Aisha acarició de nuevo a Fénix antes de irse, no sin antes susurrarle que volverían a verse pronto.

La convocatoria para la junta extraordinaria se dio sin inconvenientes, al menos si no se contaba el retraso de media hora de Sayeb, porque su avión acababa de aterrizar procedente de Francia. Ese detalle no pasó desapercibido para Aisha, quien trató con todas sus fuerzas de ignorarlo, pero perdió la batalla porque no podía quedarse sin respiración solo para evitar que el exquisito perfume de Sayeb se le filtrase por las fosas nasales. No creyó que, entre las dificultades de regresar a su ciudad para recuperar su puesto legítimo, tuviera que aprender a soportar la exquisita visión que era Sayeb. Su lucha interna era tenaz, porque el hombre más sexy que recordaba haber visto en años, también era el descendiente de un monstruo.

Todos, menos la reina, se pusieron de pie para saludar a Sayeb. No era una falta de respeto, sino una demostración de la condición de equidad de poder que Aisha estaba dejando claro que iba a existir en esa Casa Real.

—Buenos días, Aisha —dijo él antes de sentarse a su lado.

Le parecía imposible que una persona fuese capaz de verse más guapa, en especial cuando apenas la había visto dos días atrás, sin embargo, eso era exactamente lo que Sayeb creía sobre Aisha. Ella llevaba el cabello recogido en un tocado sencillo que realizaba sus facciones aristocráticas; y el vestido color rojo marcaba discretamente los pechos que él había tenido el placer de ver días atrás.

Tuvo que reprimir las ganas de tomarla en brazos para besarla y deshacer esa fría actitud. Sayeb ahora sabía que tras la fachada de indiferencia se escondía una mujer apasionada; nada

deseaba más que encender la chispa que conseguiría que todo ese fuego se transformase en una llamarada de lujuria.

—Buenos días —replicó ella con acritud en tono bajo.

Pronto, todos volvieron a tomar asiento, y la sesión para la que habían sido convocados entró en proceso.

Con el permiso de los reyes, el doctor Wakhal leyó en alto los resultados de ADN, confirmando a Aisha como una Al-Sabagh y legítima heredera al trono real de Bhareib. Cada miembro de la junta extraordinaria tomó la palabra, agradeciéndole a Aisha el haber tenido la valentía de volver, le extendieron disculpas a nombre del pueblo por la pérdida de sus padres, y le prometieron lealtad. El encargado del registro legal pidió la firma de los reyes y los testigos antes de llevarse el documento a un destino seguro para que constara en la historia del país.

Cuarenta minutos más tarde, una gran sonrisa satisfecha se formó en los labios de Aisha. Se incorporó tratando de contener las lágrimas de emoción. El resultado no la sorprendía, sino que le brindaba el respaldo que necesitaba para empezar su trabajo.

—El equipo de comunicación empezará a trabajar en la historia —anunció Geeza cuando la pareja real salió del salón—, para que el pueblo tenga presente el papel de la reina Aisha de ahora en adelante.

A partir de ese momento el equipo de comunicación de la Casa Real tendría que ponerse a trabajar, bajo la directriz de Zhinite y Geeza como asesores del rey y la reina, para dar a conocer convincentemente la historia del retorno de una princesa que había sido dada por muerta trece años atrás. Ningún monarca de Oriente Medio daría explicaciones públicas de sus vidas privadas, indistintamente si era para corroborar o no una historia, los reyes de Bhareib no serían la excepción.

—No voy a conceder entrevistas —dijo Aisha a Geeza, y miró después a su asistente y consejera oficial, Zhinite—: No quisiera dar explicaciones. Espero que puedan manejar el tema de la mejor forma.

—Los monarcas no explican nada a nadie —zanjó Sayeb, mientras avanzaban por los corredores del palacio con Geeza y Zhinite siguiéndolos—, así que no tienes que preocuparte por eso. Las órdenes las das tú, no al revés.

Ella frunció el ceño, fastidiada.

—Geeza y Zhinite pueden retirarse.

Sin demora, Sayeb guio a Aisha hacia su despacho. Ella lo siguió, no porque quisiera hacerlo de buena gana, sino porque tenía un par de cosas que decirle. Se plantó en la alfombra persa determinada a dejar en claro su punto de vista.

—¿Cómo te atreves a hacerme pasar una situación tan bochornosa al largarte sin más, en plena madrugada del día de nuestro matrimonio? —preguntó respirando agitadamente—. No tiene importancia si fue un acuerdo o una imposición, no estamos aquí por nosotros, sino para que este país salga del bache en que tu sanguinaria familia lo dejó. —Él apretó los puños a los costados—. Tienes la sutileza de un elefante.

Sayeb esbozó una sonrisa sarcástica y apoyó la espalda contra la puerta.

—Tuve que resolver una crisis de Estado —replicó con indiferencia.

Aisha soltó una exhalación, y después se dirigió hacia la salida. No quería discutir. Estaba emocionalmente agotada. Quedarse con él en esos momentos no iba a contribuir a crear un clima llevadero para vivir.

—Quítate de mi camino, Sayeb —pidió evitando que sus ojos colisionaran con los de él—. Necesito ir a cabalgar para despejar la mente.

Él la tomó de los hombros para que lo mirase.

—No me acosté con ninguna mujer —dijo sin pensarlo demasiado. Dar explicaciones no era algo que hacía con nadie, así que no entendía por qué demonios estaba haciéndolo ahora como si se sintiera culpable, cuando no le debía nada a Aisha.

Ella permaneció rígida, y no dejó notar que el comentario le alegraba. Tres días alrededor de un hombre que se había preparado para odiar, mas no para desear, y ya empezaba a tener emociones conflictivas en su cabeza. Definitivamente el aire cálido del desierto era necesario en esos instantes.

—Qué mal —dijo mirando la boca de Sayeb—, la próxima vez que intentes buscar una amante procura hacerlo sin crear una situación incómoda para la imagen de este acuerdo matrimonial.

—Aisha...

—¿Qué? —preguntó elevando el mentón, orgullosa.

Estaba preparada para replicar cualquier sandez que él pudiera decirle.

—No creo que discutir sea la mejor opción para nosotros ahora mismo —dijo apartando las manos de los hombros, mientras las llevaba lentamente hasta acunar el rostro de Aisha. Con los pulgares le acarició las mejillas.

Ella tragó en seco y creyó que le faltaba el aire. Las callosidades que tenían las palmas de esas manos fuertes contrastaban con la suavidad con que estaba tocándola.

—¿Qué haces? —preguntó en un susurro que sonó casi desesperado.

Él tenía la certeza de que los próximos días serían infernales si la tensión sexual que existía entre los dos continuaba creciendo. Si satisfacía sus instintos básicos, entonces ambos podrían convivir sin querer lanzarse dagas con las miradas o fulminarse verbalmente. Sería imposible concentrarse.

—Quiero hacerte una pregunta.

—Para eso no necesitas tocarme...

Sayeb se rio con suavidad.

—¿Me deseas como yo a ti? —preguntó con un brillo pícaro en la mirada.

Aisha era una de las mujeres más bellas que había tenido el placer de tener a su lado, y la primera que prefería lanzarle piedras verbales a concederle el beneficio de la duda sobre sus motivos, ideas o planes. En especial, la primera que conseguía que su cuerpo no reaccionase a ninguna otra mujer. ¿Lo más sorprendente? Que ella parecía por completo ajena al efecto que causaba.

—No sé qué clase de interrogante es este, Sayeb —replicó.

Ella no tenía idea de cuál era la finalidad de él con esas preguntas absurdas. Aisha tan solo podía escuchar cómo su cerebro le gritaba que se apartase de la tentación porque no sería capaz de lidiar con las consecuencias, mientras su cuerpo reaccionaba comportándose sensible y ansioso de recibir caricias en la espera de experimentar un alivio que llevaba años en el olvido.

—Una sencilla. Me gustaría que fueses honesta y la respondieses. Porque, a pesar del desprecio que muestras hacia mí, sé que me deseas tanto como yo a ti.

—Qué dices... —susurró con el pecho subiéndole y bajándole trabajosamente.

—La verdad. —Ella murmuró algo sobre los hombres idiotas que tienen la cabeza llena de lujuria—. Si me dices con sinceridad que no me deseas, entonces podrás pretender que esta conversación nunca ocurrió.

Estaba asustada, y también quería dejarse llevar por la hipnótica forma en que la boca de Sayeb se movía al hablar. Le gustaba ese tono de voz de barítono, y cómo pronunciaba las palabras. Se sentía envuelta en una nube de deseo y esta amenazaba con nublarle el juicio y

capacidad de raciocinio. No podía ponerse en peligro. Así que decidió zanjar el asunto de una buena vez.

—Quiero ir a cabalgar, y me estás interrumpiendo la rutina. —Sayeb dejó caer las manos a los lados, y Aisha sintió de inmediato la pérdida de su cercanía—. Además, si crees que soy una mujer que perderá la cabeza por acostarse contigo, te equivocas. Así como también te equivocas si crees que carezco de experiencia y que puedes enseñarme algo que ignoro sexualmente.

Los ojos oscuros de Sayeb relampaguearon, y Aisha supo que acababa de cometer un error terrible. Sin embargo, no pensaba retractarse.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con un tono severo en su voz, casi siniestro.

La inmediata necesidad de ponerle rostro a cualquiera que se hubiese atrevido a tocar a Aisha surgió como un bólido. El sentido de posesión que lo envolvió era tan potente que Sayeb tuvo que apartarse por completo para controlar su enfado.

—No soy virgen —soltó a bocajarro—, y tampoco estoy interesada en repetir esa clase de experiencias, en especial con un matón despreciable como tú. Este matrimonio tiene fecha de caducidad.

A pesar de las ganas que tenía de acallar a Aisha, demostrándole con su cuerpo lo que ella se negaba a aceptar, Sayeb prefirió tratar de calmarse y optar por una estrategia diferente. No recordaba haber sentido tanto enfado en muchísimo tiempo, y nada tenía que ver con la virginidad o la falta de esta, porque él no era como los hombres de Oriente Medio cultivados a la antigua.

Podía entender que ella sintiera un resentimiento hacia él por la muerte de sus padres y su hermano, así como la masacre a la que fue sometido Bhareib a manos de Muffat; pero él no era su padre. El hecho de que Aisha lo hubiese condenado sin darle la oportunidad de conocerlo, le parecía un insulto, y no era la primera vez.

Que otro hubiera tocado a Aisha, le escocía, sí, pero no iba a ponerse a los pies de ninguna mujer. Al contrario, iba a lograr que ella se arrepintiese de sus palabras.

—Vaya —dijo él—, yo creía que eras el tipo de persona que consideraría que la valía de una mujer estaba en su cabeza, y no entre sus piernas. Imagino que tú piensas diferente. Interesante.

—Qué vulgar eres... Además, no tienes idea de lo que pienso —refutó.

Sayeb se dirigió hacia su escritorio y se sentó en el cómodo sillón. Aisha mantenía la mano sobre el pomo de la puerta; tenía los nudillos casi blancos.

—En pocos días iremos a recorrer las calles de la ciudad de Hufama, y tendremos que inaugurar el nuevo edificio de la policía, así como entregar víveres para zonas desfavorecidas. Organiza tu agenda como mejor te plazca, pero no puedes faltar porque será tu primera aparición oficial. De momento, disfruta tu cabalgata —dijo Sayeb con un tono de aburrimiento, mientras se desentendía por completo de Aisha.

Ella cerró de un portazo. Odiaba ese tono condescendiente, pero todavía más que él se creyese en la posición de decidir los términos de esa ridícula relación.

Cuando estuvo a solas, Sayeb recostó la cabeza contra el respaldo y soltó una sonora exhalación. Solo podía salir airoso uno de los dos, y Sayeb no estaba dispuesto a rendirse. Aisha iría a sus brazos por voluntad propia, y cuando eso ocurriese, él pensaba disfrutar su victoria, y ella no volvería a ser capaz de recordar a ningún hombre que hubiese estado antes de él.

Satisfecho ante las perspectivas con Aisha en el horizonte, Sayeb empezó a revisar las gestiones que tenía pendientes. Uno de sus puntos en la agenda del día consistía en reunirse con su jefe de inteligencia quien, al parecer, ya tenía una pista que podría llevarlos a encontrar a los responsables de que Aisha hubiese reemplazado el lugar de la princesa Jamaya en la boda real.

CAPÍTULO 8

Tres semanas a tope con viajes a diferentes ciudades de Bhareib mantuvieron a raya las discusiones, así como la química sexual, porque en cada reunión siempre había personas alrededor. Aisha y Sayeb jamás se quedaban a solas. Ambos habían comprendido que estar sin acompañantes era la receta para el desastre. Sus asistentes se encargaban de todo, incluyendo mensajes que uno quería decirle al otro. Después de todo, no tenían nada personal que tratar.

De cara al público, los reyes de Bhareib eran la pareja perfecta: sonrientes, amables y generosos con su tiempo. Una vez que las puertas del inmenso palacio se cerraban, la realidad era muy diferente. Cada uno iba y se ocupaba de sus asuntos. Aisha organizaba una agenda de eventos con sociedades filantrópicas, universidades locales, recibía visitas de otras reinas y primeras damas de países de Europa.

El rey, ajeno a los planes de su esposa, sostenía interminables reuniones con ejecutivos para intentar hallar una solución a los problemas que aquejaban el área financiera del país; aunque uno de sus principales intereses consistía en rehabilitar los oleoductos abandonados que se habían hecho dieciséis años atrás —en el reinado de Hassab Al-Sabagh—, en el afán de crear empleo y crecimiento para el país, pero los contratos de extracción vendidos a empresas extranjeras ya habían expirado y necesitaban renegociarse. Ese estancamiento era uno de los temas que más agobiaba a Sayeb, por eso reunirse con representantes del gobierno australiano para discutir sobre los permisos de extracción petrolera era un punto trascendental.

Por otra parte, la popularidad de la Casa Real empezaba a ganar terreno, y con ello también llegaban críticas, unas positivas, otras, no tanto. Este era un aspecto que tenían que considerar parte del día a día los miembros de la realeza alrededor del mundo. Algunos ciudadanos, los de mayor edad especialmente, creían que, si la reina Aisha había logrado perdonar a los que asesinaron a su familia y casarse con Sayeb, entonces ellos también podrían dejar sus prejuicios en el olvido en lo referente a la idoneidad del joven rey para el cargo. Las mujeres en general, de todas las edades, consideraban al hostil y rebelde rey Sayeb como el más atractivo de Oriente Medio, y al palacio solían llegar cestos de regalos y frutas para él, acompañados de cartas de admiración. En el caso de Aisha, algunos ciudadanos la machacaban por tener un pasado en sombras del que nadie sabía nada, pero al mismo tiempo le brindaban el beneficio de la duda en lo relacionado a su capacidad para reinar; siempre había un caballero o niños con flores frescas que le obsequiaban cuando ella hacía visitas de Estado en el país. Tomaría tiempo afianzar la imagen de una nueva monarquía joven al mando de Bhareib, pero lo estaban intentando.

Cuando la historia de la reaparición de Aisha llegó a la prensa, gracias a la gestión de comunicación de la Casa Real, la respuesta internacional no se hizo esperar. Hubo muestras de apoyo e incluso algunas productoras contactaron al palacio para proponerles hacer un documental

de la vida de la joven reina. Por supuesto, todas las ofertas fueron declinadas. El pasado de Aisha, aquellos trece años en el desierto, continuaba siendo un tema que ni ella ni Sayeb habían tratado de airear o ponerlo sobre la mesa de discusión. Ella no estaba interesada en hablar al respecto.

La pugna de personalidades continuaba siendo una constante.

Después de dejar claro que Fénix era su caballo, y ganar la discusión con Sayeb con una carrera de caballos nada menos, Aisha se dedicó a mantener exhaustivas reuniones con importantes abogados para empezar un proyecto que reformase las leyes arcaicas en lo referente a los derechos de la mujer. Cada que terminaba una sesión, salía agotada, pero había encontrado en Zhinite una asistente y consejera muy eficiente. Su equipo de trabajo necesitaba ampliarse con expertos en otras áreas, y lo haría poco a poco. Las horas del día pasaban rápidamente, y Aisha no se quejaba, porque había regresado a su sitio para hacer una diferencia.

A medida que transcurrían los días, Aisha no dejaba de sorprenderse por las muestras de respeto que tenían los ciudadanos hacia Sayeb. Cuando ella les preguntaba al respecto de forma casual, empezaba a escuchar frases halagüeñas que sin lugar a dudas eran sinceras. «*El rey es una persona generosa*». «*Se ha ganado nuestra confianza en estos seis años desde su coronación*». «*Pagó la operación de mi hijo en el extranjero para que le extirparan un tumor, ¡de su propio bolsillo!*». «*En algunas ocasiones viene a enseñarle a los niños defensa personal*». «*El Rey Sayeb es estricto, aunque ha demostrado que su pueblo le interesa, así como las mujeres bonitas*», le había dicho un anciano de una comuna cercana a Vasulh durante una ceremonia para la entrega de medallas en una escuela. Este último comentario la puso de mal humor, pero —al igual que en cada ocasión que se topaba con las alabanzas de la gente en lo relacionado a su esposo—, lo supo disimular.

La imagen de vileza que tan arduamente ella había construido alrededor de Sayeb, aumentando su odio y sed de venganza en el desierto, parecía desmoronarse con rapidez. ¿Quién era en realidad el hombre con el que se casó?

Aisha apartó sus conjeturas cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

—Buenas noches, Majestad —dijo Zhinite—. Le traigo los cuatro trajes de noche que me encargó, y todo el equipo está listo para prepararla.

—Empecemos, entonces —replicó Aisha, mientras se acercaba a elegir el vestido. Poco a poco se había habituado a tener de regreso los lujos y atenciones. Sin embargo, para su propio asombro, continuaba echando en falta la simpleza del desierto y la libertad de romper protocolos para ser simplemente *ella*.

Esa ocasión Aisha iba a ser la anfitriona de una cena con miembros del gobierno australiano. Estos estaban estudiando la posibilidad de apoyar financieramente el proyecto de Sayeb para brindar mejores condiciones de seguridad, así como beneficios de salud, a los empleados mineros. Además, estaba de por medio el interés de venderles los derechos de extracción petrolera de los oleoductos que requerían rehabilitarse para volver a funcionar a toda máquina.

Este era un evento importante por lo que Aisha había estudiado en profundidad todos los detalles a considerar exponer en la mesa de conversaciones casuales, así como los temas que debían evadirse. La visita de la comitiva de diez dignatarios extranjeros tenía también mucho que ver con la necesidad de constatar que el compromiso de sus monarcas, y los ministros de gobierno bhareibianos, no una fachada cuya finalidad era llenar las arcas con dinero australiano, pero sin dar resultados. Ningún país invertiría en Bhareib si el análisis de Australia era negativo. Esa era la primera nación que mostraba apertura hacia un país que anteriormente había sido considerado

zona de guerra, inseguro, y con líderes mercenarios. Incluso cuando Sayeb llegó al trono, debido a su parentesco con Muffat, el nivel de desaprobación internacional fue brutal. Le estaba costando muchísimo al joven Rey lograr penetrar las barreras de la incredulidad e indiferencia de otros países. Aisha sabía lo que estaba en juego, y por más fastidio que sintiera por Sayeb, no podía permitir que esa noche terminase en desastre.

—Luce esplendorosa, Majestad —dijo Zhinite cuando Aisha estuvo completamente vestida—, será un punto de referencia muy importante para la moda internacional y también para quienes se fijan en la imagen de Bhareib.

—Gracias, Zhinite —replicó Aisha, pero el asunto de la moda no le importaba. Sabía que, bien o mal, podría ser parte de los parámetros bajo los cuales la juzgarían internacionalmente, así que tenía también que aceptar los lados de su posición que no le eran tan agradables de sobrellevar.

A medida que habían pasado los días, Aisha mantuvo la firme intención de que su asistente se expresara con libertad en su presencia. No quería robots o personas sin criterio, porque así no iba a progresar su gestión como reina. Zhinite había comprendido que opinar con respeto era importante para funcionar como equipo. Si a la reina de un país le iba bien, entonces a su grupo cercano de colaboradores también porque la reputación se forjaba con un trabajo de hormigas.

—Tengo un mensaje para usted, Majestad —Aisha asintió—. Me pidió Geeza que le comunicara que el rey Sayeb desea tener una charla privada antes de la cena. ¿Está de acuerdo? —preguntó—. Si me da una respuesta ahora, entonces yo podría coordinar la secuencia de actividades de la cena de esta noche con el equipo del rey, incluso podría retrasar un poco la presentación de Andrea Bocelli durante el postre.

Ataviada con un traje de tono azul de corte en A, y cuello en V. El vestido caía con elegancia brindándole facilidad de movimiento a Aisha, lo que más llamaba la atención era el delicado brocado de perlas, entremezclado con pequeños zafiros, que formaban parte del escote. Lucía exuberante. Llevaba el cabello recogido parcialmente, mientras una cascada ondulada se regaba bajo sus hombros.

Esa era la primera ocasión en que Sayeb pedía reunirse a solas. Imaginaba que iba a darle algún discurso sobre lo importante que era esa cena. «Como si ella no supiera...». Por otra parte, no podía dejar de ser consciente que había juzgado mal a Sayeb durante todo ese tiempo. No solo por lo que escuchaba de la gente, sino porque había visto, sin que él lo supiera, cómo pasaba noches en vela tratando de resolver algún problema o planeando formas para negociar con los diferentes Ministerios en el país para lograr acuerdos que mejorasen las formas de gobernar Bhareib.

Jamás lo admitiría, pero en cada ocasión que estaban juntos ella se esmeraba por ser la receptora de aquella calidez que surgía de él cuando hablaba con otros fuera del palacio, mientras a ella la había relegado a la zona de sonrisas superficiales. Claro, Aisha le prodigaba el mismo trato, porque dar su brazo a torcer no estaba en sus planes. Reconocía que estaba siendo contradictoria, pero, ¿cuándo había tenido la cabeza a derechas desde que tuvo por primera vez frente a frente a Sayeb?

El tiempo de ignorarse había quedado atrás. Sabía que muchos de los acontecimientos por venir iban a tener que discutirse sin intermediarios para agilidad de las agendas mutuas de trabajo. Más le valía estar preparada.

—Sí, Zhinite, dile a Geeza que puedo recibir a mi esposo para esa reunión que me pide. Encárgate de que en la recepción de esta noche no quede ni un solo detalle olvidado. —Miró a las mujeres que se encargaban de su cabello, maquillaje y ropa, y que esperaban a que les diese una orden—: Por esta noche hemos terminado. Gracias.

—Por supuesto, Majestad —murmuraron todas antes de salir de la habitación.

Aisha estaba nerviosa, y también sabía que le debía una disculpa a Sayeb por sus prejuicios. Aunque, ¿cómo podría alguien culparla con el antecedente de los asesinos de su familia? Claro, su desbordada imaginación tuvo una gran cuota en todo el asunto con Sayeb, la hizo pasar una vergonzosa tarde cuando preguntó a Geeza si las mazmorras podrían ser transformadas en un centro de acopio de alimentos imperecederos. El hombre, tan diplomático como era, tan solo se limitó a decirle que no existían mazmorras en el palacio, ni tampoco harenes. Sonrojada a más no poder, Aisha le había pedido que jamás comentara al respecto con Sayeb. Por supuesto, Geeza le prometió que no tenía de qué preocuparse, aunque no por ello Aisha dejó de notar la ligera sonrisa que se operó en el consejero y asistente personal del rey.

Le habría gustado esperar a la mañana siguiente para decirle a Aisha que una hora atrás, los miembros del ejército habían apresado a sus compinches en el incidente por la suplantación de la princesa Jamaya en el templo. Sin embargo, debido a un error en el equipo táctico que llevó a cabo la misión en el desierto, el anciano y líder de la tribu de beduinos que había acogido a Aisha durante años, Umman bin Kassala, sufrió un disparo en el estómago y estaba en esos instantes en terapia intensiva.

Sayeb no sabía cómo dar una noticia semejante a una persona con un carácter explosivo como Aisha sin que esta intentase echarle la culpa... Aunque, técnicamente, era culpable, pues fue él quien dio la aprobación y orden de hacer la incursión. No hubo que utilizar la fuerza, porque los Talippah eran personas de paz, aunque a ninguno le agradó ver a su jefe herido, y a un tal Rafiq Haddan —según le informaron por radio los miembros del ejército, el hombre era el hijo del líder—, esposado.

El jefe de inteligencia y tecnología, Naras Matadhi, le había entregado un informe completo a partir del análisis del auricular que Aisha llevaba el día de la boda, así como todo el proceso de seguimiento del caso. Aquella información fue en gran parte el motivo por el cual se mantuvo apartado de Aisha; no solo por la tentación que ella representaba, sino porque, en una de las incontables discusiones, lo más probable es que le hubiese terminado diciendo sobre la misión de inteligencia solo para sacarla de quicio. No habría sido beneficioso para nadie. Y ahora, a pesar de la cautela utilizada, el disparo inesperado había transformado una pacífica rendición en una caótica escena, y Sayeb necesitaba encontrar la manera de enfrentar a Aisha.

Durante esas semanas, a él le había resultado complicado observar cómo la mujer que había resurgido de las arenas del desierto volvía poco a poco a convertirse en la reina que estaba destinada a ser. La atracción que intentaba olvidar se hacía más fuerte. Cada día, ella le parecía más tentadora, desafiante, en especial por la forma en que desarrollaba una sincera empatía con los ciudadanos, que conocían en los recorridos al inaugurar obras o al visitar fundaciones benéficas e incluso yendo a hospitales, y estos le correspondían en interés y aprecio.

Ese comportamiento genuino de Aisha lo instó a comprender la pasión que compartían ambos por Bhareib. Al menos en ese ámbito no eran tan distintos. Sayeb empezó a examinar a Aisha bajo otra luz, y entendió todavía más el por qué del rencor que sentía ella hacia él. Si había alguien nacido para reinar esa era Aisha Al-Sabagh. La terca mujer hizo válido su derecho y poder, para optar por no utilizar el apellido Al-Khalel; él no podía culparla, así como tampoco le era posible ignorar cómo la presencia de ella había suavizado su imagen de rey inaccesible ante otros.

Lo levísimos roces intencionales, las miradas furtivas o las sonrisas robadas que Aisha le dedicaba, estaban a punto de arrebatarle el juicio. Que ella lo considerase indigno de tocarla, le

escocía. Sayeb pretendía mantener el propósito de hacerla tragar sus palabras de desprecio una a una, por más de que en el proceso él tuviera que recurrir a baños de agua helada y aliviarse con la mano. Sabía que encontrar otra mujer que estuviese deseosa de complacerlo, en lugar de intentar cortarle la garganta con una daga o echarlo al suelo con una maniobra física, era muy fácil. Sin embargo, su cuerpo no estaba interesado en otra persona. ¿Qué tal con semejante imbecilidad?

—Aisha —dijo llamando con los nudillos a la puerta semi-abierta.

—Pasa, por favor —replicó la voz suave que inundaba las fantasías del rey—. Estoy ajustándome los pendientes, ya estoy contigo en un momento.

Cerró la puerta tras de sí, y avanzó hasta llegar a la pequeña salita dispuesta para todo lo concerniente a belleza femenina: maquillaje, espejo, utensilios para el cabello, y accesorios varios. Aisha estaba de espaldas, pero a él le era posible ver el reflejo del rostro en el espejo. Se colocó tras ella.

—¿Qué necesitas? —preguntó.

Una corriente eléctrica pareció recorrerle la columna vertebral a Aisha, y sus dedos vibraban ante la tentación de acariciar el rostro de ese hombre exasperante y sensual. Sayeb poseía la elegancia de un leopardo, su cuerpo poseía agilidad al moverse, y en conjunto él iba más allá de lo que se podría considerar hermoso. Estaba convencida de que su opinión era muy imparcial, porque había escuchado lo que otras mujeres solían decir, entre murmullos disimulados o en la forma de mirarlo al pasar.

El aroma del costoso perfume varonil, entremezclado con el sutil sándalo propio de él, olía deliciosamente. Aunque odiaba admitirlo, cuando lo escuchaba hablar o debatir en las reuniones, ella se quedaba absorta por la elocuencia y rapidez mental para manejar uno y otro tema sin dudar. Su boca invitaba a preguntarse qué cosas pecaminosas podría hacer a una mujer que, como ella, quería ser tocada y acariciada de todas las formas posibles con un ansia que resultaba embarazosa. Esa era la fuerza del deseo.

—Hay algo importante que preferí comunicarte personalmente —dijo con seriedad, mientras ella bajaba las manos y se ponía de pie.

—Estoy muy clara en las decisiones que he tomado, si ahora quieres cancelar el discurso que voy a dar para los representantes australianos, entonces es muy tarde. Sé que es mi primera cena de negocios, pero estoy preparada.

Sayeb frunció el ceño.

—No estaba poniendo en duda tu capacidad —replicó mirándola de arriba abajo, porque le era imposible no hacerlo. «Esta mujer tarde o temprano va a matarme de deseo», pensó Sayeb—. Así que no hay necesidad de ponerte a la defensiva.

Aisha soltó una exhalación.

Él debería estar utilizando el traje clásico de un rey, pero había optado por la sugerencia de Geeza, y llevaba un traje occidental. A veces la mejor forma de llegar a crear un ambiente de iguales, aunque no lo fuesen, era fusionarse con lo más típico y natural en un ser humano: la forma de vestir. Quería que los australianos lo viesen como un líder progresista, moderno, pero también preparado para la ocasión. Esto último ocurriría una vez que pudiesen empezar a hablar entre ellos. Las leyes decían que una mujer no podía interactuar con líderes de otros países sin la presencia de su esposo, pero Sayeb prefería ahorrarse el dolor de cabeza que implicaría discutir sobre ese preciso punto con Aisha. De hecho, ni siquiera se lo había comentado, y esperaba que ese detalle continuase relegado en los vetustos libros de abogados.

—De acuerdo, Sayeb. Quedan treinta minutos antes de que empiece la recepción. Está todo coordinado por nuestros equipos de trabajo... Así que, ¿qué es eso tan urgente que te ha traído

hasta mi habitación? —preguntó con cautela.

—Hubo una situación en el desierto hace pocos minutos.

—¿Huh? —preguntó inclinando la cabeza con expresión confusa.

Sayeb no quería bajar de mal humor a la reunión, mucho menos ver a su esposa sacar los garfios afilados en forma de palabras sardónicas en una actividad de cuyo resultado dependía el futuro de Bhareib. Tomó una decisión contraria a la que lo había llevado a la habitación de Aisha. Sería preferible hablar del tema de los Tippah al día siguiente, cuando ambos estuviesen en calma, y él recibiera una llamada del Hospital Central de Bhareib diciéndole que el jefe Umman estaba fuera de peligro.

Él se aclaró la garganta.

—Un incendio en el camino que lleva hacia una de las tribus empezaba a dar paso a una turba que fue detenida —dijo.

Era una verdad a medias, porque sí que hubo un incendio que fue causado por los beduinos que formaban parte de la tribu de los Talippah y que intentaron crear una barrera de fuego para que los militares del palacio no ingresaran. Fue un incendio sin consecuencias graves, y bastante controlable. Obviamente, eso no iba a decirle.

—¿Una tribu? ¿Cuál? —preguntó abriendo los ojos de par en par. No quería delatarse y decirle a Sayeb qué tribu había sido su aliada durante todo ese tiempo.

—Los Talippah —replicó apretando los labios al notar cómo los ojos de Aisha de llenaban de preocupación. Sabía que moriría antes de decirle el nombre de esas personas que la habían ayudado, y él no podía dejar de admirar su lealtad hacia ellos.

—Hay muchas tribus en el desierto, y la mayoría son pacíficas... Quizá debió existir una situación muy extrema para que hayan reaccionado de ese modo.

Aisha no podía dejar de notar la forma en que el traje negro, hecho a medida por el sastre del palacio, se ajustaba a la perfección a los músculos de Sayeb. Los hombros anchos y sus pectorales varoniles eran difíciles de ignorar en un conjunto que ella quería conocer piel a piel. No podía dejar de admirarlo, porque era un imán para su mirada femenina, así que tenía que pretender que ni siquiera le importaba.

—¿Conoces a esa tribu en particular? —preguntó Sayeb acercándose hasta que sus cuerpos estaban a poquísima distancia. Ella tuvo que elevar el rostro para mirarlo.

Sayeb decidió que quizá sería una excelente idea buscar una manta y cubrir a Aisha para que nadie más que él tuviese el placer de mirarla o recrearse en sus curvas femeninas. Esos ojos leoninos poseían la capacidad de subyugarlo, y él luchaba férreamente para borrar el efecto. Le era difícil recordar un tiempo en el que hubiese deseado tanto a una mujer hasta el punto de sentir un dolor físico por la carencia. Pero ella iba a ser quien diese su brazo a torcer.

—Conozco muchas, de hecho, las estudié durante años cuando mis padres vivían, también las visité, y pues... —se encogió de hombros—, una de esas tribus me salvó la vida —dijo sin querer revelar más información.

—Ah, entiendo.

—¿Por qué ocurrió el incendio? —preguntó entrelazando los dedos entre sí. Cientos de posibles escenarios catastróficos se le vinieron a la mente. Esperaba que solo hubiese sido un mal entendido, que solían ocurrir de vez en cuando, y el incendio haya sido parte de alguna travesura de los chavales inconscientes de la tribu y sus amiguitos de las tribus aledañas.

—Oh, no tengo el informe todavía, pero apenas me lo entreguen te lo haré saber. Creí preciso comunicártelo debido a tu apego a las tribus nómadas del país, así como lo tuvo tu padre en algún momento —replicó elevando la mano y acariciándole la mejilla. Ella contuvo la respiración—.

¿Estás cómoda en este palacio?

—Yo... Sí. La habitación es muy grande y la han redecorado con buen gusto. Algo frugal, pero es mejor así. No he tenido la oportunidad de recorrer los jardines como me hubiese gustado... ¿Cómo sabes de mi padre si no lo conociste?

—He estudiado muy a fondo la cultura de Bhareib, y sé que fue un hombre muy respetado y noble. Sentí su muerte, aunque no quieras creerlo. No soy un mercenario.

Ella tragó en seco. Asintió. Sabía que él decía la verdad.

—Gracias por decir eso de mi padre.

—Es la verdad.

—¿Desde cuándo es la verdad una parte de tu personalidad? —preguntó sin poder evitarlo. Estaba acostumbrada a mantenerlo a raya.

—Podrías sorprenderte si te interesara conocerme, en lugar de escuchar cotilleos o llenarte la cabecilla de absurdos medievales.

Aisha se rio con suavidad.

—Es difícil cuando vives en el desierto, y solo te llegan noticias nefastas.

—Tal vez podamos cambiar esa percepción de un modo más... práctico. Mmm —dijo sonriéndole. Se inclinó y colocó la boca cerca de la pequeña oreja de Aisha—: Hueles delicioso. Tu perfume suele quedarse impregnado en el aire aun cuando te has marchado. Eso me vuelve loco.

—Ah... No lo sabía... —susurró, olvidándose de todo lo que no fuese ese instante; ningún tema poseía importancia, ningún recuerdo, solo ese momento. Los dientes masculinos le dieron un pequeño mordisco al lóbulo de la oreja, y Aisha soltó un jadeo. Lo sintió sonreír contra su cuello, mientras él iba depositando suaves besos hasta llegar a la comisura de sus labios—. Tú me vuelves loca con tus idioteces —dijo para tratar de romper la tensión sexual.

La risa del rey recorrió cada terminación nerviosa de Aisha como un baño de exótico chocolate con toques de pizcas de sal. Él no se apartó.

—Es bueno que me lo recuerdes, así, cuando cambies de opinión será toda una revelación que descubras los verdaderos motivos por los cuales te voy a volver loca.

—¿Sayeb? —llamó sin aliento.

—Cuéntame —dijo con la sonrisa bailándole en los labios, y mirándola con una intensidad que la hizo contener la respiración.

Le tomó las manos, y con suavidad empezó a desenlazar los dedos, acariciándoselos uno por uno. Ella colocó las palmas instintivamente sobre los pectorales firmes de Sayeb cuando este le deslizó las manos por las caderas, le recorrió el costado, hasta que sus pulgares quedaron justo bajo el borde inferior de los pechos.

Podía ver cómo los ojos de Aisha vibraban como oro líquido, y los labios entreabiertos ligeramente decían con elocuencia lo que las palabras no expresaban. No había sido su intención llegar a ese punto, aunque confesaba que no se arrepentía.

—Los invitados nos esperan...

—Tenemos treinta minutos, y no damos explicaciones —replicó—. Aunque, si quieres que me detenga, dímelo ahora mismo, porque una vez que toque tus labios con los míos, no voy a parar.

Aisha se debatía entre la cordura y el deseo.

—Asumes que quiero besarte, eso es muy prepotente —dijo con altivez.

Él le sonrió de medio lado y bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron solo a pocos milímetros de los de ella.

—No —murmuró contra los labios de Aisha, sin besarla. El tiempo parecía haberse detenido

súbitamente—, pero sí puedo decirte que yo deseo hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó cerrando los ojos, mientras su cuerpo se inclinaba hacia el de él. Las manos de Sayeb hicieron presión bajo los pechos femeninos, porque su intención de tocarla iba más allá de un contacto de sus labios.

La deseaba por entero, quería tenerla a su merced, y conocer sus jadeos, sus gemidos, los sonidos que hacía al llegar al orgasmo. En especial, quería escucharla gritar su nombre cuando se sumergiese en lo más profundo de su sexo, y no hubiese espacio entre un cuerpo y otro. La quería toda para él.

—El deseo es difícil de explicar, porque solo se siente, Aisha. No necesitas racionalizarlo todo —dijo bajando las manos hasta posarlas en las nalgas.

A través de la tela del vestido podía sentir la carne firme que quería probar. Apretó los dedos, consciente de que su fuerza podría dejar marcas, pero eso era lo que quería. Deseaba marcarla de ese modo tan primitivo.

Ella soltó un jadeo quedo.

—Yo... Te desprecio.

Él sonrió.

—Imagino que tiene que ver con el hecho de que me deseas tanto como yo a ti, y no puedes evitarlo. ¿Verdad?

—Esto está mal, y tú eres un cínico presumido. —Sin embargo, no le pidió que apartara las manos de sus nalgas. Al contrario, movió con suavidad su pelvis contra la de él, y la excitación que sintió al constatar la erección contra su abdomen barrió por completo su última lucha consigo misma.

—El desprecio no inhibe el deseo —dijo Sayeb masajeándole las nalgas con una posesiva presión. El calor de esas manos atravesaba su piel, pero ya nada era suficiente—. Ahora, solo para aclararte, el bien y el mal son conceptos que cada individuo mira de forma distinta. ¿Qué deseas, entonces, Aisha?

Si él creía que podía doblegarla por el hecho de tener más experiencia, entonces iba a encontrarse con una persona que podía igualarlo. Ella aprendía todo con asombrosa velocidad. No era ingenua para decir que la química entre ambos resultaba un invento de su imaginación. Tampoco era estúpida para continuar ignorando el deseo. Quizá podría aprovechar para aprender lo que Sayeb podía enseñarle en la cama, y cuando se divorciara de él, lo pondría en práctica con un hombre que la viese de verdad, y no solo fuese encantador con ella por el interés en su físico o la influencia que había adquirido con su posición de monarca.

Ella lo miró con determinación.

—Bésame —le ordenó Aisha.

—Me alegra que sepas lo que quieres.

—Más acción y menos palabras, Sayeb.

Con una risa ronca por la forma de pedírselo, y porque él no podía esperar más, se inclinó para capturar la suave boca con la suya.

CAPÍTULO 9

La potencia del beso la consumió, abrió los labios para permitirle a Sayeb saborearla con la lengua. Él sabía a menta y sensualidad. Cada ocasión que sus labios se fusionaban en un intenso encuentro, ella parecía experimentar el despertar de partes de su cuerpo que, antes de él, habían permanecido adormecidas. El roce primitivo y hambriento contrastaba con la delicadeza con que Sayeb estaba recorriéndole el cuerpo con las manos; apretaba su carne, y sobre el corte del vestido introdujo la mano para acariciarle el pecho cubierto por un sujetador de finísima seda.

Ella jadeó contra la boca masculina, y movió las caderas contra la erección, porque sabía que sus bragas estaban mojadas, anhelantes de aliviar el palpito de su sexo. La mandíbula de Sayeb era áspera, y el cosquilleo que le provocaba era tan desequilibrante como adictivo. Lo mordisqueó e introdujo los dedos en los espesos cabellos, apretó los dedos con fuerza y lo escuchó gruñir. Se paladearon mutuamente como si cada uno quisiera llegar hasta el recodo más profundo del otro.

Aisha se sintió cautivada y deseada como jamás en su vida. En los brazos de su enemigo sentía que era el máspreciado tesoro que él jamás hubiera descubierto. Era una locura, y ella estaba inmersa como nunca lo creyó posible. Reconocer que la *expertise* de los besos y las manos de Sayeb era producto de muchas amantes en su pasado no le agradó, y tan solo por ese pensamiento le mordió el labio inferior con fuerza, halándolo, hasta que sintió el sabor metálico de la sangre.

—Tu pasión es tan salvaje como la mía —murmuró Sayeb bajándole el vestido hasta que cayó en un manto de exquisita tela a los pies de Aisha, le quitó el sujetador sin ceremonias, y se quedó boquiabierto por las deliciosas curvas de los pechos erguidos; los pezones eran rosados. Sayeb tomó ambos senos con las manos, los acarició y frotó las puntas erectas hasta que estuvieron listas para él.

—Sayeb...

—Lo sé, Aisha —susurró antes de apartarse de la succulenta boca, para atrapar un pecho con la boca, mientras su mano acariciaba el otro seno con avaricia. Estuvo varios minutos entre uno y otro, porque no creía posible poder saciarse de aquel sabor tan único. La piel de Aisha era suave y tentadora. La quería toda, en ese momento, bajo su cuerpo, penetrando hasta lo más profundo de su ser.

Ella tomó el rostro de Sayeb para besarlo de nuevo en un beso frenético, succionó su lengua, y con movimientos elocuentes pronto tuvo a ese magnífico hombre con el torso desnudo. Recorrió con las uñas la piel morena, los abdominales firmes y siguió con la yema de los dedos el camino de vellos que guiaba hasta el sitio que deseaba tener entre sus manos. Quería acariciarlo, probarlo, tentarlo de todas las formas posibles, porque ya no podía resistirse a Sayeb. Se sentía ebria de deseo.

—¿Qué tanto me deseas? —le preguntó él apartándose para agarrarla de los hombros y depositarla en el borde de la cama. Los pechos de Aisha se agitaron, y Sayeb no pudo evitar inclinarse para chupar uno y otro. Pero se obligó a detenerse, porque necesitaba su rendición; necesitaba escuchar la respuesta.

Ella lo miró con los ojos nublados de lujuria. Sus sentidos estaban dispersos, pero su cuerpo era más sensible que nunca al toque de Sayeb. Ambos jadeaban, mirándose, retándose a doblegarse ante el otro. Él le soltó el elegante moño y una cascada de cabellos cayó sobre el torso desnudo de Aisha; Sayeb lo apartó para poder mirarla. Sonrió con picardía, mientras acariciaba tentadoramente la humedad visible a través de la tela casi transparente de las bragas.

En esos momentos el único enfoque de Sayeb era la rendición de esa rebelde mujer, así que dejó de lado comentar sobre la cicatriz que tenía Aisha sobre la pierna. Una cicatriz que, evidentemente, había sido obra suya cuando la salvó de correr el mismo riesgo que los demás Al-Sabagh. Ese tema podría tratarse más adelante. Si hubiera sido otra mujer, él estaba seguro de que en esas circunstancias habría tratado de ocultar con maquillaje o alguna extravagancia la cicatriz. Aquella era una marca de supervivencia; Aisha era una guerrera.

—Me vas a hacer decirlo, ¿verdad? —preguntó ella, acariciándole la mejilla cubierta por una barba recortada a la perfección. Sayeb era gloriosamente guapo, dominante, pero en esos momentos estaba tratándola con una delicadeza que la descolocaba. Estaba segura de que podía perderse en esos ojos.

—Sí, señora, alto y claro —replicó inclinándose hacia ella, y hasta que tuvo las manos a cada costado del cuerpo femenino, apoyándose; y su pecho entró en contacto con el de ella. Piel con piel. Vibración sensual contra vibración sensual.

Aisha se rio y le rodeó las caderas con las piernas.

—Te deseo, Sayeb.

La sonrisa del rey fue triunfante. Antes de que ella pudiera sentir los labios en su boca, él la sorprendió apartándose súbitamente para luego agarrar las bragas y sacársela sin demora. Después le tomó las caderas y la colocó justo en el borde de la cama. Ella fue a preguntar qué demonios creía que estaba haciendo, pero Sayeb se colocó las esbeltas piernas sobre los hombros.

Aisha se incorporó sobre los codos para mirarlo, sonrojada.

—Eso no es...

—Tenemos menos de quince minutos para bajar a la reunión.

—Pero, yo nunca he recibido...

—Esta, reina Aisha, es la primera parte de lo que vamos a hacer el resto de la noche —dijo Sayeb, interrumpiéndola, antes de inclinarse para degustar la parte más íntima con un ansia que no había sentido hacia ninguna otra mujer en su vida.

Su lengua era fuego, y sus dedos le acariciaban los costados, mientras Aisha se debatía entre gritar de placer o agarrar a ese hombre y pedirle que la penetrase lo antes posible. Echó la cabeza hacia atrás cuando él empezó a succionar su clítoris, a dibujar con la lengua su intimidad, justo antes de penetrarla con un dedo, después dos, y empezar un baile de erótica conquista entre uno y otro tormentoso deseo. Ella era vagamente consciente de la realidad, porque su único propósito era alcanzar ese punto de no retorno, la pérdida de la conciencia por breves segundos, y solo disfrutar del placer que ese hombre estaba brindándole.

—Sayeb... Oh, sí, sí... Estoy a punto de...

Él sonrió, y agitó sus movimientos.

—Déjate ir, Aisha. Disfruta del placer.

Cuando sintió que estaba a punto de llegar al orgasmo, Sayeb apartó la boca de los labios íntimos, y continuó acariciándola expertamente con los dedos. Deseaba verla llegar al clímax, escuchar su voz, leer sus expresiones faciales, mientras se aseguraba de dejar en ella una huella. Dos segundos después, Aisha soltó un gemido que Sayeb sofocó con su boca. La besó con intensa suavidad, hasta que poco a poco sintió que las contracciones alrededor de sus dedos fueron menguando.

Poco a poco, Aisha regresó a la realidad. No tenía sentido recriminarse cuando la sonrisa complacida de Sayeb apareció en su punto de visión, porque lo cierto es que jamás había experimentado un placer tan exquisito como aquel. Se sentía empoderada, y la sensación le resultaba fantástica.

—¿Estás bien? —preguntó él, apartándole un mechón del rostro.

—Sí —susurró.

—Tenemos que vestarnos —dijo Sayeb con un tono más duro del que hubiera querido. La erección que presionaba su bragueta era dolorosa, y sabía que no había tiempo para aliviarse. Cuando la vio fruncir el ceño, no quiso dejar la impresión de que estaba rechazándola súbitamente—: Lo continuaremos.

—¿Y tú?

Él se apartó y la ayudó a ponerse de pie. Ella sentía las piernas como gelatina, pero maniobró lo suficiente hasta encontrar su ropa y empezar a arreglarse. Él se dedicó a contemplarla, mientras agarraba la camisa de la alfombra y empezaba a abrochársela con movimientos rápidos.

—De momento no importa lo que yo desee, porque tenemos un grupo de invitados muy selectos en manos de quien está el futuro de negociaciones exitosas.

Aisha se sonrojó. Por un breve instante había olvidado todo, porque su mente y sus sentidos estuvieron enfocadas en Sayeb, en el placer, en la pasión.

Él pareció leer sus pensamientos, porque sonrió, acercándose.

—Estamos a tiempo. Todo irá bien. Sé que puedes arreglarte en poco tiempo para lucir como si nada hubiera sucedido. El vestido está intacto —dijo con media sonrisa, mientras ella maldecía por lo bajo.

—Bueno, entonces vete, porque si continúas aquí...

Sayeb se inclinó para besarla. Había descubierto que, por esa noche y hasta que lograra descubrir más de Aisha, era adicto a su sabor.

—¿Mucha tentación para ti, reina Aisha? —preguntó, burlón, mientras ella rodaba los ojos—. Te ayudo con el vestido, y luego me iré por el pasillo de la chimenea para cambiarme la camisa y lavarme.

—“Lavarme”... ¿Es ese el código para masturbarte? —preguntó a bocajarro.

Él soltó una carcajada. Le recorrió el labio inferior con el pulgar.

—No, Aisha, porque el único alivio posible para mí será cuando esté anclado en tu cuerpo y gimas mi nombre con cada embestida, hasta que no recuerdes quién más estuvo en tu cuerpo antes que yo.

Sin darle tiempo a responder, asombrada por la declaración posesiva y lo que acababan de hacer, Aisha continuó vistiéndose. Tendría que retocarse el maquillaje, en especial el labial porque este se había echado a perder. El cabello le tomaría un poco más de tiempo, pero si se daba prisa podría ser eficiente. No iba a llamar a Zhinite, por Alá, se moriría de la vergüenza si veía el estado de agitación en el que se encontraba en esos instantes.

Él y Aisha habían bajado a la recepción a tiempo; cada uno impecable, como si jamás hubieran

considerado cancelar esa importante recepción por el placer de acostarse juntos. Verla desnuda podría describirse como una de las pocas experiencias de su vida que valía la pena marcar a fuego en la memoria. Su piel era suave al tacto, y los músculos estaban definidos; sus curvas resultaban provocativas y sensuales.

Ella era fuerza y suavidad en un paquete de fantástica envoltura. Sayeb imaginaba que en el desierto había hecho ejercicios para tratar de sobrevivir a las posibilidades de un rapto o un ataque imprevisto.

Por otra parte, consciente de que Aisha llevaba memorizado los manejos legales y las costumbres de Bhareib, no entendía cómo era posible que Aisha se hubiese acostado con otro antes de casarse, en especial si entre sus planes había estado volver al palacio y exigir que se le devolviese el sitio que, por derecho de nacimiento, le correspondía. La virginidad de una reina o una princesa casadera era uno de los requisitos más importantes para contraer matrimonio entre pares de la nobleza de Oriente Medio. Sí, un tema tan caduco y fuera de sitio en el siglo veintiuno, pero que funcionaba en las sociedades en que las leyes habían sido creadas por hombres de mentalidad machista y estrecha. Sayeb se consideraba un hombre posesivo, pero eso era diferente a pisotear los derechos de otro ser humano o quitarles la libertad por el simple hecho de ser diferente. Y esto último era motivo de constantes batallas entre su gabinete de trabajo con el de los representantes del Ministerio de Consejo Legal, en especial con los más ancianos. A pesar de que él destituyó por Decreto Real Directo a muchos ministros, por su crueldad y corrupción en las sentencias e injusticias comprobadas en cientos de procesos, Sayeb no pudo vaciar al completo el ministerio, porque muchos integrantes poseían un conocimiento invaluable y aparte de cumplir a rajatabla las antiguas leyes no habían cometido ningún delito.

—La comida es exquisita, Majestad —dijo uno de los australianos, el doctor Douglas Mortimer, quien poseía una compañía encargada de fabricar prótesis biónicas e implementos para personas con discapacidad.

—Me alegra que así sea. ¿Ha tenido oportunidad de pasear por nuestros oasis? Entiendo que llegaron hace dos días para aclimatarse a nuestra temperatura, pero menos mal por estas épocas es bastante fresco.

El hombre de bigote oscuro asintió, mientras movía el líquido ambarino de su vaso. El licor típico de Bhareib era el Sirbah, un líquido anisado, destilado y con un ligero toque color rosa, que llevaba siglos en el país. La bebida era fuerte.

—Hemos contratado un guía turístico para los próximos días, gracias a la gentil disposición de su staff, así que nos llevarán por un paseo en las dunas. Realmente estoy esperándolo. Su país tiene gente muy cálida; mi esposa y yo disfrutaremos de seguro yendo al bazar a comprar objetos tradicionales, Majestad.

—Aprecio su opinión de mi país, doctor Mortimer.

—Mañana me reuniré con el doctor Habbus bin Lawaz, el director general del Hospital Central de Bhareib, porque me envió algunos casos bastante interesantes en los que mi compañía podría empezar a trabajar. Ser un proveedor exclusivo de su país para ayudar a las personas con discapacidad sería un verdadero honor.

Sayeb esbozó una sonrisa amable. El doctor Mortimer era el único médico y dueño de una compañía innovadora, y su vínculo podría ayudar muchísimo a personas con problemas de movilidad a causa de accidentes o condiciones de nacimiento. Había sido un acierto que estuviese entre los integrantes de la comitiva extranjera.

—Espero que pronto podamos firmar un acuerdo de mutuo beneficio, doctor Mortimer. —El hombre asintió—. Ahora, si me disculpa me gustaría ir a comentarle a mi esposa sus generosas

intenciones.

—Por supuesto.

Los celos no formaban parte de su reacción con una amante. Le gustaba la exclusividad, sí, y ellas siempre habían respetado ese pacto. Pero ver a Aisha, *su esposa*, tan alegre con ese australiano en el salón, no le gustó en absoluto.

Además, el hombre había tenido la descortesía de llegar veinte minutos tarde a la recepción. Para ser una persona que, según los empresarios y políticos que estaban esa noche en el salón, vivió entre varios grupos tribales de Oriente Medio a lo largo de tres años, había perdido la noción de que el contacto físico con la realeza, además del ligero apretón de manos al llegar, era visto como una falta de respeto.

El tipo, Atticus Mercier, parecía demasiado cómodo con Aisha, y ella —tan espontánea como siempre—, parecía ajena a la etiqueta que debía mantener. ¿Acaso que por ser la reina tenía un pase especial? «En lo que se refería a otro hombre devorándola con la mirada, no», decidió Sayeb con rabia. Zhinite, la asistente personal y consejera de Aisha, estaba en un discreto sitio del salón tratando de hacerle señas, pero claro, su esposa se encontraba demasiado entretenida con el rubito aquel.

Pensar en otro hombre tocándola, lo cabreaba un montón. Verlo en directo —le daba igual que solo estuviese poniéndole la mano sobre el antebrazo repetidas veces cada que decía algo—, lo hacía sentir como un toro embravecido cuando un estúpido torero le agitaba una bandera roja. No podía acercarse sin más, en especial si todavía le quedaba el grupo más importante de empresarios. Los de minería y energía.

Debía anteponer Bhareib a sus instintos personales, así que su intención de ir a buscar a Aisha quedó de lado.

El salón estaba a tope, la comida era abundante, la música apacible de fondo, y el clima exterior acompañaban a la perfección. No podía pedir un mejor entorno para recibir a un grupo de escépticos extranjeros que representaban la llave de la inversión internacional para el presente y futuro de Bhareib.

—Majestad —dijo un grupo de hombres con tono reverencial cuando Geeza los presentó con el rey para que pudieran empezar a charlar.

—Caballeros, bienvenidos a mi palacio, y a mi país.

—El placer es nuestro, Majestad, Bhareib nos ha recibido muy bien, y la comida esta noche ha sido de las más exquisitas que hemos probado —comentó Bergen Quantes, el presidente del grupo petrolero Axe.

Durante un período extenso, Sayeb se dedicó a conversar con Fredreick Jones, Elimer Hastrow, Bergen Quantes y Lissa Marshall, los miembros del directorio de Axe, interesados en conseguir el contrato para el manejo de los viejos oleoductos de Bhareib. Fue una charla larga, intensa, y productiva a juicio del rey. Cuarenta minutos más tarde, Geeza le presentó uno y otro y otro extranjero. Sayeb no era grosero, no podía serlo con todo lo que estaba en juego, pero creía que su paciencia en lo relacionado a ser “sociable” estaba llegando al límite.

Cuando charló con el ministro consejero en asuntos de cyber seguridad para el Gobierno Australiano, se sintió muy a gusto. Kristos Lazmoner, era unos cuantos años mayor que él, poseía una manera muy sencilla de explicar conceptos complejos. Sayeb imaginaba que ahí residía su valor. Además, el hombre poseía un vocabulario extenso que daba cuenta de su preparación.

—Majestad, para nosotros sería un honor poder dialogar en un futuro cercano sobre la asesoría que podríamos brindar para tratar de implementar no solo una infraestructura adecuada para telecomunicaciones, sino procurar que sean eficaces y seguras para su país. Contamos con

tecnología de punta.

—Gracias, señor Lazmoner, me interesa mucho este tema en particular. —Miró a Geeza quien lo acompañaba en cada conversación, y dijo—: Por favor, procura que nuestro invitado se sienta a gusto y tenga toda la información necesaria sobre los puntos que requeriríamos tratar para temas de cyber seguridad, así como infraestructura de telecomunicaciones en Bhareib.

Geeza asintió.

—Señor Lazmoner continúe disfrutando de la velada. Mi asistente atenderá cualquier requerimiento adicional.

—Muy amable, Majestad.

El grupo de invitados se entretuvo con facilidad con los ministros del reino, las risas y buen ambiente eran un buen síntoma. Sayeb esperaba que ninguno de los empresarios locales o políticos dijera alguna idiotez. Además, le tocaba confiar en que habían sido invitados los más coherentes y progresistas de sus ministros. Geeza realizó un excelente trabajo al igual que Alam. La seguridad esa noche era impenetrable; Sayeb, personalmente, se había reunido con Naras Matadhi para aprobar o no el plan de control, así como el perfil de los oficiales encubiertos que iban a trabajar tanto en el palacio como en los sitios en que los extranjeros estaban hospedándose.

Su asistente había estado presente en cada conversación. No se apartó de su lado en ningún momento, y estaba haciendo muy bien su trabajo. En ese instante, Sayeb al fin estaba cerca de la fuente de licores y pastelería. Probó un poco, y cuando hizo contacto visual con Alam, el segundo después de Geeza, le hizo una seña discreta para que se acercase.

—Majestad —dijo el hombre con una reverencia.

—He estado más de tres jodidas horas hablando con todos estos extranjeros, así que espero que los resultados se reflejen pronto. Procura mezclarte y escuchar discretamente aquellos comentarios que se dicen entre ellos.

—Por supuesto.

—¿Dónde está la reina Aisha? Hasta hacía un momento estaba charlando con uno de los australianos.

Alam frunció el ceño. Miró alrededor. Se rascó la cabeza.

—Lo último que supe es que la reina invitó a algunas de las esposas de los visitantes a recorrer el jardín, mientras sus esposos dialogaban en el salón. Las señoras parecían encantadas con la idea.

—De acuerdo. Puedes retirarte, Alam —dijo Sayeb con rabia.

Aisha no estaba por ningún lado, era obvio con lo que Alam acababa de decirle, pero lo cierto es que tampoco estaba alrededor el tal Atticus. Sayeb era muy bueno observando, así que no podía estar equivocado. Apretó los puños a los costados.

Le importaba una mierda si Aisha estaba trabajando de anfitriona y guía turística para las esposas o novias de los invitados. Iría a buscarla y de paso le daría un par de consejos al tal Atticus sobre cómo comportarse en el palacio de un hombre que sabía cómo torcerle el cuello a un individuo si lo provocaban.

Con el paso de las semanas había empezado a habituarse a la presencia de Aisha —silenciosa a ratos, y bastante efusiva en otros instantes—, a escuchar sus réplicas sarcásticas, pero también a entender el lado más sensible cuando se hallaba en un hospital con niños enfermos o ancianos que requerían algo más que una sonrisa; Aisha era alguien que lo sorprendía a cada instante. Y ahora, después de haber probado la pasión de su boca y empezado a aprender los sonidos sensuales que hacía al llegar al clímax, no pensaba dejarla marchar. Así de sencillo.

Sin embargo, su orgullo no le permitía hacerse de la vista gorda esa noche, y considerar

admisible que Aisha hubiese incluido a ese tal Atticus en un recorrido por los jardines como si el palacio fuese un jodido museo nocturno. Si hubiese tenido la sospecha de que Atticus y Aisha estaban solos, entonces su reacción habría sido muy distinta y las consecuencias habrían llegado a una escala internacional. Y lo peor de todo es que ni siquiera le hubiese importado.

Su reina en ese momento también era su kryptonita.

CAPÍTULO 10

—¡Atticus! Oh, wow, no pude creerlo cuando te vi hace un rato saludándonos en la entrada principal del palacio —exclamó con una amplia sonrisa, en un tono bajito, cuando vio al alto australiano acercándose a ella en el salón para saludarla—. Jamás imaginé que volvería a verte. Qué terrible no poder ser más espontánea en un ambiente en el que no debería resultarme difícil serlo. ¿No lo crees? —preguntó sin esperar en realidad una respuesta.

Él se inclinó para darle un beso en cada mejilla, aquel era un gesto reservado para los amigos más cercanos y familiares de la realeza. Lo sabía Atticus, pero Aisha no podría considerar por debajo a un hombre que había transformado su forma de ver la vida; cambiado su percepción de las culturas; escuchado sus quejas y temores adolescentes durante tantas ocasiones cuando él ignoraba si alguna vez ella podría o no encontrar la oportunidad para gestar un plan que la llevase de regreso a su hogar.

Sayeb ya había saludado a Atticus en la introducción de rigor, al inicio de la cena, pero Aisha no pudo más que estrechar la mano de su amigo del desierto, porque una de las esposas de los invitados la retuvo para alabar su vestido y hablar de otras superficialidades. Le parecía increíble verlo después de tantos años, y no iba a perder la oportunidad de charlar con él.

—Vaya, vaya, vaya, pero si es la mujer más guapa de Bhareib —dijo Atticus sonriéndole, antes de hacer una reverencia—. Majestad, al fin estás en el sitio que mereces. ¿Puedo continuar tuteándote, verdad...?

Ella se rio y apretó las manos de su amigo entre las suyas. Al darse cuenta de que empezaba a recibir miradas de soslayo de los empleados que le eran leales a Sayeb, Aisha —de mala gana— puso distancia, recordándose cuál era su lugar en una cena como aquella por su posición jerárquica.

Entendía las responsabilidades que acarreaba su cargo, y le incomodaba acoplarse a las restricciones aun cuando ella tenía la potestad no solo de cambiar las reglas, sino de incumplirlas si le apetecía. Sin embargo, no podía darse ese lujo en un entorno en el que su país vivía altibajos en áreas sensibles.

—Eso no se pregunta, Atticus, por favor. Claro que sí. Al menos, lo puedes hacer siempre y cuando ninguna otra persona nos escuche. Protocolos.

Él esbozó una sonrisa, y asintió con gracia.

—Prefiero aclararlo, así que gracias, Aisha —dijo haciéndole un guiño—. Ahora, aclárame, ¿cuánto llevas en el palacio? Cuando me ofrecieron venir a Bhareib, contándome que el rey Sayeb se había casado, me puse a buscar toda la información que hallé en la prensa hasta que di con tu fotografía. No dudé en aceptar la invitación de la comisión australiana. No tienes idea la alegría que siento de pisar Bhareib otra vez, en especial, de volver a verte.

Ella sonrió con sincera alegría. Atticus siempre le había proporcionado ese marco de sosiego

que le permitía ser ella misma. Quizá tenía que ver con su personalidad o tal vez la diferencia de edad, que no era demasiada.

—Ha sido una travesía muy larga la que me ha traído aquí, y apenas estoy por contar un mes desde mi llegada —soltó una exhalación bajita—. ¿Sabes? Ha sido todo un lío, pero al fin he recuperado mi sitio, mi palacio... —Él asintió—. Atticus, ahora explícame qué haces con la delegación de extranjeros en Bhareib, porque lo último que supe de ti fue que eras un tunante tratando de aprender la cultura del mundo —comentó con una sonrisa, mientras caminaba con él hacia los asientos más cercanos.

Alrededor todos parecían entretenidos, y ella había perdido de vista a Sayeb. Pues qué más le daba, así ella tenía tiempo a recuperarse después de lo que había ocurrido en la habitación momentos atrás. Mejor no pensaba en cómo sus piernas todavía se sentían algo débiles, y su sexo estaba lubricado con una nueva humedad. ¿Es que acaso se trataba de algo normal? No se valía hacer comparaciones, pero con Rafiq jamás sintió emociones como aquellas; tan carnalmente devastadoras. ¿Qué tenía Sayeb que parecía ser capaz de acabar con su rígido autocontrol?

Él se rio, y Aisha pareció regresar al presente.

—Después de marcharme estuve un tiempo en Jordania, y luego pasé por Abu Dabi, Ajmán, Dubái, Fujaira, Ras el Jaima, Sarja. Al finalizar mi estancia en esos países de los Emiratos Árabes Unidos volví a Australia y empecé a trabajar como traductor y profesor de historia. Uno de mis contactos me comentó de una vacante como asesor en el Gobierno y apliqué. Al parecer el interés de Australia para hacer negocios con países de Oriente Medio se ha incrementado, y cuando supe que se trataba de Bhareib, en el que una reina joven y guapa acababa de desposar al rey, yo sabía que tenía que aceptar para ver con mis propios ojos en quién se habría convertido mi vieja amiga. Porque no había duda de que, sin haber visto los diarios o noticias en general todavía, sabía que eras tú quien volvió al palacio real.

—Siempre tuviste confianza en mis planes alocados, Atticus —rio bajito—, creo que de las pocas personas que apostaban por mí, a pesar de mi edad.

—¿Cómo no hacerlo? La pasión y tu amor por este país corre en tus venas, así como el deseo de hacer prevalecer tus derechos y herencia. Si no creía en ti, el tonto habría sido yo, Aisha.

—Gracias...—murmuró.

Él asintió.

—Así que estoy aquí, de nuevo en Bhareib, para explicarles a los miembros de la comisión australiana las costumbres, tradiciones, lugares imprescindibles de visitar para tener gratos recuerdos, y en especial, la maravillosa cultura que lleva siglos anclada en estas tierras, particularmente en Vasulh. El idioma nativo se me da muy bien, y será de gran ayuda para los tours que hay programados en los próximos días. Cada delegado, como ya sabrás, tiene un área de *expertise*, y muchos de los sitios a los que iremos están habitados por nativos; no queremos hostilidades. Sé que una persona que hable el idioma será mejor recibida que un grupo de extranjeros tratando de ganarse su voluntad sin poseer la más mínima idea de su cultura.

—Llevas razón. Nuestros nativos en las afueras de las ciudades principales son muy desconfiados, pero una vez que encuentran que hay buenas intenciones detrás de las personas que buscan establecer contacto con ellos, las perspectivas cambian.

Con Atticus, ella se sentía muy a gusto. No tenía que fingir o intentar ser una persona diferente, menos mantener las formas. Lastimosamente no se hallaban a solas o en un entorno más discreto, así que era preciso fingir. Esto último no formaba parte de sus inherentes talentos monárquicos, pero, ¿qué más le quedaba?

Ahora que podía verlo más de cerca, notaba que su amigo lucía más guapo, y las ligeras

arruguitas de los ojos estaban más marcadas que antes. Los vibrantes ojos celestes continuaban siendo su característica registrada, y acompañaban su sincera sonrisa. Imaginaba que Atticus no llegaba todavía a los cuarenta años. Su energía era agradable, y en esos momentos, se permitió relajarse por completo en su presencia.

—Sin duda, Aisha, además, me pagan bien por este viaje. Por si fuese poco, toda la comisión está hospedada en el Hotel Dhakar, y como es el más lujoso, resulta un plus para mi espalda envejecida —le hizo un guiño.

Ella soltó una carcajada queda, y después bebió lo que quedaba de su copa de vino. En muchos sitios de la Liga Árabe estaba prohibido beber en público, sin embargo, una vez más, Aisha pretendía hacer que Bhareib fuese la diferencia. Le importaba dos kilos de estiércol de caballo lo que otros pudiesen pensar. La podrían considerar la *Reina Rebelde* o la *Reina Transgresora*.

Estaba decidida a marcar la diferencia; hacer de su país una mezcla de culturas, pero también un emblema de libertad para las mujeres y un referente de respeto hacia los derechos de todos los individuos de la sociedad. ¿Qué iba a resultar complicado? No lo dudaba. Sabía que llegarían años de dificultades, sin embargo, no iba a desistir. Bhareib, sus mujeres, niños, y hombres, merecían un legado que perdurase, no que se hundiese en las tradiciones arcaicas que solo lograban destrozarse sociedades y vulnerar uno de los más naturales derechos de un ser humano: elegir.

—Qué interesante. ¿Has traído a tu esposa contigo? —frunció el ceño, mirando alrededor, creyendo que se habría despistado—. No me la presentaron. Estoy segura de que debe ser una persona encantadora...

—Me divorcié hace un año —interrumpió Atticus—, así que no vino conmigo. No has olvidado saludar a nadie —sonrió de medio lado—. Ahora tengo un hijo precioso de dos años, mi razón de vivir. Él fue lo mejor de ese matrimonio. —Sacó el móvil y le mostró una fotografía—. Como puedes notar salió inteligente como yo.

Aisha se rio.

—Seguro que cuando crezca tendrá más conocimientos que tú y yo juntos. Con los niños de ahora nunca se sabe. —Él guardó el móvil, y asintió—. Si te divorciaste, al menos espero que haya sido una decisión sin arrepentimientos o una separación sin consecuencias drásticas en el aspecto emocional.

Él se encogió de hombros.

—Me costó un buen tiempo, y la verdad fue bastante civilizado. Así es la vida, mi querida reina Aisha —dijo bromeando para olvidar lo escabroso que en realidad había sido su divorcio, pero no tenía intención de arruinar el encuentro con su amiga relatándole historias personales aburridas—. Ahora, cuéntame, ¿cómo van tus días de trabajo en ese cargo que tanto anhelabas como reina de Bhareib?

Ella aceptó el cambio de tema. No quería incomodar a Atticus.

—Agotador, pero satisfactorio. He recorrido cada semana decenas de sitios que necesitan ayuda inmediata, y poco a poco estoy organizando equipos de trabajo para controlar que el desempeño de los proyectos previstos para cambiar la situación en esas poblaciones. Muchas personas intentaban obsequiarme comida u objetos preciados para ellos con tanta humildad, que tenía que controlar las lágrimas, Atticus. Ellos dándome a mí que ahora lo tengo todo...

—Saben que perdiste a tu familia, Aisha, conocen tu historia. Y no solo ellos, sino el mundo entero. Es la forma de tu pueblo de mostrar su aprecio porque regresaste con la promesa de darles un país mejor.

—Ha resultado conmovedor...

—Puedo imaginármelo.

—Atticus, mi pueblo debe salir adelante, y después de la barbarie de destrucción que dejó Muffat Al-Kahalel, que podamos lograr la aprobación de Australia para empezar a hacer negocios con nosotros sería de gran ayuda, en especial para que otros países confíen en Bhareib. Somos un pueblo pequeño, pero luchador y lleno de deseos de salir adelante. Sé que tu trabajo no está ligado directamente a los negocios, pero, ¿al menos podrías considerar ayudarnos con tu voto de confianza cuando tengas la posibilidad de dialogar con ellos en privado?

Atticus asintió, y acabó su bebida. Un mesero pasó recogiendo los vasos y copas vacías en esos instantes en una charola.

—Puedes contar con mi apoyo. Todos estos diplomáticos, políticos y empresarios que están aquí hoy, son amigos míos; en algunos casos son sus hijos y amigos en común los que nos unen en un vínculo social. Los círculos de poder son selectivos en todas partes del mundo, pero cuento con el privilegio de formar parte de ellos en las ciudades principales de Australia, y puedo utilizarlos para beneficio de otros que de verdad lo necesiten. Tu país tiene potencial, y estos hombres serían muy idiotas si dejaran pasar la posibilidad de ser los primeros negociantes.

—Te lo agradezco, muchísimo —dijo mirándolo con gratitud.

—¿Qué otros planes tienen una vez que reciban nuestro apoyo como país?

—Con o sin la respuesta en firme de la aprobación del voto de confianza de Australia, lo cierto es que tengo que atender un viaje con mi esposo fuera del país. Será en los próximos días. Mi agenda de trabajo es brutal y me parece que lo será durante, al menos, dos años seguidos, en especial, hasta que logremos ponernos a la par de otros países en temas de progreso comercial y social.

—Tú esposo... Mmm..., ¿te refieres al hombre que juraste que jamás podrías perdonar y que cuando lo conocieras ibas a sacar tu daga para cortarle el cuello? —comentó en un susurro sarcástico, muy bajito, e inclinando la cabeza hacia un lado.

No quería que nadie lo escuchara decir semejante barbaridad, por más que fuese la verdad. Aquel juramento especial de Aisha, en el pasado, era parte de las confidencias que juntos habían compartido. Detalles que jamás divulgaría. Atticus miró de reojo hacia el sitio en el que se destacaba la inconfundible altura del rey de Bhareib. En esos momentos les daba la espalda, porque charlaba con un empresario que era uno de los más destacados filántropos en Sídney.

Cuando el rey no estaba charlando, aprovechaba para dirigirle una mirada asesina, pero su amiga parecía ignorar la situación por completo. Él había notado, desde que los vio juntos saludando uno a uno en la entrada del palacio, la química innegable que compartían los reyes. Su amiga parecía —o pretendía— ser ajena a ello.

—Ja-ja, tan gracioso. Pues me alegra que sean siempre mis comentarios más optimistas los que recuerdas, Atticus. —Él se rio—. En todo caso, he entendido que Sayeb no es el diablo a quien le atribuí tantos pecados —dijo, en esta ocasión, sin burla en su tono de voz y encogiéndose de hombros—, obviamente eso no implica que lo haya perdonado por ser cómplice silencioso de su padre.

—Los hijos no pueden ser culpados de los pecados de sus padres, Aisha, ni tampoco pueden ser herederos de las acciones virtuosas que estos cometan. Cada persona se gana su propia reputación. —Ella puso los ojos en blanco—. He escuchado la opinión que otros tienen del rey Sayeb, y créeme, aparte de considerarlo algo intimidante, también creen que es bastante honesto y confiable. Sí, antes de casarse tenía fama de mujeriego, y hay fotografías para probarlo, pero el matrimonio fue un buen recurso para aplacar esas inconsistencias con su imagen.

—¡Pudo hacer algo, y se quedó como imbécil disfrutando del botín obtenido a base de sangre y

dolor de otros! —siseó, mirando a uno y otro lado. No quería levantar la voz, ni tampoco arruinar la noche con sus comentarios,

—¿Cómo estás segura de que él no hizo nada, Aisha? ¿Se lo has preguntado o simplemente asumes que, por haber llegado a disputar el trono con el príncipe Oromo, Sayeb se sirvió de los privilegios? Tal vez, y solo tal vez, él posea su propia fortuna, y estar al mando de este país no haya sido su elección.

Ella hizo una mueca. No le gustaba el curso del comentario de Atticus, pero una vez más, sabía que tenía razón; estaba obviando otras perspectivas del asunto.

—No he tenido esa conversación con él —dijo—, porque no considero que sea de ningún provecho. —Él enarcó una ceja—. Escucha, estamos casados, pero nada más allá de lo que ello significa: un contrato, en este caso de trabajo y por el bienestar de Bhareib. No pienso quedarme atada a él por el resto de la vida...

—Entonces uno de los dos no está siguiendo el guion que le toca representar en ese contrato de trabajo como mencionas —dijo Atticus riéndose—. No me mires con esa expresión de desconcierto. Continúa charlando conmigo como hasta ahora, y no apartes la atención de nosotros. Así te puedo explicar un detalle.

Ella quiso rehusarse a seguir la instrucción, pero cambió de opinión y sonrió.

—¿Por qué?

—La mirada que está dedicándome tu esposo, ahora mismo, podría partirme la espalda en dos si esos ojos tuviesen la capacidad de hacerlo. Aisha, si este fuese tan solo un contrato de trabajo el rey ni siquiera se tomaría la molestia de interesarse por quién charla o no contigo, porque confiaría en que haces bien tu rol de reina sin ayuda de nadie, es decir, no observaría con suspicacia cómo otro hombre parece captar la atención que solo quiere para él.

—No sé qué quieres decir...

—Siempre fuimos muy sinceros, Aisha, y no creo que pueda cambiar ese detalle salvo que me lo pidas.

—No te lo pediría, Atticus —dijo con franqueza—. Habla, explícate. Ya sabes que los acertijos me desquician. Eso, no ha cambiado.

Él elevó la comisura de los labios.

—Es evidente que el rey se siente muy atraído por ti. No lo culpo, porque siempre fuiste una chica guapa, pero ahora te has convertido en una mujer imponente. —Ella se sonrojó—. Y te lo digo con el mayor respeto y aprecio que te tengo. Así que, si tú le correspondes en esa atracción a tu esposo, pero mantienes la idea de darle su merecido por la muerte de tu familia, solo te sugiero que tengas cuidado. No entres en un juego que quizá pueda salirse de tus manos. Asegúrate de tener todos los hechos verificados para que después no te arrepientas de una injusticia que, en esta ocasión, estarías cometiendo tú. Solo eso, mi querida amiga.

Ella soltó un suspiro quedo.

—Gracias por tu consejo... —murmuró.

Atticus extendió la mano y la posó sobre el antebrazo femenino.

—¿Ya es demasiado tarde? —preguntó con cautela al notar la mirada preocupada de Aisha—. Hay algo más entre ustedes dos, ¿verdad...?

Ella enfocó la mirada, y Atticus apartó la mano. Él debía recordarse que no estaban en el desierto, que ya habían pasado muchos años desde entonces y que la amistad tan cercana de uno y otro no sería bien vista ante quienes los rodeaban.

—No lo sé, Atticus —dijo con sinceridad. Ese beso en la cama, la forma en que la había tocado y acariciado, así como el cuidado de esas manos grandes y firmes sobre su cuerpo, jamás

hubiesen ocurrido si ella no sintiese simpatía por Sayeb o quizá algo más allá de eso. No podía definir de qué se trataba con exactitud, pero sí sabía que sus deseos de venganza habían sido reemplazados por unos de pasión, y que estos mantenían el mismo fervor. Ignoraba qué emoción era más peligrosa si la venganza o el deseo sexual—. No lo sé...

—Bueno, vamos a cambiar de tema, porque no queremos que nuestra maravillosa reina Aisha empiece a buscar entre sus ropas una daga y machaque a su pobre amigo australiano. —Ella iluminó el rostro con una sonrisa burlona—. Ahora, ¿qué te parece si le comentamos a Loretta Jones, y a las demás damas que están alrededor, la existencia de ese precioso jardín del que siempre me hablabas? Siento curiosidad por conocerlo, de verdad, y ya que no creo que tenga otra oportunidad de volver a pisar este palacio, sin que tu esposo me corte la cabeza —dijo riéndose—, entonces será mejor que concretemos este plan tan espontáneo.

—Qué ocurrencias las tuyas, Atticus. Sayeb no va a hacerte nada. Él sabe que eres una pieza clave para que la comisión de extranjeros entienda que este país merece la pena en muchos aspectos, y que tú nos conozcas desde una perspectiva vivencial es un plus que contribuirá en las conversaciones que sostengas con esos empresarios y diplomáticos —dijo incorporándose y sin perder la sonrisa de rostro.

Quizá Umman no estaba alrededor para aclararle el panorama, pensó Aisha, pero el destino había puesto a Atticus esa noche en su camino. Iba a meditar más en profundidad sobre la conversación entre ambos cuando estuviera a solas.

—Entonces, ¿qué dices, Majestad? —preguntó haciéndole un guiño discreto—. ¿Me concedes el honor de conocer el jardín e invitar a las damas australianas?

Atticus quería saber lo que habría ocurrido con Umman y Rafiq, así como el resto de las personas que lo acogieron durante el tiempo que permaneció entre las dunas, pero sabía que era muy probable que ellos hubiesen tenido participación en el proceso que había conseguido que Aisha estuviese en ese palacio. No quería poner en riesgo a nadie, en especial en un entorno tan cerrado como aquel.

—Creo que las señoras van a disfrutar muchísimo del jardín, porque en las noches cobra vida con la iluminación. A pesar de la media luna en el cielo, las constelaciones están muy marcadas. Puedes aprovechar para hablarles sobre nuestras creencias en las estrellas, y yo seguro te ayudo con algunas historias de mis antepasados. Ha sido una idea genial la tuya, Atticus.

—Hacemos un equipo fenomenal —dijo riéndose.

—Y tanto que sí. Pensaré en reclutarte como parte de mi staff —sonrió.

—No, gracias, Aisha, aunque aprecio tu oferta, aprecio más mi cabeza, y no quiero que Sayeb la mande a cortar en la guillotina. —Ella soltó una carcajada que trató de disimular con una tos y tapándose la boca con una servilleta.

—Lo cierto es que así tendremos oportunidad de hablar a solas con ellas, en un espacio de más confianza sin la presión de negocios, y cuando —más tarde—, se reúnan con sus esposos podrán hablar bien de la hospitalidad de la reina de Bhareib, así como de todas las historias fantásticas que tú y yo les contaremos.

Él asintió, complacido de continuar percibiendo esa chispa natural en Aisha.

—A pesar del tiempo continuas siendo espontánea, mi buena amiga. Una lástima que en un mundo monárquico eso sea condenable —dijo con una mueca—. Sin embargo, aprecio que conmigo no hayas cambiado.

—Imposible, Atticus. Un amigo que te conoce en la pobreza y en situaciones desastrosas es un aliado invaluable cuando el éxito llega a tu vida. Lo llevo claro.

Él asintió.

—Aisha, las sociedades ajenas a la tuya, a veces, suelen estar impregnadas de contaminación capitalista; la gente está tan pendiente de llenar estereotipos que pierden la esencia de la vida. Tu esposo es un hombre que ha viajado bastante, y ha conocido experiencias quizá más variopintas que las tuyas...

—¿Es ese el eufemismo para hablar de experiencias sexuales? —preguntó interrumpiendo, y sin cohibirse porque con Atticus jamás había sido necesario.

Él soltó una carcajada.

—Puedes tomarlo como creas conveniente —replicó con amabilidad.

—¡Já! —dijo con una mueca.

—Ese comentario sobre el rey Sayeb lo hice como preámbulo, para asegurarte que la forma en que está tratando de asesinarme con la mirada, cuando cree que no me doy cuenta, solo refleja el hecho de que él sabe la mujer que tiene a su lado. No tiene que ver con tus capacidades intelectuales, sino con tu personalidad y tu belleza. Eres un soplo de aire fresco, Aisha. Así que, como alguien que siempre te ha recordado con mucho afecto, te sugiero ser cuidadosa con tu corazón, porque un hombre como él no te dejará escapar.

—No veas algo que no existe, Atticus...

—De acuerdo.

Ella no se sintió del todo tranquila con el tono condescendiente de Atticus.

—Todo es muy abrumador para mí —explicó, no sabía si para sí misma o para su amigo que la observaba de forma inquisitiva—. Ni bien termino de asimilar una situación, cuando súbitamente surge otra peor o más compleja de manejar. Me gusta el reto diario de mi labor, pero en lo que respecta a Sayeb, todo es mucho más confuso... Me resulta algo difuso separar las aristas que componen el tipo de interacción que solemos llevar.

Él se ajustó la pajarita del esmoquin.

—Es solo un comentario —murmuró—, y siempre puedes tomarlo u olvidarlo. Tal como hacías en el desierto. —Ella relajó las expresiones de su rostro, recordando aquellos días—. Ahora, Majestad, ¿qué te parece si continuamos esta noche dándoles a mis compañeras de viaje la mejor explicación sobre las maravillas de este palacio?

—Claro, Atticus, creo que ya hemos charlado demasiado sobre cómo debería llevar mi existencia como soberana —dijo bromeando y palmeándole la mano con la suya—. Esta actividad inesperada en el jardín me dará puntos extras como anfitriona.

—Nos aseguraremos de que así sea.

Sayeb debería avergonzarse por estar escondiéndose entre los árboles del jardín y espiando como un vulgar ladrón. No podía evitar observar entre las espesas ramas de los árboles enanos ni los frondosos rosales, menos cuando el tal Atticus Mercier estaba muy entretenido charlando a sus anchas con Aisha y las damas australianas. Apretó los puños a los costados.

Todas las extranjeras parecían fascinadas con el inmenso patio del ala este del palacio. Sayeb no podía culparlas por el interés en esa zona de la propiedad, después de todo se trataba también de su entorno preferido por el cuidado y solaz que le producía. Además, en esas inmediaciones conectaba —a través de un pequeño laberinto que él se conocía al dedillo—, el riad con su habitación en el palacio. Así que, técnicamente, estaban invadiendo su espacio privado.

En el jardín, las flores exóticas provenientes de diferentes partes del mundo se entremezclaban con una pequeña porción de terreno que tenía plantas medicinales para hacer infusiones especiales y que el herborista del palacio, una excentricidad que solía salvar más de una dolencia urgente, y

Sayeb procuraba que se aprovechara con eficiencia. Él no negaba a sus empleados el acceso a las medicinas naturales provenientes de esas plantas; de hecho, los animaba a pedirle al herborista del palacio ayuda si lo necesitaban. Aparte de la belleza de las plantas, y su utilidad, el aroma que estaba entremezclado era plácido al olfato e iba cambiando de intensidad dependiendo de la época del año y el florecimiento.

En el centro del jardín había una fuente de agua grande de forma rectangular, y estaba rodeada por docenas de columnas de mármol con una cúpula de vidrio y oro. En la noche cambiaba de colores, y cuando había luna llena, Sayeb solía recostarse en una tumbona en su riad para admirar el cielo estrellado. Amaba su país.

En esos momentos no estaba pensando en la belleza de su entorno, sino cuán celoso y furioso se sentía al ver a Aisha, despreocupada y alegre, con ese Mercier. Sentía que no podía esperar a que se largasen todos de su palacio para tener unas palabras con ella. Necesitaba hacerse presente y que Aisha recordase que no era una persona sin responsabilidades o soltera.

Salió de entre los arbustos cuando todos estaban de espaldas admirando unos tulipanes traídos hacía poco de Holanda. Los colores eran vibrantes: rojos, azules y blancos. Estaban dispuestos de tal manera que dibujaban la bandera de Bhareib.

—Buenas noches, señoras —dijo la voz de barítono del rey, y de inmediato todas las miradas se fijaron en él—. Es magnífico verlas admirando mi jardín.

Atticus le dedicó una mirada secreta a Aisha, comunicándole que era evidente que no se había equivocado cuando le dijo momentos atrás que uno de los dos en ese matrimonio olvidó que solo era un acuerdo de trabajo en conjunto, y después se giró hacia el rey. Le hizo una inclinación de cabeza.

—Oh, Majestad —dijo una de las señoras—, la reina Aisha es una anfitriona fantástica. Conoce mucho de este lugar, y casi lo hemos recorrido todo. Tener a Atticus con nosotros incrementó la experiencia.

—Todo ha sido mérito de la reina —replicó Atticus con una sonrisa señalando con la mano a Aisha. Lo hizo con movimientos estudiados para no contrariar a Sayeb. El hombre parecía un león a punto de matarlo si se acercaba un paso más a Aisha. No entendía cómo su amiga era tan ajena al nivel de posesión que surgía de un hombre que, en todos los círculos de dinero y poder, se mostraba frío e indiferente.

—Y la cena, Majestad, ha sido una delicia de la que hablaremos por mucho tiempo, en la espera de volver a Bhareib para otra visita —terció una de las esposas de los australianos vinculados a negocios petroleros.

—Estoy seguro de que mi esposa ha sido una gran anfitriona, y agradezco el cumplido sobre la comida de nuestro país. Esperamos que nos visiten de nuevo, en una ocasión que no sea lejana —replicó Sayeb marcando el estatus de Aisha con intención posesiva. Ese detalle pasó desapercibido a las señoras, porque estaban más entusiasmadas con el atractivo y la imponente presencia del rey que por la expresión altiva que este estaba dándole a Atticus.

Aisha optó por su máscara de frialdad, y se apartó de Atticus para acercarse a Sayeb por simple protocolo. Enlazó su brazo al que él le ofrecía. Ella no sabía qué hacía él en el jardín cuando, era más que evidente, lo importante de esa velada estaba en el salón principal del palacio.

—Ahora, estimadas señoras, ¿qué les parece si volvemos a la recepción? Estoy convencida de que vuestros esposos ya las echan en falta —dijo Aisha.

—Yo ya echaba en falta tu conversación, así que eso fue lo que me trajo a ver qué estaría retenéndote lejos de mi lado, esposa —replicó Sayeb, siguiendo la línea del guion de película

que estaban representando para las australianas.

A Atticus no lo engañaban, porque él conocía a Aisha, y como hombre, conocía las señales que emanaban del rey. Las señoras, entre sonrisas conspiratorias como si supieran cómo se portaban dos esposos amantísimos, asintieron.

—Bueno, ya lo has constatado, esposo, las damas y yo disfrutábamos de nuestro precioso espacio natural, y el señor Mercier nos relataba sus aprendizajes a lo largo de los diferentes viajes que realizó por países de Oriente Medio.

El amigo de Aisha contuvo una sonrisa.

—Qué interesante. —Miró a todos, sin apartarse de Aisha—: ¿Vamos? —preguntó Sayeb, aunque sin esperar respuesta, mientras caminaba junto a Aisha de regreso al interior del palacio real.

CAPÍTULO 11

Esa noche había dado lo mejor de sí para convencer a los australianos que Bhareib merecía la oportunidad de ser reconocido en el mapa de las inversiones internacionales. Sayeb se sentía agotado. El que hubiera decidido invitar a la comitiva, en lugar de ser él y Aisha los visitantes en el extranjero, era un punto a favor, porque al ser el anfitrión dominaba mejor el entorno. Él no era muy aficionado a los eventos sociales, pero los consideraba un mal necesario.

Siendo sincero, podía afirmar que a ratos echaba en falta darse un tiempo para las juergas con sus amigos. Sin embargo, era consciente de que el esfuerzo invertido —desde el día en que acordó casarse como estrategia de manejo de relaciones exteriores—, no podía lanzarse por la borda a causa de una fiesta o cotilleos, menos cuando Bhareib apenas se sostenía financieramente. Había cometido innumerables idioteces, claro que sí, pero aprendía de sus equivocaciones.

Él poseía millones de euros, libras y dólares de diferentes países, en diversas cuentas bancarias alrededor del mundo, y ni un solo centavo pertenecía a la herencia de Muffat. Incluso había renunciado al salario que le correspondía como monarca, según la Ley de Compensación Real que había instaurado el régimen de su padre. De hecho, donaba cada céntimo a un albergue que ayudaba a los desplazados por las guerras que se gestaban en el continente.

Durante sus años juveniles, Sayeb se asesoró con expertos en el entorno de las bolsas de valores e hizo buenas inversiones. No había sido tonto, y aprovechó las conexiones que poseía para expandir sus posibilidades financieras. Por eso, su fortuna personal sobrepasaba la de cualquier otro jeque o rey de la Liga Árabe. No era fanfarrón, porque conocía el otro lado de la moneda; conocía la pobreza, el rechazo, la impotencia ante un mundo lleno de inequidades, así que prefería ser más consciente de su alrededor y optar por darle un uso más altruista a sus bienes. Por ejemplo, hacía donaciones anónimamente a ciudades empobrecidas de algunas regiones dentro y fuera de su país. Otros necesitaban más de lo que él ya poseía, y para Sayeb valía más la sensación de que estaba marcando una diferencia con sus acciones. ¿No era esa, al fin y al cabo, la misión de todo líder con poder a su alcance?

Se frotó los ojos.

Necesitaba descansar, pero sabía que aquel era un lujo que, de momento, no podía darse. Esa noche había sido extenuante, y tendría que ser paciente para conocer en qué situación quedaba Bhareib con los australianos. Esos empresarios y políticos estarían unos días más en el país, antes de volar hacia otros destinos.

Sayeb aprovechó que todos los invitados ya se habían retirado, y que el personal de limpieza acabó el trabajo correspondiente en el interior del palacio, para ir a su habitación y optar por un tipo de ropa más cómoda.

Geeza ya se había retirado, y a cargo del turno de la noche —como su asistente para cualquier emergencia—, estaba Alam. Le ordenó a este que notificase a la asistente de la reina, le daba

igual si estaba durmiendo o jugando al ajedrez a esas horas, que Aisha era requerida de inmediato en la fuente de agua del jardín. Él podía acercarse a la habitación de su esposa, sin embargo, no sería tan estimulante provocarla en persona. ¿Desde cuándo se había convertido en masoquista?

Sayeb sabía que Aisha detestaba recibir órdenes tanto como el hecho de que le interrumpiesen las cabalgatas que hacía sobre el lomo de Fénix antes del amanecer, en especial si en esos dos escenarios estaba de por medio un hombre al que consideraba por debajo de su categoría. Ella no era soberbia, pero sí orgullosa; no obstante, al saber que él era descendiente del hombre que asesinó a los Al-Sabagh, lo juzgaba bajo los mismos parámetros; en ese contexto continuaba siendo injusta. Él no tenía idea de cómo podría demostrarle lo contrario.

De momento, el ego de Sayeb disfrutaba con una pequeña victoria: la certeza de que Aisha había aceptado, horas atrás, que lo deseaba. La lujuria era la perdición de todo hombre. Aunque por Aisha jamás sentiría lujuria si esta no viniese acompañada de curiosidad y admiración. No encontraba todos los días una mujer capaz de enfrentarse a él, y que además hubiese logrado desafiar al destino para dejar de ser la última princesa del desierto de la dinastía Al-Sabagh, y convertirse —de una forma bastante ingeniosa—, en la imponente reina de Bhareib.

Esa noche, que ya estaba a punto de abrirle paso a la madrugada de un nuevo día, Sayeb disfrutaba con la certeza de que Aisha se presentaría en el jardín tarde o temprano. Claro, se mostraría tan solo para mandarlo al diablo y decirle lo poco que respetaba sus peticiones o necesidades de comunicación a esas horas, en especial ahora que no tenían ningún testigo para jugar al matrimonio feliz ni empleados que escucharan sus guerras verbales.

Él no recordaba haberse sentido tan cautivado por una mujer como lo hacía con Aisha. Sabía que cuando ella lograra alcanzar el éxtasis, mientras él penetraba su cuerpo, lo arrastraría consigo hasta que la última gota de placer lo abandonase.

Se frotó la nuca con la mano. Después se acomodó mejor en la banqueta de estilo barroco. Iba a aprovechar esos instantes, hasta que Aisha llegase, para saciar una duda. Agarró el móvil y marcó al doctor Vestaun Ermeh, encargado principal de la sección de cirugía y cuidados intensivos del Hospital Central de Bhareib—, y le exigió un informe completo del estado del jefe de los Talippah.

No era su responsabilidad como rey interesarse por la salud de otra persona, menos tratándose de insurgentes, pero sabía que ese anciano había sido el equivalente a un padre para Aisha, y una parte —muy pequeña—, de su helado corazón no podría quedarse con la conciencia tranquila cuando se acostase con Aisha en toda regla —no era una suposición, sino una realidad; tampoco era pretencioso, sino seguro de sí mismo—, mientras el anciano estaba entre la vida y la muerte. Si el cuadro clínico había empeorado, desde la última información que tuvo, las decisiones que tendría que tomar sobre toda la situación serían más complicadas. Él no poseía el lujo de tener tiempo que perder, y menos cuando varios millones de ciudadanos requerían que él tomase decisiones inmediatas y eficientes.

—Majestad, buenas noches —respondió el médico de inmediato cuando le dijeron que el rey estaba al teléfono—, el señor Umman Bin Kassala está recibiendo una transfusión de sangre. En un inicio creíamos que no sobreviviría, y —como le comenté horas atrás—, la necesidad de subirlo a la Unidad de Terapia Intensiva fue imperiosa. Los signos vitales por el momento son estables, pero lo dejaremos en terapia intensiva para que un equipo especial de enfermeros se encargue de monitorearlo. Al ser el paciente una persona de interés para la justicia bhareibiana, nos mostraremos más cuidadosos con el más mínimo detalle que pudiera surgir.

Sayeb se frotó el puente de la nariz.

El líder beduino era fuerte, no solo en carácter —Sayeb tenía entendido que dio batalla durante

el traslado en helicóptero hasta el hospital, amenazando a todo el mundo con la mano dura de la reina Aisha Al-Sabagh como castigo—, sino que tenía una voluntad de hierro. Sayeb pretendía mantener prisioneros a quienes habían caído en la redada; en este caso seis hombres del desierto, y que estaban bajo interrogación en los calabozos. ¿Qué había de común entre ellos? Se negaban a colaborar o responder preguntas. Sayeb no era partidario de la tortura, así que por él podrían quedarse indefinidamente en la cárcel, cuyas instalaciones tenían suficiente espacio para ese grupo. Su jefe de inteligencia le había dejado claro que Rafiq Haddan, nieto del jefe de los Talippah, era el hombre que buscaban en esos instantes como cabecilla y cómplice de su abuelo. Sayeb había aprobado una segunda incursión momentos atrás, y ya se encontraba en curso de acción.

—Ese paciente tiene que vivir. Es una orden —dijo, consciente de que sonaba absurdo. Cerró la comunicación.

Sayeb echó la cabeza hacia atrás.

El cielo brillaba con estrellas y luceros que creaban un manto casi mágico cubriendo ese pequeño punto geográfico tan lleno de historias y vidas. No era un hombre del desierto como cualquier otro; su mente lo había impulsado a acaparar la mayor cantidad de conocimientos. Ahora le eran muy útiles.

Si todos los seres humanos tuviesen la oportunidad de visitar Oriente Medio sabrían que esos maravillosos países eran mucho más que solo restricciones, violación a los derechos humanos, guerras internas, radicalización, pobreza, inequidad y machismo. Las naciones de la Liga Árabe poseían historia, recursos biológicos y minerales únicos. Era una lástima que la tiranía de quienes ocupaban altos cargos hubiese reducido la percepción internacional basándose en el miedo y la privación de libertad. Se requería un cambio trascendental, profundo, para mejorar la situación. Él solo era el rey de una pequeña porción del desierto, pero pretendía marcar un precedente. Tal vez, algún día, su legado haría la diferencia en la vida de otros. Sayeb quería que el mundo viese a Bhareib como un ejemplo de belleza natural, tierra salvaje y atrapante, con una cultura rica en historia; con ciudadanos trabajadores que empezaban a expandir sus horizontes de posibilidades.

A pesar de que llevaba la carga injusta del reinado de terror que dejó Muffat, él había empezado a ganarse el respeto de su pueblo. Sus políticas estaban enfocadas a dejar de lado lo retrógrado, castigar los abusos y promover la equidad; se esforzaba cada día trabajando hasta el amanecer para hallar la forma de concretar sus planes. Tenía metas ambiciosas, más no ilusas ni imposibles.

Antes de continuar con el rumbo de sus pensamientos, mientras contemplaba las estrellas, sus fosas nasales se impregnaron de un aroma que ya le era muy familiar. Nada tenía que ver con el jardín que lo rodeaba. Él no se movió de donde estaba y contuvo la sonrisa que empezó a formarse en sus labios.

—Estaba a punto de dormir —dijo la inequívoca voz de Aisha—, así que espero que tengas que decirme algo importante. Mañana tengo que organizar mi agenda con Zhinite para el viaje a Suiza, y no es nada sencillo considerando que será la primera vez que salga de Bhareib en muchos años.

Él sonrió de medio lado, y la miró de reojo.

—Siempre es una bocanada de aire fresco escucharte, Aisha —dijo con sarcasmo, y apartando su atención del firmamento para dirigirlo hacia ella. La luz natural iluminaba las facciones femeninas que había aprendido a apreciar con el paso de los días. Se incorporó de forma perezosa, y ella instintivamente se apartó. Autopreservación. No quería tenerlo demasiado cerca, porque con él parecía perder la capacidad de tomar decisiones apropiadas y aquello empezaba a

ser una molestia.

—¿Qué discurso será el que tenga que escuchar de tu boca en esta ocasión, Sayeb? —preguntó cruzándose de brazos.

Cuando Zhinite le informó que Sayeb quería verla en el jardín, lo que más odió —además de la osadía de ese hombre de creer que podía convocarla como si fuese una más del staff de trabajo en el palacio—, fue el aleteo traicionero que sintió ante la perspectiva de verlo. La curiosidad era una debilidad que siempre la había metido en líos, y se temía que no iba a ser diferente el resto de su vida. Aprender a lidiar con las consecuencias inesperadas de su personalidad inquieta sería todo un reto personal.

Ya se había removido el maquillaje, también la ropa de gala. De hecho, ahora llevaba unas sencillas y cómodas babuchas. La salida de cama de seda anudada a su cintura era toda la protección contra el fresco de la madrugada que llevaba sobre el fino pijama de algodón. Rehusaba cambiarse de ropa; su intención de acaparar la atención de Sayeb estaba en el olvido; ya había descubierto lo peligroso que resultaban los efectos de tenerlo tan cerca, en especial, si la tocaba.

Si él tenía algo que decirle o recriminarle sobre su desenvolvimiento en la cena, ella iba a presentar batalla. Estaba convencida de que había sido un evento exitoso. No necesitaba cumplidos ni tampoco palmaditas en la espalda por el trabajo bien hecho, sin embargo, no dudaría en mandar al diablo a Sayeb si pretendía poner en duda sus capacidades como anfitriona y reina.

Por otra parte, se sentía agotada. Le dolían mucho los pies, en especial después de estar parada tanto tiempo y yendo de un lado a otro con esos incómodos zapatos que costaban una fortuna ridícula. Otras mujeres estarían habituadas a llevar tacones todo el tiempo, ella, no; los detestaba.

—Siempre tan respondona, Aisha...

Sayeb ladeó la cabeza hacia la derecha, observándola con su potente mirada oscura. Estiró la mano y con el dedo índice dio dos toques suaves en la punta de la naricilla respingona. Ella le apartó la mano, y recibió a cambio una sonrisa pícaro.

—No estoy para tus...—empezó a protestar, pero él la silenció elevando la mano con autoridad. Aisha apretó los dientes.

En medio de un sitio como en el que se hallaban, los ruidos poseían la capacidad de replicarse con más intensidad, en especial a esas horas: veinte minutos después de la medianoche. Crear un escándalo no tendría repercusiones, no obstante, ella prefería mantenerse en un plano discreto.

—Jamás vuelvas a tratar de silenciarme como si fuese una persona sin importancia. Si me da la gana de hablar, pues hablo; y si me da la gana de mandarte al diablo, ya te puedes haber dado cuenta de que no tengo reparos en hacerlo.

Sayeb tan solo sonrió, pero no existía ni un ápice de humor en esa sonrisa.

—¿Qué relación tienes con Atticus Mercier? —preguntó en un sospechoso tono suave. Después de todo era la inquietud de la respuesta a esa pregunta, el motivo por el cual quiso hablar con ella—. Parecías demasiado generosa con tu tiempo, cuando a tu alrededor había más invitados a los cuales atender. Sabías lo importante de esta ocasión, pero preferiste marcar una preferencia con un individuo que es solo un simple acompañante y carece de una posición de valor para nuestros intereses.

Ella instintivamente empujó a Sayeb, para apartarlo de su camino y salir de ese jardín lo antes posible, apoyando las palmas de las manos sobre los sólidos pectorales. Los resultados fueron ridículos: él no se movió ni un milímetro. «¿Cómo se atrevía a incordiarla de esa manera? El muy idiota».

—No tengo por qué darte explicaciones —replicó con enfado, y apuntándolo con el dedo

índice como si este fuese un arma de alto calibre—, y si esta nimiedad es la que te ha llevado a fastidiarme la posibilidad de descansar...

Él la agarró del codo para que no pudiese apartarse. Tan terca como era, Aisha intentó zafarse sin éxito.

—Quizá puedas reconsiderar esa respuesta —dijo Sayeb. La furia oscura y helada que emanaba del rey era perceptible e inequívoca.

—Quizá, no —replicó ella, con rebeldía, elevando el mentón.

—Espero que no hayas traído a uno de tus amantes del pasado o que hayas organizado la situación de tal forma que así haya ocurrido, porque créeme, Aisha...

—Lo que tienes que hacer es dejar de ser hipócrita. Hablas de amantes e intentas juzgar mi comportamiento, que ha sido impecable, cuando tú tuviste que reformar tu vida de mujeriego porque estabas acabando con las posibilidades de que Bhareib pudiese ser tomado en serio como nación segura para invertir y visitar. No me vengas con estupideces o preguntas cuyas respuestas no te incumben.

Sayeb achicó los ojos. Odiaba la precisión de esas palabras. No iba a concederle la victoria tan fácilmente; quería respuestas.

—¿Fue él el hombre con quien perdiste la virginidad? —preguntó en un tono tan cortante que podría asemejarse al impacto de un látigo de cuero en la piel.

—No tienes suficientes neuronas conectadas en tu cabeza para que puedas tener la capacidad de imaginar nada, Sayeb, así que no intentes hacer conjeturas —dijo entre dientes, mientras él mantenía su agarre y ella se debatía entre darle una patada en la ingle o en la espinilla—. Y no tienes derecho a hurgar en mi pasado, si tú no eres capaz de asumir el tuyo conmigo.

Él sonrió de medio lado, pero el aguijón de los celos inesperados no cesaba de crear confusión. No se sentía capaz de racionalizar el hecho de estar reclamando algo que no le competía. Sin embargo, una parte de sí, estaba de acuerdo en que era necesario saber la relación de Aisha con ese hombre. Punto.

—Vaya, ahora eres toda una experta en mis capacidades intelectuales —replicó con sorna. Ella era temeraria e insolente, y él la deseaba con abrumadora intensidad.

Él pudo dejar pasar la situación con Mercier; hacerse de la vista gorda, pero su orgullo masculino no se lo permitía. Se sentía absurdamente ofendido, cuando lo que tenía con Aisha era un matrimonio por conveniencia y, gracias a la incursión de ella en el templo suplantando a la princesa Jamaya, por fuerza del destino.

—O la falta de ellas... —dijo Aisha con una mueca.

—Estamos en una situación financiera delicada, así que deja tus réplicas insulsas de lado. Esto no es un experimento. Quizá te parezca entretenido jugar a ser la reina de Bhareib, pero no puedes poner en riesgo la reputación que tanto he tratado de mejorar desde que asumí el cargo de rey.

Ella soltó una carcajada sin alegría. «Vaya osadía la de este tonto».

—No tienes derecho a juzgar con quién hablo, así como tampoco con quién me acuesto una vez que he cumplido con mi trabajo para mi país, ¿qué tal eso? Eres un hipócrita cuando tienes una amante en cada puerto, como un pueril marinero.

Él apretó la mandíbula. Entrecerró los ojos negros.

—Lo que haga con mi tiempo libre, no es de tu incumbencia, Aisha. —Ella iba a protestar, pero Sayeb continuó—: Y lo más importante es que no estamos hablando de mí. Sé que Atticus Mercier ha viajado por todo Oriente Medio, y que vivió en Bhareib un tiempo, y también lo hizo entre algunas tribus beduinas, aunque el personal de inteligencia no detalla más allá de eso porque no lo consideramos trascendental..., al menos, no hasta ahora. —Aisha no iba a mostrarse

sorprendida de toda la información que él poseía de cada invitado; era lo más lógico—. ¿Es así cómo lo conociste? ¿Vivió en la tribu contigo?

—Lo que haga con mis amigos o conocidos o invitados no es de tu incumbencia —replicó de forma sardónica, y devolviéndole así las mismas palabras que él le había dicho instantes atrás. Él sonrió de medio lado con el veneno de sus palabras en la punta de la lengua en cada instante. No recordaba la última vez que se sintió tan excitado y rabioso al mismo tiempo, mientras hablaba con una mujer; y no lo recordaba, porque jamás había sucedido.

—¿Acaso fue Mercier el que te desvirgó, y hoy querías aprovechar la ocasión del reencuentro para validar recuerdos juntos? ¿Ponerte al día, digamos?

Aisha levantó la mano y lo abofeteó.

El chasquido del contacto de sus dedos contra la mejilla masculina resonó en el claroscuro de la madrugada. Impactada por su reacción se llevó la mano a la boca y abrió los ojos de par en par. De pronto, el ambiente se tornó más chispeante, erótico, y peligroso. Ella creyó recibir una alta dosis de adrenalina, porque su corazón empezó a palpar aceleradamente. La respiración de Sayeb se volvió agitada, mientras sus manos agarraban las mejillas de Aisha con dureza, obligándola a acercarse a él.

Sus cuerpos chocaron. Ella sintió los pechos henchidos, con los pezones erectos contra la calidez de él, y sus pulmones de pronto estaban siendo oprimidos por invisibles barras de hierro.

—Jamás había golpeado a alguien... —murmuró con tono de disculpa—, pero tampoco me han insultado como lo acabas de hacer en este momento. No soy una cualquiera, sino tu esposa. La reina de Bhareib. No vuelvas a hablarme así, *nunca* —dijo esto último con firmeza. Temblaba en brazos de Sayeb, pero no era miedo.

Él acarició el labio inferior de Aisha con el pulgar, lo hizo con rudeza, y después aplicó el mismo recorrido sobre el labio superior.

—Tu bofetada no me afecta tanto como la falta de respuesta —dijo él, mientras deslizaba las manos por los costados para después llevarlas hacia la espalda femenina. Ancló las palmas sobre las nalgas duras y redondeadas, las apretó, y la escuchó soltar un gemido quedo. Ella abrió los labios para decir algo, pero Sayeb agregó—: ¿Fue él tu primer amante?

Quería negarse a responder, sin embargo, su cabeza le gritaba que no era el momento de plantar más batalla sobre el tema. Decidió responder con simpleza.

—No.

—¿Tuviste más de uno? —preguntó con un ronroneo peligroso, mientras sus manos continuaban acariciando el trasero de Aisha, y ella instintivamente empezaba a frotar con lentitud su cuerpo contra el de él.

—No... —soltó un suspiro—. ¿Por qué asumes que tuve un amante y no consideras que quizá pude haber sido violada en el desierto, Sayeb? Después de que mataron a toda mi familia, yo pude escapar, pero viví en el desierto muchos años. Las dunas son parajes sin ley, y una mujer sola es más vulnerable que en la ciudad. Sí, los beduinos tienen normas entre ellos, pero ninguna les impide tomar una mujer si así lo desean, en especial una que anda deambulando en busca de subsistencia y sin dinero. ¿Comprendes lo que intento decirte?

Él detuvo los movimientos de sus manos de inmediato, y un instinto asesino que yacía en lo más profundo de su ser empezó a elucubrar ideas para vengar cualquier afrenta física que ella hubiera podido sufrir. Iba a disculparse, porque era orgulloso más no estúpido, cuando la escuchó soltar un suspiro.

—No me violaron, Sayeb, pero deberías dejar de asumir cosas sobre mí —dijo con suavidad, y él sintió un gran alivio; la perspectiva de que ella hubiese sido ultrajada y vejada lo volvía loco

de rabia—. Y tampoco me acosté con Atticus. Él fue un mentor, un amigo con experiencia de vida que me ayudó a abrir mi forma de observar el mundo; me dio un vistazo de cómo funcionaban las sociedades ajenas a las nuestras; me dio motivos para aceptar que pensar diferente no me hacía una casquivana, ni tampoco una persona rebelde; me apoyó, me escuchó... Fue como un hermano mayor —se aclaró la garganta, porque no tenía idea qué diantres hacía contándole todo eso—, porque perdí al mío años atrás... —soltó una exhalación, y apoyó la cabeza contra el pecho de ese guapo hombre del desierto—. Deberías pensar bien antes de acusarme o intentar bosquejar un escenario tan absurdo. Intenta conocerme, porque mantener la armonía con tantas acusaciones nos va a desgastar. Me siento agotada, sí, pero jamás dejaré de luchar si tengo que hacerlo.

Sayeb asintió, y poco a poco la rabia fue desapareciendo. El hombre que se había atrevido a acostarse con Aisha continuaba vivo en algún sitio, y nada deseaba más que encontrarlo para... ¿Para qué? «Estaba perdiendo la cabeza».

—¿Quieres que te conceda el mismo beneficio de la duda que me otorgas a mí? —preguntó con sarcasmo.

—Tuve un amante en el desierto, y no se trató de un tema de quitarse el picor de la curiosidad. Y fue *uno*. Tú tienes una lista de mujeres documentada por todo el espacio cibernético y medios de comunicación en papel. —Sayeb apretó los dientes—. En todo caso, después de esa experiencia —se encogió de hombros—, pues me dediqué a hacer lo que sabía que traería beneficios a largo plazo.

La certeza de que no era el primer hombre en ver a esa exquisita mujer desnuda, tocándola, y escuchando los ruiditos sensuales que hacía en la cama cuando estaba excitada, sacaba su lado cavernícola. Quizá, en otro contexto y realidad, el que una reina o princesa casadera no fuese virgen, hubiese sido un asunto de severas consecuencias; pero las circunstancias entre ambos eran tan atípicas, como disímiles sus personalidades. Él no solía demostrar cuán posesivo era por naturaleza, en especial con aquello que realmente le importaba; por eso le resultaba desconcertante hasta qué punto Aisha lo confundía.

No debía perder de vista su objetivo: hacer lo mejor para su país. La reina Aisha Al-Sabagh era un entretenimiento verbal y sexual, estimulante sin duda, pero sabía que la realidad llamaría a la puerta para pedirle resultados tarde o temprano. De momento, no iba a dar pie a que la imagen o recuerdo de otro hombre se filtrase en la mente de Aisha cuando estuviese en su cama. Esa misma noche pensaba asegurarse de dejar una huella marcada a fuego hasta que ella sintiera el último centímetro de su masculinidad. Se trataba de un pensamiento visceral y carnal.

—¿Volver al palacio? —preguntó sin recriminarla.

Ella asintió, y Sayeb sabía que la fascinación que Aisha creaba a su alrededor tenía que ver con las diferentes facetas que poseía. En la profundidad de esos ojos tan particulares, él era capaz de ver detrás del velo que utilizaba para esconder sus vulnerabilidades. A pesar de la barrera glacial que utilizaba como escudo, en ella existía una mujer sumamente receptiva en todo sentido.

—Sí... —lo miró, y se sintió segura entre sus brazos mientras estos la estaban rodeando. Los dedos de Sayeb le acariciaban distraídamente la espalda mientras ella hablaba—. No estaría viva si un muchacho con un corazón noble no me hubiese dado la oportunidad de escapar cuando a mi alrededor solo había muerte, desesperación y gritos... Fue una noche tan horrible, que al saber que un ser humano todavía era capaz de sacrificar algo por otro me conmovió, y también me dio la fuerza para seguir adelante...

Sayeb no quería decirle que ese muchacho era él, aunque no por eso dejaría de hacer un par de preguntas que lo inquietaban. No consideraba que era el momento de hablarle de su identidad, porque no le parecía necesario. No cambiaría la historia, ni traería por eso mejores memorias del

pasado.

—¿Lo recuerdas?

Ella no sabía en qué preciso instante una lucha verbal se había transformado en una conversación sobre el pasado. Una conversación casi civilizada, porque Aisha podría afirmar que la forma en que él continuaba acariciándole la espalda, la cintura o el cuello no tenía nada de comprensivo, y todo de erótico. Tampoco sentía la necesidad de apartarse. De hecho, experimentaba una sensación de comodidad en los brazos de Sayeb. ¿Qué era todo eso que estaba ocurriéndole?

—No mucho... —cerró los ojos—. Varias noches me pregunté qué lo habría motivado a dejarme con vida, cuando era obvio que estaba poniéndose en riesgo a sí mismo si lo pillaban... Incluso lo habrían matado si lo hubiesen descubierto. —Él continuaba en silencio rodeándole la estrecha cintura con sus manos grandes y ligeramente callosas. Prefería esta versión de Aisha: cálida y suave entre sus brazos. Sus cuerpos encajaban a la perfección; dos moldes hechos para unirse de la manera más natural y precisa—. Solo podía verle los ojos.

—¿Recuerdas su nombre?

—Se llamaba Najib... O al menos eso fue lo que me dijo... De todas formas, es un nombre bastante común en los alrededores, y no hay una pista adicional que me ayude a tratar de encontrarlo algún día y agradecerle en persona lo que hizo por mí.

—Ya veo —replicó Sayeb conteniendo una sonrisa que la noche ocultaba. Su conciencia estaba en paz, al menos en lo que concernía a la princesa que salvó años atrás. Una vida había sido salvada. No todo estaba sentenciado a la fatalidad.

—Oh, y tenía un tatuaje —dijo de pronto—, pero es un borrón en mi memoria. Salvo que pudiese verlo —hizo una mueca—, aunque eso no ocurrirá.

Él frunció el ceño.

—¿Recuerdas en dónde llevaba el tatuaje? —quiso saber apartándola un poco hasta que los tenues rayos de la luna iluminaron las preciosas facciones.

—En la muñeca.

—¿El lado izquierdo o el derecho?

Sayeb le mostró la muñeca izquierda de su brazo en la que llevaba una pulsera de cuero de camello, su amuleto de la buena suerte. Lo había empezado a utilizar dos semanas después de que Muffat hubiera puesto sus sucias garras en el trono real. Durante ese tiempo se dio a la tarea de crear un pequeño escuadrón para dismantelar los planes más crueles de ese reinado; uno de sus principales aliados había sido Geeza. El viejo consejero, y entrañable amigo de su abuelo, tenía mañas para lograr alcanzar objetivos complejos, y también poseía la sabiduría dada por el tiempo, y que era impagable y más efectiva ante un tirano como había sido Muffat.

Cinco de sus más allegados amigos, que ahora vivían dispersos por el mundo, fueron los encargados de ejecutar muchos golpes contra Muffat sin que este, ni sus incompetentes hombres, supieran que las traiciones de inteligencia y estrategia estaban gestándose siempre desde dentro del palacio real. Sayeb contaba con información vital por su posición al vivir alrededor, pero guardaba sus espaldas tratando de fingirse cabreado cuando su padre dejaba saber que alguien se había anticipado a alguna de sus jugarretas políticas o sociales. Oromo, por supuesto, ofrecía hallar a los culpables, pero jamás había dado con las respuestas.

Su hermanastro era un fanfarrón. Sayeb solo estaba en el palacio para enterarse de información de primera mano, aunque para hacerlo debía fingir que trabajaba entrenando caballos o alguna otra cosa que no levantase sospechas. El resto del tiempo, él vivía en su propiedad ubicada en los límites de Vasulh, y eso lo ayudaba a sentirse menos culpable por todas las barbaries que solía

escuchar comentar a sus vecinos y que ocurrían en los alrededores. Los ciudadanos de a pie se quejaban de las injusticias, la pobreza, así como la carencia de servicios básicos, mientras el rey se daba una vida de lujos y despilfarros.

—El lado izquierdo —dijo ella, y se encogió de hombros—. Yo solo espero que la vida le haya dado a ese muchacho algo maravilloso por su generosidad conmigo. Me salvó, y con ello me dio la posibilidad de volver para hacer de Bhareib un sitio mejor. Y también para vengar la muerte de mi familia.

—¿Eso implica deshacerte de mí acaso, Aisha? —preguntó, y amplió su sonrisa cuando ella lo observó, ceñuda, como si él le hubiese leído la mente.

—Este matrimonio tiene fecha de expiración, Sayeb, y no creo que mantener una constante guerra verbal nos ayude a sobrellevar los tiempos que están por llegar, en especial ahora que haremos ese viaje a Suiza —replicó Aisha.

Él intuía con claridad los planes de esa mujercita al hablarle de “fecha de expiración”, pero prefería no comentar sobre el cambio que había aplicado, antes de su fallido matrimonio con la princesa Jamaya e ignorante de la existencia de Aisha, a uno de los estatutos de la Ley Matrimonial Monárquica. Esa Ley, ahora, impedía el divorcio entre los monarcas de Bhareib. Tan solo la voluntad del rey, con argumentos sólidos e inexpugnables, podía ejecutar el divorcio. Sayeb estaba convencido de que cuando Aisha se enterase iba a estallar un cataclismo en ese palacio. De momento, a él le daba igual, al final, ella ya se enteraría cuando llegase la ocasión pertinente.

—Una tregua es lo que propones, ¿o me equivoco al asumirlo? —preguntó en un tono de voz que era natural, y por ello la cadencia seductora era más pronunciada.

«El cretino podía ser encantador cuando le daba la gana, y un verdadero asno, a veces sin proponérselo», pensó Aisha. Tal vez alguien debería ofrecerle a Sayeb trabajar con el faquir más popular de la calle del mercado central de Vasulh, y así contribuir en su ganancia diaria encargándose de amaestrar cobras venenosas.

—Podría ser, sí —replicó ella sin interés. Sayeb bajó la boca hasta casi topar la de ella. Podía sentir el aliento a menta y café cuando Aisha hablaba; deseaba con ansias paladear de nuevo esos labios carnosos y escucharla gemir—. Dijiste que harías tu vida como te apeteciera, y yo haré lo mismo con la mía. Quieres discreción, entonces entrégala. Si tienes una amante, intenta mantenerla lejos de mí. Te mostraré la misma cortesía. ¿Estás de acuerdo? —preguntó Aisha girando la cabeza porque esos ojos, que la observaban con sagacidad, no le permitían concentrarse.

—No —zanjó.

Ella frunció el ceño. Creía que habían llegado a un acuerdo de vivir sus vidas a gusto tras las puertas del palacio, y mostrar un frente unido ante otras personas. Con ese hombre terco, nunca podía tener certezas.

—Sayeb...

—No vas a acostarte con otro hombre, mientras estés casada conmigo, Aisha. Tengas o no mis herederos. No va a ocurrir —dijo con firmeza.

Ella quiso sonreír por el tono posesivo que exudaba la voz de Sayeb.

—Creía que era esa tu estrategia inicial de convivencia —dijo elevando las manos hasta rodearle el cuello, dejando la tensión de lado. De pronto se sentía juguetona y tentadora; deseaba probar su capacidad de seducción, explorarla, y él parecía ser un buen maestro para sus propósitos—. Aunque, la parte que te parecía más interesante era aquella en la que tú tenías una amante, mientras yo no podía hacerlo hasta que te diese un heredero. Entonces, ahora estoy confundida. Explícame, ¿sigues manteniendo esa idea?

Él dejó escapar un suave gruñido a modo de respuesta.

—Sayeb, si quieres instaurar la equidad en nuestro país vas a tener que empezar por el sector más cercano: el palacio. No estoy preparada para acostarme contigo, menos si existen otras mujeres de por medio.

—Ah, entonces, ¿quieres exclusividad? —preguntó besándola con suavidad en la boca. Ella, instintivamente, se pasó la lengua sobre el sitio que él había besado.

Los ojos de Sayeb relampaguearon.

—Solo estoy dejando por sentado un argumento. No estoy pidiendo nada...

Sayeb soltó una carcajada.

—¿Entonces puedo tener otras mujeres, y todo irá bien? Sería un arreglo bastante moderno para un país tradicional como el nuestro —dijo en broma, pero no lo dio a notar en su voz.

—No —replicó con el mismo tono tajante que él había empleado antes.

—Quizá estemos finalmente de acuerdo en algo, Aisha —murmuró tomándola de la cintura y apretándola contra su cuerpo trabajado a base de ejercicios.

—¿Ah, sí...? —preguntó, perdida en esos cautivadores ojos negros.

—Como tú no piensas compartir tu cuerpo si hay otras mujeres, entonces, yo no compartiré el mío si tienes la idea de experimentar con otros hombres.

Ella sonrió de medio lado.

—Tal vez no solo sea eso —dijo, mientras él bajaba las manos hasta los muslos para instalarla a impulsarse hacia arriba; ella le rodeó la cintura con las piernas, y se aferró a su cuello con los dedos entrelazados tras la nuca.

—Cuéntame al respecto—replicó con ella en brazos, avanzando entre los caminos llenos de flores exóticas, mientras se acercaba a un sitio que solo era suyo. Sus pies lo guiaban de la forma más natural hacia su riad.

—Puede que no esté preparada para hacer algo más que lo que ocurrió en mi habitación antes de la cena de esta noche —dijo Aisha, mientras era llevada por una vía, que no había recorrido antes del palacio, en medio de la completa oscuridad que los abrigó de repente. Podía oler el aroma de las flores, pero el sonido de la gigantesca fuente de agua quedaba muy lejano. Sintió curiosidad.

—Después de escuchar cómo gemías mi nombre hace unas horas, estoy seguro de que podemos trabajar en esos detalles que comentas y ayudarte a estar más que preparada —replicó—. ¿Qué tal si por esta noche dejas que yo me encargue de todo? —preguntó, mientras abría la puerta principal de su riad.

Las velas estaban encendidas, y también las pequeñas lámparas eléctricas colocadas estratégicamente alrededor. Con suavidad dejó a Aisha en el suelo, y no dijo ni una sola palabra mientras notaba cómo absorbía lo que estaba rodeándola.

Al cabo de un instante, lo miró con los ojos abiertos de par en par, y Sayeb no sabía hasta ese instante que había estado conteniendo la respiración; esperando una aprobación en sus gestos o sus palabras sobre su riad. Un espacio que jamás había visitado ninguna otra mujer.

—¿Acostarnos juntos será una idea que piensas cultivar y poner en práctica hasta que se pierda la novedad al respecto? —preguntó. La sensación de estar por completo apartados de todo y todos, la intimidaba un poco. No existía de por medio servicio, asesores o consejeros solicitando reuniones entre ambos o estando separados en diferentes estancias o sitios del país. Estaba a merced de sus propias decisiones, pero no como rey y reina, sino en roles mucho más complejos: ser ellos mismos con el otro—. Este lugar es precioso, Sayeb —dijo mirándolo a los ojos.

—Gracias —asintió.

—No existía esta parte cuando vivían mis padres —murmuró.

En el riad se notaba la preocupación de mantenerlo impecable, y decorado con adornos de madera tallada. Todo lucía muy exótico, elegante, y único. Había alfombras persas ubicadas con precisión en sitios estratégicos, y más que un riad de lujo, a juicio de Aisha, parecía un refugio secreto en las inmediaciones de un palacio.

Las farolas de estilo marroquí estaban instaladas en varias esquinas, y de una parte del techo, del área que no estaba cubierta y daba paso a ver el cielo, pendía una gran lámpara. En el centro de la estancia principal había una piscina con un mosaico que, de dos tonos de celeste, entrelazados. Los asientos con almohadones bordados estaban dispersos en un número justo para que todo luciera útil y sin excesos.

Había una escalera corta que llevaba a un ala superior, y estaba tenuemente iluminada. Daba la impresión de que ese lugar estaba siempre a la espera de ser visitado para ofrecer el cálido confort del silencio y la soledad.

—Es mío, lo construí hace tiempo —dijo Sayeb con las manos tras la espalda—. Vengo aquí cuando estoy agobiado. Me gusta la privacidad que me ofrece y no tengo a un grupo de personas preguntándome cosas cada tanto —confesó.

El gesto la conmovió. No necesitaba que le dijese que ella era la primera persona a quien le daba acceso a ese lugar, en especial si consideraba que su esposo era bastante reservado, y parecía un poco ansioso por escuchar su opinión. Aisha creía que pocos podían aseverar que conocían a ese hombre al revés y al derecho. Ella no osaría contarse entre ese pequeño número, aunque no por eso perdería ocasión de intentarlo. Tal vez, Sayeb fuese su enemigo, pero a medida que empezaba a transcurrir el tiempo, la división entre el odio, el placer y las emociones, parecía diluirse. La opinión que tenía de él era menos oscura cada vez, en especial si tomaba en cuenta todo lo que había visto y escuchado durante sus viajes alrededor del país.

—¿Por qué me has traído aquí...? ¿Por qué yo...? —le preguntó con cautela.

Para Aisha, lo que conseguía que Sayeb fuese imposible de ignorar no era solo la parte física, sino el nivel de confianza y seguridad en sí mismo que brotaba con cada paso, palabra o acción, sin importar el escenario en el que se hallase. Sayeb bin Najib Al-Kahalel era un hombre impotente en toda regla; abrumador, y sensual.

Estaba en la guarida del león, que la miraba con inequívoco interés predatorio y sexual, pero no tenía intenciones de salir indemne. Tal vez esa tregua era necesaria.

—Porque eres mi esposa.

—¿Habría venido la princesa Jamaya? —preguntó enarcando una ceja.

Él sonrió.

—Aisha, ¿necesitas un cumplido? —Ella negó y se encogió de hombros—. No puedo explicarte por qué eres tú, y no otra persona. Barajar hipótesis cada dos por tres es extenuante. Además, ya te he dicho lo hermosa que eres, lo sensual que me parece tu cuerpo y cómo me encanta el sabor de tu sexo en mi boca —contestó acercándose y extendiéndole la palma de la mano hacia arriba—. Estás aquí, tú, al final eso es todo lo que debe importarnos.

Aquella era una invitación sincera, una ofrenda de paz, y una promesa de sexo fabuloso. Ella observó la palma de Sayeb, después lo miró con el mismo deseo que él reflejaba en su expresión, en su mirada, y la tensión palpitante.

—Lo que dice un hombre por tener sexo... —murmuró sonrojada.

—No, Aisha —le dijo cuando ella aceptó su mano, cerrando sus dedos firmes con determinación alrededor—, yo no necesito decirle a ninguna mujer lo que opino de ella para tener sexo, menos hacerles cumplidos que esperan escuchar, pero que yo no siento. Las mujeres vienen

a mí, me ruegan un poco de mi tiempo, pero eres tú la única que solo me rechaza e intenta poner una barrera entre los dos.

—Le viene bien a tu ego —replicó, y él se rio. Le acarició los nudillos, mientras la guiaba escaleras arriba—. Entonces ¿solo represento un reto para ti? —quiso saber, porque la idea no le gustaba en absoluto.

—Eres un reto en toda regla, sí, aunque nada tiene que ver con el hecho de que acostarme contigo y sentir el placer de tu cuerpo junto al mío sea una necesidad que está empezando a volverme loco — dijo mirándola fijamente para que no quedara lugar a dudas de que lo que le estaba diciendo era la verdad.

La declaración de Sayeb la tomó por sorpresa, aunque un resquicio de su orgullo le impedía decir que era recíproco. No consideraba necesario decirle a un hombre todo lo que pensaba, en especial cuando el escenario le producía un aleteo de ligera inseguridad: su desenvolvimiento sexual.

—Tal vez no sea tan experimentada como tú en temas amorios, pero no impediría dar mis opiniones fuera de la cama por el hecho de que conectes conmigo en un nivel físico más íntimo.

—Me decepcionaría si lo hicieras —dijo, con la mano libre le acunó la mejilla y se la acarició—. No quiero una muñeca que carezca de ideas propias, que se dedique a despilfarrar el dinero en imbecilidades; que lleve vestidos bonitos para lucir ante el público, pero que no tenga nada trascendental que aportar, tampoco quiero una mujer que se abra de piernas para mí porque yo lo pido, pero no porque ella lo anhela; quiero una igual en la cama, y fuera de ella.

—Muchas de esas mujeres necesitan un chequeo de su realidad.

—Tú estás aquí, porque inesperadamente irrumpiste en mi vida, y eres todo lo contrario a lo que yo desprecio.

—Entonces, Sayeb —murmuró cuando llegaron hasta la puerta abierta de una habitación grande, a través de cuya ventana se filtraba el brillo tenue de la media luna—, ¿seré todo lo que quieres durante unas semanas? Mmm...

Él no perdió el detalle del ligerísimo temblor en la voz de Aisha cuando hizo la pregunta. Tenían un país en riesgo, una monarquía cuya imagen necesitaba continuar fortaleciéndose, y una química sexual que resultaba imposible dejarla de lado por más tiempo. No existían lazos emocionales que los uniesen, aunque tampoco carecían de ellos; era una contradicción y una postura poco habitual. Ignoraba cómo llevarían la situación a partir de esa noche. La única certeza era que la deseaba. Solo era cuestión de aprender a domar la pasión y no dejar que se escapase de las manos durante el día, cuando la atención de ambos requería estar en un sitio diferente al éxtasis en la cama.

—Entiendo que estés asustada, entiendo que la química que existe entre los dos no suele ser habitual, pero también sé que jamás creerías en algo que otra persona pretendiese que asimiles como válido cuando tú internamente no estás convencida de ello. —Ella abrió y cerró la boca, ¿quién era ese hombre y cómo podía ser capaz de ver a través de su propio ser? —. Solo lleva claro un detalle.

Cuando Sayeb cerró la puerta tras él, y presionó el interruptor de las farolas de la habitación, Aisha sentía cómo se descontrolaba el ritmo de su respiración. La inmensa cama estaba en el centro, y las sábanas grises tenían encima cuatro almohadas grandes. No había ni una sola arruga. Parecía que Sayeb no había estado ahí últimamente...

—¿Qué sería?

—Fuera de esta habitación, lo que haga será siempre pensando en Bhareib. Cometerías un gran error al creer que cualquier decisión que tome, a partir de hoy, estará o podría estar influenciada

por el hecho de acostarnos juntos. Quiero que te sientas cómoda, y tal vez en otros campos no confíes en mí, pero créeme cuando te digo que siempre estaré pendiente de que lo que hagamos sea tanto de tu agrado como el mío. — Ella se mordió el labio inferior, y lo soltó después con lentitud, y Sayeb no perdió de vista el movimiento—. Cómo me torturas, mujer. Está todo claro, ¿no?

—No hay un *nosotros* desde un punto de vista romántico —dijo convencida—. Que te enamores de mí está fuera de consideración. Intenta no hacerlo —bromeó sobre esto último—. Lo menciono por tu bien.

Él se echó a reír. La tomó en volandas.

Ella cayó sobre las sábanas con un suspiro. Sayeb desató el cinturón del salto de cama y lo abrió; después, con la ayuda de Aisha, le sacó el pijama por la cabeza, dejándole los pechos desnudos, y expuesta solo con las bragas de seda azul oscuro. Las babuchas estaban en la alfombra.

—Estamos casados, Aisha. No existe un cortejo, pero no implica que pierda la ocasión de seducirte. —Ella se rio—. Es la verdad. Puede que sea un bastardo arrogante, pero no soy un patán con las mujeres.

—Un acuerdo matrimonial de trabajo es lo que tenemos—aclaró—. Lo sexual es tan solo un experimento con el que estoy de acuerdo, y también la idea de que me seduzcas, aunque... ¿Qué ocurriría si quien te seduce soy yo?

Él no discutió, porque ya sabía que tenía una ventaja sobre ella: una Ley a su favor y que impedía el divorcio. Además, necesitaba contar con Aisha para mostrar un frente unido en el extranjero. Ella era una pieza clave en sus planes para Bhareib, y si adicionalmente tenía el placer de ser su amante, no se quejaría.

—¿Un experimento, eh? Entonces pretendo que saques todo el provecho como lo haré yo —dijo con determinación—. Y si piensas seducirme, ¿cómo podría oponerme a semejante regalo?

Aisha se rio con suavidad.

—Estupendo, porque aprendo rápido.

—No lo pongo en duda —murmuró contra la boca sonriente de Aisha.

CAPÍTULO 12

Le habría gustado empezar a besarla profundamente, pero necesitaba verla, darse un festín a sus sentidos con ese magnífico cuerpo de curvas sensuales. Se apartó y la instó a arrodillarse en la cama; él hizo lo mismo. Aisha estiró las manos para quitarle la camisa, porque sus dedos anhelaban entrar en contacto con esa cálida piel que envolvía un físico de músculos marcados. Él la dejó hacer, aunque cada segundo resultaba más difícil resistir ese toque suave, curioso, entremezclado con la ávida mirada leonina de su esposa. Finalmente, después de esa noche podría decirlo con toda certeza; y la sensación que acompañaba ese pensamiento era de júbilo.

—Sayeb... —susurró cuando sus dedos recorrieron los brazos, y después lo hicieron con los abdominales firmes. Su mirada llegó hasta el punto en el que estaban cubierta la parte que diferenciaba el sexo de un hombre del de una mujer. Elevó la mirada hacia Sayeb, ajena al hecho de que él intentaba controlar sus ganas de devorarla con todos los sentidos, pero estaba haciendo un gran esfuerzo para controlarse porque no quería asustarla. La deseaba, y quería que esa primera experiencia juntos no marcara un precedente que la incitara a despreciarlo; no podía explicar la razón por la cual anhelaba que Aisha tuviese un recuerdo diferente al recordar su nombre —. Ha pasado mucho tiempo, y no sé...

Él le agarró las manos entre las suyas.

—Me lo dijiste, y no pienso hacer nada con lo que sientas incomodidad. ¿Me dirás si algo no te gusta, cierto? —preguntó acariciándole los nudillos. Ella asintió, y el movimiento consiguió que los cabellos se soltasen y cayeran en una cascada de seda hasta cubrirle los pechos.

—Siempre —replicó, perdida en la envolvente mirada de Sayeb.

El hombre que estaba con ella en esos momentos, difería de la persona indiferente, incluso inalcanzable, que solía ser Sayeb cuando estaban rodeados de otras personas. Casi parecía, casi, que ese momento lo había instado a dejar su máscara de frialdad de lado; al menos, ella se alegraba de que así fuera por esa noche, por el beneficio y disfrute de esa experiencia, pues anhelaba crear un recuerdo, juntos, que no estuviera lleno de espinas y marcado por la tragedia.

Con la cantidad de amantes que había tenido en el pasado, Sayeb podría asegurar que nunca había tenido ante él unos pechos tan espectaculares y perfectos como los de Aisha. Apartó el cabello que había caído sobre ellos, y acarició los pezones rosados y erectos con el dorso de las manos. Escuchó a Aisha contener la respiración.

—¿Quieres que vaya despacio o quieres...?

—Solo haz lo que sientas, pero no dejes de tocarme; tócame, Sayeb. Tócame.

Él soltó un gruñido, mitad dolor mitad placer. Su miembro estaba tan erecto que dolía. Tomó los senos entre las manos, se recreó con el peso perfecto, la forma de gota de agua, y giró los pulgares alrededor de las areolas. Notó fascinado cómo ella respiraba agitadamente, a la

expectativa de lo que él fuese a hacer a continuación.

—Espera —dijo ella, cuando lo vio dispuesto a inclinarse para besar sus pechos. Él se detuvo de inmediato y buscó en su mirada un indicio de preocupación o miedo—. Sayeb, no soy virgen, lo sabes; no voy a romperme, no voy a odiarte por tocarme como te plazca, siempre y cuando me permitas hacer lo mismo contigo.

Él sonrió de medio lado.

—Exijo que me toques como te plazca, Aisha —dijo antes de inclinarse para besarle los pechos. Le chupó los pezones con avidez, y no creía haber paladeado un trozo de cielo, nunca. La escuchó jadear, y por la forma en que apretaba los dedos entre sus cabellos instándolo a tomarla con más ímpetu, sabía que estaba encantada con sus atenciones. Lamió, succionó ambos senos con gusto; lo hizo por turnos, porque le parecía un crimen desatenderlos demasiado tiempo. Apretó los pezones, y ella gimió. El corazón le latía con rapidez, la respiración era casi imposible de mantener en un estado de calma, y si no sentía más íntimamente a Aisha en esos momentos iba a volverse loco. El nivel de excitación que bombardeaba su cuerpo era nuevo; no lo había conocido nunca.

Ella echó la cabeza hacia atrás, mientras sus dedos acariciaban los cabellos de Sayeb, y lo instaba a ir de un pecho hacia otro. Se sentía excitada, y deseada en un modo que no creyó posible. Quería la rudeza y la suavidad que él le estaba ofreciendo, porque la combinación era embriagadora y deliciosa.

—Sayeb, quiero verte... —dijo tomando el rostro masculino e instándolo a mirarla—. Quiero tocarte. —Él se apartó por completo, tan solo para quitarse los pantalones y dejarlos a un lado. Gloriosamente desnudo volvió a la cama y se quedó de pie, mientras ella lo observaba boquiabierta—. Ven aquí...—pidió en un susurro.

Aisha se acercó al mismo tiempo en que él lo hacía, y al ver el miembro erecto, con el brillo de la pre-eyaculación sobre el glande, no pudo contenerse. Por simple instinto se inclinó, mirando a Sayeb a los ojos, y lo tomó entre sus labios.

—Joder... —gimió Sayeb, tomado por sorpresa, mientras la boca femenina lo exploraba; recorriéndolo con la lengua, succionando, al tiempo que él enterraba sus dedos entre los cabellos y echaba la cabeza hacia atrás—. Sí, así, Aisha... Oh...

Ella le acarició los testículos con las manos, eran suaves y ásperos al mismo tiempo; después llevó sus manos curiosas hasta el trasero, y le arañó las nalgas duras. Él gruñó pidiéndole que se detuviera, pero ella estaba demasiado excitada con esa sensación de poder que ejercía sobre un hombre tan hermoso como peligroso. Su mano izquierda no dejó de tocarlo, y la derecha la utilizaba para recorrerle el pene en toda su longitud. En un inicio creyó que quizá no le sería posible llevárselo al completo por la boca, así que lo intentó poco a poco.

Le gustaba el sabor a limpio, salado y masculino de Sayeb. La textura suave en una parte tan dura era un contraste excitante. Su mirada recorría no solo el pene, sino también absorbía la manera en que él flexionaba las abdominales debido al esfuerzo para contener una eyaculación. Continuó succionando, lamiendo, y emitiendo sonidos de placidez, cuando de pronto se halló de espaldas contra el colchón, y tuvo a Sayeb sobre ella con una mirada intensa, predadora y determinada. Ambos jadeaban.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó ella, tratando de ralentizar la respiración—. Creía que te gustaba lo que...

Para acallarla, él inclinó la cabeza y empezó a besarla profundamente. Le mordió el labio inferior con fuerza, instándola de esa manera a que abriese la boca, ella lo hizo y de inmediato sintió la lengua de Sayeb invadiendo y conquistando su cavidad.

Ella se arqueó y colocó la cabeza en una posición que le permitía responder con la misma fuerza y pasión al devastador beso que estaba recibiendo. No necesitaba que le confirmase con palabras si le había gustado o no la forma en que había estado practicándole sexo oral. Esa era la primera ocasión en que tomaba el miembro de un hombre en su boca, y había sido todo un placer. No dudaría —ante la primera oportunidad—, de intentar hacerlo nuevamente con él.

Cuando estuvo con Rafiq, todo había sido bastante inocente; una fase exploratoria, dos adolescentes tratando de entender el deseo y llevando a cabo actos para tratar de satisfacerlo. En esta ocasión, se trataba de un hombre y una mujer en el más primitivo escenario sin restricciones, sin prohibiciones, y con toda la autoridad que cada uno se prodigaba a sí mismo de buscar y dar placer en la medida que lo desearan. Le rodeó el cuello con los brazos, y lo acercó más como si de esa manera pudiese absorberlo todo de él; lo necesitaba en su interior en ese instante. Se sentía vacía, y él era la única posibilidad de llenarse hasta la saciedad.

Él empezó a ralentizar la intensidad del beso, jadeando, se separó lo suficiente para mirarla; exploró las expresiones de ese rostro sonrosado y con una ligera pátina de sudor en la frente Sayeb tenía una mano a cada lado del cuerpo de Aisha para procurar no aplastarla con su peso y era muy consciente de que su erección presionaba contra el suave abdomen de ella.

—Creo que ese beso responde a tu pregunta, pero no quería terminar en tu boca sin que tú hubieras experimentado el placer primero. Por la forma en que me estabas succionando con tu boca no iba a durar demasiado, y no es lo que quiero. — Sayeb deslizó la mano por el costado de Aisha y la dejó reposar justo sobre el sitio en el que tenía la cicatriz, el recuerdo de aquella noche fatídica. Ella se removió bajo su toque —. No te apartes, porque esto que estoy tocando es una herida de guerra; así como lo podría ser cualquier pequeña o gran cicatriz que tengas en tu cuerpo, el cual pienso explorar a conciencia. Tu cuerpo es perfecto tal y como es.

Ella se sonrojó sin poder evitarlo.

—Gracias... Y ahora —sonrió con picardía—, solo quiero sentir y perder el control, pero al mismo tiempo mantenerlo.

Sayeb movió las caderas de tal manera que su erección quedó justo en la entrada del vértice de Aisha, le hizo un guiño, se inclinó hacia un lado y le mordió un pezón. Ella gimió, lo agarró de la nuca instándolo acercarse y ella le devolvió el gesto mordéndole con fuerza el labio inferior.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —preguntó. Ese breve lapso le acababa de dar el respiro que necesitaba para no correrse antes que ella y así tratar de extender la exquisita tortura que implicaba el proceso de procurar alcanzar el placer.

Como respuesta ella solo se rio, y en esta ocasión el sorprendido fue Sayeb cuando tuvo a Aisha sonriéndole de forma traviesa antes de darse la vuelta para tenerlo bajo su cuerpo. Él enarcó una ceja.

—¿Te sientes muy cómoda, eh? —preguntó, obnubilado por su belleza.

Ella no podía mentir, aunque quisiera hacerlo. La verdad era que en esa circunstancia se sentía con la plena confianza de hacer, decir, y pedir lo que deseara. Era un escenario por completo nuevo, en el que desinhibirse parecía ser la clave para disfrutarlo. Sin reglas; sin límites, tan solo existían posibilidades y todas llegaban a un solo fin: el éxtasis.

—Mucho —murmuró cuando él le agarró las caderas con las manos.

Se sentía pequeña ante un hombre como Sayeb. Le sorprendía que le permitiese moverse a su antojo. Estaba readaptando su cuerpo a una experiencia sexual después de muchos años, no era versada en ese campo, sin embargo, había algo que jamás podría mentir: la memoria de la naturaleza humana.

Siguió sus instintos. Se inclinó hacia él, y se colocó hasta que su entrada húmeda sintió el

glande a punto de deslizarse en el interior. Él estaba dándole la posibilidad de controlar la situación, aunque Aisha no era ingenua para creer que sería así el resto de la noche. Sayeb estaba dándole libertad, pero sabía que la naturaleza controladora de su esposo iba a surgir más pronto que tarde. ¿Lo mejor de todo? No podía esperar a que sucediera. Aunque, de momento, disfrutaba el estar al mando.

En esa postura, a horcajadas, los pechos de Aisha se bambolearon y Sayeb los tomó con las manos, acariciándolos, para después impulsarse un poco hasta poder deleitarse con ellos en su boca. Los succionó hasta que estuvieron casi del color de las fresas, y sonrió satisfecho cuando la observó cerrar los párpados, como si necesitara absorber al completo las sensaciones.

—Cabálgame, Aisha; llénate de mí hasta que sientas que no puedes más, entonces yo tomaré las riendas. —Ella sonrió—. Mujer, sí... Así —dijo con la respiración entrecortada cuando Aisha le tomó la palabra al pie de la letra y se deslizó de un solo impulso hasta que lo tuvo por completo en su interior.

Él, al notar cómo ella abría los ojos de par en par y hacía una mueca de dolor, procuró darle tiempo para adaptarse a su tamaño. A pesar de la humedad del sexo femenino, Sayeb podía entender que si había pasado demasiado tiempo desde la última relación sexual le doliese un poco.

—¿Nena, estás bien? —preguntó acariciándole las caderas, y después subió las manos hasta afianzarlas en la cintura. Le gustaba la suavidad de esa piel.

Ella tragó en seco.

—Sí... Yo... —se aclaró la garganta—, yo, hace mucho tiempo que...

—Lo entiendo —dijo Sayeb sin hacer más preguntas al respecto, y su ego se regocijó ante la confirmación de que no había otro hombre aparte del primer amante de ella—, ¿momento de cambiar el mando? —preguntó elevando las manos para acunarle el rostro.

—Sí...—concedió.

Antes que nada, él anhelaba probar su boca, y así lo hizo. Soltó un gruñido gutural, mientras ella jadeaba, porque se sentía renovada de una forma que no podría explicar con palabras si lo quisiera. Gran parte de las sensaciones que la envolvían en esa madrugada tenía que ver con la persona que estaba ocasionándolas: un hombre arrogante, sensual, intenso, apasionado y de una indiscutible virilidad.

Estaba arriesgándose, y a medida que se abría a él físicamente, también empezaba a agrietarse su corazón. Este último pensamiento la hizo temblar, y él confundió el ligero temblor con ansias de placer. Le sonrió, pero ella cerró los ojos un breve momento, porque no quería pensar en todo lo que estaba en juego, menos cuando sus emociones en esos instantes contradecían el pacto que habían trazado sus palabras: solo era sexo, en un matrimonio sin amor, y en un período de tiempo en el que ella marcaría la fecha de expiración.

Aisha le devolvió la sonrisa, porque no iba a empañar esa experiencia buscando la lógica a algo que, desde todo punto de vista, no la tenía.

Él los giró a ambos sin desconectar sus cuerpos, y pronto estuvo sobre ella. Los movimientos dejaron de ser estudiados o calculados, se volvieron intensos y apasionados. Sus cuerpos se movían con frenesí, y cada una de sus células vibraba al compás de las embestidas. Él dejó escapar gemidos roncós de placer, a medida que penetraban una y otra vez el sedoso canal de Aisha. Ella tenía sus piernas alrededor de la cintura masculina, instándolo a calar más profundamente en su interior.

La sensación de tener ese miembro viril abriendo poco a poco su estrechez era una experiencia en sí misma. Sayeb era grande, pero el ardor inicial desapareció por completo con cada

embestida. Pronto, Aisha se halló en un espiral en el que el sonido de los choques de su cuerpo era la sonata que los instaba a darse un festín con el cuerpo del otro, propiciando una fiera manera de tocarse, morderse, y marcar el ritmo de una danza tan antigua como el inicio de los tiempos.

No eran necesaria las palabras cuando sus cuerpos resultaban tan elocuentes. Se hallaba en un vaivén a merced de las olas de placer que amenazaban con romper en la orilla muy pronto. Jamás había conocido un hombre que fuese capaz de electrificar cada pequeño trozo de piel con solo una mirada, y en esos momentos los abrasadores ojos negros no le permitían esconderse; la desnudaban, la incendiaban y embrujaban.

—Más, Sayeb, más... —pidió, jadeante, y él la complació. Se inclinó hacia ella para besarla, mientras sus pelvis se balanceaban impetuosas—. Me falta poco... Sigue, por favor, no te detengas —exigió sin cohibirse.

Él se sentía como un adicto después de muchos años de abstinencia al encontrarse con una droga de la que, sabía muy bien, no podría ser capaz de ignorar debido a su efecto demencial. Los besos de Aisha eran la brisa que acompañaba la tormenta que en esos momentos se fraguaba entre sus cuerpos.

—Eres magnífica —murmuró él antes de sentir cómo las paredes íntimas empezaban a contraerse alrededor de su virilidad—, déjate ir... —le dijo cuando la vio cerrar los ojos—, pero mírame. Mírame mientras alcanzas el orgasmo, Aisha, mírame porque soy yo, y solo yo, quien está aquí contigo —exigió en tono posesivo. Un tono al que ella, en esta ocasión, obedeció.

—Sayeb...—susurró elevando las caderas.

Con un último empujón, él impulsó a Aisha al clímax. La escuchó gritar y gemir. Los mejores sonidos de su vida en mucho tiempo. Tan solo cuando sintió que ella empezaba a descender del éxtasis, él empezó a bombear con rapidez hasta que el resplandor de satisfacción lo cegó. Cuando la última gota de su semilla abandonó su cuerpo, Sayeb fue capaz de regresar a la realidad.

Al amanecer, ella estaba abrazada a Sayeb, sus piernas entrelazadas a las de él, mientras su rostro reposaba sobre el cómodo hombro que ejercía de almohada humana. Cuando recordó todo lo que hicieron durante la madrugada, no una, sino cuatro veces, entró en pánico. Elevó el rostro para comprobar si era la única despierta.

—Buenos días —dijo Sayeb con una sonrisa muy, muy, satisfecha.

Ella puso los ojos en blanco e intentó apartarse, pero él la colocó sobre su cuerpo con facilidad. Aisha no hizo amago de volver a poner distancia.

—Quiero ir a cambiarme de ropa y bañarme, ¿qué va a pensar Zhinite cuando entre en mi habitación y no me encuentre? —preguntó evitando mirarlo a los ojos.

Sayeb le tomó el rostro para que volcara la atención en él.

—Lo que piense el servicio me tiene sin cuidado. Además, creía que no te arrepentías de las decisiones que tomabas... Y hablo en plural por las cuatro veces en que hicimos algo más que solo tener sexo en la cama. ¿O acaso fueron más ocasiones? —preguntó disfrutando con la incomodidad de ella.

—No estoy arrepintiéndome —dijo entre dientes, y lanzándole una mirada furiosa. Estaba sonrojada, y podía sentir la erección de Sayeb contra su vientre. Deseaba sentirlo, penetrándola de nuevo, y anhelaba repetir la experiencia de contraerse alrededor de la firme virilidad.

—Oh, entonces, ¿quisiera Su Majestad repetir el sexo oral en la piscina? —preguntó, con descaro, mientras posaba las manos sobre las nalgas redondeadas para después acariciarle la espalda desnuda—. Lo cierto es que devorar tu sexo con mi boca, mientras estabas sentada sobre

el borde de mosaicos, con tus piernas sobre mis hombros, fue uno de los momentos más deliciosos de la madrugada.

Aisha no pudo evitar reírse. Contempló la boca de Sayeb. Poseía unos labios que podían llegar a ser apasionados, pero también implacables, tal como lo era él.

—Sayeb... No podemos llegar tarde al desayuno con el Embajador de Japón.

—Seguro si le cuento el motivo del retraso lo comprenderá perfectamente —replicó tomándola en brazos, y ella dejó escapar una expresión de sorpresa—. ¿Deseas bañarte antes de volver al palacio?

—¿Qué tienes en mente? —preguntó, cuando sabía muy bien la respuesta. El aleteo en su estómago se incrementó ante la expectativa, y Sayeb pareció interpretar correctamente sus emociones, porque le sonrió—. Oh, ya veo, quieres ahorrar agua para salvar al planeta. Parece que es el nuevo mantra.

—El mejor —murmuró antes de besarla, y entrar con ella en la inmensa tina de baño. Abrió los grifos y pronto el agua fue el manto que los cobijó mientras daban rienda suelta a un apasionado despertar.

Seis días después, Aisha y Sayeb volaban con una pequeña comisión de diplomáticos bhareibianos a Suiza. Ella estaba un poco nerviosa, porque era la primera ocasión que se subía en un avión en un largo tiempo. Pero la mano de Sayeb se posó automáticamente sobre la suya durante el despegue. No hacía falta que dijera nada. Ella lo observó en silencio y le dedicó una sonrisa, antes de apartar la mirada y observar la inmensidad de nubes que los rodeaban.

A partir de la primera noche que pasaron juntos, ninguno de los dos dejaba pasar la oportunidad de rozarse con ligeros toques durante las reuniones que tenían que atender juntos o lanzarse miradas impregnadas de promesas silenciosas que se cumplían al caer la noche. El riad de Sayeb se había transformado en un refugio para ambos, en el que se exploraban hasta que llegaba la primera hora antes del amanecer en el que cada uno iba a su habitación para iniciar su agenda de trabajo.

Si alguien notaba una diferencia entre la habitual dinámica fría de los monarcas, no lo dio a entender. Tampoco es que importase demasiado, porque la actitud de ambos reyes era indiferente cuando se abrían las puertas del palacio hacia el mundo; dentro, en el riad, todo era distinto.

Ese viaje era el primero que realizaba una pareja real de Bhareib a Suiza desde que terminó la Segunda Guerra Mundial en Europa. No había existido un motivo para visitar ese país, hasta ahora. El presidente del banco suizo más importante tenía una audiencia con ellos, y consistía en la apertura de un fondo benéfico para todos los refugiados que Bhareib acogiera por motivo de las guerras en Oriente Medio.

Se trataba de un tema altruista, y también una oportunidad para que Aisha y Sayeb hicieran algunos contactos políticos y sociales en Ginebra y Zurich. Geeza así como Zhinite lo tenían coordinado todo hasta el último detalle. El tiempo promedio del tour era de una semana. La visita prevista hacia París —para una visita oficial con el presidente de Francia y la primera dama— se acababa de suspender por protestas que podrían poner en riesgo la seguridad de los reyes, y otros dignatarios.

—¿Está listo mi discurso, Geeza, con los cambios que te pedí de último momento? —preguntó Sayeb.

El asistente del rey apartó la vista del ordenador, y asintió.

—Sí, Majestad. ¿Necesita leerlo de nuevo?

—No. Solo quería estar seguro de que no vamos a llevarnos ninguna sorpresa a causa de la tecnología, y en temas de resguardo policial o militar, ¿están ya nuestros agentes en Suiza?

—Claro, Majestad, y están siguiendo las instrucciones al pie de la letra. Lastimosamente no pueden hacer más que limitarse a los permisos que les otorgue la guardia suiza. Los protocolos de seguridad están a cargo del Gobierno Suizo —dijo el anciano—. ¿Existe alguna indicación específica que necesite que revise?

Sayeb miró a Aisha, ella parecía absorbida por completo en un libro sobre agricultura en países desérticos. Sonrió para sí mismo. Llevaban algunas horas de vuelo, y la necesidad de tocarla era cada vez menos sencilla de resistir. Quizá era momento de darle buen uso a la habitación del avión privado.

—Llama a Bhareib e infórmate del estado del paciente —dijo en voz baja, y sin necesidad de decirle a su consejero y asistente, a quién estaba refiriéndose.

—Por supuesto. Por cierto, hubo una pequeña actualización de última hora. Un empresario que se dedica a la construcción de viviendas sostenibles quiere hablar con usted sobre la posibilidad de implementar sus proyectos en Bhareib. Le dije a la asistente que lo pondría en consideración, pero no lo he confirmado.

—Es una propuesta interesante, acéptala e inclúyela en la gira. —Miró a Aisha nuevamente, en esta ocasión ella había dejado de lado su libro, y escuchaba con atención su charla con Geeza—: ¿Tienes algo que necesites agregar a la agenda? —le preguntó Sayeb. A pesar de las protestas y válidos argumentos, la mayoría de las actividades de Aisha, y que no atendería junto a su esposo, estaban vinculadas a visitas a escuelas locales, comidas con damas de sociedad, y una tarde de té con aristócratas europeas. Ella podía negarse, pero implicaría una mala imagen para Bhareib, así que le tocaba tragarse la rabia de no poder atender también reuniones que le parecían más interesantes (finanzas, recursos naturales, inversiones), y a las que Sayeb sí tendría la posibilidad de asistir. Tal vez, el mundo continuaría manteniendo una ola machista en tópicos sobre lo adecuado para intereses femeninos y masculinos. ¿Cuándo iba a despertar la sociedad? Al menos, parecía que Sayeb la entendía, y estaba extendiéndole un puente para calmar sus frustraciones durante esa visita al hacerla partícipe de esa inesperada posibilidad de charlar con el empresario inmobiliario.

—No, pero la idea de tener viviendas sostenibles en el desierto me parece magnífica. Quiero estar contigo en esa reunión. —No era una petición, y Sayeb, ahora que la conocía mucho mejor, consideraba la presencia de Aisha muy importante, en especial porque, al haber vivido tantos años en el desierto, podría aportar muchísimo y su punto de vista sería decisivo para considerar si el empresario tenía una idea sólida o solo estaba haciéndolos perder el tiempo.

—Geeza, ya escuchaste a la reina; iremos juntos. —Miró a la asistente de Aisha—: Lo mismo va para ti, Zhinite. Coordínalo todo para que no haya conflicto en los horarios y exista suficiente espacio entre las actividades.

—Claro, Majestad —respondieron ambos al mismo tiempo.

El anciano ocultó una sonrisa. Era la primera vez que veía a Sayeb tan sereno. La presencia de Aisha en el palacio continuaba siendo un motivo de orgullo para el pueblo que, poco a poco, empezaba a confiar más en su monarquía. Las políticas de trabajo en los diferentes ministerios se estaban discutiendo para llevar propuestas de reforma ante la Alta Cámara del Ministerio de Consejo Legal. A partir de ese punto, los análisis y cambios podrían empezar a cobrar vida en un proceso, que sería lento debido a todas las discusiones por llevarse a cabo, exitoso a largo plazo.

Zhinite se puso a trabajar de inmediato en el ordenador para coordinar los detalles con el personal que esperaba órdenes sobre las necesidades de los reyes de Bhareib en Suiza, en su

caso, la reina.

Una de las noches en Zurich tendría como actividad la exposición, a través de discurso, de Sayeb sobre los progresos en la lucha contra el VIH en los países de la Liga Árabe. Al ser el Presidente Honorario, y orador principal, de Fronteras Abiertas Al Cambio (F.A.A.C), un organismo sin fines de lucro que realizaba estudios farmacéuticos para avanzar en el tratamiento que lograrse alargara el tiempo y calidad de vida de los portadores del virus, no podía desaprovechar aquella excelente plataforma para conseguir reforzar la misión de la ONG, y exponerla ante quienes ignoraban su existencia; además, claro, de motivar donaciones.

La entrada a la cena costaba veinte mil dólares por persona, y el quince por ciento de lo recaudado iría a esa organización de investigación que presidía Sayeb. El resto del dinero lo utilizaría el Gobierno Suizo para otras instituciones, cuyos representantes también hablarían aquella noche.

Después de la reunión con el presidente del banco, aquella cena era la segunda actividad de mayor exposición mediática y en la que se estaba poniendo todo el armamento diplomático de Bhareib. Gracias al primer contrato que se acababa de empezar a negociar, de manera oficial, con la delegación australiana interesada en el manejo del antiguo oleoducto, las puertas hacia otros países empezaban a abrirse para Bhareib en asuntos económicos, no solo eso, sino que ya no era el equipo diplomático el que intentaba estrategias de acercamiento a otras naciones, sino que paulatinamente los reyes y sus ministros ya empezaban a ser incluidos en exclusivas invitaciones para participar en foros, cenas, convenciones, inauguraciones, entre otras actividades.

—Este hotel es precioso —murmuró Aisha observando el paisaje a través de la ventana. Estaban en el Hotel Four Season des Bergues Ginebra. La ciudad era una estampa digna de fotografías para novelas de fantasía. Una absoluta belleza—. Creo que sería una estupenda idea si pudiésemos conseguir un tiempo para visitar la que fue propiedad de mi familia durante dos siglos. Sé que la vendieron a unos parientes lejanos, y ahora está convertida en un museo con piezas de Bhareib. —Se giró para mirar a Sayeb, quien parecía demasiado ocupado en otra cosa—. ¿Sayeb?

El rey acababa de recibir la última actualización del estado de salud del jefe de los Talippah. El anciano había salido de terapia intensiva, pero continuaba bajo arresto en el hospital, no solo hasta que se le diera el alta, sino hasta que confesara en dónde estaba escondiéndose su cómplice y nieto.

Rafiq seguía fugado, y la inteligencia de Bhareib tenía entendido que no estaba ya en el desierto, sino que iba de una ciudad a otra, alrededor del país como un tunante, utilizando diferentes medios de transporte para despistar a la policía. Sayeb no iba a cesar de buscarlo hasta dar con su paradero. Los seis hombres que habían sido apresados, finalmente, confesaron cómo lograron introducir a Aisha en la limusina que la llevó hasta el templo. Ese grupo fue sentenciado a cinco años de cárcel, sin derecho a apelación, bajo cargos de sublevación, insurgencia, y complicidad en el crimen de suplantación de identidad.

—¿Sayeb, me escuchaste?

Él apartó la mirada del teléfono, y la observó. Frunció el ceño.

—No, pero me gusta escuchar tu voz, así que puedes repetir lo que dijiste.

—Idiota —murmuró Aisha, y él soltó una carcajada.

Se acercó hasta ella. Últimamente reír empezaba a ser una expresión normal entre ellos. No sabía qué estaba haciendo Aisha con él, pero su influencia en su estado anímico le gustaba más de lo que podría admitir. ¿Tenía que ver el sexo? Probablemente, en especial porque era fantástico; no recordaba haber tenido una amante tan receptiva y sensual como su esposa.

Sin embargo, la plácida sensación que le provocaba la presencia de Aisha iba más allá de lo físico, y aquel era un terreno inexplorado para un hombre habituado al pragmatismo y el desapego. De momento, ella era suya, y ese sentimiento de posesión parecía incrementarse cada día. A ratos, él se encontraba distraído pensando en qué nuevas sorpresas aprendería sobre ella, su cuerpo y sus necesidades sexuales. Había prometido que tendría una amante al casarse, pero sería una aberración hacerlo cuando tenía una diosa con un cuerpo impresionante, una mente ágil y una estimulante conversación a su lado.

Sayeb se sentía culpable por esconderle información sobre la gente del desierto y lo que ello involucraba, pero prefería darle a conocer la situación cuando lo considerase más pertinente. Además, la perspectiva de poner en riesgo la plácida tregua que existía entre ellos le parecía una atrocidad en sí misma.

—Espera, no pude escuchar lo que decías porque estaba tratando de resolver una situación en Bhareib. No pongas esa expresión de preocupación, son solo cosas cotidianas que necesito atender —dijo abrazándola de la cintura, y ella de forma natural elevó los brazos para rodearle el cuello—, ¿a dónde piensas ir?

—Como tengo suficiente tiempo para arreglarme, quiero aprovechar para ir al sauna. Zhinite y mi pequeño equipo está trabajando en boletines de prensa, y se están encargando de que sean enviados a Bhareib.

—Geeza está haciendo lo suyo, uniendo lo que hace Zhinite para hacer un dossier en conjunto.

—Como debe ser —replicó Aisha—. Los informes de medios locales e internacionales de comunicación, que me mostraron horas atrás, denotan que todas estas actividades con damas de sociedad al parecer tienen su efecto interesante; las personas empiezan a conocer la existencia de nuestro pequeño país. —Sayeb sonrió, porque estaban trabajando mucho para conseguir esos resultados; no se trataba de una gestión temporal, sino continua, sin embargo, necesitaban sembrar bases firmes para el futuro—. Menos mal la gala para tu discurso sobre F.A.A.C., es aquí en el hotel. Me da un margen de tiempo para relajarme... No puedo creer que hayan pasado ya cinco días.

—Apenas hemos tenido tiempo de dormir —murmuró.

—Sayeb...

—Dijiste que ahora mismo la agenda nos da un margen de descanso —comentó acariciándole la espalda e inclinándose para besarle la comisura de los labios—. ¿O acaso no has echado en falta acostarte conmigo?

—Tal vez, sí, tal vez, no —replicó con una sonrisa cuando él le deshizo el lazo que sostenía su sedosa cabellera.

—Creo que necesitamos asegurarnos de que todo va bien en ese aspecto —dijo Sayeb ahuecándole los pechos, y acariciándole los pezones sobre la tela del vestido. Ella contuvo la respiración.

—¿Es todo lo que importa? —preguntó ella de repente. Habían pasado varios días intensos, y no solo de sexo y trabajo, pero en el caso de Aisha, momentos de pensar y analizar su posición.

Sentía que a medida que pasaba más tiempo con Sayeb, el sentimiento de venganza empezaba a apagarse y era reemplazado por algo distinto. No quería darle nombre para hacerlo real, pues albergar esperanzas en una relación tan frágil como compleja le podría causar más daño que bienestar. Sayeb estaba delante de ella, tan apuesto y seguro de sí mismo; tan cerca físicamente; tan real a su tacto y sus palabras, sin embargo, lo sentía lejano. Él poseía la capacidad de marcar distancia aún al deslizarse en el interior de su cuerpo, aún al besarla, y eso era algo que Aisha no lograba comprender del todo. ¿Se trataba acaso de un poder masculino? Porque si era ese el caso,

ella necesitaba adquirirlo, y pronto.

—Esta tarde, sí —replicó esquivando la profundidad de la respuesta que necesitaba una pregunta como aquella. Antes de que Aisha empezara a rodar las hipótesis en la ruleta rusa de preguntas, le tomó el rostro entre las manos y la besó larga, pausada y profundamente.

—Podemos aprovechar los beneficios de esta tarde, juntos. ¿Qué te parece? —preguntó apoyando la frente contra la de Aisha. Ambos respiraban agitados.

Ella no respondió. Tan solo le agarró la mano y lo guió hasta una de las sillas de caoba. Lo instó a sentarse. Sayeb sintió que la boca se le secaba, cuando, con una sonrisa desafiante, Aisha, empezó a desnudarse para él.

CAPÍTULO 13

Se quitó cada prenda con deliberada lentitud, y cuando notó cómo Sayeb se pasaba la lengua por los labios, sonrió y acercó. Cada día que compartían en la cama, ella iba a ganando confianza en sí misma.

Le gustaba la versión aventurera y desinhibida que adoptaba cuando estaba a solas con él. Sayeb esbozó una sonrisa mirándola de arriba abajo.

—Me gusta que tomes la iniciativa —murmuró absorto en la forma que se movía esa boca al hablar, y sus dedos ardían por tocar cada pequeño trozo de piel—, me excita. No esperaré nada distinto en ti.

—Vaya, Sayeb, un cumplido —susurró con una risa suave, antes de detenerse lo suficientemente cerca para tentarlo, y torturarlo un poco a su antojo.

—Solo verdades, cariño —dijo, ajeno al hecho de que había dejado escapar una palabra afectuosa, porque su cerebro no coordinaba las palabras con la pulsante erección que pugnaba por ser liberada de su confinamiento.

Ella no hizo comentarios sobre el apelativo, porque estaba segura de que cada tanto él solía utilizar esa clase de palabras con sus amantes. Y sí, la enfadaba pensar en Sayeb con otras mujeres. Tal vez la naturaleza humana funcionaba de extrañas maneras, y entre esos detalles se podían contar las emociones o sentimientos.

—Mmm —dijo Aisha inclinándose. Sus pechos se agitaron, muy cerca del rostro de Sayeb, cuando ella le acarició las mejillas con las dos manos, frotando los pulgares contra la piel cubierta de una barba perfectamente recortada—. Eso me gusta.

La electricidad que invadió la habitación parecía cobrar brío durante cada nanosegundo que pasaba, mientras las miradas de Aisha y Sayeb colisionaban. Le sonrió y se sentó a horcajadas; lo escuchó gruñir. Con el pulgar le recorrió el labio inferior, después el superior, y nuevamente el inferior. Él le mordió el dedo, con fuerza, y la sensación llegó como un relámpago directo al húmedo sexo femenino; podía sentir sus pezones erectos, los pechos pesados. Rodeó el cuello de Sayeb con sus brazos, mientras él le tomó los senos, acariciándoselos con avidez.

—No dejas de sorprenderme —murmuró él, al tiempo que la atraía de la nuca para besarla—, y espero que no dejes de hacerlo.

Ella se rio, y a modo de respuesta, Sayeb le pellizcó con fuerza un pezón. Ella gritó de gusto, así que él repitió la misma caricia en el otro pecho. Las manos de él no podían quedarse quietas; la tocaban toda, y una de sus partes favoritas estaba muy húmeda. La acarició íntimamente y la penetró primero con uno, y luego con dos dedos. Ella soltó un jadeo y echó la cabeza hacia atrás, dejando expuestos sus pechos para que él se inclinara para devorarlos. La succión de la boca experta solo conseguía enloquecerla. Movié las caderas, frotando su sexo contra la mano de

Sayeb, mientras sentía cómo los dedos le acariciaban los pliegues íntimos y el clítoris.

Él abrió sus piernas un poco más, y con el movimiento —al estar Aisha a horcajadas—, también instó a que ella se expusiera más... Los vellos que cubrían ese sexo perfecto estaban recortados con precisión en una línea fina, dejando suficiente porción de piel para que él disfrutara con su lengua de aquella exquisita perla.

—Sayeb... —susurró en un tono que parecía más bien una plegaria. Le quitó la camisa, y le acarició el torso. Clavó las uñas en los hombros, mientras su cuerpo se mecía en la búsqueda de la liberación—. Oh...

—Aisha... —murmuró a punto de eyacular en los pantalones. Por Alá, lo que esa mujer le hacía carecía de nombre.

Ella cerró los ojos y apoyó la frente contra la de Sayeb. Aferrándose a los hombros fuertes, clavándole las uñas, pronto sus paredes íntimas se contrajeron alrededor de los dedos que la frotaban con pericia; cuando no pudo más, con un gemido profundo, se dejó ir en una explosión de deliciosa rendición.

Con manos temblorosas por el deseo, él abrió el cierre del pantalón y su poderosa erección vibró preparada para tomar a Aisha. Ella, jadeante, le sonrió con placidez y se acomodó hasta que él la penetró hasta que ella lo sintió tan profundo que no sabía en dónde empezaba y terminaba el otro.

La química entre los dos era increíble, pero, sobre todo, insaciable.

Las caderas de Sayeb se movieron acompañadas por un ritmo que Aisha no tardó en seguir, palpitando de deseo ante la necesidad de volver a experimentar otro orgasmo. El sonido que creaba la fricción de sus cuerpos, resonaba con fuerza entre las insonorizadas paredes de la suite. Jadeantes, mientras se besaban de forma húmeda y salvaje a medida que el clímax parecía estar a punto de barrer sus sentidos por completo. Al cabo de un rato ambos llegaron a lo más alto del risco, y se lanzaron hacia la innegable saciedad del alivio. Aisha echó la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo la potencia de la semilla de Sayeb se vertía en su mojado pasadizo.

—Irresistible... —jadeó el rey de Bhareib al cabo de un rato, inyectando oxígeno a sus pulmones, para después rodear la cintura de Aisha con los brazos. Hundió el rostro entre los perfumados cabellos y aspiró el aroma que estaba grabado en su memoria. Sus cuerpos eran una mezcla de costosos perfumes con el aroma único e indescriptible del sexo. Una combinación letal.

Aisha le acarició la nuca, mientras continuaban íntimamente unidos.

Durante varios segundos ninguno de los dos dijo nada. El sexo entre los dos estaba transformándose en algo de profundas implicaciones. Sus cuerpos conocían la sincronía perfecta; sus labios se devoraban en frenesí, pero eran sus emociones las que estaban en peligro. Sin embargo, ni Sayeb ni Aisha parecían tener interés en verbalizar sus temores ante el otro.

Solo cuando se daba voz a un pensamiento, entonces este se transformaba en una posibilidad real. Y esto no podía suceder con ellos. No eran una pareja de novios o amigos con derechos comunes y corrientes; eran dos reyes, casados, y con una inmensa responsabilidad. Los compromisos que poseían fuera de la burbuja plácida que habían creado eran ineludibles. Ellos podían estar destruidos o felices, daba igual; Bhareib era la única prioridad que debía contar.

Poco a poco se separaron, y él salió del interior con suavidad. Ella sintió la pérdida, pero mantuvo una expresión calmada. Había pasado un huracán de pasión entre ambos. Estaban saciados... Por el momento.

—¿Estás bien? —preguntó Sayeb, apretando los dedos posesivamente sobre las caderas de Aisha. Se sintió conmovida porque, a diferencia de lo que habría creído basándose en todos los cotilleos y prejuicios del pasado, Sayeb era un amante generoso y se interesaba en que ella

disfrutara con todo lo que juntos hacían. Cuando él se corría, la magnitud de la oleada de placer la alcanzaba a ella. Inexplicable, y fantástico al mismo tiempo.

No había una sola parte del riad de Sayeb que no hubieran bautizado juntos. La piscina, el jacuzzi, las costosas alfombras, contra las paredes, en la bañera, al abrigo de la noche iluminada por el cielo del desierto... Ningún lugar había perdido la oportunidad de ver a dos amantes consumirse en llamas de intensa plenitud.

—Sí... Creo que ha sido una excelente forma de emplear este receso de tantas actividades en Suiza —dijo sonriéndole.

Él se rio, y se incorporó de la silla, aupándola hasta que ella tuvo los pies sobre la alfombra. Sayeb se terminó de desnudar, y ella apreció ese magnífico físico. Él era un macho alfa en todo el esplendor del concepto.

—¿Continuamos en la cruzada por salvar al planeta y ahorrar agua? —preguntó Sayeb dándole una nalgada juguetona cuando ella pasó a su lado para dirigirse hacia el cuarto de baño. Aisha lo miró sobre el hombro.

—Puedes decidirlo tú mismo —dijo con un guiño, mientras se alejaba.

Los ojos de Sayeb siguieron el movimiento del tentador trasero, hasta que desapareció tras el umbral de la puerta. Todavía les quedaban noventa minutos antes de que tuviesen que empezar a prepararse para el evento de esa noche.

Su erección palpitante anhelaba volver a fundirse con los pliegues húmedos de Aisha. Se había convertido en un cautivo del deseo que ella creaba en él. Con pasos ágiles siguió el camino que había trazado su esposa, y la alcanzó cuando el vapor de agua empezaba a dejar su huella alrededor.

—Aisha, te quiero de espaldas a mí, y con las manos apoyadas en la pared.

Ella dejó a un lado el jabón líquido que iba a empezar a utilizar. Lo miró como si le causara sorpresa de verlo, y después deslizó su atención al miembro erecto. Inclino la cabeza hacia un lado, muy cómoda con su piel de Eva.

—Yo creía que ibas a descansar un poco —replicó, pero no pudo mantener el rostro serio, pues terminó riéndose al ver cómo se oscurecía la expresión de Sayeb por la implicación de que quizá estaría agotado, mientras ella tenía todas las energías al ciento por cien—. Ya sabes, los hombres por lo general... —empezó con un gesto de la mano, pero en menos de tres segundos tuvo a Sayeb a su lado.

—Mereces un castigo —le dijo girándola. Le propinó dos azotes suaves en el trasero, y al ver las marcas rojas que dejó, las acarició. Ella, en lugar de quejarse, ronroneó y meneó las nalgas con provocación—. Eres una brujilla, ¿lo sabías?

—Bueno, lo estoy descubriendo, y me encanta tanto como a ti —replicó mirándolo sobre el hombro húmedo.

Con una carcajada, Sayeb le apartó el cabello del rostro para después inclinarse y mordisquearle el cuello.

Ella soltó un quejido suave, y pronto las manos cálidas le acunaron los pechos, y la gruesa erección tentaba su espalda baja. Aisha tenía las manos apoyadas contra la pared, tal como él la había deseado desde un inicio.

—Abre las piernas, preciosa Aisha —le dijo, y ella no dudó en obedecer. Sayeb se acuclilló hasta que su boca quedó en el vértice del sexo femenino, ella bajó la mirada y él le sonrió antes de tomarle una pierna para abrirla más a él. Aspiró su inconfundible aroma antes de lamer sus pliegues.

—Mierda... —jadeó ella—, eres... Sí, más... —susurró moviéndose contra los labios y la

lengua que la estaban acariciando tan íntimamente.

El tiempo pasó rápido entre gemidos, risas y provocaciones.

Cuando salieron de la ducha, el reloj marcaba solo cuarenta minutos para que diera inicio el evento. A partir de ese instante, la plácida sensualidad dio paso a la preparación inmediata para cumplir con la agenda de trabajo.

Los aplausos no se hicieron esperar cuando Sayeb se bajó del podio. En el evento no había ninguna persona adicional, y eso a pesar del costoso valor de la entrada. Uno de los beneficios de hacer presentaciones públicas en países con mucho dinero consistía en lograr que los ciudadanos más acaudalados, y ávidos de elevar todavía más el elitismo en los círculos sociales, hicieran donaciones monetarias a causas sociales de interés mundial. Y no lo hacían por simple altruismo, claro que no, sino porque constituía una manera de aminorar, al final del año fiscal, los pagos de impuestos. Todo tenía un precio, incluso cuando la gente pensaba que no era así.

—Estás guapísima —dijo Sayeb dándole un beso en la mejilla. Ella, sorprendida por esa súbita demostración de afecto, se sonrojó—. No te lo había dicho antes de salir de la habitación.

Aisha llevaba esa noche un vestido azul que se ondulaba a medida que ella caminaba dando la sensación de que estaba flotando sobre el suelo. Llevaba un juego de zafiros que contrastaban hermosamente con sus ojos. El maquillaje y el peinado, por supuesto, eran perfectos; cada pequeño detalle había sido cuidado al mínimo.

—Yo... Gracias —murmuró tomando el brazo que él le ofrecía para saludar a quienes se acercaban para intercambiar unas palabras con ellos. Geeza y Zhinite estaban a una discreta distancia para introducirlos o estar al pendiente de lo que Sus Majestades pudiesen requerir—. Fue un gran discurso. Creo que poco a poco vamos ganando más adeptos a nuestra causa. Será un buen año.

—Me parece que sí —dijo él con una devastadora sonrisa.

Ella se estaba acostumbrando a ese lado accesible de Sayeb. Continuaban discutiendo día a día, sus personalidades eran explosivas y ambos, *per se*, bastante testarudos. Sin embargo, cuando la noche domaba el día, los dos dejaban de lado todo lo que no fuese explorarse mutuamente y paladear el elixir del placer. No solo eso, sino que, en varias ocasiones, se habían quedado conversando de temas banales o simplemente intercambiando —de manera civilizada— puntos de vista de la vida.

—Aunque me cuesta admitirlo, no soy quién para negar que hacemos un excelente equipo, Sayeb, ¡mañana volvemos a Bhareib y llegaremos con estupendos resultados! Quiero reunirme con algunos miembros del Museo Histórico, porque creo que sería genial incentivar un concurso de artes en el país —dijo Aisha sonriéndole, antes de mirar a su alrededor. Los representantes de otras organizaciones sin fines de lucro que estaban convocados esa noche, así como los multimillonarios, políticos, y diplomáticos europeos, constituían un público clave para ese tour de trabajo.

Sayeb la miró un brevísimo instante, cegado por esa sonrisa, abrumado por el aroma delicioso de su habitual perfume e intrigado por cada idea que surgía de esa mente sagaz. El tiempo pareció detenerse y él creyó tener un problema con sus ojos, porque súbitamente pareció trasladarse a una escena con efectos especiales de alguna película de Norteamérica. La realización de la magnitud de todo lo que había experimentado, en uno u otro momento a lo largo de esas semanas con Aisha, parecía ahora demasiado clara. La pajarita de su esmoquin negro de repente lo sofocó.

Fijó su atención, intensa y oscura, en Aisha. La escena continuaba en cámara lenta, y él era el

único, al parecer, con capacidad de movimiento. Los ojos tan únicos, una mezcla de castaño con dorado, poseían una expresión vívida. Aisha parecía ser incapaz de esconder sus emociones una vez que se abría a alguien. «Mierda», pensó parpadeando con rapidez, «¿cómo se había permitido enamorarse del enemigo?».

A ninguna mujer, *ninguna*, le había permitido llegar hasta él, al punto de meterse bajo su piel y ser incapaz de dejar de pensar en ella. Se había descuidado, cometiendo un gravísimo error táctico. El terror de haber sucumbido a unas emociones que no creyó posible que existiesen en él, lo sofocaron. Parecía como si alguien hubiese impactado su cuerpo contra un muro de piedra dejándolo sin oxígeno.

Resultaba tan obvio que quiso reírse a carcajadas como un maniático.

Finalmente lograba encajar todas las piezas del rompecabezas del peligro que representó Aisha desde un principio. No era solo aquel físico curvilíneo del que había aprendido cada pequeño camino y movimiento, sino la forma en que ella conseguía, sin saberlo, sacarlo de su zona de confort exasperándolo con sus discusiones, con la apasionada defensa de aquellos que poseían menos en la vida, y cómo había logrado una fiera lealtad en el equipo de servicio del palacio, así como en los ministros de Bhareib. Y es que el panorama había sido clarísimo desde la noche en que se acostaron juntos por primera vez. La noche en que, al verla con otro hombre —por más inocente que hubiese sido la escena—, lo había instado a dar un paso para tratar de marcar a Aisha como suya, en un proceso que —ahora era consciente—, había surtido efecto en doble vía. Sabía que ella era posesiva con él, en la cama, pero también que no lo amaba. Él era un instrumento de placer, tal como Aisha debió continuar siendo para Sayeb. «¿Qué carajos se había permitido hacer, maldita sea?».

Si alguien pudiese escuchar un “crak”, ese era el sonido de su corazón deshielándose en una colisión emocional potente. ¿Latidos? No, señores, lo que estaba sintiendo podía describirse más como una maratón de tambores a punto de explotarle en el pecho, amenazando su preciada supervivencia emocional. Su cuerpo y su alma tenían una dueña que pretendía divorciarse de él. Ella no iba a quedarse a su lado, lo sabía. Además, ¿con qué argumentos podría presentarse ante Aisha para intentar convencerla de que quizá merecían la pena darse una oportunidad, más allá de lo que otros creyesen, más allá del pasado y los resentimientos; más allá del sexo?

Lo único que necesitaba era tiempo para pensar lo que acababa de comprender. Necesitaba fortalecerse y poner la situación en perspectiva, pero, ante todo, era imperioso poner distancia de Aisha, para así trazar un plan estratégico y dejar toda esa mierda sentimental en el olvido. A partir de esa noche iba a buscar actividades que marcaran una distancia más prolongada con su esposa, y procurar aceptar más invitaciones sociales en solitario.

Ni siquiera la posibilidad de una guerra con Riathop lo había asustado tanto como lo que acababa de descubrir esa noche. Menudo enredo.

—¿Sayeb? ¿Te ocurre algo? Tenemos que abrir el baile con las demás parejas de la realeza europea que han sido invitadas —le dijo.

El pareció regresar al presente. Frunció el ceño, y bajó la mirada hacia el punto de su brazo en el que Aisha tenía posada su mano de uñas pulcramente cuidadas. La gente en el entorno parecía entretenida, y ajena al hecho de que el rey de Bhareib acababa de darse cuenta de que estaba enamorado de su esposa. No solo eso, sino que el pobre hombre no tenía la más puñetera idea del gran lío que eso implicaba.

—No, solo estaba considerando pasar unos días más en Suiza —comentó. Ella lo miró con una expresión de confusión—. Tengo unos amigos que siempre me llaman para recordar viejos tiempos, pero debido a lo complejo de la agenda en el país siempre rechazo esas invitaciones.

—Oh, vaya —sonrió con la misma chispeante energía—, me encantará poder conocer a tus amigos. Sé que estudiaste en el extranjero, así que imagino que debe ser interesante cuando pueda escuchar un poco sobre el joven Sayeb y sus anécdotas.

Él le dio unas palmaditas en la mano en un gesto que Aisha consideró condescendiente. «¿Qué le pasaba a Sayeb?», se preguntó. Parecía estar en una dimensión alternativa.

—Eso no va a ser posible —zanjó con calma. Ahora que sabía que necesitaba alejarse para vaciar sus emociones de ella, todo parecía menos preocupante—. Se trata de un reencuentro solo de hombres, Aisha.

—Oh... —se encogió de hombros—, pues me parece bien.

—Estupendo —dijo él en tono seco.

Ella asintió, apoyándose contra él, porque le gustaba sentir la fuerza de su cuerpo. Le era difícil admitir lo mucho que le gustaba pasar con Sayeb. Disfrutar el presente era la consigna, y de momento, lo estaba llevando a las mil maravillas.

—No creo que haya problema en retrasar por uno o dos días el retorno a Bhareib, así aprovecho para organizar una reunión, mañana o pasado mañana, con unas interesantes mujeres que me comentaron de un plan que podemos importar a Bhareib, y cuya finalidad es crear un programa para emprendimiento con finalidad de ayudar a mujeres que posean ideas de negocios innovadoras, a través de la búsqueda de apadrinamiento financiero nacional e internacional, y así ayudarlas a salir de precarias situaciones económicas. Se trata de un proyecto sumamente interesante. Quiero hablarte de ello en detalle más tarde. —Aisha no podía esperar a saber cómo el plan empezaría a cobrar forma—. Me encanta todo lo que vamos descubriendo en estas tediosas galas. Somos una pareja increíble en estas actividades, nunca creía que fuera posible —le dijo en un susurro animado, riéndose con complicidad, pero Sayeb no le devolvió la sonrisa en absoluto.

A medida que se acercaban al Embajador de Estados Unidos en Suiza, Randy Daniels, y su esposa, Marianne, Sayeb parecía ponerse más tenso. Necesitaba cortar la conversación con ella de inmediato. Si la chispeante mujer que llevaba del brazo continuaba esparciendo sus encantos, él no iba a poder romper el hechizo que, sin saberlo, se había operado en su sistema. Por eso requería tiempo, para desenamorarse y aclarar su cabeza; y si para conseguirlo tenía que herir a Aisha diciéndole palabras que no eran ciertas, sintiéndose un asno en el proceso, lo haría. Se trataba de preservación y supervivencia.

—Aisha —dijo en un susurro discreto, y mirándola sin detener su andar—. Todas estas personas creen que estamos enamorados. Consideran que poseemos una relación excelente por la forma en que nos sincronizamos.

—Bueno, esa era la idea, pero...

—Recuerda que nada vende mejor la imagen de un país que una fantasía asociada a la realeza, la tragedia y el éxito —dijo él interrumpiéndola, distraídamente, mientras se abría paso entre el mar de gente que, en conjunto, poseían un patrimonio neto de varios billones de euros, libras esterlinas, dólares, y yenes.

—¿Qué significa eso? —preguntó ante la voz neutral de su esposo y que, hasta hacía pocos minutos, había estado embargada de sensualidad y encanto.

—*La princesa perdida regresa al país, se casa con el infame hijo de un tirano, y se enamoran* —dijo con ironía y burla—. *Juntos intentan levantar una nación caída en desgracia, y el mundo se rinde ante ellos dándoles la oportunidad de conseguir lo que desean poco a poco.* Eso es lo que significa: publicidad con una historia organizada. No somos un equipo de trabajo, somos un matrimonio de conveniencia, y gracias a ti, también por imposición. Conversamos, pero no somos amigos, ni me interesa serlo. Soy amable contigo como lo sería con cualquier mujer que

esté en mi cama. El hecho de que lleves el título monárquico de Bhareib, y el de mi esposa, no cambia nada.

Ella apretó la mandíbula, escuchando con incredulidad y sintiéndose lastimada por esas palabras. Creía que habían encontrado algo especial entre ellos y estaba abriéndose a la posibilidad de reconocer que quizá existía una emoción más allá de la lujuria en Sayeb hacia ella. Vaya error de su parte, al menos no había cometido la idiotez de poner sobre la mesa sus pensamientos sobre ambos. El picor que sentía en la mano por abofetearlo amenazaba con superar a su mente fría.

—No es posible transformar un asno en corcel ni con la más esmerada educación —dijo ella con veneno—. Eres un gran ejemplo, Sayeb.

Él no reaccionó al insulto.

—Somos amantes, tenemos sexo, y si mal no recuerdo, eso no implica que tenga que hacer vida social contigo cuando no estamos trabajando para Bhareib. Hemos tenido éxito en nuestras gestiones, sí, pero sería terrible que confundieses sexo con intimidad. Considero necesario aclararlo.

Ella le dedicó una sonrisa helada.

—¿Te pusieron en la bebida algún alucinógeno o de repente tu cerebro decidió tomar un paseo para que surgiera tu lado más imbécil? —le preguntó sin ocultar su rabia—. No he ido de cama en cama como tú, pero tengo respeto por el prójimo. Tus comentarios son vulgares, así que intenta mantenerlos para ti. Si quieres ir a revolcarte con mujeres, hazlo, no tengo ningún inconveniente.

—Gracias por tu mente tan abierta y permisiva —replicó con indiferencia.

Aisha sentía que alguien estaba apretando su corazón con una mano de hierro candente, maliciosamente, y dejando una marca indeleble. ¿En qué momento, Sayeb había decidido transformarse en el tirano que ella creyó en un inicio que era...? ¿Qué rayos ocurrió entre la salida juntos de la suite del hotel y esa recepción?

Elevó la barbilla y cubrió sus emociones de dolor con dignidad. El orgullo le impedía que el corazón desgarrado dejase caer la más mínima gota de sangre.

—A partir de este momento, no vuelvas a intentar tocarme, ni acercarte a mí cuando no estemos en público. No eres bienvenido a mi cama, ni me apetece volver a estar en la tuya. Me repugna tu retórica sin sentido hacia mí, y no voy a permitir que me faltes el respeto —espetó cuando sortearon el camino tedioso de saludos.

Apretó la mandíbula. Si hubiesen estado en el desierto, Sayeb ya tuviese una herida casi mortal en algún lado de ese cuerpo hecho para el pecado. Y como era pecadora, entonces ahora estaba pagando las consecuencias de haberse permitido disfrutar la lujuria. «Cuánto echaba en falta tener una daga bajo la ropa».

—Tus emociones, fuera de la cama, me tienen sin cuidado. No eres irremplazable, Aisha —mintió, y se sintió un canalla cuando notó cómo la calidez y espontaneidad se apagaron en el rostro de ella.

Sabía que era orgullosa, y jamás admitiría que él estaba lastimándola, pero ahora la conocía muy bien. No solo físicamente.

Todas las mentiras que estaba diciéndole ejercían el mismo efecto destructivo que notaba en Aisha, en sí mismo. Sin embargo, era la única vía para preservar su corazón, airear la mente, y pensar que un colapso sin remedio entre ambos desembocaría en un cataclismo para Bhareib; porque los sentimientos solo causaban problemas. Además, para Sayeb su país estaba primero que sus necesidades personales, incluso si entre esas necesidades se colocaba como prioridad a la única mujer con la capacidad de ponerlo de rodillas.

—Insisto, un dechado de virtudes —replicó Aisha con sarcasmo en el preciso instante en que el matrimonio Daniels los saludaba con una resplandeciente sonrisa.

Una nueva escena teatral por conquistar, pensó la reina de Bhareib, mientras trataba de no pensar en la punzada de dolor que sentía en el pecho. No creía que una daga o un puñal le hubieran causado tanto mal como las palabras de Sayeb. Todo lo que le había dicho, la dejó aturdida, ¿qué le costaba haberle dicho, civilizadamente, que no le apetecía continuar acostándose con ella? ¿Qué le impedía ser un caballero y dialogar, en lugar de ser tan grosero e imbécil? No entendía a ese hombre. No entendía la situación, pero tampoco hacía falta que lo intentara.

—Reina Aisha —dijo el Embajador de Estados Unidos con una reverencia, que su esposa imitó. Miró a Sayeb, y los norteamericanos dedicaron la misma reverencia —: Majestad. Realmente es un placer conocerlos. Hemos escuchado maravillas de Bhareib, y el potencial turístico.

Los norteamericanos eran conocidos por manejar una agenda que procuraba impulsar el intercambio de experiencias turísticas entre naciones, y para Bhareib implicaba una posibilidad muy interesante a largo plazo, en especial cuando fuese construido un resort privado alrededor de uno de los oasis más grandes que había a una hora y media en automóvil desde Vasulh.

La absurda burbuja de ideas optimistas que había estado formando en la cabeza de Aisha durante los últimos días explotó de repente. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?, se preguntó, mientras intentaba componer una expresión alegre y cálida a la pareja que tenían ante ellos. Sayeb era todo un encanto. Las academias de artes cinematográficas y los sindicatos de actores estaban perdiéndose la posibilidad de contratar un excelente actor. A Aisha no le pasaba desapercibida la forma en que las mujeres lo devoraban con la mirada, mientras los hombres fruncían el ceño ante el aura de poder que irradiaba a raudales de él. «Si supieran lo cretino que es...».

Cuando llegó el ocaso de la velada, los reyes de Bhareib salieron juntos de la recepción como si nada hubiese ocurrido entre ambos; como si todo continuase igual. Una vez que las puertas de la habitación se abrieron, Aisha miró al personal que los esperaba para recibir órdenes.

—Pueden retirarse. Es todo por esta noche, y gracias por todo el impecable trabajo durante toda la gira —dijo la reina en tono simple. Nadie dudó en obedecer, y en menos de unos minutos, estuvo a solas con Sayeb.

Él la observó de reojo, mientras se servía un vaso de licor. Aisha empezó a quitarse el maquillaje, remover sus accesorios, para después ir al cuarto de baño. Instantes después, ella salió envuelta en una salida de cama de algodón y que no dejaba entrever ni una sola de las curvas que Sayeb conocía a la perfección.

Al notar que estaba siendo seguida por un par de oscuros ojos, ella detuvo su andar al momento de acercarse a la cama que durante todas esas noches habían compartido. Quería pedir una nueva habitación, lo quería fuera, pero no podía dar a entender a nadie la situación que había tenido lugar en la bulliciosa velada.

—¿Estás esperando una invitación para dormir en el sofá o piensas pedir mantas extras para que te armes un espacio sobre la alfombra? —le preguntó ella—. Ya te dije que no voy a compartir la cama contigo, ni siquiera para dormir. No confío en ti.

Esa última frase fue como un látigo para Sayeb. Se irguió, y de un solo trago acabó el líquido ambarino. Dejó el vaso con fuerza sobre el mini-bar.

—No voy a dormir aquí —dijo de repente. Podía ir a otro hotel o buscar alguna forma de pasar el tiempo, porque estar encerrado con Aisha iba a volverlo loco—. Puedes quedarte con la cama y hacer lo que mejor te plazca.

Aisha lo miró con los ojos entrecerrados.

—Pues, como quieras, al salir apaga la luz —exigió metiéndose bajo las sábanas—, y mañana no olvides que nos queda una visita a un hospital local...

—Conozco mis obligaciones —zanjó Sayeb quitándose el corbatín y dejándolo a un lado. La temperatura en la ciudad había descendido rápidamente, así que fue hasta el clóset y sacó un abrigo negro, lo dobló sobre su brazo y avanzó hasta la puerta—. Mañana, después de ese evento, me marcharé a Basilea unos días, y luego volveré a Zurich. —Se estaba echando un farol. Solo necesitaba tiempo, y sentía que las paredes alrededor empezaban a cerrarse sobre él.

—Me da igual lo que hagas o cómo llegas al mismo infierno. —Él contuvo una sonrisa, porque Aisha estaba más hermosa cuando se enfadaba. Toda la situación entre ambos, fuera de sus funciones reales, iba a ser un desastre—. El avión de retorno a Bhareib lo utilizaré yo. No voy a retrasar mis actividades porque a ti se te antoja, ya verás tú cómo regresas. Aunque, si no regresaras sería ideal.

Aisha llevaba el cabello suelto, libre, y este le caía en una brillante cascada debajo de los hombros. Sayeb apretó el abrigo con fuerza entre los dedos, porque era la única forma de prohibirse dar unos pasos para aspirar el aroma delicioso del shampoo de Aisha. Iban a ser unos meses muy, muy, largos hasta que lograra reemplazar los recuerdos de Aisha, si acaso alguna vez lo lograba. Debía llevar claro que estaba haciendo eso por Bhareib. A su país no le servía un rey que estaba a merced de sus emociones, y que era incapaz de diferenciar el deber del placer.

—Hasta pronto, Aisha —dijo mirándola con una expresión indescifrable.

Ella no respondió y le dio la espalda. Acomodó la cabeza en la almohada, mientras mantenía los ojos cerrados. Solo cuando Sayeb apagó la luz, y cerró la puerta tras de sí, dejó que las lágrimas que había contenido todo ese tiempo, salieran y rodaran sin restricciones. La última vez que había llorado con tanto dolor fue cuando perdió a su familia. Nunca lloraba, y tan solo por eso Aisha reconocía y aceptaba una triste verdad. Estaba enamorada de Sayeb, y no era correspondida.

Qué ingenua era al sentir que acababa de perder a alguien, cuando en realidad Sayeb jamás le perteneció; y nunca le pertenecería.

Cuatro días después.
Zurich, Suiza.

Sayeb deambuló por las calles desoladas de la ciudad antes del alba, consciente de que su equipo de seguridad estaba alrededor. Echaba de menos la libertad que le había proporcionado vivir fuera del palacio real cuando Muffat reinaba; solo eso, porque si tuviera la posibilidad de regresar el tiempo y matar a su padre, lo haría.

Cuando él asumió el cargo de rey de Bhareib, recibió un país casi en ruinas y con un índice de aprobación por debajo de quince por ciento. Fue un desastre. Después de depurar ministerios y entidades públicas con exceso de personal, así como relevar a toda la guardia militar y policial anterior, emprendió un recorrido por todos los siete estados, y cuarenta ciudades, que componían su pequeño país árabe. Fue doloroso ver escombros en infraestructuras que debieron ser prometedores centros médicos, escuelas, comercios...

El caos se había impregnado en Bhareib como un cáncer, y él decidió dar con la cura sin importar el costo. Durante más de un año, la cruzada de Sayeb consistió en tratar de ganarse poco a poco la confianza de su pueblo, poner brillo en aquellas áreas que los corruptos y avaros habían

dejado oscuridad. La caída de su pueblo ante la opinión internacional que, bajo la dinastía Al-Sabagh, había sido considerado como un pequeño reino con un alto potencial de progreso en un marco internacional, fue lo más doloroso para Sayeb.

Uno de los pocos sectores que no cesó de avanzar fue la universidad. Los profesores continuaban su trabajo de actualización y contratación de catedráticos internacionales para la Universidad de Bhareib. Fue ese el pilar a partir del cual Sayeb empezó a reanimar la incrédula sociedad que solo lo veía como otro Muffat.

Seis años después, él no creía haber logrado una transformación profunda, pero al menos había recibido la oportunidad de demostrar que él no era su padre, ni tampoco poseía aires de grandeza. La llegada de Aisha había servido para afianzar su imagen, y él no sería incapaz de negar la trascendencia del rol de ella.

Al principio, consideró utilizar a Aisha como un escudo de bonita porcelana que adornase el entorno durante las actividades sociales, sin embargo, su esposa jamás le dio oportunidad de creer que semejante barbaridad era posible. Ella tenía siempre una opinión sobre todo, nunca se rendía, su fuerza interna brillaba en esos ojos castaño-dorados. Unos ojos que él había visto llenarse de sombras horas atrás.

—Señor... —dijo una voz infantil.

Sayeb frunció el ceño, saliendo de sus pensamientos, y miró hacia el sitio del que provenía la voz. Escuchó los pasos acelerados de su equipo de seguridad, pero él levantó la mano para indicarles que no era necesario.

—¿Qué hace una niña en medio de la noche, sola? —le preguntó con cautela desde la distancia. Ella permanecía con el rostro oculto por los árboles. Él podía ver los zapatos descoloridos, los pantalones sucios, y la forma en que apretaba las pequeñas manos de uñas pintadas de negro podía darle una idea de lo joven que era —. Si estás perdida puedo llamar a la policía...

Ella meneó la cabeza con vehemencia.

—No, por favor... Solo quiero saber si puede darme un poco de dinero para comprar comida... La gente me lanza cosas que están dañadas o con moho... Hoy, mi mamá y yo, no alcanzamos a ir al albergue antes de cerraran. Así que tuvimos que dormir en la calle... Sin comer —murmuró, pero su voz no se quebró en ningún instante—. Si no confía en mí, me puede acompañar a la panadería que está a cinco bloques. El dueño empieza a hornear a las cuatro de la madrugada...

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve...—dijo dando un paso hacia adelante.

Sayeb la observó con tristeza. La imagen le parecía una más que sumar a aquellas que había encontrado la noche siguiente que Muffat mandó a asesinar a la familia de Aisha. Muchos niños habían deambulado por la calle, ensangrentados, llorando, clamando por sus padres, y otros yacían sin vida en una que otra esquina. El horror de esa época nunca podría borrarse de su memoria.

—Voy a hacer algo mejor, ¿tienes más hermanos?

—No... Estamos solo mi mamá y yo.

Él asintió, y rebuscó algo entre su abrigo.

—Te voy a dar cien francos suizos, y quiero que compres todo lo que tú y tu mamá quieran desayunar. Y también te voy a escribir la dirección del Consulado de Bhareib aquí en Zurich para que vayas y preguntes por mí. —La niña frunció el ceño, y se rascó la cabeza de rizos negros; al menos Sayeb se alegraba de que tuviese un grueso abrigo para protegerla—. Tal vez no vayas a

creer esto —dijo entregándole el dinero. Contrario a lo que él hubiera hecho de estar en roles opuestos, la niña no salió corriendo—, pero pertenezco a un territorio muy especial en Oriente Medio. Soy el rey Sayeb Al-Kahalel de Bhareib.

—Eso no existe —dijo riéndose, y enseñándole los dientes.

Él sonrió a cambio.

—Verás que sí —le entregó una tarjeta, no sin antes sacar un esferográfico y hacer unas anotaciones en la parte de atrás—, aquí tienes. Con lo que te sobre del dinero del desayuno, puedes tomar el metro o el tranvía para ir al Consulado. Tu mamá va a recibir un empleo, y tú podrás tener un techo para vivir. ¿Cómo te llamas?

La pequeña lo observó con desconfianza, pero se guardó el dinero en el bolsillo. Existía una gran diferencia entre ser cuidadoso y ser estúpido.

—Gretta...—Él estiró la mano. La niña ladeó la cabeza, como si estuviese pensándolo, y a los pocos segundos estrechó la de Sayeb. La volvió a guardar con rapidez. El hombre que tenía ante ella era muy alto.

—¿No me tienes miedo, verdad?

Ella hizo una mueca, pensativa.

—En un inicio sí, por eso me escondía... —se frotó los ojos—. Yo puedo correr muy rápido, y siempre ha sido así; no tendría problemas para escapar de alguien que quiera hacerme daño en algún momento. —Sayeb no discutió sobre la ingenuidad de la niña, porque ¿quién era él para quitarle la autoconfianza a Gretta—. Quiero ser una atleta, pero necesito zapatos buenos y comida saludable —se encogió de hombros—, mamá dice que todo lo que quiera conseguir es posible.

—Tu madre es una persona muy lista, Gretta —dijo, y se alegró cuando la muchachita guardó la tarjeta en la que, escribiéndolo en su idioma nativo, Sayeb dejó claras instrucciones para que le diesen un trabajo, un apartamento libre de renta por un año a la madre de la niña que portaba esa tarjeta, y para Gretta un estipendio para pagarse la escuela y comprar ropa—. Tengo una pregunta para ti.

—¿Es este un test? Haces muchas preguntas —dijo la niña como si encontrarse con un rey fuese un asunto de todos los días.

Sayeb soltó una carcajada sincera. Meneó la cabeza. Gretta le recordaba mucho a una mujer que de seguro estaba planeando en esos momentos su asesinato.

—¿Por qué no te fuiste corriendo al verme acercándome?

Gretta se encogió de hombros.

—Mi abuela me dijo que siempre siga mi corazón —dijo con la mayor naturalidad—, porque si me dejaba llevar por el miedo, entonces perdería las oportunidades más hermosas de la vida... —sonrió—, así que, si ahora mismo no hubiera recordado la enseñanza de mi abuela, entonces no tendría cien francos suizos, y la tarjeta que me dio para mamá.

Antes de que Sayeb pudiese decir algo, Gretta salió corriendo y se perdió por las calles. Atónito por la lección de vida de una niña de nueve años, se inclinó para apoyar las manos sobre las rodillas y tratar de llevar oxígeno a sus pulmones.

Miedo. Sí. La decisión de alejarse de Aisha había sido impulsada por el miedo. Era un tonto y un cobarde. Quizá no estaba preparado todavía para decirle lo que sentía por ella, pero intentaría ganarse sus sonrisas a las que tanto se había habituado en esas semanas juntos. Iba a ser la batalla más difícil de su vida.

Era momento de volver a casa.

CAPÍTULO 14

Los días no habían sido especialmente agradables para la reina de Bhareib. En las noches, daba vueltas en la cama tratando de conciliar el sueño, mientras los recuerdos con Sayeb se filtraban en su memoria. Era innegable lo mucho que se había habituado a tenerlo cerca, abrazándola, tocándola tan reverencialmente hasta que sus cuerpos se unían en sincronía. «Traidor».

Durante años trabajó su fortaleza mental y física. Utilizó todos los escenarios posibles, siempre alentada por la venganza y la convicción de que volvería a su hogar. Entre los obstáculos de su travesía, jamás consideró enamorarse del enemigo, y ni siquiera el jefe Umman fue capaz de prever que algo así pudiese suceder. ¿Un cliché la circunstancia actual con Sayeb? Seguro. El mundo era un cliché en sí mismo, y quien esperase lo contrario o era muy idiota o provenía de otra galaxia.

Apenas regresó de Zurich, lo primero que hizo fue acercarse al Ministerio de Consejo Legal, y decirles que debían expedir un documento en el que se notificaba la separación del matrimonio real. Estupefacto, y tomado por sorpresa, el ministro y sus seis asistentes principales, la miraron sin creer lo que estaban escuchando.

Era una situación sin precedentes, así como toda la historia desde la llegada de Aisha. La lealtad que le prodigaban los empleados de palacio era incuestionable, así como el cariño que la reina se había ganado a lo largo de todo ese tiempo, que parecía poco, pero los cambios profundos que estaban gestándose ya empezaban a sentirse en la población y la impresión desde el extranjero sobre ese pequeño país del desierto mejoraba paulatinamente. Bhareib había sido puesto de nuevo “en el mapa”.

—Majestad, esa decisión, en el caso de ejecutarse, podría acarrear gravísimas consecuencias para el país —dijo el ministro, Kadam, con la misma calma que Aisha había utilizado para presentarle su requerimiento—. ¿Estaría de acuerdo con hablarlo en conjunto con el rey?

—No. —El hombre asintió, y procedió a despachar a todos sus empleados con un gesto de la mano. Pronto, estuvo a solas con la reina. Zhinite esperaba afuera—. En base a los estatutos legales solo una heredera o un heredero de sangre real puede anular el matrimonio. Y es lo que soy, y esa decisión es la que he tomado. Mi país no necesita a Sayeb. Mi país me necesita a mí, y ya se han dado cuenta los ciudadanos, a lo largo de estas semanas, que soy capaz de lograr lo que me propongo y que siempre Bhareib está primero.

La expresión del ministro no daba a entender más que sorpresa, en especial porque había considerado a Aisha una mujer que se informaba de todo. Y era precisamente por este último detalle que el hombre creía que la reina ignoraba un pequeño detalle incorporado tan solo días antes del matrimonio de ella con el rey.

Nada le parecía más nefasto que tener que aclararle un tema, tan delicado, a una persona que estaba siempre por delante de los demás en conocimiento sobre leyes, tradiciones, idiomas, y demás, como lo era la reina Aisha. Pero en esta ocasión, ella no habría tenido cómo saber de los cambios que el rey había hecho antes de casarse.

—Por supuesto, reina Aisha —dijo Kadam—, usted ha sido un rayo de luz para nuestro país, y nos sentimos honrados de servir en su reinado. —Ella, asintió—. Sin embargo, me gustaría poner en consideración una modificación que se realizó a esa Ley, y que cobraba vigencia cuarenta y ocho horas, después de su matrimonio.

Aisha no solía ponerse nerviosa, pero la mirada preocupada del hombre la impulsó a guardar las manos en los bolsillos del elegante abrigo azul que llevaba. Era la única manera de no dar a notar lo mucho que quería retorcerse los dedos.

—Explíquese, ministro.

Kadam se alegró de haber enviado a su equipo de trabajo fuera de la oficina. No quería que ninguno escuchase los intercambios sobre un tema tan delicado. Los empleados reales, sin excepción, firmaban un contrato de confidencialidad que se extendía a la familia inmediata de ellos; la posibilidad de que se filtrase información desde dentro del palacio era inexistente, pero no quería arriesgarse.

—El rey Sayeb fue quien hizo un cambio en la Ley Matrimonial Monárquica.

Aisha achicó los ojos. Un nudo en la garganta le impedía gritar.

—Prosiga —dijo, a duras penas.

—Solo el rey puede solicitar el divorcio en Bhareib, con argumentos sólidos y verificables, sobre las motivaciones de la petición de separación. No existe en ese cambio, que se aplicó en la Ley, una mención sobre antecedentes reales, ni sangre dinástica, que sirva de respaldo para impedir o ayudar en ese proceso, Majestad —carraspeó—, eso significa que...

—¿Continúa siendo el lapso para cambiar esa Ley, sesenta años? —interrumpió.

En ese instante nada le importaba más que saber el resto de la información. Si Sayeb decidía regresar al palacio en algún momento, ella lo recibiría con una daga en la garganta. Iba a buscar la caja fuerte en donde había guardado a su fiel compañera del desierto, y después procedería a afilarla. «Si los pensamientos mataran...».

—Sí, Majestad, es correcto —dijo el hombre—. Nadie puede cambiar esa Ley, ni siquiera los mismos monarcas, hasta después de sesenta años desde la última modificación, y en este caso sería la que realizó el rey Sayeb.

—Mmm...

—Y dado que el rey no estaba casado cuando se aplicaron los cambios, entonces no procedería un veto ni una exigencia de revisión —continuó el hombre con voz amable, a pesar de estar nervioso por lo que estaba diciéndole—. Él tenía el poder absoluto antes del matrimonio, y basándose en eso se ejecutó la decisión en el Ministerio. El país atravesaba una crisis, así que nadie rehusó o cuestionó la idea. Como usted sabe, un cambio de esa naturaleza requirió la firma de todos y cada uno de los ministros del país, así como de los representantes religiosos más importantes de cada región de Bhareib que viajaron para atender la convocatoria... Muchos de ellos no estarán vivos cuando se pueda modificar la Ley nuevamente, en sesenta años, para entonces habrá que convocar a un nuevo comité que lleve a cabo el proceso.

Ella insultó a Sayeb por lo bajo. ¿Qué estaba pensando el muy idiota al hacer esos arreglos? ¿Habría Sayeb estado interesado en un plano más romántico con esa princesa de Riahtop, y Aisha le arruinó los planes cuando se convirtió en su esposa en ese templo? Las posibilidades eran más dolorosas de lo que querría admitir.

Ahora comprendía mejor, pensó Aisha. Sayeb no habría podido anular la unión de ellos en el templo, porque la Ley Matrimonial Monárquica que él cambió no había entrado en vigencia. Y cuando ella trajo a colación esa misma Ley, para dejar claro que el divorcio no era una opción una vez que el ministro había bendecido la unión —por temor de no poder recuperar lo que le pertenecía—, era válida todavía.

—Me gustaría poder hacer lo que me pide, Majestad, pero dadas las circunstancias no sería una idea óptima —expresó Kadam.

Lo que no estaba diciéndole, pensó Aisha, se sobreentendía. Si ella hacía un escándalo quedaría en completo ridículo; primero, por ignorante de las leyes; segundo, porque su esposo se había anticipado y la mantenía desinformada al respecto; y tercero, porque no existía hechos verificables para anular el matrimonio. ¿Cómo podría utilizarse el tener el corazón roto como un argumento legal válido?

Estaba atrapada en ese jodido lío por el resto de su vida. Uno de los dos iba a terminar muerto tarde o temprano, porque Aisha no iba a perdonarle el haberla dejado de lado en Suiza, y menos que le hubiese hablado como si ella fuese una idiota sentimental... Aunque lo fuese.

—Gracias por su tiempo, ministro Kadam —dijo ella con un tono solemne.

El hombre le hizo una reverencia, y Aisha salió con el orgullo intacto, pero el corazón angustiado. ¿Cómo iba a sobrevivir todos esos años si la infidelidad empezaba a convertirse en una constante con Sayeb? ¿En dónde o quién habría dormido en Suiza todos esos días? Era consciente de la variada compañía sexual de la que gozó Sayeb antes de casarse, y resultaba imposible —en las circunstancias actuales—, tratar de que su imaginación no conjurase escenas ardientes de su esposo con otras mujeres. Más problemático era el regusto amargo que le dejaban todos esos caóticos pensamientos, así como los temores que conseguían ensombrecer su intento de mostrarse optimista cuando estaba rodeada de otras personas.

El amor era un problema para una persona habituada a resguardar sus sentimientos. Le hacía falta Umman. Su querido amigo y salvador le habría proporcionado todas las respuestas. Se sentía tentada a utilizar el teléfono que le había dado el tonto de Sayeb, para así tratar de comunicarse con la única persona que tenía acceso a redes telefónicas en el desierto. Después, esa misma persona coordinaría una hora determinada para que Umman estuviese presente y pudiese hablar con ella. El viaje, desde el sitio en el que solían asentarse los Talippah hasta la zona con el único teléfono del área, tardaba treinta minutos.

Ella quería subirse en el lomo de Fénix para internarse en el desierto, pero su caballo no era robusto, como debería serlo, para soportar el largo trayecto. No comprendía cómo una cruzada para recuperar su legado se había convertido en una pesadilla emocional de la que, lastimosamente, no sabía cómo salir.

El ministro echó por la borda la única opción que Aisha pensó ejecutar, desde el primer día que volvió al palacio, para expulsar de una buena vez el último rastro de Muffat Al-Kahalel. Sin embargo, ahora lo sabía, ella jamás tuvo una verdadera oportunidad de tener éxito en su plan de divorciarse. Sayeb se había anticipado a la jugada, sin saberlo. Aisha tan solo complicó el panorama con su estúpido descuido, al destruir las barreras alrededor de sus emociones, en el instante que Sayeb la tomó en brazos y ella lo aceptó de buena gana.

¿Cómo se volvía a odiar lo que ahora amabas?

Corría el cuarto día desde que Sayeb había decidido irse de juerga o quién sabría qué chorradas en Basilea y Zurich. Menos mal, parecía ser discreto, porque ni un solo medio de

comunicación ni red social se había hecho eco de cualquier detalle que Sayeb estuviese llevando a cabo. Aisha, al igual que Sayeb, recibía diariamente un reporte de una agencia extranjera sobre los titulares, principales o secundarios, que involucrasen la Casa Real de Bhareib. No es que tuviese poderes psíquicos. Pfff, le habría gustado.

—Majestad —llamó Zhinite desde el umbral de la sala que Aisha había destinado a funcionar como su moderno despacho. La oficina se encontraba en la primera planta, cerca del ala este. Anteriormente ese espacio había sido utilizado como bodega de juguetes. Puesto que no existían niños en ese palacio, Aisha donó lo que estaba en buenas condiciones, y envió a la basura lo inservible.

—¿Sí? —preguntó apartando la atención de la infinidad de documentos que yacían esparcidos sobre su escritorio.

—Hay un hombre que insiste en hablar con usted. Dice que la conoce desde hace mucho tiempo. Los guardias no le han permitido pasar, de hecho, está detenido... —Zhinite miró a un lado y otro. Con preocupación agregó—: Majestad, tengo la ligera impresión de que es alguien un poco peligroso. Está con la ropa hecha un desastre, el rostro lo lleva sucio, y una de sus manos está vendada; parecía como si hubiese tomado alguna sustancia, porque la mirada era desesperada y tenía los ojos algo irritados. Me comunicaron del particular, porque el hombre se negaba a hacer otra cosa que repetir que era urgente que le informara de un asunto trascendental.

Ella frunció el ceño. Dejó a un lado la taza de té de menta.

—¿Cómo se llama?

—No quiere revelar su nombre. Me pidió entregarle una nota...

Aisha se incorporó de la silla, y se acercó a su asistente. Extendió la mano, y Zhinite le dio el papel. Segundos después, la reina simplemente empezó a caminar con rapidez. Su asistente la siguió, sin comprender el súbito apuro.

—¿Dónde lo tienen? —preguntó, avanzando hacia el ala central que daba paso a los salones de recepción, fiesta y lectura; sus pasos resonaron sobre el mármol.

—En la oficina del jefe de la Guardia Real, Majestad, Jasum Wasleel.

Aisha dobló a la izquierda, y abrió la puerta lateral que llevaba hacia las oficinas centrales de la guardia de seguridad del palacio real, así como el sitio en donde trabajaba la unidad de inteligencia militar de Bhareib. Ese era el terreno que, usualmente, visitaba Sayeb. No había sabido de él en cuatro tristes días.

Los guardias, al ver quién se acercaba, de inmediato hicieron una reverencia. Nadie se opuso a que la reina pasara. De hecho, cuando ella vio a través de los vidrios de la oficina principal del complejo de seguridad, reunidos a Jasum, el jefe de la Guardia Real, con Naras, el jefe de Inteligencia y Tecnología, aceleró el paso. Ambos repararon en ella, y se incorporaron de inmediato para mostrarle sus respetos.

—Majestad —dijo Naras con una reverencia.

—Señor Matadhi, quiero ver a la persona que tienen detenida. Y también quiero saber por qué ha sido privado de libertad —expresó con frialdad—. En este país no contemplo las atrocidades por más mínima que parezcan. Este reinado no es de amenazas ni crueldad, menos si un ciudadano no tiene antecedentes o no ha sido acusado formalmente de algún cargo. ¿Queda claro?

—Majestad —dijo Jasum, arreglándose el cuello de la túnica, porque no recordaba haber visto a la reina tan enfadada—, el individuo es uno de los más buscados en el país. Entró a los exteriores del palacio, y cuando pidió verla, lo detuvimos porque tiene orden de captura. El rey instruyó...

—El rey no está aquí —zanjó—. Y yo soy tan responsable como él en este país, así que quiero

que liberen de inmediato a la persona que está detenida. Si él quería verme, entonces debieron notificármelo al instante para *yo* tomar la decisión si era conveniente atenderlo o no. Si algo similar ocurre de nuevo, los dos van a tener que buscar un nuevo empleo, con o sin la aprobación del rey. ¿Me he explicado claramente, señores?

Preocupados los dos hombres se miraron, y asintieron. No querían contradecir a la reina, pero si accedían a su petición, tendrían problemas con el rey.

La situación era incómoda.

—S... sí, Majestad —murmuró Jasum—. ¿Desea que llevemos al detenido hacia su oficina en las inmediaciones del palacio?

Aisha sentía la sangre bulléndole de indignación. Apretó la nota que tenía en el puño como si eso pudiese darle la templanza necesaria para continuar su tono sereno, aunque careciera de su habitual chispa de calidez al hablar.

—No hace falta, hablaré con él aquí, y después saldré hacia las dependencias del palacio en su compañía. Me da igual si quieren escoltarme o no. Esta persona no representa ningún peligro para nadie.

—Por supuesto —se apresuró a decir el jefe de inteligencia y tecnología, aunque un informe policial, fotografías, y los resultados de las incursiones en el desierto ordenadas por el rey contradecían por completo la declaración de la reina.

Cuando Aisha avanzó, guiada por Jasum y seguida por Zhinite, Naras se contactó con el jet-privado del rey. En esos momentos estaban sobrevolando suelo bharebiano. Quedaba poco para aterrizar, así que Sayeb instruyó a Geeza para que fuese el responsable de responder todas las comunicaciones.

—Negarle algo la reina Aisha sería un acto terrible de deslealtad —dijo Naras cuando le relató a Geeza lo ocurrido—. ¿Cómo sugiere Su Majestad que procedamos, Geeza? Lo cierto es que estamos, Jasum y yo, un poco desorientados por la situación.

El consejero real pareció murmurar algo, y el jefe de inteligencia escuchó claramente las maldiciones del rey a lo lejos. Apretó el auricular con fuerza.

—El rey me ha pedido que mantengas tanto a la reina como a su non-grato invitado en las dependencias de seguridad. Que ella no sospeche nada.

Consciente de que nadie lo estaba viendo, el hombre meneó la cabeza, frustrado.

—Infórmele a su Majestad que así se hará.

—Gracias, Naras, y lamento la posición en la que te hallas —replicó el anciano.

Llevaba más de tres horas y medias rogando ver a la reina. Contaba con que lo encarcelaran, pero no con la prohibición de acceder a una audiencia. Tampoco es que fuese lo más normal hablar con personas que ocupaban rangos tan altos con solo pedirlo. Él estaba siendo osado, en especial cuando tenía a los escuadrones de búsqueda tras sus pasos. Imaginaba que, entregándose como ahora, les ahorra trabajo y recursos que podían emplear en otras cosas.

Cuando él aseguró que tenía algo importante que decirle a la reina de Bhareib, los guardias se burlaron y lo encerraron en una oficina. Después de más de tres horas de insistir con lo mismo, argumentando que era un tema de vida o muerte, uno de los guardias —el más joven y nuevo—, hizo llamar a la asistente de Aisha, él tuvo la audacia de pedirle a la mujer que le llevase una nota a su amiga, la reina. La mujer parecía bastante leal a su cargo, y quizá fue eso lo que instó a Zhinite a aceptar la nota y prometer que haría partícipe a Aisha que una persona estaba detenida

por haber traspasado la seguridad del palacio real, mientras aseveraba que una reunión con ella era un asunto de vida o muerte en esos momentos.

—Aisha —dijo Rafiq, incorporándose de la silla de metal con lentitud.

Sin pensárselo dos veces, ella acortó la distancia en pocos pasos.

—Oh... Wow...—dijo echándole los brazos al cuello—. Rafiq, oh, Rafiq. Cuando leí tu nota no creía que fuera cierto... Me puse furiosa considerando que podría ser un impostor. ¿Qué te han hecho? Estás tan pálido, y te siento tan débil...—Ella no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Zhinite, atónita, le hizo señas a los guardias para que cerraran la puerta, y ella decidió mantenerse fuera de la oficina de detención. No iba a permitir murmuraciones. Su trabajo era ayudar a la reina, y eso implicaba controlar posibles daños colaterales que, nunca en su más remota imaginación, creyó que pudiesen darse. ¿Quién era ese hombre?, se preguntó Zhinite, mientras empezaba a recitar su breve reprimenda a esos cuatro guardias.

Los vidrios oscuros impedían observar desde fuera lo que ocurría en el interior. Una mesa central, varias sillas, tazas, portavasos, una cafetera y variedad de bolsitas de té, además de utensilios para calentar agua, estaban dispuestos ordenadamente. Más que un lugar para detenidos, parecía una sala de espera, en especial si se consideraba la alfombra persa central, la pequeña estantería con libros de índole legal, así como una fotografía nocturna, aérea, de Vasulh.

—Estás muy guapa, y parece que ha pasado un siglo desde que te vi salir con una daga escondida bajo la ropa —dijo Rafiq. A medida que hablaba, él le acariciaba el rostro con una familiaridad que no debería ser permitida con un miembro de la familia real, pero a Aisha le daba lo mismo, porque estaba con la única persona que sabía el sufrimiento que había pasado para llegar hasta donde se hallaba en esos instantes—. He visto todas las noticias, cada foto, cada vídeo desde ese día, y me siento orgulloso de ti. Todos en la tribu.

Ella se rio entre lágrimas. Él estiró la mano y se las secó con la misma naturalidad con la que Aisha lo acababa de abrazar.

*Reina, amiga mía, Aisha,
Urgente. Habla conmigo.
Estoy detenido en tú palacio.
Rafiq.*

—Decías en tu nota que era urgente. No debías contactarme... Oh, Rafiq, ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó analizando las magulladuras del cuello, y los moratones de los brazos. Él solía ser más robusto, pero era evidente que había perdido peso.

—Nos descubrieron, Aisha —murmuró como si eso fuese suficiente información, y entre ellos, sí que lo era—. Hicieron una incursión en el desierto hace algunas semanas, y apresaron a las seis personas que ayudaron en Vasulh a que entraras en la limusina en lugar de la princesa Jamaya. —Ella se cubrió la boca con la mano—. Mi abuelo recibió un disparo...

—¡No! —dijo Aisha con voz temblorosa—. No... No, no, no.

—Princesa, espera —le dijo Rafiq en el tono afectuoso que siempre había utilizado con ella, y que nada tenía que ver con el título real—. Déjame terminar —pidió tomándole las manos entre las suyas.

A pesar de los dedos magullados, él no podía evitar tocarla, porque la había echado mucho de menos. Sin embargo, ahora tenía plena conciencia de más información que, bien o mal, necesitaba decírsela. Tan solo por eso estaba arriesgando su propia vida. Sabía que la felicidad de Aisha estaba en juego, y él era el único que poseía los recursos para poder evitar que ella sufriera.

—Dime que Umman está bien... —casi rogó en un susurro.

—Lo está —ella bajó la cabeza y respiró profundamente—, ya salió de terapia intensiva. —Aisha lo miró con preocupación—. Tuvo que recibir una transfusión de varias pintas de sangre para intentar estabilizarlo. Está en el hospital bajo custodia policial hasta que se reponga del todo, reciba el alta, para luego ser juzgado. Los otros fueron sentenciados a cinco años sin opción a apelar.

Ella creía que su vida estaba desmoronándose por completo. Cada noticia resultaba peor que la otra.

—¿Cómo ocurrió todo esto...? ¡Cómo! —dijo con angustia.

Él meneó la cabeza.

—Sé que fuiste cuidadosa, no en vano te preparaste durante tanto tiempo, ¿dónde dejaste el auricular, princesa?

—Lo lancé en una fuente de agua... —Rafiq cerró los ojos. El error había sido de él, no de Aisha—. ¿Qué, qué es, dime? —pidió al notar la expresión frustrada.

—Ese auricular podía estar bajo agua durante cuatro o cinco horas sin destruirse por completo. Nunca creía que fuese necesario decírtelo o consideré que podría ser un riesgo para la situación, hasta que el grupo del palacio entró en nuestra área del desierto buscándonos. El error fue mío al subestimar las posibilidades. —Ella abrió y cerró la boca—. Si alguien notó el momento en que lo lanzaste al agua o si...

—Tuvo que ser alguien del equipo de seguridad de Sayeb de ese día —murmuró interrumpiéndolo, y tratando de hallar las piezas que hacían falta y las que podrían encajar—. Cuando yo regresé al palacio, ya no lo llevaba conmigo. Te lo aseguro... Maldición, ¿por qué te han detenido aquí?

Él dejó caer los hombros ligeramente.

—Hay un alto precio por mi cabeza desde hace semanas, y he tratado de esconderme, pero cuando me enteré... —tomó una profunda inhalación—. Cuando supe que había un grupo planeando un acto de alta traición, no tuve opción.

Estaba muy agotado. Días sin dormir; noches en que tenía que trasladarse de un sitio a otro buscando sobrevivir para no ser apresado; tardes bajo el inclemente sol a la espera de poder escabullirse para robar un poco de agua de algún sitio o esperar a que los bebederos públicos estuviesen vacíos... Una noche incluso recibió una paliza por confundir una posada con un burdel, y el dueño creyó que se quería largar sin pagar a la prostituta de turno, así que lo siguieron hasta dejarlo inconsciente.

Cuando los hombres de Sayeb empezaban a acercarse a su escondite, Rafiq ya contaba las pocas horas que le quedaban para embarcarse en el todoterreno que lo llevaría sin peligro fuera de las fronteras de Bhareib. Había estado a punto de respirar con libertad, pero fue entonces cuando uno de sus amigos le informó de una situación que podría complicar el cuadro político y monárquico de Bhareib. Supo que su suerte estaba echada. Rafiq solo había emprendido su ruta de escape, porque su abuelo le había instruido hacerlo si alguien llegaba a descubrir que fueron ellos los aliados de la, ahora, reina de Bhareib para suplantar a la princesa Jamaya.

Fuera del reino, le había dicho Umman, sería la forma más segura de mantener el contacto con Aisha, y así poder cuidar de sus intereses a lo largo de su reinado. Rafiq todavía la amaba, y no creía poder entregar su corazón a otra persona, pero también era un servidor leal de la corona cuando reinó la familia Al-Sabagh, y Aisha ahora era su reina. Por ella, por ese trono que tanto dolor le había costado reclamar, él estaba dispuesto a arriesgar su vida; y era lo que estaba haciendo.

—¿Un golpe de Estado? ¿Una sublevación? —preguntó confusa, pero su mente en esos

momentos estaba dispersa. La única noticia que permanecía en su mente era el abuelo de su mejor amigo de toda la vida—: Rafiq, necesito ver a Umman. Ser la reina de este país debe contar para algo.

—No es posible de momento, princesa —murmuró—. No estaría aquí, no me habría arriesgado, si no creyera que merece la pena de verdad.

Ella meneó la cabeza.

—¿Mi vida está en riesgo? —preguntó, considerando que quizá Sayeb la querría muerta para él hacerse con todo el poder. Cerró los ojos brevemente. «No, no era un asesino». Lo sabía en lo más profundo de su conciencia.

—No, claro que no —dijo con cansancio. Todo empezaba a darle vueltas, pero necesitaba tener esa conversación primero.

Aisha frunció el ceño.

—Yo puedo pedir que detengan las acusaciones contra ti, Rafiq, cualquiera que estas sean, a través de un decreto real. Me tardaría un par de días, pero lo conseguiría, y mientras tanto estarías a salvo. No eres culpable de nada. Porque si lo eres tú, también lo sería yo.

Él hizo una negación. Los cabellos ondulados de Rafiq, algo más largos que de costumbre, se agitaron con el movimiento.

—Tú eres una heredera, obligada al destierro por la crueldad de quienes asesinaron a tu familia, Aisha. Jamás podrían condenarte. Además —jadeó, porque empezaba a perder fuerza. Ella fue con rapidez hacia el sitio donde estaban las bebidas, y le extendió un vaso con agua que él bebió al completo—, según las leyes que estudiamos, no puedes deshacer la orden de alguien que tiene tu misma jerarquía... —Rafiq apoyó la mano sobre el hombro de Aisha.

—¿Sabes qué miembro del Ministerio de Seguridad ordenó la incursión? —preguntó ella—. Porque nadie tiene el mismo nivel que... Oh... Oooh, el muy bastardo —dijo comprendiendo finalmente quién tenía la misma relevancia monárquica que ella—. Sayeb, fue él, ¿verdad?

—Sí... —murmuró a regañadientes. Su intención no era indisponer al rey, pero tampoco podía mentirle a Aisha.

—Mientras él jugaba al buen policía, mi querido Umman se debatía entre la vida y la muerte. Sayeb jamás me comentó nada... Jamás... —se aclaró la garganta. Estaba desolada y una profunda tristeza la invadió—. ¿Cuándo fue la primera incursión? —preguntó con el sabor a traición bailando en sus células.

—El día en que una comitiva de Australia asistió a un baile en tu palacio, princesa —murmuró Rafiq—. Vimos el anuncio de la noticia en el diario local... Al llegar la media tarde de ese día, todo fue un caos en el campamento beduino...

Aisha no quería reconocer cuánto le dolía descubrir que Sayeb la había tomado con pasión aquella noche, tan solo para distraerla de lo que de verdad importaba. Mientras ella disfrutaba del inicio de una aventura sexual, los que habían sido sus más cercanos amigos estaban siendo acorralados. Sayeb la mantuvo ignorante del estado de Umman, aún cuando ella le confesó que la gente del desierto la había salvado cuando más necesitaba; que fueron su compañía y apoyo durante años. ¿Cómo era posible que amara a un hombre que no tenía corazón?, se preguntó, desolada.

Rafiq pareció notar las sombras en el rostro de Aisha. Apretó los labios, porque lo último que quería era preocuparla, sin embargo, jamás le mentiría. Él la conocía, muy bien, tan solo por eso estaba en esos instantes ahí, por y para ella. ¿Acaso no decían que no existía amor más grande que dar la vida por la persona amada? Pues era eso exactamente lo que estaba haciendo Rafiq. Estaba luchando, aunque eso implicase un suicidio para él, por la felicidad de Aisha.

—Perdóname —dijo, compungida—, por favor, Rafiq...

Él le colocó el dedo en la barbilla para que lo mirase.

—¿Lo amas?

Aisha pareció no comprender a qué se refería.

—Yo...

—No has cometido ningún pecado si es así —dijo Rafiq—. No te culpo, y sé que mi abuelo tampoco lo haría. No hace falta que lo niegues, porque lo vi en todas las fotografías; no es solo un frente unido fingiendo quererse. La química entre tú y el rey traspasa las páginas. Quizá para otros sea igual que otras parejas reales, pero la diferencia está en que te conozco desde hace tanto tiempo, que me sé de memoria tus expresiones. El brillo de tus ojos cuando miras al rey solo me lo dedicaste una vez, y aún así, no se compara con la intensidad que capturan las imágenes de la prensa mundial... No tienes de qué avergonzarte. Eres una luchadora e incluso cuando crees que has sido vencida en un juego que ignoras.

Aisha no pudo si no reírse bajito, una risa triste, adolorida. Ella se sentía avergonzada. ¿Cómo podía Rafiq leer tanto en tan poco? Unas fotos, nada menos.

—Es tan complicado —dijo—. Amar a Sayeb es una contradicción.

Rafiq supo que había hecho lo correcto al buscarla. Ahora tenía esa certeza.

—La vida es una contradicción en sí misma, princesa —dijo con suavidad—. Todo va a estar bien. —Ella cerró los ojos—. Eres correspondida.

Aisha lo miró con suspicacia e incredulidad.

—¿Viniste para decirme que has descubierto que estoy enamorada de un idiota, y que él me corresponde? —Meneó la cabeza—. Rafiq, Sayeb solo se ama a sí mismo. Además, no necesito nada de él. Me da igual. Y si me quisiera me lo hubiera dicho.

—¿Se lo has dicho tú? —replicó con una media sonrisa; la más dolorosa que había esbozado en su vida. Con la confirmación de Aisha de ese instante, experimentaba el haberla perdido dos veces: el día en que ella se marchó del desierto, y ahora que amaba a otro hombre. «Así era el destino».

—No hace falta, porque habría sido un gran error —dijo a cambio.

—Ah, mi princesa y su orgullo —dijo cerrando los ojos.

Ella soltó una carcajada, antes de abrazar a Rafiq.

—Quiero saber todo lo ocurrido, porque pienso declararlos inocentes. Así me tome el resto de la vida. ¿Qué es ese complot del que quieres hablar?

Rafiq soltó un suspiro. La mujer continuaba siendo igual de obstinada.

—Hay un plan que se está gestando para asesinar al rey.

Ella miró a su amigo con sorpresa. Abrió y cerró la boca, incrédula.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso? O sea, yo pensaba clavarle una daga por idiota, pero no sabía que mi idea había llegado a ser de dominio público en tan poco tiempo.

Él se rio.

—Esto es serio, princesa. —Ella asintió—. Hay un complot para asestar un golpe que acabe con la estabilidad que tú y el rey han trabajado por instaurar. Necesito hablar con el rey Sayeb para decírselo. No me mires así, por supuesto que tú tienes que estar presente cuando explique en detalle todo lo que sé.

Ella asintió con una mueca.

—¿Arriesgaste tu cuello para avisarle, a quien puso una orden de captura contra ti y consiguió que hiriesen a Umman así como que apresaran a inocentes, que existe una teoría de complot para su asesinato? Si fuera tú, me habría quedado callada.

Rafiq no pudo evitar reírse, y el esfuerzo le costó un pinchazo de dolor en las costillas. Todo en su cuerpo parecía gritar por recibir un sedante.

—No es una teoría, ni es una broma, princesa —dijo con seriedad—. Si ese plan tiene éxito, entonces estarías en una posición precaria, aunque no de peligro de vida porque cuentas con la posibilidad de escapar a tiempo. Tu felicidad con el rey estaría en serios problemas.

—Sayeb no es mi felicidad, por favor, Rafiq, ¿qué dices!

—Princesa, deja de negarlo. —Ella se cruzó de brazos—. Cuando les diga a ambos lo que sé, entonces podrán planear mejor la manera de detener a los involucrados. No pueden convertir este país en un blanco para posibles rebeldes. Ya ha pasado Bhareib demasiadas penurias, y merece que este reinado florezca.

—No quiero que te pase nada; y necesito ver a Umman —exhaló sonoramente, porque todo carecía de sentido—. Una vez más, estás aquí para salvarme. Aunque esa salvación sea para el insolente de Sayeb...

—Recuerda lo que siempre te dijo mi abuelo, princesa. Habrá tiempos en los que tendrás que pensar que tú y tu esposo, la reina y el rey, no son simples personas; ustedes son la imagen de un país, y si hay fuerzas externas intentando herirlos, entonces lo están haciendo contra Bhareib.

—Sí... —murmuró—, lo sé. No sabes cuánta falta me has hecho, amigo mío —dijo antes de volver a abrazarlo.

Esa fue la estampa que se encontró Sayeb cuando abrió la puerta de la oficina.

CAPÍTULO 15

Apenas aterrizó el avión, Sayeb hizo lo posible para controlar las ganas de estrangular a alguien. Después de la llamada desde el palacio, y las indicaciones que le dio a Geeza, la posibilidad de que Aisha estuviese en peligro o quisiera abandonarlo le preocupaba más que atrapar o no a ese Rafiq.

Tal vez hubiese sido lento para asimilar sus sentimientos, y su única excusa es que jamás se los había entregado a ninguna mujer. Saber que estaba en una gran posición de desventaja con Aisha lo inquietaba más de lo que quería aceptar. Estaba un poco perdido en ese aspecto de las emociones, pero consultarle a Geeza sus conflictos personales no estaba dentro de sus consideraciones a seguir.

Muy tarde, acababa de descubrir que el ser humano podía mantener durante largo tiempo un escudo que lo protegiera de sentir todo lo que ocurriese en el exterior; un escudo de cobardía, miedo y fragilidad; porque al tratar de ser fuerte también se era frágil, y en el momento en que la armadura cae, la persona queda por completo expuesta. Esto último era lo que le había ocurrido con Aisha. La simple hipótesis de que ella se fuera para siempre, le parecía un castigo en sí mismo.

—¿En dónde está la reina? —preguntó al llegar a las inmediaciones del palacio. Su tono era como un látigo, y más profundo que de costumbre.

Por lo general, era bastante serio y ajeno. En esta ocasión, la frialdad y enfado que emanaban de él estaban impulsando a los mismos militares, que solían hacer rondas de seguridad en los exteriores del palacio, a preguntarse si un pequeño error que cometiesen podría costarles el puesto de trabajo. Nadie quería cruzarse en el camino del rey en esos instantes.

Antes de salir para recibir al rey Sayeb, Jasum bebió un vaso de agua. Tenía la garganta seca, a pesar de que su colega, el jefe de inteligencia y tecnología, le aseguró que no tenía que temer por su puesto de trabajo, porque esa situación era inesperada. Jasum intentó parecer calmado en el exterior, pero solo le bastó notar la expresión mordaz del rey para empezar a sudar profusamente.

—Majestad —hizo una reverencia—, bienvenido...

—Corta la mierda, Jasum. ¿Cómo se te ocurre permitir que mi esposa se involucre en esta situación? Tu prioridad es la seguridad de ella, más no ponerla en peligro porque un mequetrefe pide verla.

Jasum carraspeó, consciente de que tal vez había utilizado un criterio equivocado, al menos a juicio del rey, y eso era suficiente para consternarlo.

—El detenido aseguró que se trataba de un asunto de vida o muerte, y que solo explicaría la información que lo había instado a entregarse si primero tenía una entrevista con la reina. Como el hombre se entregó voluntariamente, no consideré que pudiera ser una amenaza. No llevaba más

que una daga, un cuchillo y unas navajas, todo fue requisado. La reina Aisha ha estado custodiada cada momento... —se aclaró la garganta—. Incluso hay guardias apostados en el exterior de la oficina en la que ella sostiene la entrevista con el detenido. Decidimos utilizar la oficina, que solía ser para interrogatorios de desertores en el tiempo del rey Muffat. Ahora ese espacio lo usamos para sospechosos de alto perfil antes de enviarlos a las celdas de detención en el centro de la ciudad. Estábamos esperándolo a usted, Majestad, tal como se nos indicó hacer... Lamento si las decisiones no han sido las más idóneas, pero tampoco lo ha sido esta situación, en general.

Sayeb se impuso en toda su estatura. Sus ojos expedían veneno. Jasum se daba cuenta de que mencionar al antiguo rey había sido un grave error.

—Rafiq Haddan violó las reglas, y otorgarle una audiencia sin mi presencia sobrepasa tu alcance de autoridad. Debiste esperar a que yo llegara. Además, no soy estúpido ni necesito una clase de historia para saber qué rol cumple cada espacio de este palacio, ¿queda claro?

—Perdóneme, Majestad.

—No soy Alá —murmuró, fastidiado—, solo Él perdona.

En el interior del espacioso conjunto de oficinas, el silencio entró de súbito como pieza de dominó con la presencia soberbia del rey. Este no detuvo su andar en ningún instante, hasta que vio a Zhinite. En donde estaba su esposa, también estaba la eficiente asistente personal y consejera. La mujer le hizo una reverencia.

—Al parecer no tienes la culpa de las circunstancias actuales, sin embargo, me gustaría tener unas palabras contigo cuando todo este caos se apague —le dijo a Zhinite—. Solo te anticipo que, a pesar de que sea mi esposa tu jefa, yo poseo la misma capacidad de despedirte si considero que interfieres en mi camino de trabajo.

Zhinite asintió.

Los guardias que estaban apostados afuera de la puerta de hierro de la oficina, y se apartaron de inmediato para darle paso al rey. Sayeb era un hombre alto, fuerte e imponente, y también conocido por sus habilidades para defenderse sin problemas con los puños; los que estaban interesados en preservar su cabeza ni siquiera intentaban comprobar este último detalle. No era un oponente que pudiera menospreciarse bajo ningún escenario; podía inmovilizar a cualquiera, pero no estaba hecho a prueba de balas, y por eso un escuadrón de seguridad lo acompañaba siempre. Salvo cuando ya se hallaba dentro de las instalaciones del palacio real.

Sayeb abrió la puerta con brusquedad.

La reacción de sus instintos fue más rápida que las órdenes que procesaba su cerebro. Al ver a Aisha abrazando a otro hombre, indistintamente de quién fuese, todo pareció cobrar un tono rojo intenso. Se abalanzó sobre Rafiq, lo agarró del cuello y lo estrelló contra la pared más cercana. Aisha soltó una exclamación, y lo miró, incrédula. Los guardias se acercaron con las armas listas para disparar. Geeza, Alam —que acababa de llegar corriendo desde la oficina del rey en el interior del palacio —, y Zhinite, también se asomaron para ver qué ocurría.

—¡Fuera de aquí! —exigió Aisha. Los guardias dudaron, pero ella insistió—: Yo controlaré la situación. Es una orden, y quien se atreva a contradecirme puede recoger sus pertenencias e irse del palacio real para siempre.

Eso bastó para que la puerta se cerrase.

Antes de acercarse a Sayeb y colocarle la mano en el hombro, ella trató de neutralizar sus emociones. Umman le había enseñado a mantener la calma en situaciones de peligro, y la instruyó diciéndole que, si acaso se hallaba ante un animal salvaje, lo mejor era no sucumbir al pánico ni a la rabia.

En esos momentos, por la tensión y posición del cuerpo de Sayeb, Aisha sabía que él había

perdido toda capacidad de razonar. Verlo, tan apuesto y lleno de vitalidad, después de esos días sin su presencia, la tomó desprevenida. Su corazón, el órgano más tonto de su cuerpo últimamente, dio saltos de alegría.

Tocar a Sayeb era lo último que hubiera deseado, pero era imperioso si quería que Rafiq sobreviviese a una pelea que jamás tendría posibilidad de ganar, menos si estaba mal herido como ahora. Con angustia notaba cómo Rafiq no se defendía, tan solo cubría su rostro y estaba en posición fetal. Aisha sabía que, si ponía una mano sobre el rey, no existiría posibilidad de apelar su situación. Jamás.

—Basta, por favor —pidió Aisha, moviendo el hombro de Sayeb como si él fuese el mal herido. Se acuclilló entre los dos hombres—. Deja de golpearlo, Sayeb, él se acaba de entregar voluntariamente y quiere hablar con nosotros.

Un golpe adicional le partió la ceja a Rafiq. Aisha quería gritar, pero no podía perder el control ni la razón. Ella, no.

—Sayeb, no es una pelea justa; tú tienes ventaja en tamaño y posición jerárquica. —le dijo en tono muy suave, casi cariñoso. Pero nada tenía que ver su corazón con lo que estaba tratando de hacer—. Por favor, apártate de él...

Sayeb empezó a jadear y parpadeó varias veces como si recién se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo. Giró el rostro hacia la derecha y se encontró cara a cara con su esposa. Detuvo los puñetazos de inmediato.

Flexionó los puños y bajó la cabeza, agitándola de izquierda a derecha, tratando de detener el aleteo de celos para dar paso a la razón.

—Aisha...—murmuró agitadamente, estudiando ese rostro inteligente y de facciones exquisitas. «¡Cuánto la había echado de menos!».

La última ocasión en que se dejó guiar por sus instintos fue a los dieciocho años de edad, cuando peleó contra un vendedor de heroína al verlo agrediendo a una mujer. Desde entonces, Sayeb procuraba mantener su carácter a raya; una misión que ahora resultaba bastante difícil cada que Aisha estaba de por medio.

Cuando supo que estaba libre, Rafiq hizo un movimiento rápido y se alejó a la otra esquina. Tenía el labio sangrante, la ceja partida y la mano vendada le dolía todavía más... Apoyó la espalda contra la pared, echó la cabeza ligeramente hacia atrás; cerró los ojos tratando de recobrar el aliento. Podía escuchar las palabras suaves que salían de la boca de Aisha, procurando calmar a Sayeb. Rafiq no lograba entender cómo su mejor amiga no se daba cuenta de lo mucho que ella amaba ese rey. En otro escenario o realidad, la mujer que él conocía tan bien, hubiera agarrado una daga y la hubiera utilizado a conveniencia de las circunstancias.

—Aisha... —repitió Sayeb enfocando la mirada.

Se sentó en el suelo un instante. Ella le acarició el rostro, mirándolo a los ojos, como si tratase de entender qué acababa de ocurrir. Los dedos recorrieron su barba primero, hasta que tocaron la piel. Él se sintió en el cielo por primera vez en varios días. Al darse cuenta de que estaba olvidando los motivos por los cuales necesitaba mantenerse alejada de él, Aisha puso ligera distancia y bajó la mano.

Sayeb se puso de pie, y ella hizo lo mismo.

Estaba frustrado, loco de celos, y necesitaba tenerla entre sus brazos. La expresión de altivez que poseía ahora había reemplazado a la de preocupación de hacía solo pocos segundos atrás; lo miraba como si no fuese digno ni de besar la punta de sus zapatos. Quiso hacer algo al respecto, pero se contuvo. Sería imprudente.

—Tenemos muchas cosas sobre las cuales hablar —pidió Aisha.

Se frotó la frente y después se quitó la chaqueta, la dejó en el respaldo de una de las sillas. Miró hacia la esquina. Apretó los puños a los lados, abriendo y cerrando los dedos a ratos, para después acercarse al hombre que continuaba en el suelo.

—No vuelvas a tocarla —dijo Sayeb con autoridad—. Es mi esposa, y nadie tiene derecho a ponerle un dedo encima sin su consentimiento. Y aún con él, tendrán que pensárselo dos veces, porque es la reina de Bhareib, no cualquier persona.

Rafiq elevó la mirada, y su ego masculino lo instaba a decirle que, antes de haber sido su esposa, fue suya. Pero el nieto de Umman valoraba su vida, y no quería terminar molido a golpes. Se acababa de salvar porque Aisha estaba presente, caso contrario, no hubiera contado con la más mínima oportunidad.

—Le pido disculpas, Majestad —murmuró—. Jamás le faltaría el respeto.

—Fui yo quien le eché los brazos al cuello —intervino Aisha, observando cómo su mejor amigo se levantaba con dificultad. Podía ayudarlo, pero no quería tentar a la suerte y ver otro episodio en el que Rafiq saliese más lastimado—. Él me rescató cuando estuve a punto de morir en las dunas —dijo empezando a enfadarse—, así que no tenías motivo para golpearlo. Puedo abrazar a quien me dé la gana.

—Te estaba tocando —replicó Sayeb, entre dientes, y lanzándole una mirada asesina al hombre que había tratado de capturar durante semanas.

Para el rey nada en su vida había sido concebido como un deseo inalcanzable, sin embargo, a partir de la primera vez que sus labios tocaron los de Aisha, eso empezó a cambiar. Ella le parecía como arena entre sus dedos. No pretendía retenerla contra su voluntad, pero sí hacer todo lo posible para convencerla de que podían sortear el bache en el que él los había metido a los dos, por idiota.

—Los amigos se abrazan, Sayeb. Él es mi familia, al igual que Umman. No estamos en público —dijo con resentimiento, y sin importarle que Rafiq fuese testigo.

—No pienso discutir frente a un delincuente.

Aisha soltó un suspiro de frustración. Elevó las manos al techo, como si de ese modo pudiese adquirir más paciencia, y las dejó caer.

—Rafiq Haddan —dijo Sayeb mirando al beduino con fastidio—, has sido una piedra en mi zapato durante semanas. Habla sobre lo que tengas que confesar, y después serás procesado al igual que tus compinches, y que ahora están tras las rejas.

El hijo de Umman asintió mirando a los reyes.

—Cuando estaba a punto de salir cerca de la frontera de Bhareib, un grupo de hombres armados comía en la misma tienda maltrecha en la que yo trataba de negociar víveres. —Sayeb se cruzó de brazos. Le importaba un pepino si al hablar el hombre sangraba; se lo tenía merecido por haberse atrevido a tocar lo que era suyo—. Los escuché hablar sobre el dinero que iban a recibir por un trabajo muy complejo.

—¿Qué tiene que ver con Bhareib, Rafiq? —preguntó Aisha con calidez. Eso le mereció una mirada de soslayo de su esposo, pero ella la ignoró.

—El trabajo al parecer es pagado por el rey de Riathop, y consiste en perpetrar un atentado contra la vida del rey Sayeb. Lo que más me inquietó fue que los hombres comentaron que la persona que estaba dándole los detalles de inteligencia al interior del palacio de Bhareib, sobre cómo suele ser la rutina en el manejo de seguridad, la frecuencia de los viajes que se harán de ahora en adelante, las visitas a otras ciudades del país, la tecnología con la que cuentan, los turnos de trabajo del staff más cercano, etcétera, era Oromo Al-Kahalel.

Sayeb frunció el ceño. Aisha se frotó el puente de la nariz. ¿Es que esos hermanastros no se

cansaban de crear desastres en Bhareib? ¿Cuándo iba a acabar toda esa desgracia que traía consigo la descendencia de Muffat?

—Oromo está en otro país, perdió su título real y está exiliado, así que no tiene nada que hacer con Bhareib. Para tener información desde dentro del palacio, a estas alturas y con todas las reformas que he implementado desde que lo expulsé, necesitaría ayuda desde el interior... Mi equipo está conmigo al ciento por cien. —No agregó que se alegraba de no haber visto a su hermanastro. Geeza se había encargado de restringir todo posible acceso de Oromo a los eventos que eran parte del tour por las ciudades de Suiza—. Puede que te estés inventando todo para tratar de apelar a la sentencia que te espera —dijo esto con sospecha en su tono de voz.

Aisha puso los ojos en blanco. Sabía sobre la reputación del hermanastro de Sayeb. Lo que ignoraba, y ahora era claro, es que estaba viviendo en Suiza.

—Entiendo que pudiste coronarte en el trono de Bhareib al ganar una pelea cuerpo a cuerpo con tu hermanastro, ¿es así? —preguntó Aisha.

—Sí.

—Entonces, quizá Oromo tiene mucho resentimiento. No me sorprendería dada la historia en tu familia —dijo.

Sayeb achicó la mirada, mientras Rafiq aguardaba por comentarios dirigidos hacia él. No se sorprendía que Aisha se expresara libremente. La mujer era una entre mil. Una categoría diferente; y sería una pena que Sayeb no lo apreciara en totalidad.

—¿Es posible que Riathop quiera una retaliación por haberse creído humillados con mi presencia en el templo al desplazar a la princesa Jamaya? —preguntó Aisha en esta ocasión a Rafiq—. Esa sería la única explicación... El rey Kahlus no me pareció vengativo... —se encogió de hombros—, pero mi juicio sobre el sexo opuesto parece tener inconvenientes últimamente.

Rafiq guardó la sonrisa por ese comentario, ante el gruñido de Sayeb. Prefería mantener lo que le quedaba intacto en la cara, a salvo.

—¿Qué más sabes, Haddan? —preguntó Sayeb.

—Es todo, aunque consideré más que suficiente para creer. Ellos no parecían especialmente cuidadosos con sus palabras, quizá porque estábamos en medio de la nada —replicó—. La intención es asesinarlo a usted. No escuché nada sobre Ais... sobre la reina Aisha —dijo corrigiéndose a tiempo, pero eso no evitó que una severa mirada del rey le recordara que no dudaría en volver a liarse a puñetazos.

—¿Reconociste si eran bhareibianos o riathopenses? —preguntó Aisha.

—Una mezcla de los dos lados —contestó Rafiq. Miró a ambos monarcas—: Solo necesitaba advertirles, Majestades, porque no me pareció que esos hombres estuvieran bromeando. Consideré que mi deber es con el país, aún a costa de mi propia seguridad o libertad, venir hasta aquí, entregarme y replicar lo que escuché.

—¿Hace cuánto ocurrió esta conversación? —preguntó Sayeb.

—Tres días atrás, Majestad.

Sayeb se quedó mirando al hombre, después miró a Aisha y notó la expresión de ella preocupada al mirar a ese Rafiq. No hacía falta ser un genio. “Tuve un amante en el desierto, y no se trató de un tema de quitarse el picor de la curiosidad. Y fue *uno*”. La confesión de Aisha, la primera noche que se acostaron juntos, retumbó en su cabeza. Si sumaba las circunstancias pasadas, a la manera tan familiar con la que los vio abrazados cuando entró a la oficina, entonces tenía una respuesta que no le gustaba en absoluto sobre quién había sido el primer amante de Aisha.

—No intentes pasarte de listo —dijo el rey. Miró una vez más con desdén a Rafiq, y después

abrió la puerta.

Empezó a ladrar órdenes a diestra y siniestra. El equipo de inteligencia se puso en marcha; Geeza coordinó una reunión con Zhinite para trabajar en los eventos por venir de los reyes y limitar la asistencia solo a los más indispensables. Sayeb no pensaba informarles sobre la confesión de Rafiq, porque si había alguien en el interior del palacio que estaba traicionando su confianza, entonces no iba a alertarlo. Hallaría la manera de desviar la atención, y utilizar otros argumentos para justificar los cambios en los planes internos. Si había un desertor, lo encontraría.

—Rafiq Haddan, más te vale que no estés jugando conmigo, porque vas a pagarlo muy caro de ser así —amenazó Sayeb.

A pesar de la insistencia de Aisha argumentando que su amigo solo buscaba el bienestar del país. Insistió que la suplantación de la princesa Jamaya había sido también culpa de ella y que no podían exonerarla, y condenar al resto.

Rafiq fue llevado al centro de la ciudad bajo los mismos cargos de sublevación, insurgencia, y complicidad en el crimen de suplantación de identidad, que habían enviado a sus seis compinches a prisión. El juicio se celebraría cuando lo dictasen los jueces competentes. Antes de desaparecer de la vista de su amiga, le hizo un gesto con la cabeza que solo entre los dos tenía significado: “fuerza y persistencia”.

Aisha, se mordió el labio para contener las palabras que pugnaban por salir de su boca. Se sentía devastada. Pasó cerca de Sayeb, y salió de la oficina rumbo a su habitación. No quiso saber más de la situación. Dolía demasiado ver a Rafiq en ese estado cuando su única culpa fue ayudarla a llevar a cabo un plan.

Una vez que pisó el mármol del interior del palacio, fue consciente de que era seguida muy de cerca por Sayeb; ella prefirió ignorarlo por completo. Era un malvado sin corazón. Avanzó con rapidez y cuando llegó a su habitación cerró de un portazo.

No pasó mucho tiempo, y pronto tuvo a su némesis frente a ella. Nadie iba a interrumpirlos en esta ocasión, porque todo el staff estaba poniendo en funcionamiento las órdenes de Sayeb. La pareja real estaba sola.

—Vete, Sayeb —pidió, dándole la espalda, porque prefería contemplar el horizonte antes que ver a ese hombre que tanto dolor le continuaba causando. Le había ocultado información, aun cuando era consciente de lo importante que eran los Talippah para ella—. Solo estoy interesada en hablar contigo si me vas a llevar donde está Umman, y si dejas en paz a Rafiq, y si les das la libertad al resto de personas que me ayudaron a volver al palacio. A mí lugar, a mí hogar.

Él odiaba ver cómo Aisha ocultaba sus reacciones, como si se hubiese puesto una máscara a propósito solo para que no pudiera leer sus expresiones. No soportaba que se preocupara y mostrara interés por el bienestar de otro hombre. Era consciente de que se había ganado a pulso esa reacción, pero no dejaba de contrariarlo.

Detestaba la distancia que él había causado.

La perspectiva de llevar el peso del reinado en Bhareib, en solitario, se pintaba como un panorama desolador; un panorama que, bajo otra realidad, le habría parecido fantástico. No necesitaba a Aisha porque fuese una pieza clave para que el país, sino porque era una pieza clave para que su corazón funcionara cada día por un motivo que valiese la pena de verdad: ella.

—¿Fue él? —le preguntó con una calma que no sentía, acercándose a la ventana amplia de la habitación desde la cual se veía un panorama hermoso.

Aisha no necesitaba que le dijera a qué se refería, ni tampoco encontraba una razón para mentirle. No estaba de humor para juegos ni adivinanzas. Tal vez, con esa respuesta, él dejaría la habitación y así ella podría recuperar el latido normal del pulso.

—Sí.

—¿Todavía lo amas y por eso lo abrazaste con tanta emoción?

Apoyó la mano en la cintura de Aisha, porque no podía estar más tiempo sin la alegría que le producía su cercanía. Si lo rechazaba, entonces se apartaría...

Ella se mantuvo en su sitio, sin moverse, sin reaccionar del todo. «Que no lo hubiese despreciado era el mayor logro en todo ese jodido enredo», pensó.

—No —dijo con fría convicción. Jamás mentiría sobre algo así.

—¿Lo echas de menos...?

—Como mi amigo —zanjó.

Él asintió, aliviado.

—La primera noche en que nos acostamos juntos, te aseguré que las decisiones que tomara por Bhareib jamás tendrían relación con lo que hiciéramos en la cama, y eso no ha cambiado. Tú amigo y los demás fueron cómplices de un delito, yo hice lo que cualquier monarca habría hecho —dijo aliviado al escuchar la sinceridad que transmitía la voz de Aisha al responderle sobre Rafiq.

Lo partía en dos la posibilidad de que pudiera haber cavado una zanja demasiado profunda entre ambos para hallar la posibilidad de recuperar lo que no supo, hasta que fue muy tarde, que tenía a su lado. No era solo el haberla abandonado en Suiza un clavo adicional en su sentencia invisible, sino todo el pasado que se interponía a la posibilidad de que ella pudiese corresponderle algún día en sus sentimientos. Era todo tan enrevesado que no le sorprendería que Shakespeare estuviera revolcándose en su tumba ante la imposibilidad de escribir una obra en su trágico estilo. Estudiar literatura inglesa había sido interesante, aunque algo shakespereano no tendría un componente esperanzador como el que experimentaba Sayeb en esos momentos.

—Llévame a los tribunales también a mí, entonces —replicó Aisha.

—No es legalmente posible, y sería absurdo cuando eres una Al-Sabagh.

Ella dejó escapar una risa hueca.

—Tuviste que esperar a los resultados científicos para confirmar mi palabra, si mal no recuerdo... Interesante cómo ahora te reafirmas en que poseo sangre real.

—Nunca dudé de quién eras...

—¡Por favor! —replicó Aisha con tono de fastidio.

—Todos sabemos que eres una persona más allá de un apellido dinástico. Creo que no tiene ya importancia.

Ella cerró los ojos momentáneamente. Él no podía verla porque continuaba dándole la espalda. A pesar de su ropa, Aisha podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de Sayeb. Y las ganas de sentirse rodeada al completo por esos fuertes brazos empezaba a causarle más dolor que nunca.

—Sayeb —dijo tosiendo—, llegase a ser verdad lo que dijo Rafiq, quiero que lo dejes ir, así como a Umman. Él es un anciano, y merece vivir en paz; lo pienso ir a visitar al hospital te guste o no. Ambos fueron mi salvación cuando quedé huérfana. Esos seis hombres que están ahora en la cárcel son beduinos que poseen una familia, responsabilidades, sueños y proyectos, pero también son personas honestas que me ayudaron a llegar a ese templo. Se ofrecieron a colaborar en un plan de una niña de quien jamás se burlaron por su ambición o decisión. Me apoyaron sin más...

Sayeb soltó una exhalación.

—Lo analizaré, Aisha. Es todo lo que puedo decirte.

—Lucharé yo misma por la libertad de ellos —dijo con fiereza.

—¿Aunque te pongas en riesgo, y también tu reputación? —preguntó Sayeb.

—Sí. La reputación no sirve de nada cuando tus seres queridos dependen de ti y no les das la

mano. En ocasiones hay que poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Siempre eres tan leal? —preguntó. Sentía admiración por la entereza que Aisha siempre demostraba, la integridad a la que jamás dejaba de lado, y la calidez para tratar a las personas que tenían mucho menos que ella.

—No existe un motivo para dejar de serlo, Sayeb, y no necesito que me den lecciones de vida, porque he tenido suficientes.

Él asintió, por más que ella no lo estuviese viendo. Creía que, al igual que él, podía adivinar las expresiones de su rostro con facilidad por la cadencia de la voz.

—Nunca debí dejarte en Suiza... —dijo en tono quedo.

Ella quería preguntarle por la mujer que los periódicos habían mencionado, mucho antes de conocerlo, y que había sido la amante de Sayeb en Suiza, una italiana; una tal Corinna. Aunque no era la única, porque en París también se mencionaba a otra mujer... El muy cretino. Se preguntaba, ¿cuál de esas habría sido a quien él invitó a Suiza para pasar las noches?

—Te relevé de la posibilidad de ser exclusivos aquella misma noche, espero que te hayas divertido con tu amante o con tus amantes —dijo apretando los labios. El cielo estaba claro, y el sol brillaba. Una brisa suave corría alrededor.

Sayeb se atrevió a girar a Aisha para mirarla, y sintió que el alma se le iba al suelo. Los ojos, esos maravillosos ojos, estaban llenos de lágrimas sin derramar.

—Me equivoqué —admitió en tono derrotado—. Lamento haberte causado tristeza... —La miró fijamente—. No ha habido otra mujer. ¿Cómo podría ser posible? Te tengo a ti. Desde que me casé contigo has sido solo tú, Aisha.

Ella elevó las cejas, incrédula ante una admisión como aquella en un hombre que solía ser sumamente arrogante. Sayeb estaba diciéndole que se había equivocado. Le ocultó información sobre los beduinos, sí, y debería ser cínica y no creer en sus palabras sobre otras mujeres. Sin embargo, su cerebro y su corazón al parecer estaban de acuerdo (los milagros existían) en que Sayeb decía la verdad.

—Pues yo no te quiero a mi alrededor —replicó ella, dolida por todo lo ocurrido, apartando la mirada. Sayeb le tomó, con calma, el rostro entre las manos. Le frotó las mejillas—. No me haces falta, ¿lo entiendes? No me haces falta —murmuró de nuevo con la voz temblorosa esta vez.

—Tu sí me haces falta a mí —le dijo con vehemencia—. Yo te necesito, Aisha. Quiero encontrar la posibilidad de arreglar este desastre. —Ella estaba furiosa por haber dejado que las emociones la sobrepasaran, quería salir de allí y estar sola en otra parte del palacio—. ¿Me dejarías intentarlo?

Ella hizo una mueca.

—No tiene sentido lo que me dices, y tampoco sé si acaso planeabas poner tu empeño romántico en la relación con la princesa Jamaya, y yo arruiné esa posibilidad al presentarme en el templo. —Él frunció el ceño sin comprender. Ella agregó—: Lo primero que hice al volver fue ir al Ministerio de Consejo Legal. Quería divorciarme de ti, y echarte del palacio. Me dijeron que no era posible...

—Aisha...—susurró acariciándole las mejillas con dulzura, maravillado por el tacto tan similar al terciopelo más puro—. No sabía nada de la princesa Jamaya, nada. Yo solo tenía interés en la estabilidad de nuestro país, y un divorcio que pudiera ser solicitado por cualquiera de las partes solo arruinaría esa posibilidad en el futuro. Por eso decidí cambiar la ley, y arriesgarme a permanecer casado con una mujer a la que nunca llegaría a querer, para que solo el rey de Bhareib —yo en este caso—, fuese capaz de solicitar y hacer efectivo el divorcio.

—Cambiate la ley en la víspera de tu matrimonio con ella —murmuró—, y ahora estamos

atados legalmente por el resto de nuestras vidas. Sesenta años hasta que se pueda hacer una modificación.

—Sabía que querías divorciarte de mí cuando hablaste de que nuestra relación tenía una fecha de caducidad.

—Y nunca se te ocurrió mencionar la existencia de un cambio en la ley, ¿eh?

Él sonrió a su pesar, pero la decisión sobre esa ley era una de las no se arrepentía. Al final, podría continuar casado con la mujer de quien estaba enamorado.

—La idea de que te fueras de mi lado no era nada agradable, y preferí que lo descubrieses por ti misma. Después de todo tienes una daga escondida en alguna parte —dijo tratando de sacarle una sonrisa. No tuvo éxito.

—No creo soportar más tiempo esta constante pelea contigo, me desgasta —lo miró fijamente—, y me duele. No soy de piedra, Sayeb.

—Jamás creí que lo fueras —dijo limpiándole las lágrimas. Aisha apoyó las manos, en un puño, contra la camisa blanca que llevaba Sayeb; estaba vestido occidentalmente—. Quiero hacer las cosas bien contigo, quiero que sonrías al pensar en mí, en lugar de considerar todas las razones por las que deberías odiarme.

—¿Por qué quieres hacer eso...? —preguntó en un susurro.

—Porque te amo.

Aisha lo miró con incredulidad. Sus ojos mostraban sorpresa y regocijo.

—Sayeb...

—Es la verdad, y fui un idiota por haber tratado de aleccionarte como lo hice esa noche. Me porté como un cretino, cuando debí decirte que estoy enamorado de ti, que quería más, en lugar de huir. No te merezco, eso lo sé, pero soy un bastardo egoísta y quiero que estés a mi lado; no quiero que ningún otro hombre te vea despertar en las mañanas o se crea con el derecho de tocarte.

El perdón no entraba en el vocabulario de Aisha, porque durante mucho tiempo la única emoción que palpitaba en su sangre era la venganza. Sin embargo, sabía que había perdonado a Sayeb en el preciso instante que le dio acceso a su cuerpo; porque quizá por unos días el sexo fue solo eso: pasión y lujuria, hasta que llegó un punto en el que no era capaz de diferenciar la intensidad de sus sentimientos. No sabía si lo quería, estaba enamorada o lo amaba; o si era una combinación de los tres; su certeza consistía en saber que su corazón solo tendría la posibilidad de retomar su ritmo habitual en las manos de quien era su dueño de todas las formas posibles: Sayeb.

—Yo... —murmuró, consternada, feliz, ansiosa... Demasiadas emociones para enumerarlas, en especial el aleteo de optimismo que la embargó—. No sé qué decirte.

Él le dedicó una de aquellas sonrisas de mil kilovatios por segundo que conseguían que sus piernas perdieran fuerza. Sabía que Sayeb no otorgaba esas sonrisas a nadie. Solo a ella, y se atrevió a creer que era especial para él.

—No quiero que digas nada, solo que aceptes que estoy siendo sincero —dijo con convicción. Ella asintió con lentitud, asimilando todo lo que estaba ocurriendo en ese día tan intenso—. Tal vez, en algún momento, seas capaz de considerar que podrías corresponderme. Y si no es así, seguiré intentando hacer lo mejor posible.

—Nunca creí que pudieras... —meneó la cabeza ligeramente—. No creí que pudiera escuchar algo así de tu boca, Sayeb.

Él se rio con suavidad.

—Yo tampoco, pero cambió el día en que te conocí —se encogió de hombros—. Ni siquiera eres consciente del gran impacto que posees con solo mirarme o estar a mi alrededor en una

misma estancia; incluso cuando te pienso.

Un hombre como Sayeb no estaba habituado a abrir su corazón, menos a declararle amor a una mujer arriesgándose a ser lastimado, sin embargo, Aisha tenía dudas. Los golpes de la vida la volvían más valiente, sí, pero también más cautelosa.

—Me confundes...—confesó con sinceridad. Quería decirle que era correspondido, pero ya había sido lastimada sin que él supiera lo que sentía; no estaba preparada para darle el poder de destrozarle el corazón—. Estar contigo es un torbellino, y si vuelves a herirme como lo hiciste esa noche, entonces... Dame tiempo para tratar de asimilar todo lo que acabas de decirme.

Un aleteo se anidó en el pecho de Sayeb. No todo estaba perdido. El simple hecho de saber que él la había afectado implicaba que existía esperanza de ganarse la voluntad de esa preciosa mujer. Su esposa. Su amante. Su vida. El destino poseía formas interesantes de jugar con las posibilidades; él iba a aprovecharlas todas.

—Solo dame la oportunidad de ganarme el derecho de amarte, ¿crees que puedas concederme eso? —preguntó rodeando las manos de Aisha con las suyas, mientras le acariciaba distraídamente los nudillos con sus dedos.

Ella tomó una profunda respiración. Elevó la mirada, fundiéndose con la oscura fuerza que irradiaba de ese hombre y que era capaz de hacer vibrar su ser. Le acababa de abrir sus emociones, exponiéndose a un rechazo contundente. Si él podía ser valiente a un nivel tan aterrador como aquel, entonces ella podría dar un pequeño paso para intentar medir el camino que estaban pisando.

Se aclaró la garganta.

—Está bien, Sayeb. Sí...

—¿Puedo besarte? —preguntó con picardía.

Aisha sonrió por primera vez en todos esos días. Le rodeó el cuello con los brazos, y apoyó el rostro contra el torso fuerte. Aspiró el aroma de Sayeb, y se recreó con la sensación de sus cuerpos juntos. El sosiego que creía perdido, regresó con brío.

—Lo pensaré —replicó—, y si considero que lo mereces, te avisaré.

Sayeb soltó una carcajada.

La tomó en brazos y la mantuvo abrazada contra su cuerpo. Sentirla tan cerca, escucharla reír y ver el brillo en su mirada, era suficiente combustible para calmar su atormentado corazón. Los primeros pasos de la batalla estaban dados, y ganados, pensó con optimismo. Ahora quedaba la parte más compleja: el seguimiento, las pruebas de obstáculos, y, si tenía suerte, su recompensa.

—Qué magnánima, Majestad —dijo bromeando, luego su expresión se tornó seria cuando agregó—: Aisha, prométeme que no vas a abandonarme por más complicadas que sean las cosas.

Su expresión era intensa y decidida. Sayeb no era el tipo de hombre que hacía las cosas a medias. Lo que deseaba, lo tomaba por entero. Y nada quería más que esa mujer enloquecedora haciendo cada día de su vida un reto nuevo por conquistar.

Quizá no se sentía lista para decirle lo que sentía, sin embargo, una promesa como aquella, considerando lo que Sayeb estaba dejando sobre el tablero para ganarse su voluntad, fuese un primer paso necesario entre los dos.

—Lo prometo.

Él pareció respirar con alivio y apoyó la frente contra la de Aisha.

—Gracias, dulzura —susurró, acariciándole los cabellos.

—¿Sayeb?

—Dime...

—Creo que mereces un beso —murmuró frotando la nariz con la de él.

El brillo pícaro destelló en los ojos de Sayeb.

—¿Ah, sí? —preguntó juguetonamente, tomándola en brazos para sentarla sobre la mesilla de centro de madera, no si antes haber lanzado al suelo alfombrado todo el contenido con descuido. Todo lo que no fuese Aisha le daba igual.

Ella le echó los brazos al cuello.

—Así es, lo mereces, y es una orden.

Él se hizo espacio entre las piernas de Aisha, y después apoyó las manos sobre la madera, a cada lado de Aisha. Sus rostros estaban cerca.

—Una orden es una orden —susurró contra la comisura de la boca de Aisha. El perfume de ella resultaba un narcótico para sus sentidos; era un adicto, y no tenía ninguna intención de parar. Su esposa era su dosis diaria de alegría.

—Me alegro de que aceptes mis requerimientos —replicó con una sonrisa, antes de que sus labios fuesen capturados por otros igual de cálidos y cautivadores. Soltó un suspiro y Sayeb aprovechó para asaltar su boca con el más perverso placer.

Con ese beso, Sayeb creyó que volvía a respirar de verdad. Le demostró con su boca todo lo que sentía, al tiempo que sus manos luchaban arduamente para no sucumbir al deseo de tocarla toda y emborracharse con el aroma exquisito de su cuerpo desnudo bajo el suyo. Aisha sentía que, con cada beso, cada vez que sus lenguas se tocaban y sus respiraciones parecían volverse una, él le robaba un poco más el corazón. Ninguno de los dos podría decir que habían experimentado con otras personas la abrasiva pasión que los consumía en esos momentos. Iba más allá de la química, porque ningún Alquimista podría reproducir jamás la fórmula perfecta que conseguía atrapar en llamas y transformar en oro líquido la química sexual y el amor.

CAPÍTULO 16

Apartarse de Aisha fue lo más complicado, porque su cuerpo le pedía algo, mientras su mente le decía que era demasiado pronto, en especial después de todo lo que habían tenido que pasar, juntos y separados. A regañadientes le dio un último beso, antes de apoyar la frente contra la de ella. La profundidad y brillo de esos ojos castaño-dorado caló profundo en Sayeb.

—Será mejor que me ponga a trabajar —dijo ayudándola a ponerse en pie.

Ella sonrió.

—¿Puedes instruir a un equipo de seguridad que me lleven a ver a Umman?

Él apretó los labios. Sabía que ella no dejaría el tema de lado. No era la forma en que estaba diseñada para funcionar. Era persistente y determinada.

—Cuando esté seguro de que no corres peligro, sí.

Aisha ladeó la cabeza.

—No es contra mí que tienen un complot de vida o muerte. Creo que estoy segura yendo a un hospital —dijo—. Ponerse paranoicos no serviría de nada.

—Puedes llamar al médico que está de guardia y asegurarte del estado de tu amigo, pero una visita, no todavía. Voy a hablar con Geeza para saber cómo organizamos el trabajo de inteligencia y comprobar lo que tu amiguito ese del desierto nos acabó de decir hace un rato.

Aisha sonrió de medio lado.

—¿Vas a ponerte celoso de nuevo? —preguntó riéndose cuando lo escuchó soltar un gruñido de frustración.

—No vuelvas a acercarte a Rafiq Haddan —dijo con un tono muy, muy, serio.

Ella apagó su sonrisa.

—Sayeb...

Él la tomó de los hombros, sacudiéndola con suavidad como si quisiera que ella entendiese lo que trataba de decirle.

—Eres lo más importante para mí. Si algo te llegase a ocurrir me volvería loco. Así que, por favor, no contactes con nadie fuera del palacio; no intentes hacer nada que te ponga en peligro hasta que se haya aclarado este escenario.

—De acuerdo...—susurró agarrando la mano de Sayeb con dulzura. No iba a discutir cuando, en este caso, él tenía razón—. Gracias por haber tenido el coraje de decirme lo que sientes por mí.

Él le tomó la mejilla y se inclinó para robarle un beso rápido.

—Ya me compensarás después, hermosura —replicó haciéndole un guiño y abandonando la habitación.

Ella soltó una risa incrédula cuando estuvo a solas. Sayeb Al-Kahalel, el hombre que había

prometido odiar, *la amaba*.

Estaba en un estado de alegría infinito, a pesar de las circunstancias que atravesaban sus amigos del desierto, y la posibilidad de que alguien quisiera atentar contra Sayeb. Habituada a enfrentar siempre el lado más devastador de la vida, por primera vez, necesitaba solo enfocarse en aquellos detalles que marcaban una diferencia positiva. No era ser egoísta, a veces, solo se trataba de una estrategia lógica para sobrevivir un día más...

Los siguientes tres días fueron frenéticos.

El grupo de inteligencia militar expandió sus tentáculos de poder en todo Bhareib, y también infiltró una célula de investigación en los círculos más cercanos al rey de Riathop. Toda la operación se desarrolló con bastante agilidad, hasta que en horas de la tarde, del segundo día de búsqueda, encontraron el sitio en el que algunas personas habían visto por última vez a tres hombres que concordaban con la descripción que hizo Rafiq cuando lo interrogaron. Se habían hospedado en un hostel de mala muerte en Vasulh. Los hombres de Sayeb continuaban tras la pista para capturarlos e interrogarlos; estaban muy cerca de conseguirlo.

En las últimas horas del tercer día, la situación fue muy delicada, porque el próximo era un diálogo con el rey de Riathop. Sin pruebas contundentes o testimonios no se podían formular cargos contra un país, menos si se pretendía evitar una guerra que ninguno necesitaba.

—Majestad —dijo Geeza extendiendo una copia del informe de Naras. Estaban en la oficina del ala este del palacio, el equipo de trabajo del rey, al completo; Jasum y Naras, incluidos—, enviamos a investigar al joven Oromo. —Le extendió el reporte que había conseguido el jefe de inteligencia y tecnología—. Durante los últimos doce días recibió varios pagos en las cuentas que tiene en Inglaterra por casi diez millones de libras esterlinas, movimientos inusuales considerando que no tiene inversiones rentables que generen esa suma, ni tampoco tal cantidad en sus cuentas de otros países como Suiza y Francia. El departamento de inteligencia cibernética siguió el rastro.

—Tuvimos que utilizar la web oscura, Majestad —dijo Naras haciendo referencia al sitio en el que podía venderse desde un vaso de diamantes hasta un riñón; en pocas palabras era el mercado negro del internet donde se llevaban a cabo transacciones que no estaban en el apartado considerado legal.

Sayeb hizo una mueca.

—Lo que menos me interesa es la forma en que consigan lo que les pido, siempre que no existan personas que sufran consecuencias innecesarias.

—Majestad —dijo Geeza—, el dinero de las cuentas de su hermanastro pertenece a Riathop; no sabemos qué miembro de la Casa Real exactamente. Los pagos se realizaron desde un servidor con datos encriptados, y que decodificamos.

Sayeb no estaba sorprendido, aunque sí contrariado, de que un hombre como Kahlus se hubiera prestado para semejante imbecilidad solo porque creía que su hija fue humillada. Esto último, lo leyó cuando llegaron los informes de los infiltrados en el círculo personal del Riathop.

—Envía una nota a Suiza, y diles que nuestro Embajador se reunirá con ellos. Asegúrate de que mi hermanastro no solo confiese que ha vendido información clasificada y sensible, sino que su imbecilidad le va a costar un proceso legal —dijo Sayeb de mal humor—. Quiero resultados y acciones contundentes.

Todos asintieron.

Alam escuchó atónito todo lo que estaba ocurriendo. No podía permitir que la situación se fuera de las manos. Él, que tanto había trabajado, no iba a dejar que su gestión se echase a perder

cuando le quedaba tan poco para recibir una compensación monumental por su dedicación.

—Majestad —dijo Alam—, ¿qué haremos con la seguridad de la reina Aisha?

Sayeb lo miró como si acabase de notar su presencia. Frunció el ceño.

—No sé a qué te refieres, ella no está en peligro y sus actividades han sido canceladas salvo aquellas que Zhinite tenga coordinadas en el interior del palacio. Ese riesgo de que mi esposa sufra un inconveniente de seguridad está contenido.

—Bien —murmuró Alam, y regresó a sus notas.

—Han recibido una hoja de ruta para mis próximas actividades —dijo Sayeb incorporándose—. Úsenla, porque no voy a cancelar más compromisos.

—¿Qué hacemos con el detenido que nos dio la información? —preguntó Jasum. Se alegraba de haber conservado su empleo después del incidente en la oficina.

—Lo decidiré cuando crea conveniente —replicó.

Apenas había dormido en las últimas setenta y dos horas, y estaba agotado. El tema en Riathop no podía resolverlo otra persona, sino él mismo. Se trataba de un asunto muy sensible, y tenía que viajar hacia allá.

Por otra parte, necesitaba ver a Aisha. Sabía que ella esperaba ver al jefe Umman, y lograr la libertad del resto de quienes la ayudaron a llegar a Vasulh, pero Sayeb no consideraba que fuese el momento idóneo —dadas las circunstancias— para hablar al respecto. Su objetivo era poder dedicarle a ella más tiempo y convencerla de que su declaración emocional no era falsa.

Tampoco quería continuar durmiendo en habitaciones separadas; pero no había tenido tiempo de discutir ese detalle tan importante. Ya eran casi las ocho de la noche, y nada le apetecía más que ver a Aisha. La sola certeza de que en ese momento ya nadie iba a interrumpirlos, ni tendría él que salir a mitad de la noche para recibir información de los escuadrones de seguridad desplegados en las últimas horas, era el aliciente perfecto para que su estado de ánimo mejorase de inmediato.

Avanzó por el corredor, pero se topó a Zhinite en el camino. Por lo general, la asistente de su esposa no solía estar ya a esas horas salvo que se tratase de una emergencia. Se inquietó.

—¿Qué le ocurre a la reina, Zhinite?

La mujer parecía algo dudosa, y Sayeb frunció el ceño. No era una reacción normal, pues por lo general solía ser bastante inexpresiva. Esperaba que no fuese nada de lo cual tuviera que preocuparse. Ya tenía suficientes líos, pero los dejaría de lado si Aisha requería de su ayuda.

—La reina Aisha me pidió que lo buscara para entregarle esta nota. —Le dio un sobre pequeño con el nombre del rey escrito en un trazo muy femenino—. Solo estábamos terminando de analizar los presupuestos para readecuar los espacios de las caballerizas. Hace una hora terminamos. ¿Me permite retirarme?

—No —dijo abriendo el contenido del sobre. Sacó una pequeña nota, y la leyó. Después miró a Zhinite—: ¿Mi esposa espera una respuesta?

—En absoluto.

—Entonces puedes acabar tu jornada de trabajo, Zhinite.

—Sí, Majestad —murmuró con una reverencia, y luego se alejó.

Sayeb guardó el sobre en el bolsillo del pantalón que llevaba bajo la túnica blanca. Sorteó el camino familiar en el jardín hasta que llegó a su riad. Las luces, que él prefería dejarlas encendidas, estaban apagadas. Solo la luz de las velas refulgía en la entrada. Se descalzó para sentir bajo sus pies la suave alfombra persa. Había silencio en el entorno salvo por el burbujeo de

los filtros de la piscina.

*Sayeb,
Te espero en el riad.
No llegues tan tarde.
A.*

La nota de su esposa era una respuesta a los gestos que él estaba empezando a dedicarle. Todas las mañanas, desde el día en que se sinceró con ella, le enviaba flores con una tarjeta en la que él escribía un motivo diferente por el cual la quería a su lado. Nunca recibía una respuesta, y odiaba no haberla visto en todos esos tres jodidos días. A veces el cargo que llevaba, le parecía un peso muy grande si ella no estaba para aliviarlo con su voz o su sonrisa o sus besos.

Jamás imaginó hallarse en la desesperada situación de querer que una mujer, en lugar de aceptar un arreglo conveniente como amantes, lo amase.

Que Aisha hubiera tomado la iniciativa de enviarle una nota, le pareció un punto a su favor. «Quizá no todo estaba echado a perder». Avanzó pocos pasos hasta que halló el sitio en el que solía dejar su ropa formal cuando entraba al riad. Dejó la túnica y el *kuffiyeh*. Prefería la comodidad del pantalón y la camisa blanca.

No había perdido el detalle de inusual, aunque bienvenido, aroma del incienso de jazmín y con ligeros toques de vainilla, le llegó a la nariz. Notó que la planta baja tenía un aspecto diferente; como si alguien se hubiese tomado la molestia de reorganizar ciertos objetos. El cambio era sutil, y su espacio lucía más espacioso.

En otras circunstancias le hubiese enfadado que alguien hubiera irrumpido en un sitio que estaba estrictamente prohibido de pisar, pero sabía que Aisha era la que estaba detrás de todos esos detalles. El beneficiado, si no se ponía demasiado ambicioso en sus aspiraciones de esa noche, probablemente sería él.

—¿Aisha? —preguntó en voz alta.

Todo estaba en silencio.

Subió los escalones, y empujó la puerta parcialmente abierta de la habitación principal. Iba a llamar de nuevo a su esposa, cuando reparó en la figura que ocupaba en esos momentos el centro de la estancia.

—Hola, Sayeb —dijo Aisha con voz sensual.

Con las velas agitando las llamas irregularmente, y el viento que entraba por la ventana, ella lo miraba con una sonrisa traviesa. Estaba desnuda bajo la túnica casi transparente. Él abrió y cerró la boca.

—Tentación, tentación —murmuró Sayeb acortando la distancia y tomándola en brazos para apretarla contra su cuerpo. Porque no podía resistirse a tocarla y tenerla lo más cerca posible. Aspiró profundamente el aroma de esencias que llevaba esa noche, perdiéndose en la exquisita combinación.

Ella le echó los brazos al cuello, acariciándole el cabello.

—Me estás dando a conocer los motivos por los cuáles me quieres —dijo haciendo referencia los pequeños sobres que había empezado a recibir—. Y yo no te he podido responder.

La idea de ir al riad no era una locura, sino un gesto necesario para decirle a Sayeb que podía darle una nueva oportunidad y entregarle su confianza. Compartir sus cuerpos era un lujo impagable para Aisha, en especial cuando ese hombre magnífico sabía qué partes tocar para crear la melodía del placer.

—Una situación muy injusta —murmuró mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. ¿No te parece, cariño?

—Sin duda —replicó consciente de la electricidad que corría entre los dos—, pero tengo un argumento que lo justifica.

—Oh, eso lo quiero escuchar —dijo besándole las mejillas.

Ella dejó escapar un suspiro, y Sayeb sonrió contra su piel.

—Debido a la situación que estamos atravesando, en estas setenta y dos horas yo no sabía en dónde ibas a estar, y los asuntos privados no deben interferir en los deberes para el país. Le pedí a Zhinite que te esperara, sin importar el tiempo, fuera de tu oficina. Decidí escribirte una nota para que vinieras, porque quiero darte un incentivo y así sigas contándome todas las razones que debería considerar para aceptar el reto que implica ayudarte a ser un buen rey.

Él se rio por el tono juguetón de Aisha, y ella le devolvió la sonrisa.

—No pensaba dejar de hacerlo, de hecho —murmuró mirándola a los ojos—, voy a convertirlo en una tradición.

—Qué proactivo, Majestad —dijo Aisha moviendo las caderas contra la notable erección que sentía a través del pantalón de su esposo.

—Déjame tocarte, Aisha, ¿por favor?

Qué guapo estaba y cuánto había echado de menos su cercanía, pensó Aisha, mirándolo. Llevaba el cabello algo despeinado, los ojos impregnados de deseo, y tan alto y fuerte, que ella solo deseaba quedarse entre sus brazos hasta que alguien le dijese que era prohibido hacerlo por tanto tiempo.

—Me gusta esta versión tuya, más cercana y encantadora —susurró.

—Es un proceso que me ha tomado años perfeccionar —replicó abriendo sin dificultad la túnica. Ella soltó una carcajada que se convirtió en gemido cuando las manos de Sayeb le tomaron los pechos desnudos entre las palmas de las manos, mientras la túnica caía al suelo—. Oh, Aisha —dijo con reverencia—, no sabes cuánto he echado en falta tu cercanía. Tu cuerpo me tiene enganchado como una droga.

Él tomó uno de los pezones entre los dedos y tiró con precisa intensidad. Aisha gimió con suavidad e instó a Sayeb a quitarse la camisa; después, siguió el pantalón y finalmente los interiores. Ambos estaban en igualdad de condiciones: desnudos.

—Eres hermoso, Sayeb... —susurró extasiada contemplando cada músculo.

—Prefiero que me digas que soy viril —replicó con un gruñido, mientras sentía las manos femeninas acariciando su longitud con perezosa provocación, mientras el pulgar le rodeaba el glande, esparciendo las gotas iniciales de su deseo.

Aisha soltó una carcajada nerviosa. No sabía por qué, pero esta ocasión era diferente. Se trataba de una primera vez en la que no creía estar en riesgo emocional.

—Hermosamente viril, ¿mejor? —preguntó con sarcasmo.

—Mucho —replicó antes de inclinarse para abrir la boca alrededor de uno de los erectos pezones, y empezó a chuparlo. Mientras lo hacía, su mano se deleitaba amasando el otro pecho, y la mano libre empezó a recorrer el torso con dirección sur. Cuando alcanzó el vértice, le abrió los labios íntimos para acariciarla—. Qué delicia... —murmuró contra el pezón, mordiéndoselo—, ya estás húmeda y caliente.

Ella soltó la erección, y echó la cabeza hacia atrás con un gemido gutural, justo cuando dos dedos expertos, la penetraron, moviéndose con mucha facilidad en su sexo mojado y hinchado, frotándola de arriba abajo, entrando y saliendo de su estrechez. En medio del contumaz silencio de la noche, ese tórrido escenario era el relámpago que precedía una gran tormenta. El sexo de Aisha

palpitaba con la ansiedad propia de un placer que se avecina.

Sayeb cambió de pecho, y aplicó la misma intensidad, sin dejar de frotarle los labios íntimos. Ella se sostenía apoyando las manos sobre los hombros masculinos. Él sopló sobre la piel húmeda, y aunque pareciera imposible, los pezones se volvieron más duros. Los disfrutó una y otra y otra vez, hasta que sintió que sus dedos empezaban a recibir los primeros síntomas de los espasmos preliminares a un orgasmo. Deseaba correrse penetrando el cuerpo de Aisha, quería que lo hicieran juntos. A pesar del placer que le producía verla y sentirla tan entregada a sus caricias, Sayeb empezó a bajar el ritmo de sus caricias.

Aisha abrió los ojos y enfocó su atención en el hombre que estaba deteniendo la posibilidad de explotar en mil partículas de gozo. Frunció el ceño.

—¿Por qué te detienes? —preguntó con voz ronca. Le dolían los pezones, pero de una forma agradable y excitante. Poco podía hacer para que sus labios íntimos, inflamados y a punto de llegar al clímax si él la volvía a tocar tan solo un poco, dejaran de pulsar por más estimulación.

Él sonrió de medio lado.

—Eres preciosa, Aisha, y quiero entrar en ti.

—Lo justo es que te torture de igual manera —murmuró, y de inmediato se arrodilló hasta que tuvo el pene de Sayeb, grande y listo para ella, a la altura de la boca.

—Aisha... —empezó a modo de advertencia, porque tenía otros planes. Aunque, al parecer, su esposa también; y por ese motivo no pudo continuar hablando de forma coherente porque la boca pecaminosa de labios sensuales tenía otras ideas más interesantes—. Joder...

Le tocó la punta roma con la lengua, rodeándola con los labios y aprendiendo su sabor, su forma; saboreó la esencia más íntima de Sayeb, y le gustó sentirla en su lengua. Él le agarró el cabello con fuerza, y ella —desde su posición, de rodillas, y con las manos en los testículos de Sayeb— le sonrió sin dejar de recorrerlo con la boca. Era acero revestido de terciopelo. La cabellera la llevaba suelta y se movía con fluidez al compás de sus caricias.

Recorrió la longitud, y después lo hizo con la parte interna del muslo, le besó el vientre, y volvió a bajar. Sus manos las desplazó hacia las caderas, y luego le agarró las nalgas firmes. Clavó sus uñas en ellas, y Sayeb soltó un gruñido de gusto. Disfrutó un rato del poder que sentía al crear esas ansias y placer en un hombre que, si no lo conociera tan bien, habría dicho que era inalcanzable desde todo punto de vista.

Sayeb se inclinó para tomarle el rostro.

Ella lo miró con ojos nublados de excitación.

—¿Qué ocurre? Sé que no soy experta, pero...

—Se te da naturalmente, mi vida —dijo con seriedad—, pero no quiero terminar en tu boca. —Ella iba a protestar, y Sayeb la silenció inclinándose para instarla a incorporarse—. Después, Aisha, después —murmuró contra la boca femenina, asaltándola sin contemplaciones; saqueó cada recodo, gimiendo y jadeando, hasta que la dejó sobre la cama—. No creo que pueda aguantar más, y...

—No lo hagas —interrumpió Aisha rompiendo el beso—, porque yo no creo que pueda estar más mojada de lo que estoy ahora.

—Sube a la cama —dijo con determinación.

Ella enarcó una ceja, pero al notar cómo la erección vibraba con cada movimiento de su dueño, prefirió callarse en lugar de protestar. Una vez que la tuvo donde quería, Sayeb la tomó de las caderas y le dio la vuelta, colocándola de rodillas delante de él. Le acarició las nalgas, y luego le dio una palmada fuerte.

—Sayeb... —jadeó. Lejos de quejarse, se dio cuenta de que le gustaba lo que él acababa de

hacer. Él pareció leerle el pensamiento, porque la otra nalga recibió la misma atención, dos veces.

Cuando él notó su marca rosada en el trasero de Aisha se sintió como un cavernícola marcando territorio; le gustaba lo que sentía con ella, y no quería que recordase ninguna otra experiencia sexual que no fuesen las de ambos.

—Ábrete más... Sí, eso es —dijo cuando ella accedió. Al ver el brillo de la humedad desde su posición, no pudo resistirlo más.

Sayeb se acomodó, inclinándose ella, y de un solo empujón entró por completo en el cuerpo delicioso. Aisha sollozó de gusto ante esa inesperada fuerza, y empezó a mover sus caderas siguiendo el compás de las embestidas. Lo sentía más profundo en su cuerpo, le gustaba como la ensanchaba, como la poseía.

El sonido de la fricción de sus cuerpos se unía a los jadeos y gemidos, a las palabras ininteligibles, al gozo. Sayeb apartó momentáneamente las manos de las caderas de Aisha para llevarlas por las costillas hasta alcanzar los pechos y acariciarlos. La forma en que ella lo apretaba cada vez que entraba en su cuerpo, le parecía una tortura que jamás se cansaría de experimentar. Le resultaba muy sensual y excitante tomarla desde atrás, porque sentía que podía tomarlo con más facilidad.

—Más rápido... —pidió ella con la voz entrecortada.

—Me encantan tus pechos, Aisha...

—No dejes de tocarme entonces... ¡Oh! —exclamó cuando sus dos pezones fueron acariciados, antes de recibir un duro apretón cuya intensidad fue variando acorde a la fuerza de las embestidas de Sayeb. Él se llenó las manos con su carne, disfrutó de su piel, y ella no podía estar más excitada si lo quisiera.

—Mmm... Tu sexo es tan estrecho...

Sus cuerpos eran una mezcla de esencias, aromas tan únicos de cada uno, y pátinas de sudor que los cubrían por el esfuerzo. El estado de mutua estimulación estaba en su parte más alta, extrema, y no existía nada en el mundo que pudiera detener ese maremoto fuera de control. Sayeb entró una, dos, y tres veces más, hasta que un potente clímax rompió la frágil conciencia que les quedaba a cada uno.

Sayeb cerró los ojos con fuerza vertiéndose en el interior de su esposa. Para no aplastarla con su peso, a regañadientes, salió del interior, no sin antes agarrarla para llevarla consigo y colocarla sobre su cuerpo. Ella estaba saciada, sonriente, y eufórica.

Al cabo de un rato, cuando las respiraciones de ambos recuperaron el ritmo natural, Aisha abrió los ojos. Sayeb se pasó la mano por la frente, y al hacerlo el brazaletes de piel de camello que solía llevar se zafó. Ella le sonrió y agarró el pequeño objeto observándolo.

—Aisha...

Ella agarró la muñeca de Sayeb para besarla, pero se llevó una sorpresa tan grande que solo le quedó mirar a su esposo con los ojos abiertos de par en par. El recuerdo de una noche, trece años atrás, llegó a ella; el recuerdo era una imagen que, hasta esos momentos, no había sido capaz de recordar con claridad. Pero ahora la tenía frente a ella; nítida y perfectamente delineada en un tatuaje.

—Sayeb —dijo con el labio inferior temblándole—. ¿Tú...? Sayeb Najib Al-Kahalel —susurró esto último, incrédula.

Él no quería que ella supiera su verdadera identidad. Al menos no tan pronto. Hizo una mueca y tomó una profunda respiración. Le acarició la mejilla con la otra mano, mientras las lágrimas asomaban a los ojos castaño-dorados de su esposa. No quería verla llorar. Jodido brazaletes, pensó.

—No creía que te interesara... Tampoco tiene importancia o cambia lo que hemos construido sin necesidad de esa información.

—Pero, ¿cómo? ¿Es posible que...? —tartamudeó. Le parecía tan irreal—. Es el mismo tatuaje que tenía el chico que me salvó...

Sayeb cerró los ojos brevemente, y al abrirlos sintió la aceptación incondicional en la mujer que le acababa de obsequiar la posibilidad de hacerle el amor, y tener uno de los mejores orgasmos de su vida. Era un jodido suertudo.

—Mi abuelo se llamaba Najib, por eso lo llevo como parte de mi nombre legal y real —empezó con suavidad—, y él fue la persona a quien siempre consideré como mi padre, mi mentor. Muffat solo fue el donador de esperma, y nada más que eso. Imagino que asociarme a mí, Sayeb, con el chico que te encontró escondida tras la pesada cortina te resultaría inverosímil si te lo hubiese mencionado, porque, además, Najib es un nombre bastante utilizado en nuestro pueblo. A juzgar por la opinión que tenías de mí, jamás lo habrías considerado como una posibilidad que pudiese cruzar tu mente. —Aisha asintió, porque era incapaz de hacer otra cosa en esos instantes—. Esa noche fatídica —se aclaró la garganta—, cuando te encontré no quería que supieras que era el hijo del hombre que había matado a tu familia.

—Oh, Sayeb... —lo miró con ternura, y no pudo retener las lágrimas—. Yo... Cuando me acariciaste la primera vez con tu boca, íntimamente, viste mi marca en la pierna. La marca que me hiciste con tu daga... Por eso sabías que no mentía...

Él sonrió de medio lado.

—Sí, *princesa Aisha* —dijo con el mismo tono reverencial que había utilizado tantos años atrás. Pero en esta ocasión era la voz de un hombre, y no la de un adolescente que creía tener la capacidad de enfrentarse a un ejército de cientos de hombres y salir airoso.

Ella no cabía en sí de la emoción, y no creía que pudiera detener las lágrimas de alegría al saber que el hombre que una vez le perdonó la vida, la amaba; y era el mismo de quien ella estaba enamorada. Locamente enamorada.

—¿Por qué dejaste pasar todo este tiempo para decírmelo? —preguntó.

—No soy un héroe —murmuró sintiendo los labios de Aisha sobre su tatuaje, después ella se inclinó para besarlo, dulce y largamente en los labios—. Además, creo que no me hubieras creído. —Ella hizo una mueca—. Tampoco habría podido culparte, porque no hice nada para ganarme tu confianza, al contrario... Hemos tenido un viaje complejo.

—Me salvaste, Sayeb. Eres un héroe para mí. Me salvaste la vida —murmuró acomodándose sobre el cuerpo viril—, y eso solo...

A Sayeb no se le daban bien los cumplidos fuera de la cama. Básicamente, porque no creía que había hecho más que lo que entraba en el concepto de justicia. Hubiera sido un crimen con el que jamás habría podido vivir, si Aisha moría a manos de los bastardos que seguían a Muffat; la habrían decapitado, pero no sin antes violarla o quién sabría qué barbaridad. El solo pensarlo, lo atormentaba.

Le abrazó con fuerza.

—Ya te lo he dicho. Soy un bastardo egoísta —dijo interrumpiéndola—. Pero haberte salvado esa noche fue el único motivo que me permitió continuar con vida y soportar la culpa de no haber llegado a tiempo para advertirle a tu padre lo que se avecinaba... Siento mucho que tus padres no puedan estar contigo para ver la mujer maravillosa en la que te has convertido. Naciste para reinar. Lo habría sabido también tu hermano, y de seguro las peleas de criterio hubieran sido dignas de ver.

Ella sonrió entre lágrimas.

—Sayeb —murmuró apoyando el rostro contra los pectorales. Estaban desnudos, pero no solo físicamente. Lo estaban también sus almas—, gracias... Gracias por haberme salvado.

—Fue un placer, y pienso protegerte siempre —dijo con vehemencia.

—¿Sayeb?

—¿Sí? —preguntó sintiendo que ya nada se interponía entre los dos. Ya no existían más secretos, mentiras, ni miedos. Al menos de su parte.

—Saber que eres Najib, el chico que me salvó, y haber visto el hombre en el que te has convertido solo me hace amarte más, y cada beso logra que me enamore más de ti —le confesó mirándolo a los ojos sin pestañear.

Él, por primera vez, abrió y cerró la boca, pero las palabras no le salían.

Se aclaró la garganta.

—Aisha...

Ella le colocó los dedos en los labios para callarlo.

—Te amo. Iba a decírtelo hace un momento, pero tu brazalete se anticipó. —Sayeb le limpió las lágrimas—. Sabía que estaba enamorada de ti hace semanas, sin embargo, cuando me dejaste en el hotel de Suiza, me alegré de no habértelo confesado... —Él soltó una maldición al recordar su estupidez—. Cuando volviste, y me dijiste lo que sentías por mí, tenía dudas. —Él frunció el ceño—. Ahora, me siento feliz y completa a tu lado, y sé que arriesgarme a decirte que te quiero equivale al mismo riesgo que corriste tú al decírmelo. Confío en ti.

—Jamás volveré a dejarte, Aisha —dijo con vehemencia y seguridad.

Aisha mordisqueó la boca de Sayeb; le haló el labio inferior con los dientes, lo retuvo dos segundos, y volvió a soltarlo. Él le hizo un guiño, mientras sus manos grandes le acariciaban la espalda.

—¿Es una promesa? —le preguntó haciéndole la misma pregunta que él le hizo días atrás, cuando quiso tener la certeza de que ella no se marcharía de su lado por más complicado que se pusiera el panorama en el país o entre ellos.

—Sí, *habibati* —dijo en árabe “*mi amada*”, mientras apartaba las manos de la espalda para acunarle el rostro en forma de corazón e instar a Aisha a abrir los labios, y así poder devorar la boca que, dentro o fuera de las sábanas, conseguía crear decenas de sentimientos que a veces no era capaz de describir con palabras.

CAPÍTULO 17

Seis días después, a regañadientes, Sayeb permitió que una fuerte custodia de seguridad acompañase a Aisha al Hospital Central de Bhareib para visitar a Umman; el jefe Talippah estaba fuera de peligro y tan solo estaba recibiendo los últimos cuidados para darle el alta dentro de las próximas veinticuatro horas.

La presencia de Aisha en ese hospital no tenía que ver con asuntos de trabajo, así que no fue anunciada su visita y se mantenía bajo estricto secreto como un asunto de índole secreta. En el caso de Rafiq Haddan, Sayeb no consideraba moderar su tono en las próximas semanas, ni tampoco en lo relacionado con los hombres que ya habían sido sentenciados. Continuaba contrariado por saber que ese beduino fue el primer amante de Aisha, y también porque fue capaz de burlarse de los agentes de seguridad de Bhareib. No era doble discurso el de Sayeb en lo que se refería a la justicia equitativa para todos, porque si bien su esposa había participado de los hechos, ella no podía ser procesada por ese crimen. Ella era la legítima heredera al trono, y volver a su sitio —sin contemplar las circunstancias—, era su derecho. Se había considerado la acción como una situación extraordinaria.

Sayeb no tenía tiempo para dedicar a considerar ser flexible sobre el caso por ahora; existían temas más importantes. Uno de esos temas fue la visita que tuvo del staff del Ministerio de Finanzas. Las noticias no fueron en absoluto agradables. La posibilidad de importar productos italianos para mejorar la variedad del mercado gastronómico del país había sido truncada por la intervención de Riathop; un alto asesor del rey Kahlus tenía amistades en las altas esferas de Italia, y al enterarse de que había un trato a punto de firmarse con Bhareib, aprovechó para hacer una mejor oferta basándose en redoblar la que se había ofrecido desde Vasulh. Se trataba de falta de seriedad de los empresarios italianos, pero también una jugada sucia desde Riathop. Y dado los antecedentes, Sayeb no podía hacer más que tomar el asunto en sus manos.

De momento, Oromo estaba detenido. Su hermanastro tenía un aliado dentro del palacio real y Sayeb pretendía desenmascararlo. Las pistas eran todavía confusas, pero si alguien poseía su entera confianza era Geeza. De hecho, estaba esperando que este le diera a conocer la transcripción del último interrogatorio de los tres detenidos. La tortura física no formaba parte de las estrategias para obtener información —al menos si no estaban en una guerra—, pero no tenía ningún problema en utilizar la tortura psicológica para que esos tres cretinos diesen a conocer los entresijos detrás de la contratación de sus servicios como asesinos.

Sayeb poseía sus propios métodos de trabajo. No necesitaba ayuda del grupo de inteligencia, pero sospechaba que Jasum no parecía ser tan inocente como aparentaba. Por ese motivo había sugerido a Naras que lo hiciera seguir a todas horas. Despedirlo, sin pruebas, contribuiría a una retaliación, y Sayeb prefería mantener un perfil bajo. Si encontraba que Jasum había estado en

contacto con Oromo para darle información a cambio de quién sabría qué beneficios, iba a tomarse todas las atribuciones que le fuesen posible para que el hombre aprendiese una lección que no olvidaría.

—Prepara mi helicóptero, Alam —le dijo a su segundo al mando—. Hoy tengo una reunión en Riathop. Coordínalo todo diligentemente.

—Majestad, por supuesto —dijo el hombre.

Geeza se había dirigido al centro de Vásulh para reunirse con las autoridades que finalmente lograron capturar a los hombres que intentaban matar a Sayeb. Estaban bajo interrogación, y cuando confesaran quién había sido la persona que los contrató, así como todo lo que pudiesen aportar como información, las repercusiones sentarían un precedente. Eso, sin duda.

Sayeb sabía que su hermano estaba detenido en la suite de un hotel y fuertemente custodiado, gracias a la justicia de Suiza que le permitió desplazarse por su territorio para sacar esposado a Oromo y traerlo a Vásulh. Sayeb quiso ahorrarse el mal sabor que llegaría con los titulares de prensa, recordando viejas rencillas entre hermanos, pero su equipo diplomático le informó que no existía otra salida para que Oromo llegase a enfrentar los interrogatorios. Lo que menos quería el rey era tener a su hermanastro en la misma superficie geográfica, pero era la única forma de castigarlo. ¿Hasta cuándo tendría que lidiar con los efectos remanentes del pasado?

La felicidad estaba construida a base de momentos específicos, y nadie podía ser feliz todo el tiempo; simplemente, era anti-natura. En el caso de Aisha, la felicidad solía ser un estado de vida tan mezquino con ella, que le resultaba muy difícil de aceptarla por entero cuando se hacía presente. Uno de esos momentos que estaban haciendo de su día uno feliz era ver a Umman. Cuando Sayeb le anunció que los hombres que Rafiq le describió fueron detenidos, al igual que Oromo, y por eso tenía bandera blanca para ir al hospital, ella se sintió en éxtasis. Tanto así que se lanzó a los brazos de Sayeb, sin importarle que Geeza y otros miembros del staff fuesen testigos, y lo mantuvo retenido un largo instante; le gustó que su esposo no la detuviese, sino que la rodeó con su calidez, hasta que ella se apartó sonriéndole.

Podía decir que era feliz, y que ahora apreciaba más cada pequeño instante que le producía alegría.

—¿Cómo estás, princesa Aisha? —le preguntó Umman con la voz serena de siempre. Estaba sentado frente a la reina en una butaca en la habitación del hospital, pero no se molestaba en llamarla por su nuevo título, porque para él siempre sería Aisha Al-Sabagh, la última princesa del desierto.

Apostados en el exterior se encontraban los guardaespaldas del palacio, así como otro número de agentes estaban desplazados en el exterior del hospital custodiando a Aisha. Ella sonrió inclinándose para agarrar la mano de él con la suya.

—Muy bien, y ahora que sé que estás vivo, mejor todavía —le dijo con dulzura, y trazando las líneas de las arruguitas de esas manos que tantas veces prepararon comida, apósitos, la guiaron para que aprendiese a defenderse en la adversidad, y le cambiaron los paños fríos para bajarle la fiebre cuando se enfermaba.

Él asintió. Su rostro solemne, sereno, la observó. Durante un rato, Aisha aprovechó para contarle todos los incidentes que había experimentado desde que logró entrar al templo. El anciano la escuchó con calma.

—Me sorprende que no te hayan enviado a la cárcel por intentar visitar a un viejo como yo, y que además fue coideario de la rebelión de una jovencita —dijo soltando una carcajada, y que fue

interrumpida por la tos.

Ella le pasó un vaso con agua, pero Umman lo rechazó. No era de sorprenderse, pues él creía que estaba hecho de fierro y nada podía pasarle. Aisha meneó la cabeza.

—Pasé un gran susto cuando me enteré de que recibiste un disparo. Y también me enfadé muchísimo porque Sayeb me mintió. Ya sabes que detesto que vayan tras mis espaldas haciendo cosas, Umman. Rafiq está vivo, pero lo han detenido. Yo me encargaré de ese asunto. No es justo.

Umman sonrió de medio lado.

—Eres feliz —afirmó.

—Lo soy... —murmuró—. Era tiempo, ¿verdad?

—Ese hombre, el rey, me vino a ver hace dos días. —Aisha abrió la boca para decir algo, pues ignoraba que Sayeb hubiera ido al hospital a ver a un detenido. Umman agregó—: Me pidió disculpas por el error del muchacho que me disparó.

—Sayeb pidiendo disculpas... —murmuró ella.

—También me dijo que no me preocupara, que se levantaría la orden de captura en mi contra y que podía regresar al desierto. —Aisha sonrió con lágrimas sin derramar en los ojos—. No he visto jamás que un líder, un guerrero como ese hombre y su reputación, pida disculpas; menos pedir mi aprobación para estar contigo.

Ella frunció el ceño, mirando a Umman sin entender.

—No comprendo... Estamos casados.

Umman se rio de nuevo, porque los jóvenes y su falta de suspicacia en asuntos sentimentales lo continuaba sorprendiendo.

—Me comentó que entendía que yo era quien te había criado, lo más cercano a un padre para ti...

—Lo eres, claro que lo eres, Umman —afirmó, interrumpiendo.

—Gracias, princesa, me siento honrado —comentó dándole una palmadita en la mano con afecto—. Me explicó que, como no tuvo oportunidad de conocer al rey Hassab para pedirle tu mano, y dado que ustedes ya están casados, quería mi aprobación para continuar a tu lado.

—No puedo creer esto —susurró limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Ese hombre...

—Me arriesgué a decirle que, si estaba en este hospital hablando conmigo, implicaba que su humildad lo hacía grande, y que la única persona que podía decidir era y serías siempre tú.

—Es decir, usaste uno de tus trucos para responder sin hacerlo en realidad —dijo riéndose—. Eres incorregible.

—Un viejo tiene que divertirse de vez en cuando, princesa —replicó—. En todo caso, antes de irse le dejé claro que yo podía tener casi ochenta años, pero si llegaba a escuchar que la actual reina de Bhareib no era tratada como tal, yo iría en persona a ajustar cuentas de hombre a hombre.

—¿Qué te dijo Sayeb, Umman? —preguntó, porque su esposo no era el tipo de hombre que aceptaba amenazas, chantajes u órdenes. Era obstinado como una piedra.

—Solo asintió, después me entregó mi orden de libertad, y se marchó.

Aisha tan solo se incorporó para darle un abrazo a ese anciano que había hecho tanto por ella. La había protegido, enseñado mucho más sobre la vida, y también le entregó un regalo invaluable: la convirtió en una guerrera con corazón.

En algunas batallas, los sentimientos podían ser contraproducentes, porque la mente era un arma en sí misma. Pero Aisha jamás leyó en la historia de la humanidad, que la compasión hacia otros y la lealtad a un país fuesen excluyentes.

—Te visitaré en el desierto —le dijo a Umman—. Ahora, ya debo irme. Me aseguraré de que

Rafiq salga en libertad, así como los otros seis que me ayudaron.

Umman hizo una negación con la cabeza.

—Pon tu seguridad primero en el camino, princesa Aisha. Todo caerá por su propio peso cuando tenga que suceder. Ahora, ve a ese palacio que tienes y aprecia la posibilidad de regresar a casa con el hombre que es tu nueva familia.

Después de largas conversaciones entre los diplomáticos de Bhareib y Riathop, se llegó un acuerdo para establecer los procedimientos sobre los sabotajes comerciales, que abarcaban más que Italia, pero también para dialogar sobre el intento de asesinato financiado por el país de la que fue la prometida de Sayeb meses atrás. Al final de todo ese ir y venir de comentarios de ambas partes, Sayeb y Kahlus sostuvieron una conversación telefónica privada. El resultado era el que llevaba en esos momentos al rey de Bhareib hacia Riathop.

Sayeb se dirigió al helipuerto. El viento rugía con fuerza, y se había anunciado una tormenta de arena al final de la jornada. Lo que menos deseaba era quedarse en Riathop a pasar el día. No quería estar lejos de Aisha, porque —a pesar de que la seguridad se había redoblado, y los sistemas estaban más alertas—, prefería saber que su esposa estaba a su lado, a salvo.

Se sentía protector a su alrededor, y la experiencia le era ajena su habitual forma de actuar o sentir. ¿Qué era habitual, después de todo, entre él y Aisha?

—Majestad, todo listo para despegar —dijo Alam, antes de subirse al helicóptero—. Nos recibirá una comisión especial. Aterrizaremos en el helipuerto privado del rey de Riathop.

—Bien —se acomodó en el asiento y se colocó los audífonos. Alam lo imitó, al igual que lo hicieron los tres militares que lo acompañaban.

—Se espera que exista una cena —empezó Alam.

—Cancélala si la aceptaste o elimínala de la agenda si está pendiente.

—Pero...

—Yo doy las órdenes, y pienso regresar a Bhareib hoy mismo. ¿Queda claro, Alam? —preguntó ajustándose el cinturón de seguridad. Echaba en falta poder montar a caballo más seguido.

En ocasiones cuando tenía suerte, lograba despertar temprano, a regañadientes porque eso implicaba no tener un rato más a Aisha entre sus brazos, y dirigirse a los establos. En los últimos cuatro días, finalmente, convenció a su esposa de quedarse con él en el riad, mientras un grupo de arquitectos rediseñaban la habitación de él para transformarla en un espacio más amplio y cómodo para una pareja. Aisha —no sin debatir por supuesto—, accedió.

Ella aseguró que estaba de acuerdo con mudarse de cuarto, siempre y cuando la habitación que era de ella quedase intacta por si decidía que él, alguna noche, no merecía compartir su cama. Sayeb, por supuesto, se rio antes de besarla; la clase de beso que los consumía y los llevaba a pasar toda la noche explorándose. No se saciaba de Aisha, y tampoco creía que una vida fuese suficiente para conseguirlo.

—Sí, Majestad, queda claro —murmuró Alam.

Le esperaban dos horas de trayecto a Sayeb. Prefería el helicóptero porque, a diferencia del jet, le permitía dar un vistazo aéreo de su país, y notar si las infraestructuras principales de las ciudades que estaban a sus pies requerían una visita personalizada o si acaso encontraba algún incidente súbito durante el recorrido.

Tres largas horas más tarde, entre presentaciones, una comida, saludos, y demás, finalmente los reyes pudieron sentarse a conversar.

—Como te mencioné, Sayeb —dijo Kahlus tuteándolo, al final estaban en su país y él decidía los protocolos—, no tengo nada que ver con lo que me informaron mis diplomáticos. Lamento que haya existido una situación como la que implica un intento de asesinato.

Sayeb estaba furioso, pero tenía que controlarse.

—El pago se hizo desde las cuentas de la Casa Real de Riathop. Entiendo que la situación acaecida con la princesa Jamaya no fue la más idónea, pero también yo estaba de brazos cruzados ante la súbita presencia de una persona que nadie creyó que estuviese con vida después de trece años.

Kahlus se pasó la mano por la barba entrecana, abundante, y algo desprolija.

—Eso lo comprendí...

—Sin embargo —interrumpió Sayeb reclinándose en el sillón de la lujosa sala —, decidiste hacer una guerra sucia con todas las iniciativas que teníamos en el extranjero. No somos un país vengativo, pero tendrán que atenerse a las consecuencias si encontramos en el camino alguna otra “casualidad” en la que Riathop súbitamente gana un contrato que estaba a punto de cerrarse con Bhareib y otra nación o persona. Por consecuencias me refiero a una campaña que lograría que otros países piensen dos veces antes de agarrar una llamada proveniente de Riathop.

Kahlus apagó el cigarro que estaba fumando, y lo dejó a un lado.

—Tus amenazas son peligrosas, Sayeb —dijo, enfadado—. No me gustan.

—Los monarcas, debes saberlo porque eres mayor a mí en edad, no hacen gestiones para ser populares con otros monarcas, en especial si su país está siendo víctima de una jugarreta —replicó Sayeb. No había tocado el café ni los dulces que le habían ofrecido—. Una de las ventajas de haber estudiado en el extranjero, y tener amigos en todas partes, Kahlus, es que te forjas una reputación. Nadie quiere aliarse más con alguien que entiende sus impulsos, como por ejemplo otro millonario o billonario mujeriego —en ejercicio o no—, y que tiene grandes negocios o busca un nicho para ver florecer, aún más, su fortuna. En mis días de juerga conocí muchas personas, y Bhareib está en un proceso de expansión.

—Dialogaré seriamente con la cartera de Relaciones Exteriores y la de Negocios para saber qué es lo que ha ocurrido en estas casualidades, como mencionas, en que ganamos contratos que Bhareib estaba a punto de concretar —dijo sin admitir su culpa—. Riathop no quiere más humillaciones. Tampoco entrar en guerra.

Sayeb comprendía el mensaje tras esa última oración. Si tomaba represalias por los contratos perdidos, Kahlus sabía que Riathop se expondría a una situación incómoda por su proceder antiético, que se sumaría a la humillación personal que —a juicio de Kahlus— había sufrido su familia por el truncado matrimonio.

—Nadie quiere una guerra, Kahlus. Ahora, si no fuiste tú quien envió a un grupo de mercenarios a matarme, ¿quién hizo uso del dinero de las cuentas del palacio?

El hombre se removió incómodo en el asiento. Acabó el concentrado café árabe, sin dejar una gota. Llevaba ya tres tazas de ese líquido en su sistema. Se inclinó sobre la mesa de preciosos acabados y que era parte de su herencia familia de doscientos años, y miró a Sayeb.

—Me alegra saber que estás vivo, rey Sayeb —dijo con cautela—, y apelo a tu capacidad de compasión para recibir la respuesta que tengo que darte.

—Habla de una vez, Kahlus. El tiempo es dinero, y no me estás pagando por todo lo que estoy invirtiendo en esta reunión —replicó con intensidad.

—Después de la última conversación que sostuvimos, mandé a hacer una auditoría exhaustiva

a nuestras cuentas. Efectivamente, hay un faltante por el equivalente a diez millones de libras esterlinas, que vendrían a ser catorce millones de ororiath. —Sayeb esperó paciente a que continuase, ya sabía cuál era la moneda oficial de Riathop, y no estaba allí para recibir clases—. Rastreamos internamente... —soltó una exhalación resignada—. Mi hija está muy arrepentida. Y recibirá un severo castigo por haber puesto en riesgo no solo la integridad de Riathop, sino también tu vida. Nuestro país emitirá un...

—No necesito ningún jodido documento oficial o extraoficial —dijo, furiosísimo, mientras se ponía de pie—. Estamos hablando de la vida de una persona, cargo monárquico o no, que estuvo en riesgo.

—Mi hija confesó haber tenido un ligero —se aclaró la garganta— enamoramiento. Se sintió desplazada y ofendida cuando elegiste otra persona y no luchaste por mantenerte fiel a tu palabra. No es una justificación, y como te he mencionado será castigada en base al peso de sus acciones.

Sayeb no conocía a la princesa Jamaya. Obviamente, ignoraba cómo era su rostro o su cuerpo porque se firmó un contrato de matrimonio “a ciegas”. Aunque la situación no era en doble vía. La princesa Jamaya pudo haber buscado un modo de enterarse quién era él. Eso podría explicar que hubiese podido desarrollar alguna fantasía cuando supo con quién iba a casarse. Sayeb no estaba siendo presumido, pero sabía que las mujeres no eran inmunes a su físico.

—No trabajó sola —dijo Sayeb—. Además de mi hermanastro, tu hija contó con la ayuda de alguien dentro de mi palacio.

—Creo que la respuesta va a gustarte todavía menos.

—Habla, Kahlus, antes de que pierda la paciencia.

Al atardecer, Sayeb todavía no podía creerlo. La princesa Jamaya, al parecer había seguido todos y cada uno de sus pasos durante algún tiempo, contrató a esos hombres contactándose con el único capaz de venderse por dinero: Oromo.

Cuando abandonó el palacio real de Riathop, lo último que esperó fue sentir el peso de la traición clavándose en su espalda. Ahora conocía la identidad de la persona que había trabajado con Jamaya, además de Oromo. Lo confesó ella misma, entre lágrimas y pidiéndole perdón con la reina Latiffah y el rey Kahlus como testigos, en el salón de invitados. Sayeb no podía estar más consternado. ¿Cómo había sido tan estúpido para descuidarse? Ahora necesitaba mantener la boca cerrada para no perder los papeles una vez que viera al cretino de su asistente.

Una vez que estuvo a bordo del helicóptero, una extraña sensación lo embargó. El piloto parecía tranquilo, pero la altitud empezaba a descender en una zona en que no debería. No era experto en manejo de helicópteros, aunque se trataba de simple costumbre y conocimiento de los trayectos realizados durante tantos años.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a al piloto—. Y no me mientas, Rahnu.

—Estamos perdiendo combustible, Majestad.

Sayeb apretó los puños. Miró a su asistente. El jodido traicionero tenía una sonrisa en el rostro.

—¿Qué hiciste, Alam? Todos estos años has ganado mucho dinero, y mantienes responsabilidades en mi círculo de confianza —dijo finalmente enfrentándolo. Cuando Kahlus le dijo que él era el contacto interno de Jamaya se decepcionó. Ya nada parecía digno de merecer incredulidad.

—No lo suficiente, Sayeb —dijo tuteándolo—. Es un acto heroico, y el príncipe Oromo me dio la motivación para hacer que mi pensamiento se volviese realidad a través de un plan concreto.

No mereces el trono, Sayeb. La reina Aisha es una idiota por continuar casada contigo. Le haré más fácil el camino a ella, y si tengo que morir hoy, no me importará. Será por un bien mayor. El bien de Bha...

Sayeb le quitó los audífonos a Alam, y no dejó que terminara su estúpida explicación. Le dio sendos puñetazos, mientras el helicóptero continuaba descendiendo. Alam se defendió, y los militares que estaban en el aparato entraron en acción. Era una ola de puñetazos.

El piloto miraba lo que ocurría atrás, y se angustió porque el combustible se escapaba con una velocidad imparable. Él había cargado de suficiente gasolina el aparato, pero tuvo que haber sido alguien que maniobró el helicóptero en su ausencia, y la única persona con acceso, además de los militares, era Alam. A juzgar por quién era el que estaba recibiendo los puñetazos e intento de neutralización, podía notar en quién recaía la culpa de esa jodida situación.

—Abre la puerta —gritó Sayeb a uno de los militares.

—Majestad...—dijo el hombre consciente de que era una gran imprudencia. Pero uno de sus compañeros entendió perfectamente lo que quería el rey de Bhareib.

—¡Abre la jodida puerta del helicóptero! ¡Ahora!

El militar no dudó en obedecer. Al instante, el aire se filtró en el interior, con la fuerza de un león aguerrido y listo para derribar lo que fuese, tambaleándolo. Sayeb estaba cegado por la furia. Nada le importaba. Y si el traidor de Alam iba a morir de todas maneras, entonces él pensaba agilizar el viaje.

Alam tenía la nariz ensangrentada. El labio roto, y en esos momentos trataba inútilmente luchar contra el hombre que lo tenían reducido a un muñeco golpeado y sin posibilidad de escapatoria. No hubo más pelea.

—La justicia de Bhareib no sabrá de ti, pero sí la Ley del desierto —gritó Sayeb para hacerse escuchar, antes de lanzar por los aires el cuerpo de Alam en medio de la inmensidad de las dunas y las montañas de Oriente Medio.

Tratar de salir con vida sería un reto que no estaba seguro de poder cumplir a juzgar por cómo Rahnu batallaba agitadamente con los controles del aparato, pensó Sayeb, mientras empezaban a colocarse los paracaídas. El piloto continuaba haciendo un gran esfuerzo para llevar el aparato a un sitio que no fuese tan escarpado, y la velocidad a la que iban se salía de su posibilidad de control; de hecho, la aguja que marcaba los niveles de combustible iba en descenso tan rápidamente que no le daba tiempo a pensar en cómo maniobrar acorde a ello. Estrellarse era una alta posibilidad, pero hacerlo en una zona escarpada sería reducir las posibilidades de sobrevivir.

Sabía que la herida en la pierna izquierda lo había hecho perder mucha sangre, y que de seguro tenía una de las costillas —si no eran dos o tres—, rotas. Se había torcido el tobillo y le dolía jodidamente. Caminar era toda una hazaña, pero debido a la tormenta de arena llevaba horas bajo la pequeña cueva que él y sus hombres lograron encontrar. Todos estaban mal heridos, aunque no por eso iban a claudicar. Todavía no podían saber qué tan lejos habían caminado, pero sí eran conscientes de que Bhareib quedaba a miles de kilómetros.

La intención inicial era encontrar un pueblo cercano o quizá una tribu de nómadas o de beduinos de alrededor. Nadie conocía más el desierto que ellos. Después, Sayeb iba a contactar con el palacio de Bhareib para darles a conocer su ubicación. Imaginaba que Aisha estaba al mando, y eso le daba la satisfacción de que no se ahorrarían esfuerzos ni estrategias para encontrarlos. Sabía que su esposa era muy recursiva, y le daba igual qué modos encontrase para dar con ellos.

—Majestad —dijo Viann, uno de los tres militares—, la tormenta está amainando. Creo que es momento de continuar. Las vendas que nos hicimos nos ayudarán a mantenernos en pie. Necesitamos buscar agua.

—Sí, lo sé, Viann. —Miró a los otros tres—: Vamos. Lo haremos con cautela. Todos asintieron, y empezaron a salir de la cueva.

CAPÍTULO 18

Aisha caminó de un lado a otro en el gran salón del palacio. Reunidos alrededor de la improvisada sala de reuniones estaban los especialistas en búsqueda y rescate; todos intercambiaban pareceres sobre las mejores formas de abordar el terreno para hallar el helicóptero del rey Sayeb. Necesitaban hacer cálculos para determinar, en base a la ruta del camino que poseían, en qué sitio podría haberse perdido el helicóptero: horas, altitudes, posibilidades de sobrevivir y peligros.

Ella no creía tolerar más la situación. Había perdido la cuenta de las tazas de té de valeriana que consumió. Era pasada la una de la madrugada, y no recibían respuestas del líder del equipo de búsqueda. La tormenta de arena que estaba en pleno apogeo era un impedimento para que los hombres pudieran avanzar o intentar nuevas rutas. La tormenta no solo era externa, sino que Aisha podía sentir cada parte de su cuerpo vibrando de emociones oscuras, catastróficas, violentas... No creía poder soportar el estar en pie si Sayeb, su amado Sayeb, había perecido en ese viaje.

El corazón le palpitaba tan rápido, que era un milagro que no se le hubiese detenido por completo ante tanta agitación. Intentó respirar profundamente y escuchar las palabras de ánimo que Zhinite le decía cada dos por tres. Sus músculos parecían funcionar de forma automática, aunque su cerebro iba a mil por hora tratando de encontrar sentido a todo lo que estaba sucediendo. El torbellino de angustia y dolor cobraba fuerza cada que pasaban los minutos sin saber de Sayeb.

La Casa Real de Riathop había informado los detalles de la visita del rey de Bhareib ocurrida muchas horas atrás. En deferencia a las circunstancias, el mismísimo rey Kahlus se puso al teléfono con Aisha para detallarle pormenores de la reunión por más de que fuesen un secreto diplomático. La situación era excepcional, y la llamada se estaba haciendo desde teléfonos con alta seguridad.

Era gracias a él que Aisha sabía que, quien estaba detrás de la contratación de los mercenarios, era Jamaya Al-Belawe; y el cretino de Alam, un desleal y ambicioso gusano, era quien había seguido las órdenes de Oromo a cambio de una promesa de prestigio y dinero. ¿Cómo era posible que hubiese vendido a su propio país, y hubiese puesto en riesgo la estabilidad de una nación que lo había posicionado en el círculo de confianza de la Realeza?, se preguntaba Aisha. Sayeb era un jefe impecable; estricto y directo, sí, pero jamás injusto o cruel.

Según el rey Kahlus, no discutirían el castigo que se llevaría a cabo para la princesa Jamaya, porque —a pesar de ser un tema de alcance internacional—, continuaba siendo una situación de extrema delicadeza a nivel interno en Riathop. Sin embargo, lo que sí le aseguró a la reina Aisha era que su país estaba en deuda y un equipo de búsqueda y rescate ya había sido enviado al desierto para unirse a los esfuerzos de los escuadrones de Bhareib para encontrar al rey y su equipo.

Cuando la noche dio paso a la madrugada, Aisha no soportó más la incertidumbre. No había ninguna pista. Ella maldijo no haber sido más lista horas atrás, porque sí que existía una persona capaz de recorrer el desierto a ojos cerrados sin perderse y que también era su mejor amigo.

—Señores —dijo apartándose de la silla de la cabecera de la mesa para elevar su voz. De inmediato, los ruidos cesaron y más de doce pares de ojos se posaron sobre Aisha. Ella continuó—: Quiero que liberen a Rafiq Haddan y a los seis hombres que fueron encarcelados bajo los cargos de sublevación, insurgencia, y complicidad en el crimen de suplantación de identidad.

Las voces de asombro e incomodidad no se hicieron esperar. Zhinite, en cambio, se mantuvo neutral.

—Majestad, con el debido respeto —empezó el jefe de policías de Vasulh, y varios jefes de secciones de seguridad lo observaron con una expresión de aprobación—, me gustaría poner sobre la mesa que eso sentaría un precedente...

—No me interesan, señores, sus consejos para futuras ocasiones. Este es el presente, y las personas que he mencionado van a encontrar a mi esposo, el rey. No busco la aprobación de nadie, lo que estoy diciendo es una orden directa. Si no se cumple, lo asumiré como traición.

—Miró a todos, veinte hombres de todas las edades que la contemplaron atónitos—: ¿Les quedó claro? Soy la reina de este país, y, bajo ninguna circunstancia permitiré que se decida en mi nombre o echen por la borda lo que, por experiencia y conocimiento de primera mano, sé que es lo mejor para esta situación tan inusual y desesperante.

—Como ordene, Majestad —dijo Naras.

—A sus órdenes, Majestad —secundó Jasum.

Poco a poco todos los ministros, agentes de seguridad e inteligencia, diplomáticos especialistas en crisis, asintieron. Geeza, contempló a Aisha con orgullo.

—A trabajar señores —dijo Aisha, antes de dirigirse hacia Zhinite—: Prepara un automóvil. Me voy al centro de detenciones y cárcel principal de Vasulh. Llama al encargado de la prisión y anuncia mi llegada. No quiero a ninguna de las personas, en especial Rafiq, recibiéndome esposados. Yo me hago responsable de ellos.

—Sí, Majestad.

Cuarenta minutos después, Aisha soltó una exhalación de alivio al ver a Rafiq. En esta ocasión, solo extendió su mano y su amigo la estrechó. Los seis hombres que la ayudaron a llegar al palacio meses atrás, también hicieron lo propio. Le gustó que Rafiq mostrase signos de recuperarse de la golpiza que recibió de Sayeb, y también notar cuán dispuesto estaba a ayudar, cuando ella le informó el motivo de su visita.

—Por supuesto —dijo mirando a su alrededor. Estaban en una sala con Geeza, el Ministro de Seguridad y Bienestar, y el agente a cargo de esa cárcel, así como varios oficiales—, este gran acto de valentía tendrá su recompensa. Yo, como reina de Bhareib les garantizo inmunidad y libertad cuando completen esta misión con éxito.

—Así será, Majestad —replicó Rafiq con respeto. No podía expresar sus emociones ante otros. Jamás pondría a su mejor amiga en entredicho. Iba a hacer lo que pudiese para rescatar al rey, y el resto de hombres, perdidos en el desierto.

La deshidratación había jugado un número en la fuerza de Sayeb al momento de llegar al hospital. Los médicos esperaron hasta que estuviera estable para trabajar la herida en la pierna. Y ahora, en la cama con el muslo vendado y una intravenosa, dormía profundamente. Sus hombres estaban en situaciones similares en algún lugar del Hospital Central de Bhareib; unos tenían

heridas más severas que otras.

Cuando Aisha recibió la comunicación por radio de que habían sido encontrados con vida, a ciento setenta kilómetros de la frontera de Bhareib, se inclinó sobre el sillón de la sala y ocultó el rostro entre las manos. Un alivio inmenso la envolvió como un abrazo. Quería llorar y gritar y reír de alegría. Por un instante creyó que su vida estaba maldita, si cada persona a la que amaba moría. A su alrededor, la sala estaba convulsa. No podía desmoronarse, así que respiró dos y tres veces hasta que sus pulmones se lo agradecieron. Se secó la humedad de los ojos con rapidez, antes de aproximarse a la mesa para organizar el resto de la noche.

La primera decisión, aparte de que Rafiq y sus seis aliados fuesen tratados con respeto y hospedados en un hotel hasta que fuese prudente presentarse en una audiencia con los reyes de Bhareib; después, Aisha llamó a su chofer, y en menos de diez minutos puso rumbo hacia el hospital para ver a Sayeb.

Geeza y Zhinite se quedaron en el palacio.

Los ocupantes del helicóptero habían sido encontrados, menos uno: Alam. El aparato se halló calcinado contra una montaña, y no existían rastros del que fuera el segundo al mando del equipo de trabajo del rey. Ella no tenía el corazón negro, sin embargo, no iba a gastar recursos para tratar de buscar a alguien que, seguramente, no estaba ya entre los vivos. Dio la orden de cesar la búsqueda. Además, sabía que su esposo jamás dejaría a sus acompañantes atrás, así que los que estaban ahora en el hospital eran los sobrevivientes. Punto.

Ajena a las muestras de respeto del personal del hospital, porque la verdad lo único que le importaba era ver a Sayeb, Aisha avanzó con el pulso agitado a lo largo de los pasillos, hasta que el doctor encargado la guio a la habitación que buscaba. Antes de abrir la puerta, escuchó con atención el diagnóstico, y se alegró de que solo hubiera sufrido heridas que eran de poca gravedad; tenía que descansar, pero aparte de eso, nada que fuese una preocupación a largo o corto plazo.

Una vez a solas se acercó a la cama.

Sayeb descansaba con los ojos cerrados. Las pestañas largas y oscuras reposaban sin moverse. Verlo en la cama, con la intravenosa, las magulladuras del rostro, el muslo vendado, y también la zona de las costillas rodeada del material blanco de las vendas, lo hacía parecer dócil y maleable. Nadie debía confundir la pasividad de un león, pensó Aisha, con indefensión; Sayeb era todo menos débil. Estaba convencida de que, si él presentía una situación de peligro —herido o no—, hallaría la manera de defenderse o resguardar a las personas que le importaban.

Con sigilo estiró los dedos temblorosos para acariciarle la mejilla. La barba le recordaba todas las veces que habían quedado marcas rosáceas entre sus muslos; la vitalidad y sensualidad de Sayeb la tenían atrapada. Quizá no pudiese ser un hombre refinado, pero había hallado la manera de abrirse espacio en un mundo que requería de ciertas formas; estudiar en el extranjero le sirvió para crear una red de contactos importantes, pero era la pasión que sentía por el bienestar de Bhareib el que lograba que ella lo viese como un hombre que compartía su más alto ideal de vida: trabajar para que el país que los había visto nacer, prosperase.

—Hola... —susurró mirándolo, absorbiendo la estampa del hombre que yacía en la cama—, me tenías preocupada, Sayeb. —No quería despertarlo, así que susurraba las palabras, pero en medio del silencio en el que se hallaban, resonaban un poco más alto de lo que deberían—. Me costó un mundo no agarrar el jeep del garaje inmediatamente para dirigir una misión de rescate en persona. Los cobardes de nuestro staff pretendían que esperara unas horas para dar la orden de que te buscaran. Siempre que te retrasas me lo haces saber, y esta ocasión no fue así. Para no ser paranoica, esperé una hora, y fue un infierno para mí demorar la salida del equipo de búsqueda...

—Le tomó los dedos entre los suyos, y los acarició. Él continuaba en silencio, con ojos cerrados, y la respiración calmada—. Luego, ya nada más me importó y di la orden de que empezaran a trabajar...

Sayeb sentía el cuerpo dolorido. Como si le hubiesen dado una paliza. Estaba escuchando a Aisha. Saber que estaba a su lado, que se había preocupado por él, fue la medicina que necesitaba. Empezó a sonreír, porque escuchó toda la historia de cómo había sido el proceso. También le contó que sabía lo de Alam, debido a la llamada del rey Kahlus, y que no lamentaba haber suspendido la búsqueda del traidor. Además, le expresó su desdén por la princesa Jamaya, y le aseguró que si alguna vez volvía a verla iba a decirle un par de cosas muy interesantes que tenía en la mente.

—Asumo que me extrañaste... —dijo Sayeb con voz rasposa. Observó a Aisha; bebió su imagen como si los líquidos que le habían dado los médicos no hubiesen servido de nada; solo ella era capaz de calmar su sed.

Ella lo miró con sorpresa, y lágrimas sin derramar.

—Sayeb... —susurró inclinándose para besarlo en los labios. Fue un contacto dulce, suave y breve—. No vuelvas a hacerme esto —dijo enfadada de repente.

Él quiso reírse, pero el jalón que sintió en las costillas lo detuvo. Aisha, al notar el malestar, empezó a apartar los dedos de los de Sayeb para llamar a la enfermera, pero él la detuvo apretando sus dedos alrededor de los de ella.

—*Habibati*, mi amada Aisha, no necesito médicos. Solo a ti —dijo con suavidad, sonriéndole—. Ha sido una jornada de mierda, pero saber que te preocupas por mí, hace una gran diferencia. Ven, acuéstate a mi lado, pero antes dame un poco de esa agua de menta que me trajeron.

Aisha lo ayudó a beber, pero no se recostó con él.

—Quizá tus heridas no sean de vida o muerte, pero no puedo darme el lujo de arriesgarme a que sientas dolor —dijo con fiera firmeza—. No quiero verte sufrir, Sayeb. Ni siquiera puedes imaginar las horribles ideas que me rondaban la cabeza en el fatídico escenario de que no estuvieras con vida —dijo esto último con pesar.

—En otras circunstancias incluso me habrías estrangulado en la cama para apartarme del camino —dijo bromeando, pero ella bajó la mirada. Él agitó los dedos, instándola a mirarlo de nuevo—. Hey, solo estaba tratando de quitar tu expresión de incertidumbre —agregó Sayeb.

Ella se mordió el labio inferior, y suspiró. Meneó la cabeza tratando de deshacerse de la bruma que había dejado la preocupación de las últimas horas.

—Quería vengarme de ti, quería odiarte, pero jamás pasó por mi mente matarte... —se aclaró la garganta y lo miró a los ojos, un brillo pícaro surgió en ellos al agregar—: Matarte, no, bajo ningún concepto, pero herirte lo suficiente para que recordases quién era yo, claro que sí —dijo con un guiño, y él rio por lo bajo—. Gracias por haber indultado a Umman —susurró acariciándole la mejilla con los dedos de la mano que no estaban retenidos con suavidad entre los de Sayeb.

—No podría mantener bajo arresto al hombre que terminó de convertirte en la valiente mujer que nació para reinar —respondió con honestidad—. Después de todo, le quedan pocos años de vida. Recluirlo en una cárcel sería cruel, en especial si consideramos que fue la única figura paterna que tuviste durante todos estos años lejos del palacio real, reina mía.

Ella se sintió conmovida por sus palabras. Añoraba poder abrazarlo, rodearlo con sus brazos, acariciarle el espeso cabello negro, aspirar su aroma, y quedarse cobijada por su cálido cuerpo durante largo rato.

—Sí, Umman es alguien muy importante para mí —murmuró. De pronto, recordó que había una parte de toda esa historia que necesitaba contarle. Se aclaró la garganta, y le apartó de los ojos un mechón de cabello negro.

Sayeb la conocía muy bien ahora, en especial cómo funcionaba ese cerebro perspicaz del que salían respuestas tan inesperadas como brillantes. Se pasó la lengua por los labios, para hidratarlos, aunque el agua que acababa de tomar le había sentado muy bien a su garganta seca. Le quedaba todavía el sabor de la menta en el paladar.

—¿Qué ocurrirá con la muerte de Alam? —preguntó, para tratar de ambientar la situación antes de introducir el tema que de verdad le interesaba. Quería asegurarse de que dejaban los cabos sueltos fuera de la tabla de asuntos pendientes, antes de hablar de lo que de verdad importaba.

—Es un traidor. Murió como tal.

—¿Cómo murió? —preguntó Aisha.

Sayeb soltó una exhalación.

—Lo lancé del helicóptero cuando me dijo que no merecía ser rey, y se atrevió a mencionarte con su sucia boca traidora. —Ella abrió y cerró la boca—. Alam dañó la bomba de gasolina, no sé en qué momento durante la visita a Riathop, y empezamos a perder combustible a los pocos minutos de estar en el aire. Empezamos a forcejear, y le pedí a los militares que me acompañaban que abrieran la puerta, y lo lancé sin más... ¿Comentarios? —preguntó un poco a la defensiva.

Aisha sopesó las opciones. Si Alam había conspirado tanto tiempo para matar a Sayeb a la primera oportunidad, y estuvo dispuesto a subirse al helicóptero que él había sabotado a conciencia, entonces lo que hizo su esposo fue en defensa propia. Sabía que Sayeb no era ni un mercenario ni un asesino. Además, ninguna persona en esa tripulación tuvo garantías de que el aparato fuese a llegar a tierra sin problemas o que el salto en paracaídas fuese exitoso en medio de un escenario geográfico duro.

—Fue en defensa propia —expresó.

Él la miró con sorpresa.

—¿No vas a acusarme?

Ella negó con vehemencia.

—No eres cruel, Sayeb, lo sé. Hiciste lo que debías para salvar tu vida y la de los demás en ese helicóptero. Unos mueren otros viven... Esa es la vida. Y no vale la pena volver a mencionar ni el nombre de ese cretino que intentó matarte, ni el incidente en sí...

—Me sorprende tu fe en mí —murmuró.

—Si dejara de sorprenderte, entonces nuestro matrimonio sería aburrido —dijo tratando de quitar el peso innecesario al tratar ese tema.

—Cariño, contigo en mi cama y en mi vida, jamás será aburrido —dijo haciéndole un guiño.

Ahora venía la parte interesante, pensó Aisha, mientras le sonreía a Sayeb. Se aclaró la garganta y se humedeció los labios.

—Sobre los Talippah... —empezó ella.

—¿Qué hay con ellos? —interrumpió Sayeb. Su esposa no había preguntado por Oromo, y tampoco hacía falta. Su hermanastro estaba en manos de la justicia de Bhareib, bajo los cargos de homicidio premeditado, conspiración y traición. Sayeb pensaba desentenderse por completo del proceso y del muy idiota. Oromo iba a podrirse en la cárcel por el resto de días que le quedaban de vida.

—Las personas que te encontraron no fueron precisamente los integrantes del grupo de rescate del palacio real, Sayeb —murmuró mirándolo con un poco de incertidumbre por la reacción que recibiría de él. No quería agitarlo, aunque tampoco ocultarle todo el panorama. Ya no quería

malos entendidos.

—Mmm... ¿Entonces quiénes? —preguntó.

Él había estado bastante golpeado, y herido, pero no ciego. Cuando llegó el equipo médico con los agentes de Bhareib, no dejó de reparar en los siete hombres que estaban a varios metros de distancia contemplando la escena de rescate. Al haber arribado primero, gracias a su experiencia personal en sus años juveniles, sabía que esos siete individuos eran quienes habían guiado al equipo de rescate a través del desierto en las precarias condiciones climáticas de la zona. Nadie conocía mejor las dunas, dentro o fuera de un territorio geográfico, como los beduinos.

Mientras era trasladado desde el camino que habían empezado a recorrer desde que salieron de la cueva, la camilla de Sayeb pasó cerca del sitio en que se hallaba el examante de Aisha. Sayeb miró a Rafiq, y este hizo una reverencia que fue imitada por los demás hombres que lo acompañaban. El rey tan solo asintió, y al instante recostó la cabeza y cerró los ojos. Alrededor el ambiente estaba marcado por el bullicio de órdenes y movimientos. Finalmente, la calma llegó cuando Sayeb supo que iba a vivir un día más... Un día más con Aisha. Ese fue su último pensamiento antes de volver en sí con las palabras del equipo médico en el hospital, horas atrás.

—El asunto es que nadie conoce mejor el desierto de Oriente Medio como las tribus de nómadas. Yo viví con una de esas tribus, que tenía la peculiaridad de estar asentada en un solo sitio, y me enseñó mucho sobre las dunas. Yo podría haber liderado una misión de rescate. —Sayeb no lo dudaba ni un segundo—. Sin embargo, no me lo habrían permitido por seguridad, y porque el país no puede quedarse sin sus dos líderes al mismo tiempo, y a merced de los ministerios. Entonces, yo...

—Vi a Rafiq y a los seis hombres que, se suponía, deberían estar en la cárcel —intervino Sayeb con aburrimiento, sin perder de vista las expresiones de desconcierto y preocupación que se operaron en su esposa—. ¿Debo asumir que existió una orden especial de por medio o alguna promesa de compensación de tu parte hacia ellos para que aceptaran brindar su ayuda?

Aisha se aclaró la garganta, y soltó la mano de Sayeb. Empezó a caminar de un lado a otro en la habitación que poseía todas las facilidades y comodidades para el rey. Sayeb tan solo la contemplaba con silenciosa adoración, y manteniendo el rostro inexpresivo. A veces, le divertía lo obstinada que ella podría llegar a ser, y también le gustaba la manera en que afrontaba las dificultades. No estaba enfadado con Aisha, sino agradecido. Si no hubiera sido por su empeño en tomar las riendas lo antes posible, lo más probable es que él no hubiese logrado recibir ayuda a tiempo.

Debido a la gran cantidad de sangre, que perdió por la herida en la pierna, perdió la conciencia en el helicóptero que lo trasladó al centro médico. El doctor le dijo que tenía suerte de estar con vida. Sayeb no ponía eso en duda.

—No voy a disculparme por haber hecho lo que consideré preciso para salvarte la vida, Sayeb Al-Kahalel —dijo cruzándose de brazos, y mirándolo como si esperase que él la contradijese. Tal cosa no ocurrió.

Él esbozó una media sonrisa.

—Tampoco esperaré que lo hicieras, *habibati*. Ven aquí, dulzura —pidió estirando la mano libre de la aguja, que estaba pasando los fluidos por su torrente sanguíneo, y palmeó el sitio vacío a su costado izquierdo.

Ella frunció el ceño.

—¿No vas a discutir conmigo? —preguntó incrédula.

—Claro que no —murmuró, cuando ella acortó la distancia—. Acomódate a mi lado, y así podemos conversarlo estando más cerca.

—No creo que...

—Hazlo, no me voy a romper como un mequetrefe, soy un rey, un jeque con preparación militar y he tenido bastantes heridas. Estas son solo magulladuras sin importancia —dijo interrumpiendo—. Además, quiero que estés a mi lado. Compláceme que estoy postrado en esta cama y sin el calor de tu cuerpo dudo que pueda recuperarme. —Ella se rio por el intento de ser dramático.

Procurando ser muy cuidadosa, se hizo un espacio para acostarse junto a él. Los médicos habían unido dos camillas para que el rey, debido a su físico y condición, estuviese más cómodo para moverse o maniobrar si era preciso. No le darían el alta hasta dentro de tres días, ya le habían advertido. Lo peor era que Aisha estaba al tanto de la información, y Sayeb era consciente de que ella no dejaría que él se saliera de ese hospital antes del tiempo establecido.

Aisha apoyó la mano con suavidad sobre la parte del abdomen masculino que no tenía vendajes, y después acomodó la cabeza en el hombro de Sayeb. Elevó la mirada perdiéndose en esos ojos negros profundos y tan amados para ella.

—¿Mejor? —preguntó ella con suavidad.

—Por completo, mi vida —dijo complacido—. Ahora, cuéntame, ¿qué les prometiste a esos beduinos?

—La libertad —murmuró con cautela, esperando que él explotara de rabia.

Sayeb la sorprendió con una risa, y que, al finalizar, lo instó a hacer una mueca de dolor que no duró demasiado.

—Ya veo —dijo Sayeb.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme? —preguntó, atónita.

Él le acarició la mejilla con el pulgar, y después hizo lo mismo dibujando la forma de las cejas, para luego bajar dibujando la nariz y los labios. Fue un momento íntimo sin ser sexual. Ella dejó de fruncir el ceño y se relajó un poco, que era exactamente lo que Sayeb buscaba.

—Tomaste una decisión para salvarme la vida, y si el precio es revertir la condena de los beduinos que te ayudaron, así como de ese Rafiq —Aisha sonrió por el tono de celos que distinguió en la voz de Sayeb al mencionar a su mejor amigo del desierto—, pues se pagará sin contemplaciones. Cuando salga de aquí, firmaré la orden para dar soporte a la tuya. Jamás los declararé héroes, así que ni lo pienses. —Ella hizo una negación con la cabeza. «Casi parecía que Sayeb le leía la mente». Su sonrisa se ensanchó—. Que tengan claro, eso sí, que deberán meterse en sus propios asuntos de ahora en adelante. Si vuelven a pisar la capital o cualquier otra ciudad del país con fines de protestar o crear situaciones de caos sea cual sea la causa que quieran defender, entonces olvidaré lo que ocurrió hoy, y volverán a la cárcel; no habrá vuelta atrás. Tu vida como una beduina honoraria es el pasado, Aisha. Yo no estoy en un cargo fácil, ni tú, así que indultar seres humanos que cometen crímenes a ojos de la Ley, no será una forma de manejar Bhareib.

Aisha no iba a discutir. Además, como él no le había comentado que la libertad de sus amigos estaría en peligro si era ella la que visitaba a los Talippah en el desierto, entonces iba a optar por considerar que sí era permitido y no existía ningún inconveniente. ¿Semántica, verdad?, pensó con perspicacia.

—Lo he comprendido —dijo, satisfecha.

Él conocía cómo se movían las tuercas en el cerebro de Aisha, así que iba a protestar, pero al notar la manera tan cautivadora en que lo miraba, prefirió pensar en otra cosa. Por ejemplo, conjuró en su mente las imágenes de todo lo que quería hacer con ella cuando saliera de ese jodido hospital. «Serían días muy terapéuticos».

—Bien, me alegro; después de todo soy yo quien manda aquí.

Con una carcajada, Aisha acercó el rostro hasta que sus labios se unieron con los de su esposo. Antes de besarlo, elevó la mano para posarla sobre la mejilla, y él, por un breve lapso, cerró los ojos para sentir la calidez. Sayeb consideraba la presencia de Aisha como una recompensa del universo.

—¿Es así? —preguntó, mordisqueándole el labio con ternura.

—Sin duda alguna —replicó con aquella voz de barítono que conseguía crear cosquilleos en la piel de Aisha.

—Tendrás que demostrarlo cuando te recuperes del todo, Sayeb —susurró.

Él se entregó a ese beso. No podía moverse demasiado, pero no impidió que sus bocas crearan una hoguera de deseo. Al cabo de un largo rato, cuando los ojos de ambos brillaban de deseo y algo mucho más profundo, se sonrieron con complicidad.

—Te amo, Sayeb, y quiero que sepas que siempre estaré contigo.

—Aisha, yo te amo con una intensidad que a veces me sobrepasa... —murmuró, mientras le acariciaba los cabellos suaves. Aspiró su aroma con fascinación.

—No estoy a tu lado porque me sea imposible vivir sin ti, porque puedo hacerlo... Sayeb —dijo con los ojos brillantes de lágrimas—, estoy contigo porque puedo vivir sin ti, pero me rehúso a quedarme si tu amor, sin tu compañía, sin las peleas juntos, sin las noches de pasión, sin ti... Te elijo a ti. Te elegiría siempre.

—Cariño...

—Por favor, no vuelvas a hacerme pasar por un susto como este. No quiero estar sin ti, Sayeb, no quiero —dijo con fervor, reposando el rostro en el pecho masculino, mientras él le murmuraba palabras dulces que jamás creyó ser capaz de decirle a otro ser humano.

—Ni yo sin ti, Aisha —susurró con emoción en su voz.

La guerra, el odio, la ambición y la muerte habían propiciado cicatrices que jamás se borrarían entre ellos; unas cicatrices eran personales, y otras, compartidas. Sin embargo, había sido el amor, surgido en medio de la adversidad, el que consiguió unirlos bajo la promesa de reinar para domar las tormentas, y disfrutar la luz de los amaneceres de la tierra que sería, en pocos años, el emblema de Oriente Medio.

EPÍLOGO

Seis años después...

—¡Ven aquí, Najib! —exclamó Aisha, llamando a su hijo de cuatro años; un pequeño diablillo con ojos castaño-dorado, y una personalidad indomable. Le habían puesto el nombre en honor al abuelo de Sayeb. Era la luz de la vida de ambos.

Acababan de salir de las caballerizas, y ahora atravesaban el precioso jardín del ala este para que Najib regresara al interior del palacio.

—Mamá, mamá, quiero el pony —dijo señalando con sus dedos rechonchos la dirección en donde se hallaban los establos, y en el que estaba instalado el pony que su padre, el rey Sayeb, le había obsequiado por su cumpleaños, días atrás.

—Sí, pero primero tienes que comer, amor mío —dijo aupándolo, mientras el niño continuaba su frase incesante en que insistía que quería subirse al pony.

Al llegar al final del camino que conectaba el jardín con el interior del palacio, una figura alta y poderosa los interceptó. Aisha sintió el corazón acelerársele de inmediato. Esa emoción, en todo el tiempo que llevaba de casada, no había cambiado. Sayeb era el hombre que movía cielo y tierra para apoyarla, y reinaba con mano firme.

La pasión en lugar de apagarse se había incrementado, y su esposo conocía los trucos para conseguir que gritara su nombre en medio de la noche, mientras ambos subían y bajaban de las nubes del placer. Umman había fallecido un año atrás, pero no sin antes haber conocido a Najib. Desde la liberación de Rafiq, Aisha solo supo que se había casado y viajado lejos de los dominios del país; la noticia la apenó, pero sabía que era lo mejor para ambos; siempre les quedarían los gratos recuerdos.

—Majestad —dijo Sayeb en tono juguetón al ver a Aisha.

No había día que no diera gracias por la mujer que tenía a su lado. Las peleas entre los dos continuaban siendo monumentales, pero la reconciliación resultaba muy estimulante. A veces, a propósito, Sayeb la provocaba. Además de ser su amante, Aisha era una excelente aliada en los negocios. Gracias a las gestiones de ambos, Bhareib había sido nombrado el país más seguro para visitar en Oriente Medio y tenían tres grandes cadenas hoteleras que habían apostado por invertir en el país.

—Hola, Sayeb —murmuró, sonrojándose.

Con facilidad, él tomó a Najib en brazos. Detrás del rey, muy discretamente, se encontraba el hombre de más confianza en todo el país para los reyes, Geeza.

—¿Estás dándole problemas a tu mamá, Najib? —le preguntó a su hijo mirándolo con fingido enfado.

El niño se puso serio y negó profusamente.

—No, no, no, nooo, papá. ¡Soy bueno con mamá!

Aisha escondió una sonrisa, y Sayeb no pudo evitar reírse.

—De acuerdo, Najib, de momento es hora de tu comida, ¿qué te parece si vas con el tío Geeza, y si te portas bien, te llevaré a subirte en el pony más tarde?

El niño abrió los ojitos de par en par.

—¡Pony! ¡Papá, el pony es mío! —dijo agitándose en los brazos del rey.

—Claro que lo es, hijo —replicó, mientras Geeza se acercaba para tomar al pequeño príncipe en brazos y llevarlo al salón para que una de las niñeras le diese de comer. El asistente y consejero del rey era una parte importante de la Familia Real, además del tutor del pequeño.

Por lo general, Aisha disfrutaba haciendo todas las tareas de mamá y las coordinaba con sus deberes reales, pero cada tanto se tomaba un respiro; y le gustaba que Sayeb compartiese la aventura de ser padres sin rechistar, tal como debería ser siempre. Cuando les era posible tener un momento a solas, en medio de la tarde, Geeza tomaba a Najib a cargo y vigilaba que las niñeras hicieran un buen trabajo.

En el servicio de empleados internos, los reyes habían contratado tres niñeras que solían tomar la posta en las noches o durante los viajes de los reyes fuera del país. La vida no era fácil, a pesar de las comodidades del dinero y la prosperidad que, con arduo trabajo, Sayeb y Aisha habían conseguido. Sin embargo, intentaban disfrutar los momentos alegres al máximo, y sobrellevar los complejos con entereza.

A lo largo de esos años hubo protestas contra diversas medidas económicas, que se solucionaron con drásticas imposiciones de seguridad. También se reformaron estatutos para darle más libertad a las mujeres, mientras el dinero de los impuestos, que tuvieron que aumentarse, se invirtió en mejorar los hospitales, proveer a las escuelas públicas con maestros bien pagados y una infraestructura digna. En la plaza principal de Vasulh ahora había un precioso monumento erigido en honor a los fallecidos reyes Al-Sabagh y del príncipe Kaspem. Aquel fue un gesto de Sayeb que hizo llorar a Aisha de alegría. Alrededor de la plaza se había instalado un mercadillo para vender artesanías y que los visitantes compraban con fascinación, así como también disfrutaban de la oferta de comida local.

El camino era arduo, pero la intención de mantener a Bhareib en buenos términos internacionales y derechos humanos, continuaba. Todavía quedaban muchas personas que no creían en el progreso, la equidad y los derechos de las mujeres o la igualdad de oportunidades sin importar la clase social en el país. El trayecto se presentaba con muchos obstáculos, pero ninguno que la voluntad no fuese capaz de enfrentar para procurar salir airosa.

Una vez solos, Sayeb agarró a Aisha de la cintura y la abrazó. Ella le rodeó el cuello con los brazos, sonriéndole.

—Me dijo Geeza que tenías algo urgente que hablar conmigo, *habibati*. Lamento no haber podido desentenderme a tiempo de la llamada del rey de Noruega. Al parecer tendremos nuevos aliados muy pronto en temas de intercambio cultural.

—Eso suena fantástico, Sayeb —murmuró, lo atrajo hacia ella para besarlo; no podría concebir su vida sin el sabor de esa boca y la sensualidad de ese hombre tan apuesto y cautivador que podía llamar suyo—. Además de decirte que te quiero, me gustaría hacerte una pregunta importante.

Él la apretó más contra su cuerpo.

—No más de lo que te quiero yo, por supuesto —replicó acariciándole la espalda a Aisha—. Ahora, cuéntame todo lo que tienes en mente, cariño.

Se encontraban en la inmensidad de los jardines tan preciados para ambos. El riad de Sayeb continuaba siendo un refugio, ahora de ambos, y la habitación que había sido de Aisha —a pesar de que tenían quince cuartos en todo el palacio—, fue redecorada para que se convirtiese en el espacio del príncipe heredero. La habitación de ambos, y que fue construida seis años atrás, era espléndida y muy cómoda.

—Quiero saber si ser padre ha sido una experiencia que te ha gustado...

—¿Bromeas? Es lo mejor que me ha pasado en la vida, después de saber que no había echado a perder lo que teníamos tú y yo.

Ella se rio. Frotó la nariz contra la de Sayeb.

—Entonces, ¿crees que serías capaz de asumir el reto de ser padre de nuevo?

Sayeb la miró con incredulidad, y luego una amplísima sonrisa iluminó su rostro.

—Aisha...—susurró con devoción—. Es la mejor noticia que me has dado desde que me dijiste que me amabas.

Ella soltó una carcajada.

—Tengo dos meses apenas, y...

La reina Aisha detestaba que la interrumpiesen al hablar, pero cuando la boca de Sayeb estaba devorando la suya, todo carecía de importancia, como en ese momento. Se dejó llevar por la pasión incontenible y las promesas silenciosas que él le ofrecía sin restricciones.

Giró con él en brazos, riéndose, y sintiéndose dichosa de poder, finalmente, tener su propia familia. Su hogar.



Sobre la autora

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

En el 2014, Kristel dejó su trabajo de oficina con horario regular en una importante compañía de Ecuador, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados diecinueve títulos, y ese número promete continuar en ascenso. La autora ecuatoriana no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que posee también contratos con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico, HQÑ), y Nova Casa Editorial.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana, y la única escritora, de novela romántica entre los finalistas. La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y el blog literario Escribe Romántica.

Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Tentación al amanecer, Votos de traición, Un hombre de familia, Reckless, Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Las novelas de la autora también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán, hindi, y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año, participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el estand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México, y Monterrey.

Kristel es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. Ella ha fijado su residencia temporal en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. La autora disfruta viajando por el mundo y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Twitter e Instagram: @KristelRalston
Facebook: KristelRalston, Books
Web: www.kristel-ralston.com